

MANUAL

DE LA

Escritura

1896.

SUCESORES DE RIVADENEYRA

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1896

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

AZA (D. Vital), BACON (H.), BADILLO (D. Félix), BECERRO DE BENGOA (D. Ricardo), BUSTILLO (D. Eduardo), CABRINETY (D. José),
CAMPILLO (D. Narciso), CASTELAR (D. Emilio), CASTRO Y SERRANO (D. José), CATARINEU (D. Ricardo J.), CAVESTANY (D. Juan Antonio),
CLARÍN, DÍAZ DE ESCOVAR (D. Narciso), FABRA (D. Nilo María), FASTENRATH (D. Juan), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José),
FLEURY (R.), GARCÍA RAMOS (D. José), GARTNER (D. José), GÓMEZ DE ARTECHE (El General), GORDON, GRILLO (D. Antonio), HURTADO (Publio),
JACKSON VEYÁN (D. José), LANDERER (D. José J.), LARRUBIERA (D. Alejandro), MÉNDEZ BRINGA (D. Narciso),
MONASTERIO (D. Ricardo), NARBONA (D. Francisco), NAVARRETE (D. Ramón de), OLIVA (D. Eugenio), OSSORIO Y BERNARD (D. Manuel),
PALACIO (D. Manuel de), PAZ (D. Abdón de), PÉREZ ZÚÑIGA (D. Juan), PERRAULT, PÉREZ NIEVA (D. Alfonso), PICÓN (D. Jacinto Octavio),
RAMOS CARRIÓN (D. Miguel), RECIO Y GIL (D. Enrique), REINA (D. Manuel), RODRÍGUEZ MOURELO (D. José),
RUEDA (D. Salvador), SABANDO (D. Julián Manuel de), SALVANY (D. Juan Tomás), SERRANO FATIGATI (D. Enrique), SOROLLA (D. Joaquín),
SOUSA PINTO, SUSILLO (D. Antonio), THEBUSSEM (El Doctor), VIDART (D. Luis), WAIN (Luis).

AÑO XXIII



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1895

B
11193

2 D 10



ALMANAQUE

87

LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1886

CON LA COLABORACION DE LOS SEÑORES

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

INSTRUCCIONES PARA LOS SUSCRIBIDOS. El Almanaque de la Ilustracion para el año de 1886, se publica en un tomo de 120 páginas, con 12 grabados de primera mano, y un mapa de España. El precio de cada ejemplar es de 10 reales. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América. En Madrid, en la librería de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Barcelona, en la de D. Esteban Gual, calle de San Jaume, número 10. En Valencia, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Sevilla, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Cádiz, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Málaga, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Murcia, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Alicante, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Castellón, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Tarragona, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Lerida, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Tortosa, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Reus, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Sagunt, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Sagunto, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10. En Sagunto, en la de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10.

AÑO XXIII



MADRID

EN LA LIBRERIA DE D. JUAN DE LA CRUZ, CALLE DE SAN MATEO, NUMERO 10.

1886

ÍNDICE GENERAL

TEXTO

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	5	El sastre de la bandera, por D. Julián Manuel de Sa-	
Año astronómico, por D. M. V.....	5	bando.....	80
Santoral.....	6	Un paralelo de gigantes, por el general Gómez de	
San Antonio de Padua, por D. Emilio Castelar.....	11	Arteche.....	82
Mesa revuelta, poesía, por D. Manuel del Palacio...	24	Mirar de linco, fábula, por D. Abdón de Paz.....	87
Los canarios, cuento, por D. Nilo M. Fabra.....	25	Viaje redondo, cuento fantástico, por Clarín.....	88
Cantares, por D. Narciso Díaz de Escovar.....	28	Exposición canina, poesía, por D. Manuel Ossorio y	
Monima de Mileto, episodio histórico, por Publio		Bernard.....	92
Hurtado.....	29	Ciencia española, por D. José Rodríguez Mourelo...	94
La trucha, por D. Alfonso Pérez Nieva.....	37	Los caballos blancos, poesía, por D. José Jackson	
Seres superiores, poesía, por D. Ricardo Monasterio.	40	Veyán.....	101
Don Enrique de la Cuadra, marqués de San Marcial,		El escritor alemán Gustavo Freytag, por D. J. Fas-	
por el Doctor Thebussem.....	41	tenrath.....	103
El yunque, poesía, por D. Salvador Rueda.....	47	La eterna poesía, por D. Juan Antonio Cavestany..	106
Letra ó carta que un abuelo hoy escribe á un joven-		Mi chocolatera, por D. Ricardo Becerro de Bengoa..	112
zuelo, por D. Narciso Campillo.....	49	Filosofía, poesía, por D. Ricardo J. Catarineu.....	119
El Cielo en 1896, por D. José J. Landerer.....	53	La vocación de Pilar, poesía, por D. Vital Aza.....	121
El olfato del Sultán, poesía, por D. Juan Pérez Zúñiga.	58	Lo mejor del hombre, por D. Jacinto Octavio Picón.	124
Del verbo amar, por D. Eduardo Bustillo.....	61	Historia que parece novela, por el Exmo. Sr. D. Ra-	
Tradiciones españolas, por D. Enrique Serrano Fa-		món de Navarrete.....	128
tigati.....	65	Remordimiento, poesía, por D. Juan Tomás Salvany.	132
El poema de las lágrimas, por D. Manuel Reina....	68	La charca, cuento.... fabuloso, por D. José Fernández	
Vasco da Gama, por D. Luis Vidart.....	69	Bremón.....	133
El amor de los juguetes, por D. Alejandro Larru-		Los guantes, cuento, por D. Miguel Ramos Carrión.	139
biera.....	76	El cura de San Lucas, cuento, por D. José de Castro	
La cruz del camino, poesía, por D. Antonio Grilo...	78	y Serrano.....	142

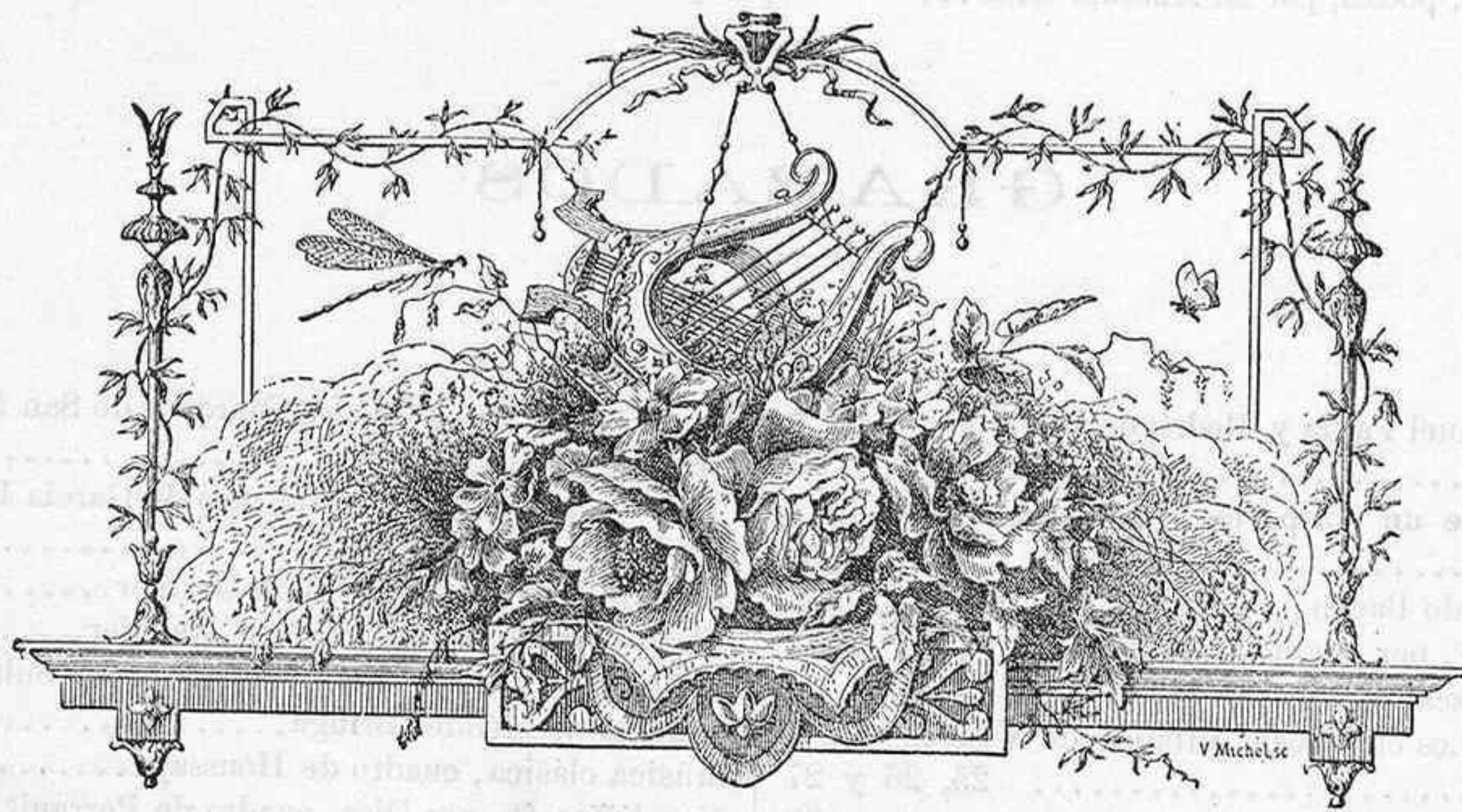
GRABADOS

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
Excmo. Sr. D. Manuel Pavia y Rodríguez de Albur-		Don Enrique de la Cuadra, Marqués de San Marcial.	42
querque.....	10	Sevilla.—Los Molares.....	45
La consagración de un obispo en Roma, cuadro de		¡Hasta verte, Cristo mío! cuadro de García Ramos..	50
Enrique Recio.....	12	Estudio, por Dahl.....	52
Mi vecina, cuadro de Bacon.....	16	El faro de Jersey, cuadro de Gartner.....	55
Primera enseñanza, por Wain.....	19	El árbol confidente, cuadro de Malatier.....	57
La vuelta de la pesca, cuadro de Sorolla.....	23	Ilustraciones de la poesía «El olfato del Sultán», di-	
Ilustraciones de «Los canarios», dibujos de Méndez		bujos de Méndez Bringa.....	58 y 59
Bringa.....	25, 26 y 27	Música clásica, cuadro de Houssay.....	60
Escultura de Susillo.....	30	Una limosnita por Dios, cuadro de Perrault.....	66
Costas de Provenza, por Montenard.....	33	Ilustración de la poesía «El poema de las lágrimas»,	
Invierno, cuadro de Abbema.....	36	dibujo de Méndez Bringa.....	68
Ilustraciones de «La trucha», dibujos de Méndez		Vasco da Gama.....	70
Bringa.....	37, 38 y 39	Facsímil de la firma de Vasco da Gama.....	71

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
La Nao «San Gabriel».....	73	Valencia.—La plaza de la Catedral.....	120
Cómo empieza.—Cómo acaba.....	79	Soñar despierto, por Fleury.....	123
Ilustraciones de «El sastre de la bandera», dibujos de Méndez Bringa.....	80 y 81	Una familia feliz, por Adam.....	127
La despedida.....	83	Ilustraciones de «Historia que parece novela», dibujos de Cabrinety.....	129 y 131
Recuerdos, cuadro de Narbona.....	86	Retrato de la señorita P. B., por Sorolla.....	134
El convaleciente.....	91	La Granja.—Puerta de Segovia.....	137
Estudio, por Gordon.....	93	Mariquita.....	138
Entre rosas, cuadro de Aublet.....	96	En la playa, cuadro de Sousa Pinto.....	141
Después de la doctrina, cuadro de Chevilliard.....	99	Ilustraciones de «El cura de San Lucas», dibujos de Méndez Bringa.....	142 143 y 144
Ilustraciones de la poesía «Los caballos blancos», dibujos de Cabrinety.....	101 y 102		
Una boda interrumpida, cuadro de Oliva.....	105	VIÑETAS VARIAS: 11, 24, 28, 29, 40, 46, 48, 53, 55, 61, 62, 63, 64, 65, 75, 76, 77, 78, 82, 87, 88, 90, 92, 93, 94, 104, 106, 119, 122, 124, 126, 128, 132, 136.	
¿Quién es?.....	107		
Sombras.....	110 y 111		
Ilustraciones de «Mi chocolatera», dibujos de Méndez Bringa.....	113, 115 y 117		

GRABADOS EN COLOR

DE CAZA, cuadro de José Villegas.—LA PRIMERA ESTRELLA (TÁNGER), cuadro de Lecomte-de-Nouy.—MEDITACIÓN, por Taylor.—RETRATO DE LA SEÑORITA C. F., por Gill.—PAISAJE DE ESCOCIA, por J. F. Watts.—EN EL CAMPO, cuadro de E. Blaas.—LA SOPA EN EL CONVENTO, cuadro de Benlliure.—ALEGRÍA, cuadro de Rafael Arroyo Fernández.



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Áureo número..	16	Indicción romana.	9
Epacta..	XV	Letra dominical..	e d
Ciclo solar.	1	Letra del martirologio romano.	q

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	19 de Enero.
Septuagésima.	2 de Febrero.
Sexagésima.	9 de Febrero.
Quincuagésima.	16 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	19 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	5 de Abril.
Patrocinio de San José.	26 de Abril.
Letanias.	11, 12 y 13 de Mayo.
Ascensión del Señor.	14 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	24 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	31 de Mayo.
Santísimo Corpus Christi.	4 de Junio.
Sacratísimo Corazón de Jesús.	12 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	14 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	5 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	8 de Novbre.
Domínicas entre Pentecostés y Adviento.	26.
Adviento.	29 de Novbre.

TÉMPORAS.

I.—El 26, 28 y 29 de Febrero.	III.—El 16, 18 y 19 de Sepbre.
II.—El 27, 29 y 30 de Mayo.	IV.—El 16, 18 y 19 de Diciebre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos. Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato. La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne). *Miércoles, Viernes y Sábado* de cada una de las cuatro Témporas. Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne). Vigilia del *Apóstol Santiago*. Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne). Vigilia de *Todos los Santos*. Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne). También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la Semana Santa, 1, 2, 3 y 4 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y durante la Cuaresma ni aun los Domingos. Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los *Domingos de Cuaresma* y todos los *Viernes* del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 13 de Abril, y se cierran respectivamente el 18 de Febrero y el 23 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 2 y 25 de Febrero; el 7, 8, 15, 27 y 28 de Marzo; el 8 de Abril; y el 23 y 30 de Mayo.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS QUE DEBEN INSERTARSE EN LOS CALENDARIOS DE CASTILLA LA NUEVA

correspondientes al año bisiesto 1896.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud.	40° 24' 30" N.
Longitud.	0° 10' 42" al E. del Observatorio de S. Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

20 de Enero, en <i>Acuarió</i> .	22 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Canicula</i> .
19 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	22 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
20 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	22 de Sepbre., en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
19 de Abril, en <i>Tauro</i> .	22 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
20 de Mayo, en <i>Geminis</i> .	21 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
20 de Junio, en <i>Cancer</i> .— <i>Estío</i> .	21 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo á las 2 y 8 m. de la madrugada. ESTÍO.—Entra el 20 de Junio á las 10 y 13 m. de la noche. OTOÑO.—Entra el 22 de Septiembre á las 12 y 48 m. del día. INVIERNO.—Entra el 21 de Diciebre. á las 7 y 14 m. de la mañana.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

FEBRERO 13. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid. El eclipse principia en la Tierra á 1 h. 28,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 131° 20' al O. de San Fernando, y latitud 58° 34' S. El eclipse central principia en la Tierra á 3 h. 13,5 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 124° 11' al E. de San Fernando, y latitud 76° 28' S. El eclipse central termina en la Tierra á 4 h. 43,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 34° 35' al E. de San Fernando, y latitud 41° 6' S. El eclipse termina en la Tierra á 6 h. 28,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 0° 56' al O. de San Fernando, y latitud 10° 34' S. Este eclipse será visible en parte de Africa, y en una pequeña parte de la América Meridional, en parte de los Océanos Atlántico y Pacífico, en una pequeña parte del Indico y en casi todo el mar Polar Antártico.

FEBRERO 23. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid. Principio del eclipse á las 6 y 2 m. de la tarde. Medio del eclipse á las 7 y 31 m. de la noche. Fin del eclipse á las 9 de la noche. El principio de este eclipse será visible en toda Europa y Asia, en gran parte de Africa, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behring, en parte del Océano Atlántico, en el Indico, en gran parte del Pacífico, en el mar Mediterráneo y en gran parte de los mares Polares. El fin de este eclipse será visible en toda Europa, en casi toda el Asia, en todo el África, en una pequeña parte de las dos Américas, en parte de la Australia, en las Islas Filipinas, en gran parte del Océano Atlántico, en el Indico, en el mar Mediterráneo y en parte de los mares Polares. El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en

un punto del limbo de ésta, que dista 85° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa). El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 30° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

AGOSTO 8. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid. El eclipse principia en la Tierra á 14 h. 18,5 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 38° 43' al E. de San Fernando, y latitud 47° 43' N. El eclipse central principia en la Tierra á 15 h. 28,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 6° 10' al E. de San Fernando, y latitud 62° 52' N. El eclipse central á mediodía sucede á 16 h. 12,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 118° 11' al E. de San Fernando, y latitud 65° 13' N. El eclipse central termina en la Tierra á 18 h. 0,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 172° 49' al O. de San Fernando, y latitud 20° 17' N. El eclipse termina en la Tierra á 19 h. 10,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 164° 43' al E. de San Fernando, y latitud 3° 34' N. Este eclipse será visible en una pequeña parte de la Europa y de la América Septentrional, en gran parte del Asia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behring, en gran parte del Océano Pacífico, en una pequeña parte del mar Mediterráneo y en gran parte del mar Polar Artico.

AGOSTO 23. *Eclipse parcial de Luna*, en parte visible en Madrid. Principio del eclipse á las 5 y 10 m. de la mañana. Medio del eclipse á las 6 y 43 m. de la mañana. Fin del eclipse á las 8 y 16 m. de la mañana. El principio de este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa, en parte de Africa, en casi toda la América Septentrional y en toda la Meridional, en las Islas Antillas, en casi todo el Océano Atlántico y en gran parte del Pacífico, en parte del mar Mediterráneo, en una pequeña parte del mar Polar Artico y en gran parte del Antártico. El fin de este eclipse será visible en una pequeña parte de Asia, en casi toda la América Septentrional y en toda la Meridional, en las Islas Antillas, en parte de la Australia, en el estrecho de Behring, en gran parte del Océano Atlántico, en el Pacífico, en una pequeña parte del mar Polar Artico y en gran parte del Antártico. El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 80° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa). El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 27° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa). En Madrid la Luna se pone eclipsada á las 5 y 19 m. de la mañana.

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1896.

Ortos del Sol		ENEERO.		Ocasos del Sol		Ortos del Sol		FEBRERO.		Ocasos del Sol	
H	M			H	M	H	M			H	M
7.23		1	Miérc. <i>Fiesta</i> . LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR y san Fulgencio Ruspense, ob.	4.45		7.10		1	Sáb. San Ignacio, y san Cecilio, patrón de Granada obispos y mrs.	5.19	
7.23		2	Juev. La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, ob., y san Macario, abad.	4.45		7.09		2	Dom. <i>de Septuagésima</i> . LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo <i>La Candelaria</i>) y san Cornelio Centurión, ob.— <i>Anima</i> .	5.20	
7.24		3	Vier. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	4.46		7.08		3	Lun. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás Longobardo.	5.21	
7.24		4	Sáb. San Tito, ob., y san Aquilino y compañeros, mrs.	4.47		7.07		4	Mart. San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, confesor.	5.22	
7.24		5	Dom. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.	4.48					☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 12 y 23 m. noche, en <i>Escorpio</i> .		
7.24		6	Lun. <i>Fiesta</i> . LA EPIFANÍA Ó LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.	4.49		7.06		5	Miérc. Santa Agueda, virgen y mr., y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.	5.23	
			☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 3 y 10 m. tarde, en <i>Libra</i> .			7.05		6	Juev. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.	5.25	
7.24		7	Mart. San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort.	4.50		7.04		7	Vier. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26	
7.23		8	Miérc. San Luciano, presbítero, y compañeros, mrs.	4.51		7.03		8	Sáb. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27	
7.23		9	Juev. San Julián, mr., y su esposa Sta. Basilisa, vg.	4.52		7.01		9	Dom. <i>de Sexagésima</i> . Santa Apolonia, virgen y mr.	5.28	
7.23		10	Vier. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53		7.00		10	Lun. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29	
7.23		11	Sáb. San Higinio, papa y mr.	4.54		6.59		11	Mart. San Saturnino, presb., y compañeros, mrs., y los santos Siete Siervos de María, fundadores.	5.31	
7.22		12	Dom. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mr., y san Martín, canónigo de León.	4.55		6.58		12	Miérc. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mr., y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32	
7.22		13	Lun. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mrs.	4.56					☽ <i>Luna nueva</i> , á las 3 y 58 m. tarde, en <i>Acuario</i> .		
7.22		14	Mar. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57		6.57		13	Juev. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33	
7.22		15	Miér. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58		6.55		14	Vier. San Valentín, presb. y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.	5.34	
7.21		16	Juev. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.	5.00		6.54		15	Sáb. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.	5.35	
7.21		17	Vier. San Antón, abad.	5.01		6.53		16	Dom. <i>de Quincuagésima</i> . San Julián y 5.000 comps., mrs.	5.37	
7.20		18	Sáb. La Cátedra de San Pedro en Roma, y Sta. Prisca, virgen y mr.	5.02		6.51		17	Lun. San Julián de Capadocia, mr.	5.38	
7.20		19	Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, san Canuto, rey, san Mario, santa Marta y san Audifaz.	5.03		6.50		18	Mart. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mr., y san Teotonio, conf.— <i>Ciérranse las velaciones</i> .	5.39	
7.19		20	Lun. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.	5.04		6.49		19	Miérc. <i>de Ceniza</i> . San Gabino, presb. y mr., y san Alvaro de Córdoba.— <i>Principia el ayuno de Cuaresma</i> .	5.40	
7.19		21	Mart. San Fructuoso, ob., san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mrs.	5.05		6.47		20	Juev. San León y san Eleuterio, obispos.	5.41	
7.18		22	Miérc. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.	5.07					☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 9 noche, en <i>Géminis</i> .		
7.17		23	Juev. <i>Fiesta</i> . SAN ILDEFONSO, arzob. de Toledo, y santa Emerenciana, vg. y mr., patrona de Teruel.	5.08		6.46		21	Vier. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43	
7.17		24	Vier. Nuestra Sra. de la Paz y san Timoteo, ob. y mr.	5.09		6.45		22	Sáb. La Cátedra de San Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	5.44	
7.16		25	Sáb. La Conv. de San Pablo, apóstol, y santa Elvira, romana.	5.10		6.43		23	Dom. <i>I de Cuaresma</i> . San Pedro Damiano, ob., card. y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45	
7.15		26	Dom. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.	5.11		6.42		24	Lun. Santa Primitiva, mártir.	5.46	
7.14		27	Lun. San Juan Crisóstomo, ob. y doc., y san Julián y compañeros, mrs.	5.12		6.40		25	Mart. San Matías, apóstol.— <i>Anima</i> .	5.47	
7.13		28	Mart. San Julián, ob. y pat. de Cuenca, y san Valero.	5.14		6.39		26	Miérc. San Modesto, obispo.— <i>Témpora</i> .	5.48	
7.13		29	Miérc. San Francisco de Sales, ob. y doc., fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.15		6.37		27	Juev. San Alejandro, confesor.	5.49	
			☽ <i>Luna llena</i> , á las 8 y 41 m. mañana, en <i>Leo</i> .						☽ <i>Luna llena</i> , á las 7 y 37 m. noche, en <i>Virgo</i> .		
7.12		30	Juev. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.	5.16		6.36		28	Vier. San Baldomero, confesor.— <i>Témpora</i> .	5.50	
7.11		31	Vier. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17		6.35		29	Sáb. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mártires.— <i>Témpora</i> .— <i>Ordenes</i> .	5.51	
MARZO.											
6.34		1	Dom. <i>II de Cuaresma</i> . El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52		6.11		16	Lun. San Julián de Anazarbo, mr.	6.08	
6.33		2	Lun. San Lucio, obispo.	5.53		6.09		17	Mart. San Patricio, ob. y conf.	6.09	
6.31		3	Mart. Santos Emeterio y Celedonio, mrs.	5.54		6.07		18	Miérc. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10	
6.30		4	Miérc. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mr.	5.55		6.06		19	Juev. <i>Fiesta</i> . SAN JOSÉ, esposo de Ntra. Sra., pat. de la Iglesia univ., y el bto. Juan de Sto. Domingo.	6.11	
6.28		5	Juev. San Eusebio y compañeros, mrs.	5.56		6.04		20	Vier. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.	6.12	
			☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 11 y 14 m. mañana, en <i>Sagitario</i> .			6.02		21	Sáb. San Benito, abad y fundador.— <i>Ordenes</i> .	6.13	
6.27		6	Vier. San Víctor y san Victoriano, mrs., san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.	5.57		6.01			☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 11 y 42 m. mañana, en <i>Cáncer</i> .		
6.25		7	Sáb. Santo Tomás de Aquino, conf. y doc., y santas Perpetua y Felicitas, mrs.— <i>Anima</i> .	5.58		5.59		22	Dom. <i>de Pasión</i> . San Deogracias y san Bienvenido, obs.	6.14	
6.23		8	Dom. <i>III de Cuaresma</i> . San Juan de Dios, fund., san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.— <i>Anima</i> .	5.59		5.57		23	Lun. San Victoriano y comps. mrs., y el beato José Oriol, presb.	6.15	
6.22		9	Lun. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.	6.00		5.56		24	Mart. San Agapito, ob. y mr., el beato José María Tomasi, cardenal, y el bto. Diego José de Cádiz.	6.16	
6.20		10	Mart. Santos Melitón y 39 comps., mrs. en Sebaste.	6.01		5.54		25	Miérc. <i>Fiesta</i> . LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17	
6.19		11	Miérc. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.	6.03		5.52		26	Juev. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18	
6.17		12	Juev. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04		5.51		27	Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y san Ruperto, obispo.— <i>Anima</i> .	6.19	
6.15		13	Vier. San Leandro, san Rodrigo y san Salomón.	6.05				28	Sáb. San Sixto III, papa y conf., san Cástor y san Doroteo, mrs.— <i>Anima</i> .	6.20	
			☽ <i>Luna nueva</i> , á las 10 y 33 m. mañana, en <i>Piscis</i> .						☽ <i>Luna llena</i> , á las 5 y 7 m. mañana, en <i>Libra</i> .		
6.14		14	Sáb. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06		5.49		29	Dom. <i>de Ramos</i> . San Eustasio, abad.	6.21	
6.12		15	Dom. <i>IV de Cuaresma</i> . San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, y santa Leocricia, virgen y mr.— <i>Anima</i> .	6.07		5.47		30	Lun. <i>Santo</i> . San Juan Climaco, abad.	6.22	
						5.46		31	Mart. <i>Santo</i> . Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23	

ABRIL.

MAYO.

Ocasos del Sol	H M	Ortos del Sol	H M	Ocasos del Sol	H M	Ortos del Sol	H M	Ocasos del Sol	H M
5.44	5.48	1 Miérc. <i>Santo. (Abstinencia de carne.)</i> San Venancio, ob.	6.24	4.59	1 Vier. San Felipe y Santiago el Menor, y san Orencio y Sta. Paciencia, padres del mr. san Lorenzo.	6.55	6.55	4.58	2 Sáb. San Atanasio, ob. y doc., y la bta. Mafalda, reina.
5.21	5.22	2 Juev. <i>Santo. (Abstinencia de carne.)</i> San Francisco de Paula, fundador del Orden de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.	6.26	4.57	3 Dom. La Invencción de la Santa Cruz, y los Stos. Alejandro, Evencio, Teodulo y Juvenal.	6.56	6.57	4.56	3 Dom. <i>Cuarto menguante, á las 3 y 11 m. tarde, en Acuario.</i>
5.23	5.25	3 Vier. <i>Santo. (Abstinencia de carne.)</i> San Pancracio, ob., san Ulpiano, mr., san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	6.27	4.54	4 Lun. Santa Mónica, madre de san Agustín.	6.58	6.59	4.53	4 Lun. Santa Mónica, madre de san Agustín.
5.26	5.27	4 Sab. <i>Santo. (Abstinencia de carne.)</i> San Isidoro, arz. de Sevilla, doctor de la Iglesia.— <i>Ordenes.</i>	6.28	4.51	5 Mart. San Pío V, papa, san Sacerdote, ob., y la Conversión de San Agustín.	7.00	7.00	4.52	5 Mart. San Pío V, papa, san Sacerdote, ob., y la Conversión de San Agustín.
5.28	5.29	5 Dom. DE RESURRECCIÓN. San Vicente Ferrer, pat. de Valencia, Sta. Emilia y la bta. Juliana, virg.	6.29	4.50	6 Miérc. San Juan Ante-Portam-Latinam, ap. evang., y san Juan Damasceno, conf.	7.01	7.01	4.49	6 Miérc. San Juan Ante-Portam-Latinam, ap. evang., y san Juan Damasceno, conf.
5.31	5.32	6 Lun. San Celestino, papa y mr.	6.30	4.48	7 Juev. San Estanislao, ob. y mr.	7.02	7.02	4.47	7 Juev. San Estanislao, ob. y mr.
5.33	5.34	7 Mart. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.	6.31	4.47	8 Vier. La Aparición del arcángel san Miguel.	7.03	7.03	4.46	8 Vier. La Aparición del arcángel san Miguel.
5.38	5.39	8 Miérc. San Dionisio, obispo, y el beato Julián de San Agustín.— <i>Anima.</i>	6.32	4.45	9 Sáb. San Gregorio Nacianceno, ob. y doc., y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	7.04	7.04	4.44	9 Sáb. San Gregorio Nacianceno, ob. y doc., y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.
5.40	5.41	9 Juev. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.	6.33	4.43	10 Dom. Nuestra Sra. de los Desamparados, san Antonino, arz. de Florencia, y los Stos. Gordiano y Epímaco, mrs.	7.05	7.05	4.42	10 Dom. Nuestra Sra. de los Desamparados, san Antonino, arz. de Florencia, y los Stos. Gordiano y Epímaco, mrs.
5.41	5.42	10 Vier. San Daniel y san Ezequiel, profetas.	6.34	4.41	11 Lun. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., patrón de Lérida.— <i>Letanias.</i>	7.06	7.06	4.41	11 Lun. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., patrón de Lérida.— <i>Letanias.</i>
5.43	5.44	11 Sáb. San León Magno, papa y doctor.	6.35	4.40	12 Mart. Sto. Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio.— <i>Letanias.</i>	7.07	7.07	4.39	12 Mart. Sto. Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio.— <i>Letanias.</i>
5.45	5.46	12 Dom. de Cuasimodo ó in albis. San Víctor y san Cenón.	6.36	4.38	13 Miérc. San Pedro Regalado, pat. Valladolid.— <i>Letanias.</i>	7.08	7.08	4.38	13 Miérc. San Pedro Regalado, pat. Valladolid.— <i>Letanias.</i>
5.46	5.47	13 Lun. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr.— <i>Abrense las velaciones.</i>	6.37	4.37	14 Juev. <i>Fiesta.</i> LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR y san Bonifacio.	7.09	7.09	4.36	14 Juev. <i>Fiesta.</i> LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR y san Bonifacio.
5.48	5.49	14 Mart. San Tiburcio, san Valeriano, san Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo, pat. de Tuy.	6.38	4.36	15 Vier. <i>Fiesta.</i> SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato y seis comps., obs. y mrs.	7.10	7.10	4.35	15 Vier. <i>Fiesta.</i> SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato y seis comps., obs. y mrs.
5.50	5.51	15 Miér. Santas Basilisa y Anastasia, mrs.	6.39	4.35	16 Sáb. San Juan Nepomuceno, protom. del sigilo de la confesión sacr., S. Ubaldo y el bto. Simón Stok.	7.11	7.11	4.35	16 Sáb. San Juan Nepomuceno, protom. del sigilo de la confesión sacr., S. Ubaldo y el bto. Simón Stok.
6.08	6.09	16 Juev. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio.	6.40	4.34	17 Dom. San Pascual Bailón, conf.	7.12	7.12	4.34	17 Dom. San Pascual Bailón, conf.
6.10	6.11	17 Viern. San Aniceto, la bta. María Ana de Jesús, y los Stos. mrs. de Córdoba Elías, Pablo é Isidoro.	6.41	4.33	18 Lun. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.	7.13	7.13	4.33	18 Lun. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.
6.12	6.13	18 Sáb. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernón.	6.42	4.32	19 Mart. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina, san Pedro de Dueñas y santa Pudenciana.	7.14	7.14	4.32	19 Mart. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina, san Pedro de Dueñas y santa Pudenciana.
6.14	6.15	19 Dom. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.	6.43	4.31	20 Miérc. San Bernardino de Sena, conf.	7.15	7.15	4.31	20 Miérc. San Bernardino de Sena, conf.
6.16	6.17	20 Lun. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.	6.44	4.30	21 Juev. Sta. M. ^a de Cervellón ó de Socors y S. Secundino.	7.16	7.16	4.30	21 Juev. Sta. M. ^a de Cervellón ó de Socors y S. Secundino.
6.18	6.19	21 Mart. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45	4.29	22 Vier. Sta. Quiteria y Sta. Julia, san Atón, el bto. Pedro de la Asunción, y la beata Rita de Casia.	7.17	7.17	4.29	22 Vier. Sta. Quiteria y Sta. Julia, san Atón, el bto. Pedro de la Asunción, y la beata Rita de Casia.
6.20	6.21	22 Miérc. San Sotero y san Cayo, papas y mrs.	6.46	4.28	23 Sáb. La Aparición del ap. Santiago, san Basileo y san Epitacio.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	7.18	7.18	4.28	23 Sáb. La Aparición del ap. Santiago, san Basileo y san Epitacio.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
6.22	6.23	23 Juev. San Jorge, mr.	6.47	4.27	24 Dom. de Pentecostés. San Robustiano, bto. Juan de Prado, y la Trasl. de Sto. Domingo de Guzmán.	7.19	7.19	4.27	24 Dom. de Pentecostés. San Robustiano, bto. Juan de Prado, y la Trasl. de Sto. Domingo de Guzmán.
6.24	6.25	24 Vier. San Fidel de Sigmaringa, y san Gregorio, ob.	6.48	4.26	25 Lun. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mr., y Sta. María Magdalena de Pazzis, virgen.	7.20	7.20	4.26	25 Lun. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mr., y Sta. María Magdalena de Pazzis, virgen.
6.26	6.27	25 Sáb. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo.— <i>Letanias mayores.</i>	6.49	4.25	26 Mart. San Felipe Neri, conf., y san Eleuterio, papa.	7.21	7.21	4.25	26 Mart. San Felipe Neri, conf., y san Eleuterio, papa.
6.28	6.29	26 Dom. El Patrocinio de San José, san Cleto y san Marcelino, papas, la Traslación de Sta. Leocadia, y los btos. Domingo y Gregorio, dominicos.	6.50	4.24	27 Miérc. San Juan, papa y mr.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>	7.22	7.22	4.24	27 Miérc. San Juan, papa y mr.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>
6.30	6.31	27 Lun. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, san Pedro Armengol y san Antimo, ob. y mr.	6.51	4.23	28 Juev. San Justo, ob. de Urgel, y S. Justo, conf.— <i>Anima.</i>	7.23	7.23	4.23	28 Juev. San Justo, ob. de Urgel, y S. Justo, conf.— <i>Anima.</i>
6.32	6.33	28 Mart. San Prudencio, ob., san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.52	4.22	29 Vier. San Maximino y san Restituto.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>	7.24	7.24	4.22	29 Vier. San Maximino y san Restituto.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>
6.34	6.35	29 Miérc. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Císter.	6.53	4.21	30 Sáb. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.— <i>Témpora.—Ayuno.—Ordenes.—Anima.</i>	7.25	7.25	4.21	30 Sáb. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.— <i>Témpora.—Ayuno.—Ordenes.—Anima.</i>
6.36	6.37	30 Juev. Santa Catalina de Sena, y los santos mrs. de Córdoba Amador, presb., Pedro y Luis.	6.54	4.20	31 Dom. La Santísima Trinidad, Ntra. Sra. Reina de Todos los Stos. y Madre del Amor Hermoso, los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, y las santas Petronila y Angela de Mérici, virgs.	7.26	7.26	4.20	31 Dom. La Santísima Trinidad, Ntra. Sra. Reina de Todos los Stos. y Madre del Amor Hermoso, los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, y las santas Petronila y Angela de Mérici, virgs.

JUNIO.

6.38	6.39	1 Lun. San Segundo, ob. y mr., san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala.	7.24	4.29	16 Mart. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mrs., y santa Lutgarda, virgen.	7.32	7.32	4.29	16 Mart. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mrs., y santa Lutgarda, virgen.
6.40	6.41	2 Mart. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presb.	7.25	4.28	17 Miérc. San Manuel y comps., mrs., santa Teresa, reina de León, y los Stos. Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.	7.33	7.33	4.28	17 Miérc. San Manuel y comps., mrs., santa Teresa, reina de León, y los Stos. Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
6.42	6.43	3 Miérc. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.	7.26	4.27	18 Juev. Stos. Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.	7.34	7.34	4.27	18 Juev. Stos. Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
6.44	6.45	4 Juev. <i>Fiesta.</i> SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI, y san Francisco Caracciolo, fundador.	7.27	4.26	19 Vier. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mrs.	7.35	7.35	4.26	19 Vier. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mrs.
6.46	6.47	5 Vier. San Bonifacio, ob. y mr.	7.28	4.25	20 Sáb. San Silverio, papa y mr., Sta. Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.	7.36	7.36	4.25	20 Sáb. San Silverio, papa y mr., Sta. Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.
6.48	6.49	6 Sáb. San Norberto, arzobispo y fundador del Orden premonstratense.	7.29	4.24	21 Dom. San Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo.	7.37	7.37	4.24	21 Dom. San Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo.
6.50	6.51	7 Dom. San Pedro y comps., mrs., monjes de Córdoba.	7.30	4.23	22 Lun. San Paulino, ob., y san Acacio y comps., mrs.	7.38	7.38	4.23	22 Lun. San Paulino, ob., y san Acacio y comps., mrs.
6.52	6.53	8 Lun. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.	7.31	4.22	23 Mart. San Juan, presb. y mr.	7.39	7.39	4.22	23 Mart. San Juan, presb. y mr.
6.54	6.55	9 Mart. San Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.	7.32	4.21	24 Miérc. La Natividad de san Juan Bautista.	7.40	7.40	4.21	24 Miérc. La Natividad de san Juan Bautista.
6.56	6.57	10 Miérc. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mrs.	7.33	4.20	25 Juev. San Guillermo, abad, san Eloy, ob., y Sta. Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.	7.41	7.41	4.20	25 Juev. San Guillermo, abad, san Eloy, ob., y Sta. Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
6.58	6.59	11 Juev. San Bernabé, apóstol.	7.34	4.19	26 Vier. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.	7.42	7.42	4.19	26 Vier. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
7.00	7.01	12 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús, san Juan de Sahagún, san Onofre, anacoreta, y los santos Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.	7.35	4.18	27 Sáb. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	7.43	7.43	4.18	27 Sáb. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
7.02	7.03	13 Sáb. San Antonio de Padua y san Fandila, presbítero y mártir.	7.36	4.17	28 Dom. San León II, papa, y san Argimiro, mr.	7.44	7.44	4.17	28 Dom. San León II, papa, y san Argimiro, mr.
7.04	7.05	14 Dom. EL Purísimo Corazón de María, san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.37	4.16	29 Lun. <i>Fiesta.</i> SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.45	7.45	4.16	29 Lun. <i>Fiesta.</i> SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
7.06	7.07	15 Lun. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mrs.	7.38	4.15	30 Mart. La Conmemoración del apóstol san Pablo y san Marcial.	7.46	7.46	4.15	30 Mart. La Conmemoración del apóstol san Pablo y san Marcial.

JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol	Ocasos del Sol	Ortos del Sol	Ocasos del Sol
H M	H M	H M	H M
4.33	1 Miérc. Santos Casto y Secundino, mrs.	7.34	1 Sáb. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mrs., y san Félix, mártir de Africa.
4.38	2 Juev. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mrs.	7.34	2 Dom. Ntra. Sra. de los Angeles, san Alfonso María de Ligorio, ob. y doc., san Pedro, ob. de Osma, y la bta. Juana de Aza.— <i>Jubileo de la Porciúncula.</i>
4.34	3 Vier. San Trifón y compañeros, mrs., y el bto. Raimundo Lulio, mr.	7.34	3 Lun. La Invención del cuerpo de san Esteban.
4.34	4 Sáb. San Laureano, ob. y mr., y el bto. Gaspar Bono.	7.34	4 Mart. Santo Domingo de Guzmán, fund. del O. de P.
4.35	5 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, santos Cirilo y Metodio, obs., san Miguel de los Santos, y santa Zoa, mr.	7.33	5 Miérc. Ntra. Sra. de las Nieves y san Abel ó Abelardo.
4.35	6 Lun. Santa Lucía, mr.	7.33	6 Juev. La Transfiguración del Señor, los santos niños Justo y Pastor, mrs., patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mr.
4.36	7 Mart. San Fermín, ob. y mr., san Odón, san Lorenzo de Brindis, y Sta. Pulqueria, emperatriz.	7.33	7 Vier. San Cayetano, fundador de los Teatinos, san Alberto de Sicilia, san Esteban, abad, y comps., mártires, y san Donato, ob. y mr.
4.37	8 Miérc. Santa Isabel, reina de Portugal.	7.32	8 Sáb. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
4.37	9 Juev. San Cirilo, ob. y mr.	7.32	9 Dom. San Román, mr.
4.38	10 Vier. Los santos doce hermanos, mrs., santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, virgs. y mrs.	7.32	10 Lun. San Lorenzo, diácono, y santa Filomena, virg.
4.39	11 Sáb. San Pío I, papa y mr., san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.	7.31	11 Mart. San Tiburcio y santa Susana, virg., mrs.
4.39	12 Dom. San Juan Gualberto, abad, santos Nabor y Félix, mrs., y santa Marciana, virg. y mr.	7.31	12 Miér. Santa Clara de Asís, virg., fund. de las Clarisas.
4.40	13 Lun. San Anacleto, papa y mr.	7.30	13 Juev. Stos. Hipólito y Casiano, Stas. Centola y Elena.
4.41	14 Mart. San Buenaventura, obispo y doctor.	7.30	14 Vier. San Eusebio, presb., y san Pablo, diác. y mr.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
4.42	15 Miérc. San Camilo de Lelis, fund. de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los btos. 40 mártires del Brasil.	7.29	15 Sáb. Fiesta. LA ASUNCIÓN DE NTRA. SRA. y san Alipio.
4.42	16 Juev. Ntra. Sra. del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diác., mr. de Córdoba.	7.29	16 Dom. San Joaquín, padre de Ntra. Sra., santos Roque y Jacinto, y el bto. Juan de Santa Marta.
4.43	17 Vier. San Alejo, conf.	7.28	17 Lun. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mrs.
4.44	18 Sáb. Santa Sinforsosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virg., todos mrs.	7.27	18 Mart. San Agapito, mr., santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.
4.45	19 Dom. San Vicente de Paúl, fundador de las Hijas de la Caridad.	7.27	19 Miérc. San Luis, ob., y el bto. Pedro de Zúñiga, mr.
4.46	20 Lun. San Elías, prof., san Jerónimo Emiliano, fund., y santas Librada y Margarita, virgs. y mrs.	7.26	20 Juev. San Bernardo, abad y doctor.
4.47	21 Mart. Santa Práxedes, virgen.	7.25	21 Vier. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, san Fabriciano y san Filiberto.
4.47	22 Miérc. Santa María Magdalena, penitente.	7.24	22 Sáb. San Timoteo, san Hipólito y san Sinfiriano.
4.48	23 Juev. San Apolinar, ob. y mr., san Liborio, ob., y los Stos. herms. Bernardo, María y Gracia, mrs.	7.24	23 Dom. San Felipe Benicio, conf., san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.
4.49	24 Vier. Santa Cristina, virg. y mr., y san Francisco Solano, conf.— <i>Ayuno.</i>	7.23	24 Lun. San Bartolomé, apóstol.
4.50	25 Sáb. Fiesta. SANTIAGO APÓSTOL, patrón de España.	7.22	25 Mart. San Luis, rey de Francia, san Ginés de Arlés, y los btos. Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
4.51	26 Dom. Sta. Ana, madre de la Santísima Virgen María.	7.21	26 Miérc. San Ceferino, papa, y san Víctor, presb., mrs.
4.52	27 Lun. San Pantaleón, san Cucufate, santas Juliana y Semproniana, virgs. y mrs., pats. de Mataró.	7.20	27 Juev. San José de Calasanz, san Rufo y la Transverberación del corazón de Sta. Teresa de Jesús.
4.53	28 Mart. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs., san Inocencio, papa, y la bta. Catalina Tomás.	7.19	28 Vier. San Agustín, ob. y doc., y san Hermes, mr.
4.54	29 Miérc. Santa Marta, virg., y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.	7.18	29 Sáb. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina, y los santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.
4.55	30 Juev. San Abdón, san Senén y san Teodomiro, mrs.	7.17	30 Dom. Ntra. Sra. de la Consolación ó Correa, santa Rosa de Lima, y santos Félix y Adaucto.
4.56	31 Vier. San Ignacio de Loyola, conf., fund. de la C. de J.	7.16	31 Lun. San Ramón Nonnato y santo Domingo de Val.

SEPTIEMBRE.

5.27	1 Mart. San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo, los santos doce herms., mrs., san Gil y santa Ana.	6.33	5.41	16 Miér. Stos. Cornelio y Cipriano, Stas. Eufemia y Lucía, y san Geminiano, mrs.— <i>Tempora.—Ayuno.</i>	6.08
5.28	2 Miérc. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mártir, patrón de Palencia.	6.31	5.42	17 Juev. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, santa Columba y san Pedro Arbués.	6.06
5.28	3 Juev. San Sandalio, san Ladislao, y los beatos Francisco de Jesús y Gabriel de la Magdalena.	6.29	5.43	18 Vier. Santo Tomás de Villanueva, arz. de Valencia, y san José de Cupertino, conf.— <i>Tempora.—Ayuno.</i>	6.05
5.29	4 Vier. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vírgenes.	6.28	5.44	19 Sáb. San Jenaro, ob., y comps., mrs., santa Pomposa, virgen y mr., el bto. Alonso de Orozco, y san Próculo, diác. y mr.— <i>Tempora.—Ayuno.—Órdenes.</i>	6.03
5.30	5 Sáb. San Lorenzo Justiniano, la Conmemoración de san Julián, ob. de Cuenca, y santa Obdulia.	6.26	5.45	20 Dom. Los Dolores gloriosos de Ntra. Sra., san Eustaquio y comps., mrs., san Rogelio y san Siervo de Dios, y el bto. Francisco de Posadas.	6.01
5.31	6 Dom. San Eugenio y compañeros, mrs.	6.25	5.46	21 Lun. San Mateo, apóstol y evangelista.	6.00
5.32	7 Lun. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23	5.47	22 Mart. San Mauricio y compañeros, mrs.	5.58
5.33	8 Mart. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y S. Adrián.	6.21	5.48	23 Miérc. San Lino, papa, y santa Tecla.	5.56
5.34	9 Miérc. San Gorgonio, Sta. María de la Cabeza, esp. de san Isidro Labrador, y san Gregorio de Osset.	6.20	5.49	24 Juev. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el bto. Dalmacio Moner, conf.	5.55
5.35	10 Juev. San Nicolás de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el beato Francisco de Morales y compañeros, mártires del Japón.	6.18	5.50	25 Vier. San Lope, san Formerio, y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mr. de la sevicia judaica.	5.53
5.36	11 Vier. San Proto y san Jacinto, mrs.	6.16	5.51	26 Sáb. San Cipriano, santa Justina y san García.	5.51
5.37	12 Sáb. San Leoncio y comps., san Vicente, y los beatos Tomás de Zumárraga y Apolinar Franco.	6.15	5.52	27 Dom. San Cosme y san Damián, hermanos, mrs.	5.50
5.38	13 Dom. El Dulce Nombre de María y san Felipe, mr.	6.13	5.53	28 Lun. San Wenceslao, san Adolfo y san Juan, santa Eustoquia, y el beato Simón de Rojas.	5.48
5.39	14 Lun. La Exaltación de la Santa Cruz.	6.11	5.54	29 Mart. La Dedicación del arcángel san Miguel.	5.46
5.40	15 Mart. San Nicomedes, presb. y mr., y san Jeremías, mártir de Córdoba.	6.10	5.55	30 Miér. San Jerónimo, presb. y doc., y santa Sofía.	5.45

OCTUBRE.

NOVIEMBRE.

Ocasos del Sol	H M	1 Juev. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	Ocasos del Sol	H M	1 Dom. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	Ocasos del Sol	H M
5.56	5.56		5.43	6.29	2 Lun. La Conmemoración de los Fieles Difuntos y santa Eustaquia, virgen y mr.	4.57	4.57
5.57	5.57	2 Vier. Los santos Angeles Custodios, san Olegario, ob. y mr., y san Saturio, anac., patrón de Soria.	5.41	6.31	3 Mart. Los Innumerables mártires de Zaragoza y san Ermengol, obispo.	4.56	4.56
5.58	5.58	3 Sáb. San Cándido, mr., y san Gerardo, abad.	5.40	6.32	4 Miérc. San Carlos Borromeo, arzob., san Vidal y san Agrícola, mrs.	4.55	4.55
5.59	5.59	4 Dom. Nuestra Señora del Rosario y san Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	5.38	6.33	⑦ Luna nueva, á las 7 y 12 m. mañana, en Escorpio.	4.54	4.54
6.00	6.00	5 Lun. San Plácido y comps., mrs., san Froilán y san Atilano, obispos.	5.36	6.31	5 Juev. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4.53	4.53
6.01	6.01	⑦ Luna nueva, á las 10 y 4 m. noche, en Libra.	5.35	6.35	6 Vier. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.	4.52	4.52
6.02	6.02	6 Mart. San Bruno, fundador de los Cartujos.	5.33	6.36	7 Sáb. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.	4.51	4.51
6.03	6.03	7 Miérc. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Cid, abad.	5.32	6.38	8 Dom. El Patrocinio de Ntra. Sra., y los Stos. Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.	4.50	4.50
6.04	6.04	8 Juev. Santa Brígida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mártir de Sevilla.	5.30	6.39	9 Lun. La Dedicación de la Basilica del Salvador (San Juan de Letrán) en Roma, y san Teodoro.	4.49	4.49
6.05	6.05	9 Vier. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.	5.29	6.40	10 Mart. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.	4.48	4.48
6.06	6.06	10 Sáb. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán.	5.27	6.41	11 Miérc. San Martín, ob., y san Mena, mr.	4.47	4.47
6.07	6.07	11 Dom. San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.	5.25	6.42	⑧ Cuarto creciente, á las 5 y 26 m. mañana, en Acuario.	4.42	4.42
6.08	6.08	12 Lun. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegrinario, conf.	5.24	6.43	12 Juev. San Martín, papa y mr., san Diego de Alcalá y san Millán, presb.	4.45	4.45
6.09	6.09	⑨ Cuarto creciente, á las 2 y 33 m. tarde, en Capricornio.	5.22	6.45	13 Vier. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, conf.	4.44	4.44
6.10	6.10	13 Mart. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mrs.	5.21	6.46	14 Sáb. San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obs.	4.43	4.43
6.12	6.12	14 Miérc. San Calixto, papa y mr.	5.19	6.47	15 Dom. San Leopoldo, confesor.	4.42	4.42
6.13	6.13	15 Juev. Santa Teresa de Jesús, fund. de la Descalceoz carmelitana y compatrona de las Españas.	5.18	6.48	16 Lun. San Eugenio I, arz. de Toledo, san Rufino y compañeros, mrs., y santa Inés de Asís, virgen.	4.41	4.41
6.14	6.14	16 Vier. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.16	6.49	17 Mart. San Gregorio Taumaturgo, ob., san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.	4.40	4.40
6.15	6.15	17 Sáb. Santa Euduvigis y la beata María de Alacoque.	5.15	6.50	18 Miérc. La Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo en Roma, y san Máximo y san Román.	4.40	4.40
6.16	6.16	18 Dom. San Lucas, evangelista.	5.13	6.52	⑩ Luna llena, á las 10 y 10 m. mañana, en Tauro.	4.40	4.40
6.17	6.17	19 Lun. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria.	5.12	6.53	20 Vier. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	4.39	4.39
6.18	6.18	20 Mart. San Juan Cancio, presb., y santa Irene, virgen.	5.11	6.54	21 Sáb. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mrs.	4.38	4.38
6.19	6.19	21 Miérc. San Hilarión, santa Ursula y comps., virgs.	5.09	6.55	22 Dom. Santa Cecilia, virgen y mr.	4.38	4.38
6.20	6.20	⑪ Luna llena, á las 4 y 3 m. tarde, en Aries.	5.08	6.56	23 Lun. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	4.37	4.37
6.21	6.21	22 Juev. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Aloadia, vírgenes y mrs.	5.06	6.57	24 Mart. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mr., santa Flora y santa María, virgs., mrs. de Córdoba.	4.37	4.37
6.22	6.22	23 Vier. San Pedro Pascual, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.	5.05	6.58	25 Miérc. Santa Catalina, virgen y mr.	4.36	4.36
6.23	6.23	24 Sáb. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, ob.	5.04	6.59	26 Juev. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.	4.36	4.36
6.24	6.24	25 Dom. San Crisanto y Sta. Daria, Stos. Gabino, Proto, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mrs., y san Frutos, conf., patrón de Segovia.	5.03	7.01	27 Vier. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.	4.36	4.36
6.25	6.25	26 Lun. San Evaristo, papa y mr., santos Luciano, Marciano, Valentín y santa Engracia, mrs.	5.01	7.02	⑫ Cuarto menguante, á las 2 y 29 m. madrugada, en Virgo.	4.36	4.36
6.26	6.26	27 Mart. San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, pats. de Avila y Talavera de la Reina.	5.00	7.03	28 Sáb. San Gregorio III, papa.—Ciérranse las velaciones.	4.35	4.35
6.27	6.27	28 Miérc. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.	4.59	7.02	29 Dom. I de Adviento. San Saturnino, ob. y mr.	4.35	4.35
6.28	6.28	⑬ Cuarto menguante, á las 3 y 6 m. tarde, en Leo.		7.03	30 Lun. San Andrés, apóstol.	4.35	4.35
		29 Juev. San Narciso, ob., y san Marcelo Centurión, mrs.					
		30 Vier. Santos Claudio, Lupericio y Victorio ó Victorico, mrs., y san Alonso Rodríguez.					
		31 Sáb. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.					

DICIEMBRE.

7.01	7.01	1 Mart. Santa Natalia, viuda.	4.35	7.16	15 Mart. San Eusebio de Verceli, ob. y mr.	4.35	4.35
7.05	7.05	2 Miérc. Santa Bibiana, virgen y mr., san Pedro Crisólogo, ob. y doc., y santa Elisa, virgen.	4.34	7.17	16 Miérc. San Valentín y compañeros, mrs.—Tempora.—Ayuno.	4.35	4.35
7.06	7.06	3 Juev. San Francisco Javier, conf., san Claudio y santa Hilaria, mrs.	4.34	7.17	17 Juev. San Lázaro, ob. y mr., san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda constantinopolitana.	4.35	4.35
7.07	7.07	⑭ Luna nueva, á las 5 y 36 m. noche, en Sagitario.	4.34	7.18	18 Viern. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo La Virgen de la O).—Tempora.—Ayuno.	4.36	4.36
7.08	7.08	4 Viern. Santa Bárbara, virgen y mr., y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japon.—Ayuno.	4.34	7.19	19 Sáb. San Nemesio, mr.—Tempora.—Ayuno.—Órdenes.	4.36	4.36
7.09	7.09	5 Sáb. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.—Ayuno.	4.34	⑮ Luna llena, á las 3 y 51 m. mañana, en Géminis.			
7.10	7.10	6 Dom. II de Adviento. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	7.19	20 Dom. IV de Adviento. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37	4.37
7.11	7.11	7 Lun. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34	7.20	21 Lun. Santo Tomás, apóstol.	4.37	4.37
7.12	7.12	8 Mart. Fiesta. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Mart. San Demetrio y compañeros, mrs.	4.38	4.38
		9 Miérc. Santa Leocadia, virgen, patrona de Toledo.	4.34	7.21	23 Miérc. Santa Victoria, virgen y mr.	4.38	4.38
		10 Juev. La Traslación de la santa Casa de Loreto, san Melquíades, papa y mr., santa Eulalia (ú Olalla) de Mérida, y santa Julia, vírgenes y mártires.	4.34	7.21	24 Juev. San Gregorio, presb. y mr.—Ayuno con abstinencia de carne.	4.39	4.39
		⑯ Cuarto creciente, á las 12 y 15 m. noche, en Piscis.		7.21	25 Vier. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, santa Anastasia y 270 comps. mrs.	4.39	4.39
7.13	7.13	11 Vier. San Dámaso, papa.—Ayuno.	4.34	7.22	26 Sáb. San Esteban, protomártir.	4.40	4.40
7.14	7.14	12 Sáb. Ntra. Sra. de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y comps. mrs.—Ayuno.	4.34	⑰ Cuarto menguante, á las 11 y 54 m. mañana, en Libra.			
7.14	7.14	13 Dom. III de Adviento. Santa Lucia, virgen y mr., y el beato Juan de Marinoni, conf.	4.34	7.22	27 Dom. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41	4.41
7.15	7.15	14 Lun. San Nicasio, ob. y mr., san Espiridión y san Pompeyo, obs.	4.35	7.23	28 Lun. Los santos Inocentes, mrs.	4.41	4.41
				7.23	29 Mart. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.	4.42	4.42
				7.23	30 Miérc. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, san Sabino, ob., y compañeros, mrs.	4.43	4.43
				7.23	31 Juev. San Silvestre, papa y conf., y santa Melania.	4.44	4.44



EXCMO. SR. D. MANUEL PAVIA Y RODRÍGUEZ DE ALBURQUERQUE,

CAPITÁN GENERAL DE EJÉRCITO.

Nació en Cádiz el 2 de Agosto de 1827; † en Madrid el 4 de Enero de 1895.

BIBLIOTECA





SAN ANTONIO DE PADUA



I.

ESTA la festividad consagrada por los ritos al patrono de Padua en mediados de Junio, no alcanzó nunca de las costumbres y tradiciones católicas aquel valor alcanzado por la fiesta de San Juan Bautista, celebrada en fines de Junio, en el solsticio de verano, y correspondiente con la natividad de Jesús, que celebramos en el solsticio de invierno, en fines de Diciembre. Así la noche del santo por antonomasia, como le llaman sus protegidos y devotos los paduanos, carece de aquella poesía particular á la noche del Bautista San Juan, recordada por Lope de Vega en sus comedias, y resultante de las hogueras encendidas en los altos; de las serenatas cantando por las calles endechas amorosas oídas á los acompañamientos del clásico pespunteo hispánico; de las enramadas esparcidas por los novios en los dinteles del hogar idolatrado; de los encantadores hechizos con que las enamoradas jóvenes, ceñidas con sus postreros claveles y rosas, interrogan lo porvenir en rebosantes lebrillos donde se retratan las estrellas y se condensan los augurios; de tantas y tantas consejas como respecto á tal noche corren por todas partes; en fin, de las innumerables ideas estéticas volando como errantes luciolas so la vía láctea que por el cielo asoma como un perlado crepúsculo compuesto de innumerables lunillas á los ojos, entre los últimos tibios alientos exhalados por la primavera que se despide y los primeros eléctricos calores aportados por el estío naciente que os magnetiza y os exalta. No puede compararse, no, la víspera de San Juan Bautista con la víspera de San Antonio de Padua en sus respectivas noches. El precursor, según las categorías litúrgicas, lo merece más que el franciscano, pues

casi aparece junto á Cristo, no sólo por haber bautizado en el Jordán á éste, por haber henchido de ideas mesiánicas el desierto y confirmádaslas en un martirio infligido por los déspotas asiáticos á sus videntes profecías y á sus redentoras esperanzas.

II.

Sin embargo, no deja de tener San Antonio sus fiestas muy regocijadas. En Padua nunca le olvidaron; y desde tiempo inmemorial celebraban en su honor lujosos torneos mantenidos con figuras mecánicas portadoras de lucientes armas y vestidas de lujosos arreos. En Madrid su verbena, que celebra el pueblo entre florestas y bosques, se dilata desde la puerta de San Vicente hasta el ingreso en la Moncloa y en los Viveros; se ilumina con farolillos venecianos; se compone de tenduchas cargadas con frutas y flores correspondientes á la estación, entre las cuales huelen á gloria las primeras albahacas fresquisimas; se alegra, y mucho, al toque de instrumentos músicos, así como á la cadencia de cantares rítmicos; se anima con los repiques de las campanitas que voltean desde los campanarillos del santuario; no careciendo así de poesía, pues vence á la noche de San Juan en fragancia, por no quemarse bajo los árboles de la Florida y entre las alamedas aquellas tantos buñuelos hechos en mal oliente aceite, cuyo tufillo apesta la noche del 23 de Junio las espaciosas alamedas y los magníficos alrededores del Prado. Pero donde guardaba mayor poesía la conmemoración del Santo era en mi casa levantina. Recuerdo ahora que fué siempre San Antonio abogado de los distraídos. No sé cómo los dolientes de achaque tan malo cual dejar olvidados los llavines y los bolsillos y los papeles por cualquier parte ó rincón del hogar se las habrían para encontrar, antes de la canonización del Santo, estos objetos extraviados y perdidos; lo cierto es que, faltando el huso á la rueca en aquellos caserones de Levante, al patio el pavón



y al corral el gallo, por haberse ido á los pajares, la calceta colgada de las agujas al dedo de las muchachas, en seguida comenzaban las señoras de mi familia unos versos muy feos á santo tan hermoso pidiéndole que procurara el hallazgo.

III.

Éra mi tío Castelar, según llamaba yo al hermano mayor de mi padre, un devoto muy ferviente de San Antonio, á quien rezaba todos los días, en los primeros albores de las relucientes auroras meridionales reflejadas por el Mediterráneo, un oficio, como pudiera diligentísimo cura, pues rezos y liturgias de antigua catedral practicaba el buen anciano, magüer, partícula que uso yo así me llamen anacrónico, magüer su numerosa prole habida en matrimonio legítimo y sus ideas liberales adquiridas en una sabia combinación del rezo latino de nuestra Iglesia con las obras filosóficas del pasado siglo, frecuentadas éstas por él merced á la correspondiente licencia eclesiástica. En antigua urna de negro ébano é incrustaciones argenteas, guardaba mi tío un San Antonio, una efigie, una estatua, un simulacro, el cual, por la expresión dulcemente ascética de su rostro, la talla magistral de su cuerpo, aquella su encarnadura de vivísima color, el aire de vibración y movimiento prestado á los labios que murmuraban tácita oración, como el reflejo místico á los ojos que miraban con éxtasis un precioso niño Jesús asentado sobre voluminoso devocionario en su mano derecha, parecía hechura del célebre Sarcillo, escultor murciano de primer orden, á quien debíamos llamar, por lo atrevido de ciertos personajes suyos y por lo dulce de otros, la suma de Buonarroti con Rafael, en las esculturas de madera, tan peculiares á nuestro arte religioso. No revelo un secreto si digo que nací hablando y escribiendo. Seré todo lo mal orador y todo lo mal escritor que digan y quieran mis mayores enemigos; nunca me defendí por bueno, atento más á oír mi propia conciencia que á rechazar las ajenas críticas; pero tuve, no sólo vocación, oficio de orador y escritor desde niño. Así mis primas habíanme puesto unas aleluyas como las de don Pirlimplín, y en sus pareados informes decían: «Éra muy chiquitito y hacía ya su discursito», del cual se mofaban ellas, pero con el cual se le caía de regocijo al tío la baba, diciéndome después de oírlo: «No seas catedrático, ni estadista, ni abogado; sé predicador, como San Antonio.» Y le rezaba el buen anciano al Padre, hasta importunarle, para que me tocara en el corazón y me llevase consigo al clero y al púlpito. De ser fraile, como el Santo, no hablaba mi tío; á fuer de liberal, amaba mucho á la Iglesia y aborrecía mucho también á los frailes.

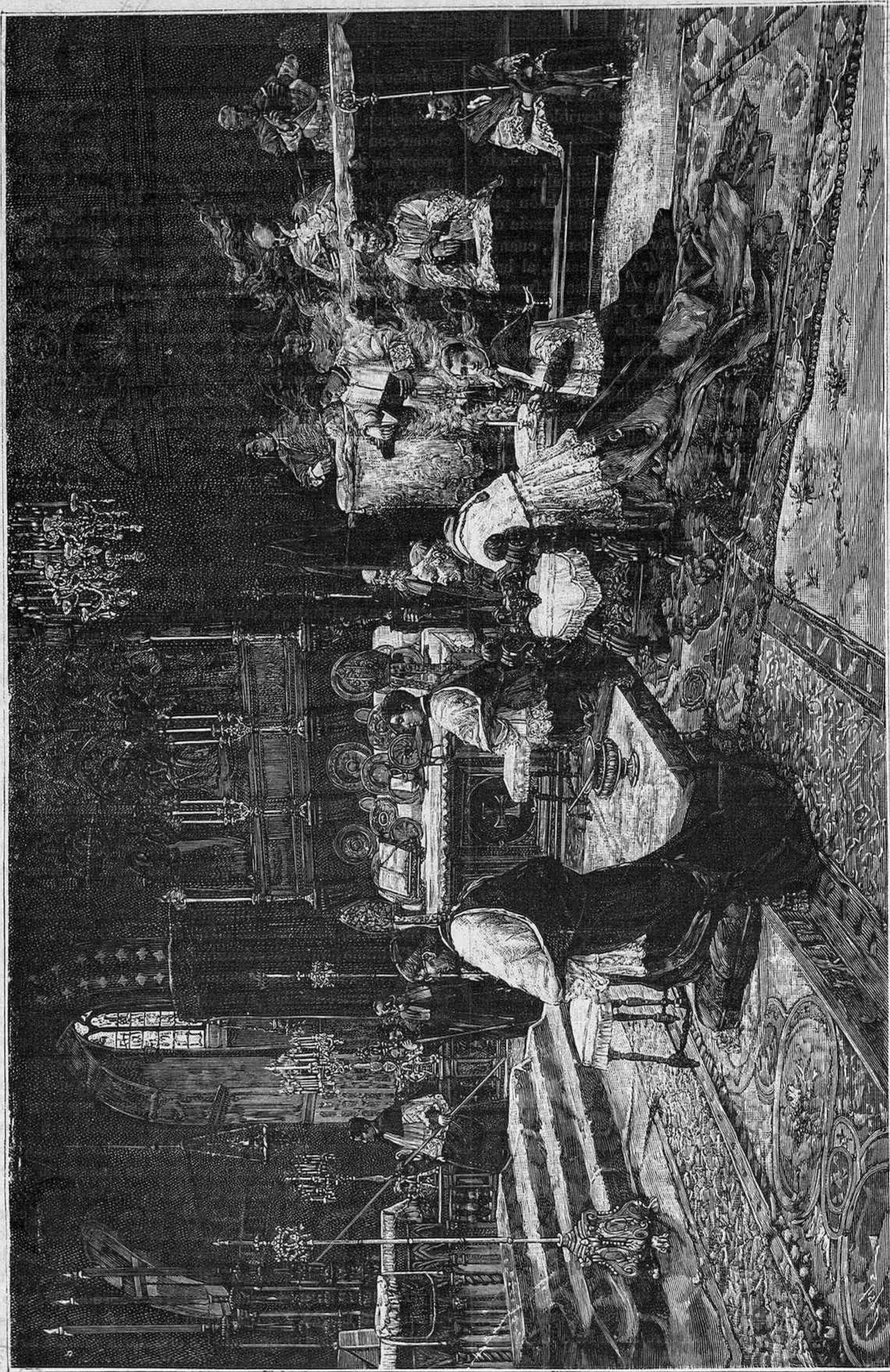
IV.

Sin embargo, las azucenas que lleva San Antonio en la mano más bien recuerdan la fecundidad que el celibato. Los antiguos las deshojaban sobre los lechos de blancas espumas y los carros de madreperlas, donde iba la diosa del

amor, precedida de nereidas y acompañada de tritones, cantando todos al compás de los oleajes y de los céfiros el epitalamio de las nupcias innumerables que presencia el Universo. En los sepulcros egipcios entallábanlas desde tiempo inmemorial sobre los duros pórfidos, indicando la perpetuidad de los muertos, no por la compañía de éstos con dioses encontrados en el cielo tras su tránsito, por la supervivencia de las posteridades y descendencias dejadas en este mundo. Con tal carácter y significación, símbolo de perpetuidad en los suyos, adoptáronlas para diadema de las regias sienes los fundadores de dinastías, Hugo y Capeto. En esta misma significación, en la referente al amparo de la prole y de la posteridad, se confunden las azucenas con el sacro loto de las regiones orientales, y toman, como éste, un sello litúrgico, un ministerio casi religioso, aromando los templos con sus balsámicas esencias y creciendo entre los intercolumnios de aquellos santuarios consagrados á los misterios de las reproducciones universales, las cuales prometen una perduración de nuestra vida humana al par de la vida planetaria y de la vida celeste, avivadas é impelidas todas por el éter y su creadora electricidad. Así el simbolismo nuestro de la Iglesia católica, muy complicado y muy hermoso, quiso que la vara de San José recibiera en su tope un ramo de azucenas por los días de sus dichos y de sus bodas. Misterios divinos de la historia: en una misma flor aparecen afectos iguales de las generaciones, hechos idénticos de los tiempos, fases de la vida, revelaciones de la idea, por tantos y tantos siglos que componen una eternidad con sus afluencias. Las azucenas puestas en la mano izquierda del San Antonio adorado por mi buen tío eran de plata, y relucían por el esmalte de su vara y por el dorado de sus pistilos y por los atomillos de oro depositados en sus cálices de nivea blancura como relucientes joyas que eran. Así, cuando llegaba la festividad litúrgica del Santo y su novena sacra, poníanle ante la urna, parecida de suyo á un retablito, las azucenas del campo compitiendo con las azucenas del arte. Y aquellas varas erizadas de hojas verdes, aquellos pétalos blanquísimos y relucientes como cristales azogados, aquella corola tan bien dispuesta, el cáliz de polen lleno, el aroma embriagador subiéndose á la cabeza en bocanadas de balsámicos efluvios, nos ayudaban al culto, compuesto de oraciones prolijas, y daban como su aire propio y nativo al eco y al vuelo de nuestras infantiles plegarias. Así el Santo, más que ningún otro, ampara los amores castos, protegiendo á las novias amantes y á los novios bien intencionados, según me aseguraban mis vecinas cuando venían en tropel á la novena de mi tío todos los años.

V.

Imaginaos cómo desearía yo, con estos recuerdos vivos de mi memoria y con estas devociones añejas de mi familia, ver el San Antonio de Murillo en la catedral de Sevilla. Entre los muchos camaradas de universidad con quienes yo he convivido en las aulas, había varios sevillanos, los cuales, entusiastas por la capital de Andalucía, me movían á ir para ver la catedral, y en la catedral, sobre todo y ante todo, el lienzo, milagro de los milagros hechos por Murillo, el lienzo



LA CONSAGRACIÓN DE UN OBISPO EN ROMA. — CUADRO DE D. ENRIQUE REGIO Y GIL.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MEXICO
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MEXICO
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MEXICO
BIBLIOTECA

que representa San Antonio recibiendo la celestial visita del Niño Jesús en persona. Por aquella cruentísima Edad Media de los caballeros feudales europeos y de los terribles podestás italianos, cuando vivía San Antonio, nacido en el año 95 de la duodécima centuria, imitaba en sus hechos á Jesucristo amando los niños con amor de padre y atendiéndolos con cuidados y con desvelos de madre. Así, una tradición piadosa quiere que premiara el cielo tan próspera diligencia del Santo, enviándole al Redentor en la forma que tenía, cuando era niño, al nacer en Belén, al trabajar en Nazaret, al huir á Egipto. Dentro de dura celda, donde se hallaba el franciscano, vestido con su sayal, de hinojos y rezando, penetra en descenso del empíreo al techo, circuido de celestial éter condensado por luminosas radiantes nubes, el Niño Jesús, á quien acompañan multitud de ángeles, quienes aletean y cantan, vibrándoles así las alas como los labios, en términos tales, que creéis oír, por la correspondencia entre la vista y el oído, una celestial antifona, como aquellas que debieron los mundos componer, al girar por vez primera en los espacios, iluminados con los albores de la primer aurora, extendida en lo infinito por la recién creada luz surgiendo del divino Verbo creador, cuyos ecos derramaban en la inmensidad puntos de soles y notas de armonía. Lo más hermoso que hay en el cuadro es la luz, pues diríase que la llevaran del Tabor allí, como, tras la luz, aquel mirar de San Antonio, arrobado con la vista del Niño y embobado con el himno de los ángeles, en una enajenación de sí mismo y explayamiento en la inmensidad, que le traen á los ojos el alma interior con todos los deliquios y todos los éxtasis de un verdadero misticismo, tan propio en él como la respiración y como la vida, haciendo sentir á los espectadores que le contemplan el alma en el cuerpo, como la criatura palpitante en las maternales entrañas, y haciendo aumentar el alma de suyo hasta identificarla y confundirla, desceñida de todos los lazos materiales, con su divino Criador.

VI.

¿Cuál diferencia entre la creación de Murillo en la Catedral sevillana y la creación de Goya en la Florida madrileña! Murillo es un genio parejo con el genio de Santa Teresa; Goya es un genio parejo con el genio de Arouet Voltaire. Así, mientras Murillo representa la reacción religiosa propia de la segunda mitad del siglo décimoséptimo, Goya representa la revolución política propia de la primera mitad del siglo décimonono. Á la increada luz del primero, que diríais encendida por un soplo angélico para esclarecer el vuelo de los espíritus hacia la infinita verdad, suceden esos toques metálicos azules del sol que rebota en la Fuente de la Teja ó que alegra con sus reverbeos en los montes guadarramas las meriendas del Pardo. Los ángeles no son aquellos niños sin pecado que se desprenden, como bandadas de mariposas, entre las áureas lámparas luciendo ante las efigies sacratísimas y los vidrios de colores matizando altares y columnas en la basílica hispalense; son las mujeres semejantes á heroínas de sainete al uso, cuyos ojos negros lucen tras las varillas del abanico recamado y cuyas mejillas coloradas por sí mismas y por el colorete prestado resaltan bajo la blonda

de blanca nivea, la peineta de concha con incrustaciones áureas y recamada de brillantes; mujeres acostumbradas á regatear en las ferias, á empinar el codo en los holgorios, á chocar con los hombres en el juego de la gallina ciega y á presenciar tendidas en el verde césped con sus chulitos el rodar de los bolos, á enrubiarse para más sirenas parecer en sociedad é ir desde las Carreras donde toread ellas con sus gestos al torero Pepe Hillo, al teatro donde lloran lágrimas de Máiquez, las cuales todo lo merecen menos alas de ángeles; y si alguna vez aletearan, fuera con aleteo de vuelo bajo. El mismo San Antonio no aguarda el Niño Dios de rodillas en la celda conventual, no; habla, como sobre una barricada, llevando aureola que semeja un parche, y dirigiéndose, inclinado hacia el suelo y el pueblo, á las muchedumbres, como si hablara contra Fernando VII, y pidiera el concurso de los chisperos y manolos y majos, que lo cercan en tumulto y lo escuchan entre alaridos, para una revolución liberal.

VII.

Pero lo más hermoso de cuanto se ha erigido y hecho en culto y honra del Santo es la capilla suya paduana, que recuerda una gratitud de ocho siglos, todavía no extinguida en el humano corazón y en la memoria humana. Yo, á pesar de mis numerosos viajes por Italia, tardé mucho en ir á la ciudad de Padua y en visitar la iglesia y capilla del Santo, dos ejemplares magníficos éstas de arte, que han producido siempre un verdadero asombro en quienes las vieran y estudiaran. Ciudad tal engendró uno de los escritores más pintorescos de las edades antiguas, el historiador épico llamado Tito Livio, y uno de los pintores más brillantes de las edades cristianas, el mago de color y de facundia, que se denominó Mantegna. Mas, hoy, el principal talismán que guarda, y la principal magia que ejerce, hállase por completo en la iglesia y en la capilla del Santo, llena del todo, no solamente con celestiales nubes de incienso y con antiguas evaporaciones de lágrimas, con el esplendor de las artes y de las ciencias itálicas en su alto cenit maravilloso. Desde que os acercáis al edificio, muéveteos á extrañeza, por no corresponder con arquetipo alguno de los que lleváis en la inteligencia referentes á construcción y arquitectura. Ojos tan acostumbrados como los nuestros á contemplaciones y estudios de monumentos arquitectónicos, dispares del genio y del gusto europeos, como la catedral de Córdoba y los alcázares de Granada, se maravillan al contemplar en la puerta del templo una estatua ecuestre, tallada por Donatello, representando medioeval capitán, análoga con la clásica del gran Marco Aurelio que campea en la plaza del Capitolio, la cual estatua de Donatello parece guardar, caballero su extraño sujeto sobre colosal bruto, el inmenso edificio, romano, godo, bizantino, heleno; con balcones tallados en mármoles, como aquellos que dan sobre los canales de San Marcos, y con agudos campaniles, compuestos de tres planos piramidales, reunidos y acabados en agudísimo punto; con pórticos y fachadas muy semejantes á las que abren el ingreso á San Juan de Letrán y Santa María la Mayor; con sobreposición de columnitas recordando las orientales y asiáticas em-

potradas en la catedral venéa; con mezcla de rosetones, intercolumnios, ojivas, arcos del renacimiento, que diríase haber allí reunido una mano alejandrina para ofrecer en piedras sincrética y milagrosa síntesis de todas las religiones, de todas las edades, de todas las creencias, de todas las liturgias, de todas las artes, en una maravillosa distribución, la cual compone, con la suma de géneros varios y diversos, una inefable armonía.

VIII.

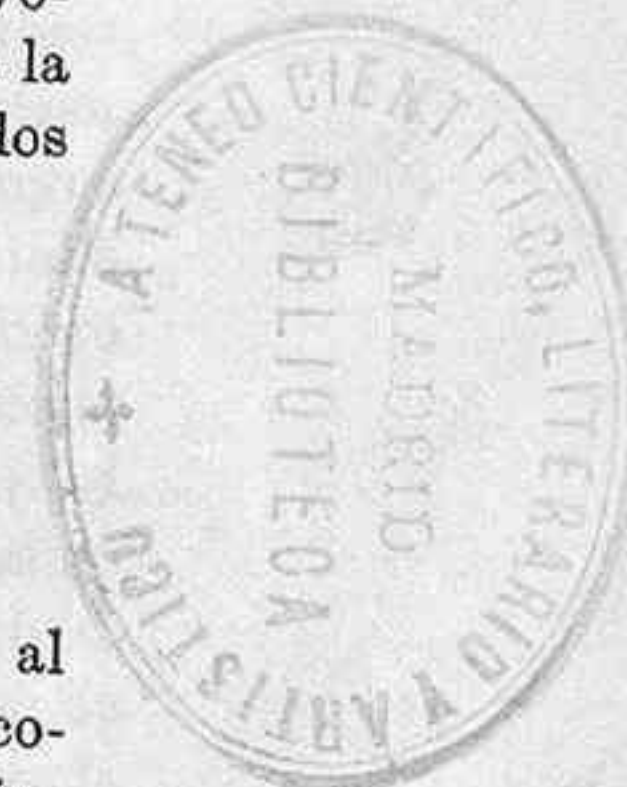
Y lo que más extraña ó maravilla en la iglesia del Santo es el santuario particular que han dedicado á éste los paduanos durante aquella edad brillantísima llamada del Renacimiento, profana, muy profana, casi griega y paganísima, pero de una extraordinaria hermosura y, sobre todo, de un aparato y brillantez extraordinarios. No le ha cabido en suerte al bueno de San Antonio la dichosísima coincidencia que le cupo á su maestro en religión y espiritual padre San Francisco, la coincidencia de que soltara los cendales bizantinos la pintura en el Giotto y tomase la vida con el movimiento de lo natural sin perder por eso el carácter íntimo religioso y la sublime idealidad católica. No requiráis de Padua el misticismo encontrado en Asís. Los paduanos, agradecidos al Santo siempre, por las obras de caridad hechas durante una total vida de sacrificios; por la defensa de libertades, amadas tanto de ellos cuanto amaron la ciudad y el suelo patrios; por la salvación de los niños, á quienes amenazaba con degüellos, como el famoso de los Inocentes, la despiadada segur de un Herodes feudal; por los milagros hechos merced al dominio de su alma sobre los objetos exteriores y las cosas materiales, dominio á que llama la ciencia hoy virtud magnética ó hipnosis pareada de suyo á electricidad intelectual; por el combate con aquellos podestás y tiranos, más finos y más sabios, pero de mayor y más refinada crueldad todavía que la restante aristocracia militar europea; quisieron, cuando allegaron el gran medio de hacer cosas espléndidas, la riqueza, erigirle una capilla dentro de la iglesia levantada por sus abuelos, durante la Edad Media, con los recursos copiosos y los artistas innumerables que presentaba y ofrecía tan grande centuria como la décimosexta, y no podían inspirar á los profanos de la orgástica Venecia y de la maquiavélica Florencia y la Roma borgia, el ardor extático experimentado por una edad como aquella en que surgiera el santuario de Asís, y sus tres sobrepuestas iglesias, cuando acababa de escribir Santo Tomás, de pontificar Inocencio III, de componer Dante, de reinar San Luis, floreciendo el espíritu y el Universo con las florecillas franciscanas, llenas de incienso penetrando dentro de las almas, y fecundísimas en plegarias, las cuales allí tenían sus nidos, al amor y sombra de las ojivas, entre los coros de pintores amortajados en sus sayales, quienes para sus tabloneros dorados evocaban de rodillas, sobre las losas del claustro monástico y de la nave gótica, los beatos del santoral y los ángeles del empíreo.

IX.

Mantegna, con sus vivos colores, os aguarda en la puerta del templo, donde resplandecen dos celebradas figuras de su maestro pincel, recordándoos, no los tercetos del Dante, las octavas de Ariosto. El arquitecto que ideara la capilla, escultor también de suyo, y que, por tanto, la esculpiera, es el célebre Sansovino, una especie de Berruguete, á quien Venecia debe palacios cincelados á maravilla y muy parecidos en sus maneras y trazas al género plateresco toledano y salmantino, de minuciosísimos adornos y de gallardas quimeras. Campagna y Lombardo han cubierto las techumbres, del estuco más bello, con arabescos y florones preciosos, mientras Allio y Peroni, las paredes, del más reluciente mármol, á su vez, con bajos relieves suntuosísimos. Ha maqueteado las puertas el artífice Canozzi, como cubiertolas de perfectas obras en acero Pellegrini. Con decir que la llamada escuela del Santo está pintada por el teatral Ticiano, dicho se ha todo, pues aseméjase á un salón de veneciano Dux, y no á las capillas franciscanas, donde Giunto da Pisa dejaba Cristos y ángeles que parecían llevados al santuario de Asís desde las catacumbas de Roma. Y, Dios mío, ¡cuántos esplendores y reflejos y rebotes de luz en la capilla del Santo! Ni aquellas preciosidades inolvidables de la Cartuja en Pavia, cuyas moles marmóreas atravesadas por serpentina y pórfido y lapislázuli, como sus retablos embutidos en pedrería, tanto indignaron á Lutero, pues le hicieron creerse, no en la santa Iglesia de Cristo, en los gabinetes áureos de Nerón, desconociendo con sus entendederas de fraile germánico la virtud religiosa del arte, quien ha servido tanto á la fe y á la piedad en el catolicismo; ni aquellas preciosidades valen las preciosidades acumuladas en la capilla del Santo que deslumbran y pasman y atontan. Imaginaos, entre torrentes de luz reflejada por los jaspes y las ágatas de más preciosa materia y de arte más artístico, cuando las incrustaciones en los mármoles parecen como estrellas del cielo embutidas allí, ó como rayos de luna difusos, cuál aparecerían en la memoria los recuerdos del pobre San Antonio de mi tío sobre la mesa de una levantina sala y en la urna de severa disposición hispánica. Y, sin embargo, lo vi de bulto, vi al Santo de mis infantiles devociones, y le recé como de niño, sintiendo que se me iba la cabeza y que latía el corazón en mi pecho con redoblados latidos.

X.

Veamos la capilla y estudiémosla, sobreponiéndonos al deslumbramiento. En una parte veis cuadros de tierra cocida colosales, compuestos por alfareros artistas, á cuyo índice, colocado sobre los barroes como un buril, hanse levantado las figuras con energía muscular única y con disposiciones anatómicas perfectas y con nervios de acero y con movimiento natural y con soplos de vida, como si hubieran los labios acabado las hechuras que comenzaban las manos,





MI VECINA.—CUADRO DE H. BACON.

París.—Salón de los Campos Elíseos, de 1895.

formándose así en alfarería un poema escultórico, propio de más rica materia, por sus agrupamientos, por sus perspectivas, por su composición, que traen á la mente el pasaje bíblico, donde anima el Criador á nuestros primeros padres, después de haberlos trazado á mano en el mezquino lodo, con los soplos y el verbo, que difundieron el calor de la luz y el aire de la vida. Pero ¿dónde vamos? De querer describir con acierto aquellos milagros del cincel, habíamos de dar á estas líneas molesta prolijidad. Junto á las efigies representativas del cielo y del espíritu cristiano, los tritones de alabastros tan transparentes como el cristal de Venecia, y tan vivos como si aletearan en el mar de Grecia ó de Sicilia. En los arabescos de las techumbres podéis coger á vuestra guisa tantas conchas como en las playas y ver tantas estrellas como en el cielo. Los ángeles se mezclan con los hipograsos. Alcides, que parecen recién llegados de los juegos píticos, velan las tumbas de los mártires cristianos, ó sostienen los símbolos de la pasión litúrgica. El monstruo, el mascarón; los cuerpos humanos concluidos con extremidades inferiores de bestias; los reptiles que se deslizan entrelazados junto á las aves que baten sus alas sobre la simbólica ortodoxa, llevan en sus picos guirnalda helenas; una legión de santos, verdaderos titanes, recordando con su grandeza los colosos de Asiria y Egipto como cautivos de clásicas victorias trocados en huéspedes adscritos al santuario por la caridad franciscana; los candelabros de altas estaturas como las célebres de los monolitos, y entallados con tal abundancia de figurillas y de follajes, que parecen reunirse las estirpes angélicas de los teólogos con la fauna y la flora de los naturalistas; el bronce áureo, martillado por eximios repujadores, ofreciendo con sus figuras de oro contraste muy estético y hermoso á las figuras de Carrara; los enterramientos, subiendo desde zócalos formidables, á cuya pesadumbre los suelos se hundan, hasta cornisas, que son entre góticas centelleantes y platerescas, hispanas y orientales, con tal número de blasones y de armaduras y de múltiples seres en sí, que parecen resurrección y no sepultura; los arcos transparentes como un oriental alicatado; las reliquias de metales preciosos juntas con groseros ex-votos de fieles, como piernas en cera y muletas mugrientas; los ángeles de plata llevando lámparas de oro; las misas continuas en el altar, donde se yergue, rodeado de querubines, el Santo bendito, quien escucha con éxtasis las anticipaciones de angélicas melodías y de gloriosas bienaventuranzas; todo cuanto allí veis y tocáis, todo concluye por poseeros de manera que creéis hallaros en un sitio especial, en una cumbre del Renacimiento, desde cuyos topes y picos descubriríais el Olimpo antiguo de los griegos juntos con la gloria celestial de los cristianos.

XI.

Vamos á la vida del Santo ahora. Precisa, para conocerla bien, estudiar los libros franciscanos que la historían en extenso y los santorales canónicos que la historían en compendio. Lisboa le dió vida, el siglo mismo de la natividad del reino portugués, desgajado de Castilla por las tendencias que había en el feudalismo al fraccionamiento, fomentado

en aquella superstición perversísima de considerar el reino como un patrimonio que tenían los reyes y dividirlo entre sus herederos como se divide un predio, pues la idea de soberanía no se levantaba más allá de la idea de propiedad. El derecho estaba entonces en la tierra, y solamente de la tierra emanaban el gobierno con la soberanía y con la jurisdicción, al gobierno y á la soberanía consiguientes. Encerrado en muy angosto espacio Portugal, poseía ya una gran ciudad, su Lisboa, que lo iba llamando al mar y á las expediciones propias de los siglos medios, á las cruzadas marinas continuas. Mucho hay que tomar en cuenta la religión para conocer á los pueblos todos, mucho la Iglesia Católica para conocer los pueblos cristianos, especialmente si el férreo poder temporal, roto en mil fracciones que se aislaban en los castillos, refería toda la inmensidad del espíritu al poder de los Pontífices y de los eclesiásticos. Así no se podía optar sino entre dos profesiones, entre la profesión de sacerdote y la profesión de soldado. Nacido de familia noble, Antonio, se crió como dentro de una iglesia, y en la iglesia sintió su primer vocación al sacerdocio y al apostolado. Desde niño se adhirió á los altares como á sus piedras las plantas parietarias. No hubo en él aquellas dos vidas de San Francisco, mozo rondador y enamorado primeramente, asceta y taumaturgo más tarde; no hubo tampoco aquellas dos vidas de San Ignacio, militar capitán revoltoso de soldados primero, y después eclesiástico capitán de la compañía jesuítica: Antonio nace para la Iglesia desde los primeros días, como que su cuna se meció junto á la catedral de Lisboa, y cuando, á los quince años, debía buscar el mundo, sólo se le ocurrió buscar el claustro. De niño creció en las gradas del altar; de joven se recluyó en las celdas del convento. Así, fué su vida de singular unidad por una virtud sin esfuerzo derivada de una inocencia sin mancha.

XII.

Nació el Santo con todas aquellas nativas propensiones que traen al mundo consigo los destinados por el cielo á religiosos ministerios y á espirituales fines. Sita su casa junto á la catedral, no le bastaba esta vecindad tan próxima para el explayamiento de su alma y para el ejercicio de su oración; marchóse, pues, al Monasterio de San Vicente, queriendo verse fuera de su familia, cuyos cuidados le divertían de los ejercicios piadosos, y dentro del templo mismo, cuyos espacios deseaba con su cuerpo habitar como los habitaba con su espíritu. Pero no le valió este paso del claustro libre de la catedral á los claustros cerrados del convento, porque iban allí sus deudos de la corte, á causa de la proximidad del monasterio á Lisboa, y le hablaban de las cosas del siglo cuando sólo quería él que le hablasen de las cosas del cielo. Y, contrariada su vocación por estas frecuentes visitas de su familia, como desatento con todo aquello que no fuera la observancia de sus devociones diarias y la obediencia de sus reglas monásticas, partióse á Coimbra, y entró en una casa religiosa que se llamó de Santa Cruz. Ninguna contrariedad en la vida de San Antonio; ningún obstáculo á su dicha; ningún impedimento á las observancias de su profesión religiosa y á las realizaciones de sus sublimes finalida-

des propias; por lo cual no será un hombre de combate como Ignacio de Loyola ó Martín Lutero; será un hombre de paz, de conciliación, de armonía. Comparad las facilidades que halla el Santo por todas partes con las dificultades que halló el heresiarca. Mientras la fortuna y el bienestar de sus padres, patricios ricos, dieran aureola de felicidad á las sienas de Antonio, las miserias de su infancia ciñeron á Martín corona de abrojos. Aquél, nacido en Edad Media plenísima, nace conformado con sus creencias y crece así en una serenidad celeste; mientras Lutero, nacido al expirar la Edad Media, necesita combatir sus últimos fantasmas, aun antes de llegar á la herejía, y en estos combates adolece de intimas perplejidades y penas profundas del alma. Cuanto ha querido le han dado sus padres al buen Antonio, y donde le llamaran sus vocaciones fuera su persona; mientras Lutero se ve llamado por sus vocaciones á la teología y por sus padres al derecho. Así el alma de Lutero llevaba, como las nubes magnetizadas por electricidades contrarias, una tempestad; mientras el alma de Antonio se parecía de suyo á una riente aurora ó á una fresca rosa.

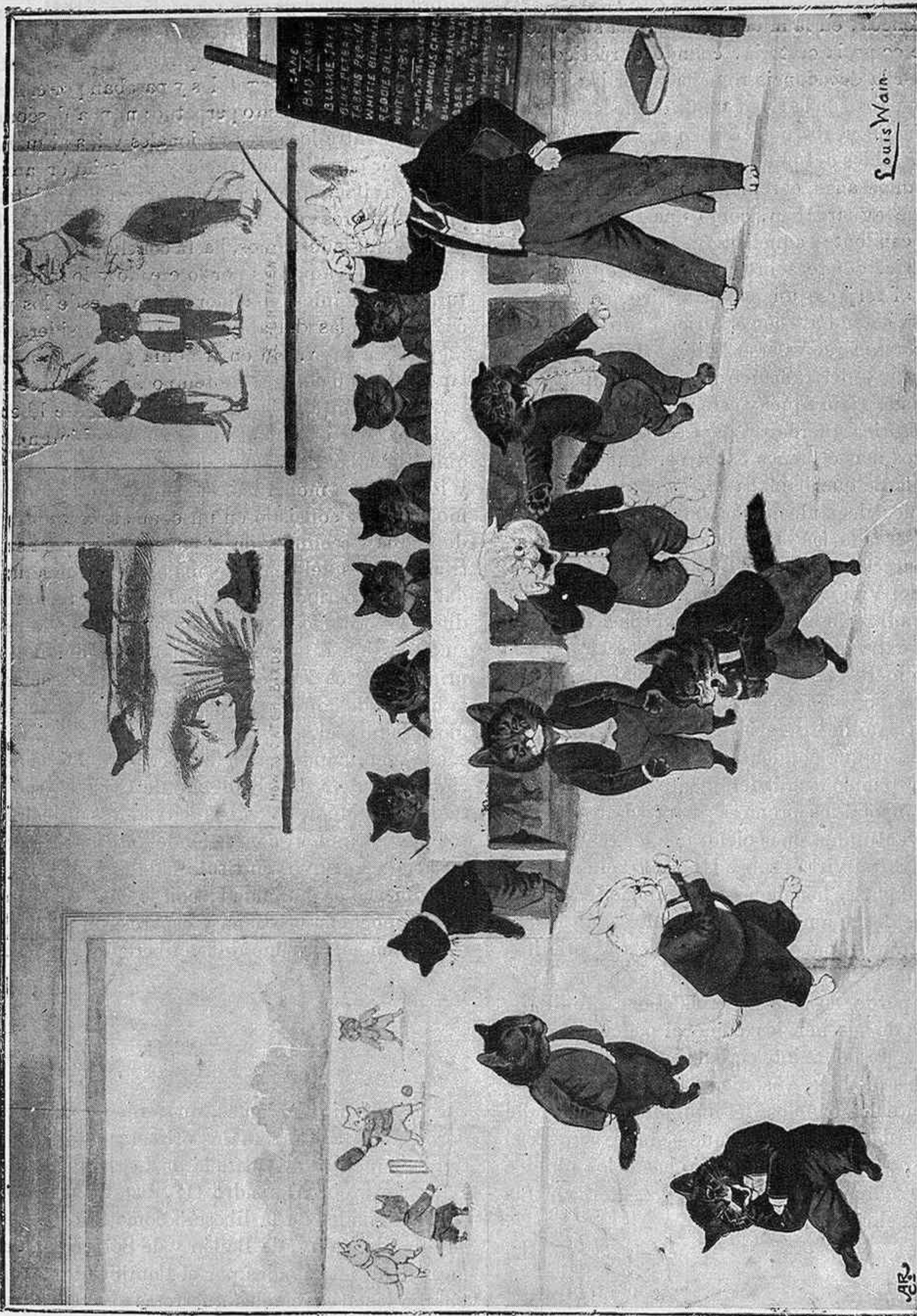
XIII.

Sin embargo, no fuera tan bueno como lo creían las gentes, si no juntase con los deliquios contemplativos, constante acción, desvelos continuos en pro y honra de todos los que padecen sobre la tierra, huérfanos necesitadísimos de dirigirse al emperio por medio de intercesores preclaros en demanda de auxilio y protección. Un monje, absorto sólo en las oraciones, de rodillas al pie de los altares y sobre las sacras losas; curándose de su propio salvamento y consintiendo á los demás perderse á su vista sin auxiliarlos, sería tan bueno como el piloto atentísimo á su nave propia en paz, que dejase alrededor suyo hundirse barcas y ahogarse naufragos sin prestarles socorro. Mas Antonio era bueno de veras. Y así en cuanto pasó de la niñez, fué al claustro, saliendo del seno de la familia; y en cuanto llegó á la mocedad unió, saliendo temporalmente del claustro, con las prácticas religiosas el viaje á tierra de infieles para predicarles el Evangelio y transmitirles la redención. Entre las órdenes monásticas resaltaré siempre la orden de San Francisco, por haber, más que ninguna otra, con sus frailes mendicantes, sus hermandades laicas, sus tres hermandades abrazando todas las clases, unido al mundo el claustro, y hecho de seres ascetas y casi abstractos, como los antiguos monjes, agentes activísimos del bien público, para lo que se acercaban á las familias, á los pueblos, á los Estados, á todo cuanto contiene y organiza la vida social. Mientras Antonio entraba en la juventud, Francisco había organizado su orden, y podido, no sólo visitar á España, expedir franciscanos á Portugal, para que, desde Portugal, fuesen al moro y en los desiertos libicos ojeasen almas que luego cazasen los ángeles. Murieron, dentro de Marruecos, mártires del celo suyo en tanta empresa, los primeros misioneros de San Francisco; y el infante D. Pedro de Portugal, hermano del rey D. Alonso II, requirió de la gente marroquí sus huesos, y habiéndolos rescatado, les llevó á Coimbra y los depositó en el Monasterio donde moraba San Antonio. Al escuchar éste las

proezas de los mártires y ver el culto mercedísimo á sus huesos tributado por todas las gentes piadosas, sintió un espoleo del corazón en la voluntad, hacia el combate, asaltándole aquella sed insaciable de martirio, á cuyos empujes los redentores se forman y los sacrificios se consuman. Llamó, pues, á la puerta de una ermita situada en Coimbra, que albergaba tres ó cuatro franciscanos; y pidiéndoles su hermandad con permiso de los superiores jerárquicos suyos, que se lo dieron bien mal de su grado, entró en la orden franciscana con entusiasmo, hasta embarcarse, así que profesó, é irse al África, en cuyos senos contrajo una enfermedad, la cual con sus estragos le obligó á volverse hacia la Península, y en el viaje le sorprendió una tormenta furiosa, que lo arrojó sobre Sicilia, donde abordaron y descendieron, lo cual fué causa de su ingreso en Italia, que le permitió abrazar á San Francisco en persona y poner por obra las virtudes franciscanas y difundir entre las muchedumbres sus salvadoras ideas.

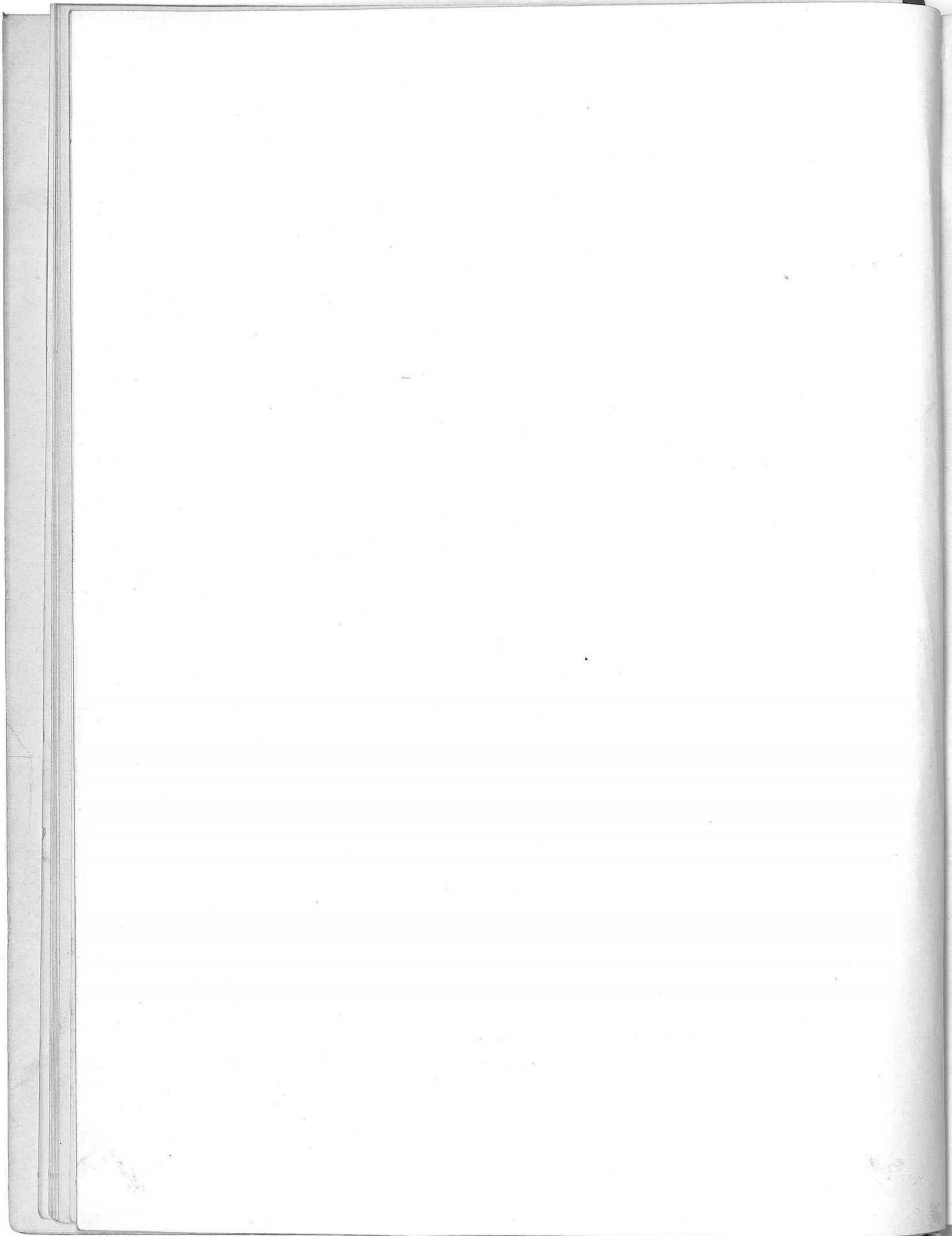
XIV.

Desde que penetró en Italia, revelóse una cualidad del franciscano, desconocida por completo antes de aquellos que con él convivían y aun de él mismo que la recibiera como un don divino: su palabra elocuentísima. Tímido como una mujer, menudo como un pobre muchacho que era, muy aquejado de achaques crónicos y malherido de agudísimas enfermedades sobrevenidas por la mortal residencia en África, nadie le hacía caso, porque todos le creían y juzgaban un atávico idiota. Desde que salió del suelo patrio y de la convivencia con sus conciudadanos, á quienes tanto huía, destinábanlo sus hermanos de religión, ignorantes de sus méritos, en los monasterios á las más vulgares ocupaciones y á los más bajos oficios. Él fregaba y barría como perpetuo fámulo, incapaz de levantarse á elevaciones que no fueran las nativas de su inmaculada inocencia, derivada más de su imbecilidad que de su virtud. Pero una noche, como estuviera en comunidad con varios predicadores franciscanos dentro del monasterio de Forli, mandóle hablar el guardián y discurrir en alta voz acerca de materias teológicas, como si pronunciara en público un sermón por él compuesto en reflexivas meditaciones y masticado en prolijos rumios. No puede referirse todo el asombro que causó á los demás y que tuvo él mismo al revelarse predicador inspiradísimo. Ni la voz oratoria, de tonos agudos y bajos compuesta; ni el gesto apropiado al dicho; ni su acción magnetizadora; ni su mirada relampagueante; ni las fascinaciones ejercidas sobre los auditorios; ni el remonte de los nervios al mandato de la inspiración intensísima; ni el improntu oportuno en la repentina improvisación; ni el afecto comunicativo; ni el raciocinio expuesto de modo que convence y la persuasión ejercida con imperio hasta mover los ánimos; ninguna de sus maravillosas cualidades eran conocidas de nadie, pues si la propia conciencia se las reveló en algún momento, y podía él mismo experimentarlas á solas, callábase como un muerto el humilde franciscano y las ocultaba como si fueran un crimen. Sin embargo, ahí estaba, en esa idoneidad milagrosa, el secreto de su gloria y el talismán destinado á elevarle sobre las gentes en vida, y en muerte sobre los altares.



PRIMERA ENSEÑANZA. — Por Luis Wain.





roquerós, abriendo á éstos fosos como si estuvieran en el monte y coronándolas con almenas como si fueran á erigir allí la horca del pechero, y desde allí á desatar los milanos y águilas de la devastación y del incendio sobre las desamparadas comarcas del campesino y del siervo. Como convirtieron en castillos feudales sin escrúpulo sus viviendas ciudadanas, convirtieron por medio de sus podestás los cónsules republicanos en déspotas asiáticos. Los representantes del municipio y de la democracia se veían perseguidos y acosados á muerte por los representantes de la nobleza y del feudalismo. Entre tales gentes bárbaras y tiránicas no hay, quizá, un personaje como Eccelino III, á quien contrastó y combatió nuestro Santo. Nieto aquél de un Eccelino I, quien acompañó al Emperador desde los campos de Alemania en un solo caballo hasta los campos de Lombardia, llevaba en sus venas, como lobezno, sangre de salvaje, de bruto; en su estómago, hambre, como cuervo y hiena, de carne muerta; en sus fauces, como el viborezno, ponzoña; en sus instintos, ferocidades de tigre hircano; en su alma, ese genio de la destrucción que trepa con sus odios carniceros por las escalas de asedio, bajo la pesadumbre de su armadura férrea, la espada en sus dientes y la tea en sus manos, para perseguir en cazas infernales á los contrarios, violar en orgías cruentas á las mujeres, depredar en saqueos de robo las comarcas, herir hasta los niños de pecho, sepultar una generación entera por los exterminios ó el aniquilamiento, y devorar y hasta consumir las tierras y los campos con el incendio.

XVIII.

Nació Eccelino destinado á todos los crímenes el año 94 de la duodécima centuria, y nació Antonio destinado á todas las virtudes el año 95 de la misma centuria. Ningún efecto más natural, dados los opuestos caracteres de uno y otro, que Antonio viera en Eccelino el demonio materialmente, ó, por lo menos, uno de aquellos endemoniados que adolecían de continuas epilepsias y se retorcián al estallido del genio malo en su pecho, y babeaban rabias hidrófobas de sus labios cárdenos, como de sus ojos siniestros fulguraban infernales centellas. No hay en esto de creer á Eccelino el diablo asomo alguno de histérica neurosis en Antonio; todo lo contrario, hay un conocimiento perfecto de la realidad pensándolo. Los pueblos creían al tirano Satanás en persona; no fiaban solamente al hierro la defensa y salvación de sus hogares; las fiaban al exorcismo también. Tirano de siervos, reducidos á la servidumbre por sus combates, y vasallo de césares, adulados por su perfidia, Eccelino adolecía de cuantas culpas pueden haber en los déspotas y de cuantas pueden haber en los esclavos. Ante las contrariedades bajo y ante los triunfos arrogantisimo; cortesano con los superiores y de los inferiores verdugo; raptos antiguos de mujeres hermosas y ricas lo habían engendrado para que fuese atávico heredero de seculares violencias, como estremecimientos del suelo, atravesado por el terremoto, le habían mecido en su cuna para que se destetara en la guerra, como si el huracán fuera su aire respirable único, y tomara, en lugar de conciencia, suprimida en él como la vista en el ciego de nacimiento, un abismo donde se hundían las

generaciones coetanas y convecinas suyas, como los restos de naufragios en tormentas desatadas, ó como las remembranzas gratas en los completos olvidos. El genio dramático más poderoso de todas las edades nos ha legado los furores implacables, reinantes por fuerza sobre aquellas familias enemigas, á combates perpetuos entregadas, y atisbándose recelosas entre sí para darse respectivamente muerte, al pintarnos en su *Julietta y Romeo* cómo no podían juntarse capuletos y montecos ni en las sepulturas, que reciben indiferentes todos los humanos despojos y borran todas las enemistades en la invencible afinidad de los átomos. Gustábale tanto al déspota sojuzgar y oprimir la republicana y democrática Padua, que, al entrar en ella, tras una de sus correrías y campañas, besó las puertas desde su caballo con el beso de Judas, no para servirla, por exterminarla. Esta entrada es la que ha inmortalizado en Padua el nombre de Antonio y ha valido al patrono de la ciudad el templo milagroso que admiraron todos, desde hace siglos, los hombres cultos, y misas en tanto número que, no pudiendo decirse todas las encargadas en los años respectivos, cada una de las rezadas á fines del mes de Diciembre vale, según bula del Pontífice, por mil.

XIX.

En la regularidad y en el orden de nuestro siglo, nosotros no podemos comprender las guerras múltiples del feudalismo, ni la vida de aquellos caballeros feudales, ya bandidos en cuadrilla, ó ya merodeadores que van espigando los despojos amontonados por sus segures, parecidas á la hoz que ponen á la muerte sobre su hombro. Esclavones á sueldo, normandos piratescos, moros sicilianos, mulatos y negros tunecinos acompañan y siguen á los señores feudales como legiones huidas del infierno. Después que han asaltado las ciudades pasan á cuchillo sus moradores, y cansados de matar, si dejan algunos infelices con vida, los expolían para que haya desgracia superior al sueño de los muertos, la vida de los supervivientes. Padua parecía un inmenso escombros, hecho y amontonado por los estremecimientos terrestres ó terremotos perdurables. Los palacios enemigos fueron primeramente metidos á saco, y después descoronados de sus almenas y desmochados de sus torres. Los nobles iban á los cadalsos erigidos en las encrucijadas; y los plebeyos á las hogueras encendidas en las plazas. Familias patricias se vieron tapiadas dentro de sus salones y acabaron por hambre, después de haberse mordido y arrancándose á pedazos de sus cuerpos las carnes. Una vez quiso ver algunas de sus víctimas en los últimos tormentos de tal suplicio, en los estertores, para holgarse con sus agonías, y se le aparecieron en tropel tan aterradoras, con sus pieles negras pegadas á los huesos secos y sus bocas de cadáveres y sus faces de calaveras mondadas y sus estertores de muerte y sus gestos de venganza, que retrocedió espantado y huyó de sí mismo. Y á estos muertos por hambre, los señores de Vado, siguieron otros que, perdidos de miedo, llegaron á entregarse, por amor á la vida, y tuvieron los cuitados que pedir, por no aguantar los tormentos infligidos á su cobardía, que les diesen de un modo ú otro la horrible muerte.

El célebre Leonardo mató á su juez en el tribunal con cuchilla que llevaba oculta entre los pliegues de su túnica, para que los verdugos le matasen á él y convirtieran aquellos tablones del altar de una justicia profanada, en tablones de su querido cadalso. Llegóse al suicidio colectivo por no poder sufrir la vida común.

XX.

El Papa tuvo que hacer contra los caballeros feudales exactamente lo mismo que hiciera contra los bárbaros germánicos: enviarles delegados suyos, representantes suyos, ministros suyos, para que los domasen como á los vándalos de Genserico y como á los hunos de Atila. No bastaba, sin embargo, con que tuvieran esta delegación; habían menester del propio influjo alcanzado por los poderosos dones de su palabra y por las eficaces virtudes de su elocuencia. Mucho antes de que Antonio ejerciera el ministerio que todos le reconocemos en Padua, otros monjes de igual estro habíanlo ejercido en varias poblaciones de aquella grande Marca. Así el célebre Juan, elocuente y sabio monje. Pobre y mísero, abundante de palabras elocuentísimas, pero taimado y astuto en los abandonos connaturales á su inspiración, aceptó una de las misiones al uso aquél; y sacando de su flaqueza fuerza y de sus pulmones voz como las que prestan, además de las fuerzas propias, los entusiasmos de un exaltadísimo auditorio, llegó con su acento á todas partes, á los hondos sepulcros mismos, que se abrieron como en la resurrección de Lázaro, y á los objetos inanimados, que palpitaron como á la muerte de Jesús. Los oyentes nómadas, compañeros de tales predicadores piadosos, contrastaban los soldados que perpetraban las devastaciones feudales. Pero el penitente Juan, soberano un día en la Marca de Trevisa, llegó allende lo religioso, embriagado por su propio poder, y ascendiendo á gobernante, se perdió por haber desengarzado su alma de la esfera propia y caído en el delirio de unir á las fuerzas espirituales el poder material y el gobierno absoluto. Así no le alzaron altares y templos, como al buen Antonio, y sólo sublevaciones en su contra hubo y condenas á destierro sobre su persona más tristes que las condenas á muerte. Antonio se redujo á conminar al tirano Eccelino y á vibrar sobre su cabeza los rayos de una exaltada elocuencia. Imposible pintar en estos personajes á un escritor de nuestra edad en aquella porfia con el déspota, porque carecemos, aun los más ingenuos y más resueltos á colocarnos en las condiciones propias á una edad, del candor que tenían los espíritus ingenuos, magnetizados por un gesto artístico, por una mirada fulgurante, por un ademán propio, por un rasgo inspiradísimo, por un sermón elocuente. ¡Ah! el espíritu venció á la materia.

XXI.

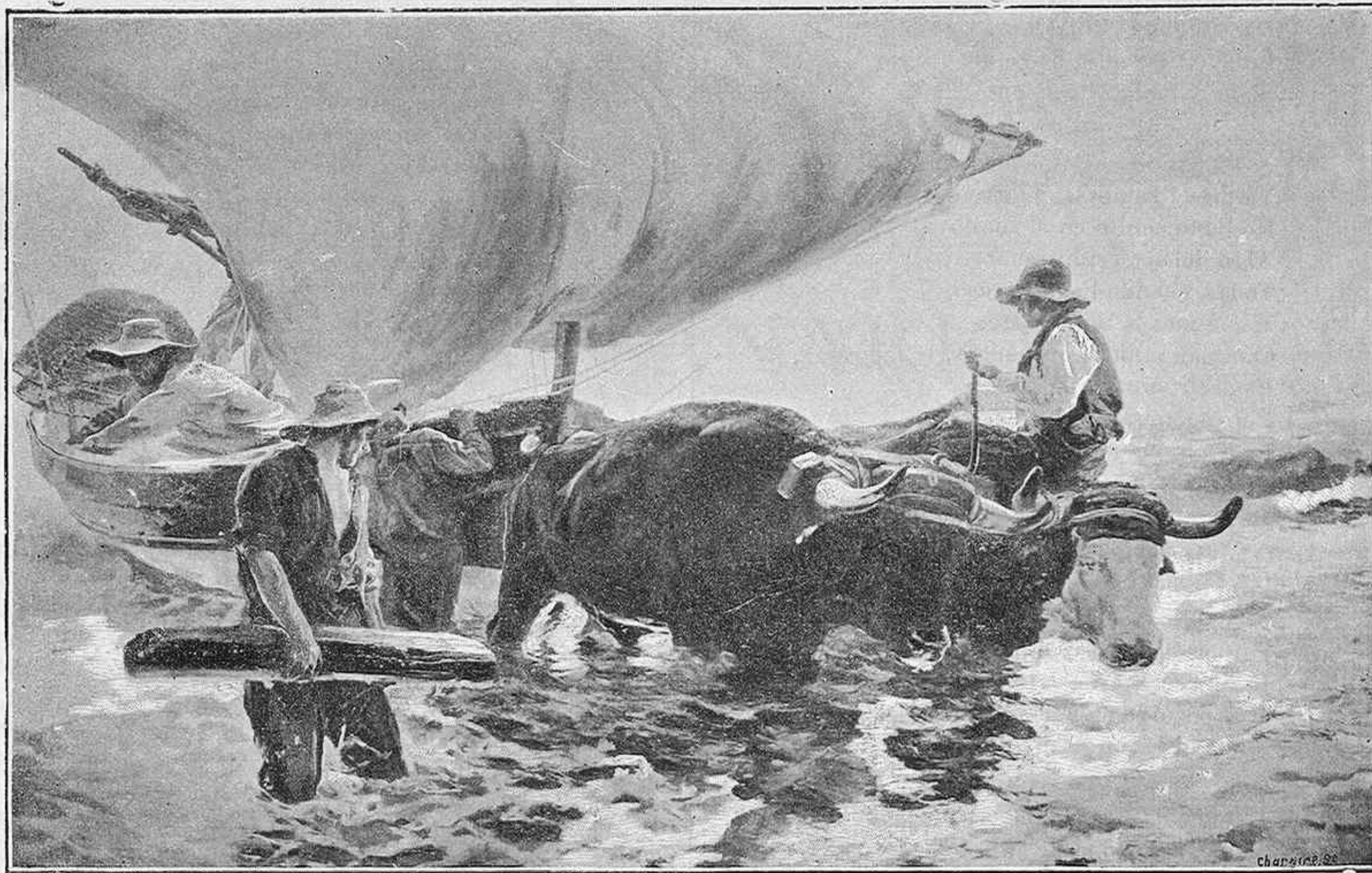
Para mejor aspirar la esencia de tal edad, y conocer los combates librados por Antonio á la tiranía, tales como quedan en la tradición, leamos un autor verdaderamente re-

ligioso, aunque tres siglos después de muerto el Santo escribiera, leamos al Padre Rivadeneira: «No solamente »mostró el bienaventurado, dice en su *Flos Sanctorum*, no »solamente mostró el bienaventurado San Antonio este celo »y fortaleza en la guarda y pureza de su religión, sino tam- »bién en otras muchas cosas graves que se le ofrecieron; »entre las cuales fué una muy notable la que le sucedió »con Eccelino, tirano de Padua y de otras ciudades de »Lombardia. Era este tirano uno de los más espantosos y »fieros monstruos que ha habido en el mundo, y más león »y tigre que hombre; porque dejando las demás cosas que »manifestó su crueldad, en una sola vez mandó matar con »exquisitos y diversos géneros de muertes á once mil Pa- »duanos que tenía en la ciudad de Verona, soldados y mi- »nistros suyos, por haber entendido que se le había rebelado »la ciudad de Padua. Á este tirano y enemigo de la natu- »raleza humana fué San Antonio, y con ásperas y severas »palabras, sacadas de aquel pecho encendido en amor di- »vino, le reprendió y le afeó sus desafueros y maldades, y »le amenazó con la ira divina y con el fuego eterno que le »estaba aparejado. Y aguardando los soldados de Eccelino »que les mandase matar al Santo (como lo solía hacer con »los otros que le daban algún disgusto), él tomó su cinto, »y se le puso al cuello, y se puso á los pies de San Antonio, »prometiéndole de enmendarse (aunque no lo hizo); y la causa »de esta mudanza en este tirano fué el haber visto salir del »rostro de San Antonio cuando hablaba un resplandor di- »vino, que le hizo temblar, y como azogado hacer lo que »hizo. Esta tan grande magnanimidad y constancia que te- »nia este Santo, nacía del menosprecio de todas las cosas de »la tierra, y de tener fijo el corazón en el cielo, y por esto »no temía muerte, ni deseaba vida, ni codiciaba los bienes »caducos y frágiles que el mundo le podía ofrecer. Y así »le sucedió con el mismo tirano Eccelino, que habiéndole »enviado un rico y magnífico presente, con palabras muy »humildes y amorosas, no le quiso el Santo recibir, antes se »enojó con los que le traían, mandándoles luego salir de »allí, porque no cayese sobre él la casa en que estaba. Y va- »lido al Santo la vida el no haber tomado el presente, porque »el tirano había mandado á sus criados que si le aceptase, »luego le matasen: que parece sabía San Antonio por reve- »lación divina lo que Eccelino les había mandado.» Hé ahí la gloria principal de los numerosos hermanos adscritos á la orden franciscana; la gloria de San Francisco, su fundador; del idolatrado San Antonio, quien parece representar junto á éste su maestro el ministerio representado por San Juan Evangelista junto al Redentor; de San Buenaventura, gran teólogo platónico; del modesto y humilde monje que sostuvo á Colón en su empresa; del Cardenal Cisneros; la extensión de una grande y ardiente caridad común en todos ellos, y las aplicaciones de sus varias inteligencias etéreas á las sociedades humanas en cada circunstancia especial, y á sus respectivos progresos en los minutos del tiempo eterno más propios para ello, y en los términos más lógicos de la evolución universal. Mas nunca se advierte y conoce tanto esto, como en el bienaventurado cuya significación histórica social acabamos de esbozar en este instante. Le han artibuido miles de milagros; le han formado en torno de las sienas una mística leyenda; le han puesto en altares cincelados por los primeros escultores y bajo rotondas orientales parecidas

á mitras de obispos griegos que los ángeles mantuviesen allá cerca de las lagunas vénetas y bajo los cielos y junto á los mares adriáticos; una misa inacabable se reza desde las alboradas hasta el mediodía en sus aras; y una plegaria inextinguible de muchedumbres, mellando los mármoles y alabastro de sus capillas con sus pasos y con sus besos, sube á las alturas entre alas de querubines forjados en plata y nubes de incienso despedidas por incensario de oro; el número de ofrendas y exvotos consagrados por la gratitud popular al patrono bendito no pueden humanamente contarse, y el número de novenas celebradas por los devotos no tie-

nen medida: la doncella que castamente aguarda su matrimonio con el elegido de su corazón; el niño que se salva de una enfermedad; el hallazgo de cualquier objeto perdido, dan ocasión á promesas y á fiestas; y luego aparece, tras siglos de siglos, en los anales de la historia mejor leídos, que cuanto en los altares luce, tanto en la política luce también ó más, por aquello único que promueve y conserva los grandiosos entusiasmos históricos, por el combate á la tiranía sin tregua y por los múltiples servicios al principio divino de la libertad y del derecho.

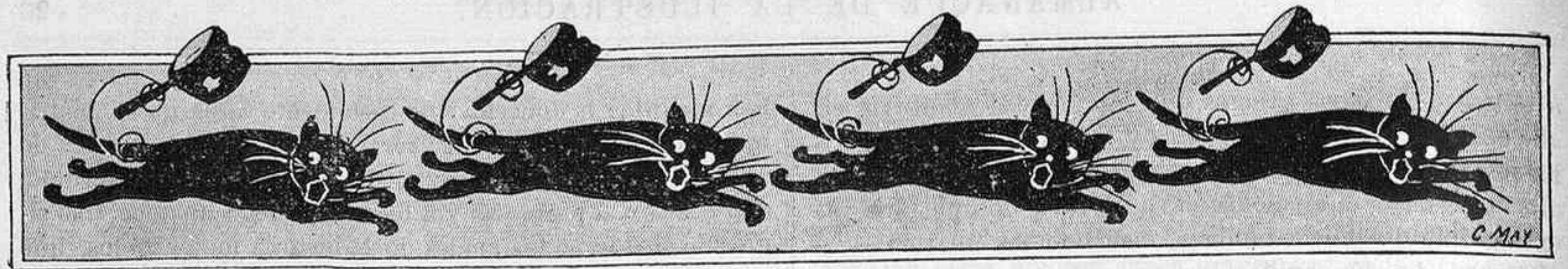
EMILIO CASTELAR.



LA VUELTA DE LA PESCA.—CUADRO DE JOAQUÍN SOROLLA.

(Adquirido por el Gobierno francés, con destino al Museo del Luxemburgo.)





MESA REVUELTA

Porque habla sin diapasón,
Y á cualquiera da un sofión,
Dicen que tiene mal genio
Don Eugenio Villalón.....
Lo que tiene don Eugenio
Es muy mala educación.

No hay mujer que, necia ó sabia,
Ya pise alfombras, ya riscos,
No lleve oculto en el fondo
Algo del sér primitivo.
Todas, cuando llega el caso,
Más ó menos imprevisto,
Cambian pudor é inocencia,
Es decir, oro purísimo,
Por esperanzas y ensueños.....
Es decir, cuentas de vidrio.

Gentes hay que por rutina
O adulación ó despecho,
Pozo de ciencia proclaman
A cualquiera majadero.
Pero asómese usté al borde,
Indiferente ó discreto,
Y el pozo de ciencia queda
Reducido á un pozo negro.

Remedio fué el conocerte
A la enfermedad de amarte;
Mas ¿será negra mi suerte
Que me lleva á aborrecerte
Y no me deja olvidarte?



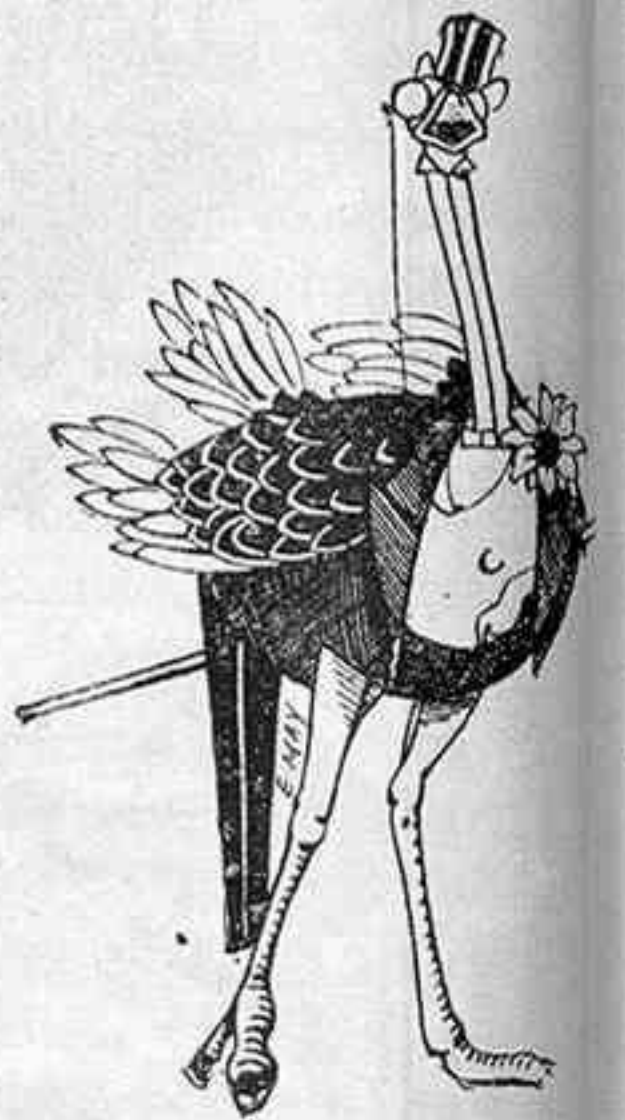
EN EL ÁLBUM DE SOFÍA A. M.

Quizá te presentía
El griego adorador de la belleza
Cuando al ver no existía

Nada más bello ni de más pureza
Que la sabiduría,
La hizo mujer, y la llamó Sofía.

Todo amante de ocasión,
Después que logra tomar
Por asalto un corazón,
Suele en la brecha grabar:
«¡Pena de muerte al ladrón!»

Procedentes de empeño
Compré dos lágrimas;
Me dieron por brillantes
Dos gotas de agua.



HIC TROIA FUIT

SONETO

¡Sí! ¡lo recuerdo bien! esta es la fuente
Cuyo murmullo acarició mi siesta,
Cuando lejos del ruido de la fiesta
Me entregaba al reposo dulcemente.

Este el verjel donde la vi riente
Brillar en danza púdica y honesta;
La encrucijada del camino es esta
Donde mis labios imprimí en su frente.

Bosque, jardín, casita misteriosa
Entre flores y arbustos escondida,
Os reconozco, ¡sí! ¡no habéis cambiado!

Sólo no existe vuestra dueña hermosa,
Y yo me doblo al peso de la vida
Cada vez más inútil y cansado.

MANUEL DEL PALACIO.



LOS CANARIOS

C U E N T O

Carmen y Antonio vivían pared por medio, y sus balcones, de voladas barandillas, por poco espacio separados, caían a la calle casi al mismo nivel.

Ricos, jóvenes y solteros, hermosa y discreta ella, él apuesto y galán, eran ambos lo que vulgarmente se llama un buen partido; pero ni la vecindad que engendra fácilmente el trato, ni la semejanza de gustos y de posición social que lo estrecha y consolida, ni los tiernos años, de suyo propensos a las expansivas y ruidosas demostraciones del corazón, fueron parte para que Carmen y Antonio llegaran nunca a cambiar señales, si no de afectuosa benevolencia, por lo menos, de frívola cortesía: sellaban sus labios odios implacables de familia.

Un anciano que compartía la amistad de ambas casas rivales, cuya reconciliación hubo de procurar inútilmente, regaló a la gentil muchacha y al gallardo mancebo sendos canarios, en ricas y doradas jaulas cautivos, pero de sexo

distinto, a los cuales tomaron aquéllos tan grande afición, que rayaba con el cariño.

Casi a la misma hora, mañana y tarde, salían al balcón para atender con prolijo esmero y hasta exagerada solicitud al cuidado de los hermosos pajarillos, que no cesaban de saltar dentro de la angosta cárcel, donde encerrados vivían.

Los clavos, sostén de las dos jaulas; estaban fijos en la pared maestra, pegados a las jambas en el mismo sentido, a mano derecha de Carmen y Antonio, cuando éstos asomaban al balcón, de modo que el segundo, durante el tiempo que consagraba a su canario, volvía forzosamente las espaldas a la primera.

Así pasaron días, que no fueron muchos, hasta que el mozo puso en efecto lo que, irresoluto y perplejo, venía meditando, y fué alcanzar su jaula y variarla de sitio, aprovechando la ausencia de la encantadora vecina.

Al salir ésta al balcón se sorprendió del cambio: junto a

la suya estaba la jaula de Antonio, quien tenía puestos los ojos en ambos canarios, alegres y contentos de verse tan cerca.

Y á fuerza de mirar á los pájaros, sus dueños se miraron al fin; ella tímida y ruborosa, él confuso y suspenso.

Desde entonces Antonio tuvo en poco á su canario y se apasionó del ajeno, á pesar de que, siendo hembra, no sabía arrancar de su garganta los delicados trinos con que el primero recreaba suavemente el oído de cuantos le escuchaban.

Carmen, á su vez, comenzó á tomar afición al primoroso cantor que, desde el alba hasta el caer de la tarde, estremecido de gozo, abriendo las alas, sin espacio para tenderlas, agitado é inquieto, llenaba el aire de meliflua armonía, fijas las miradas y los deseos en las próximas rejas de su compañera de amor y cautiverio.

Tanta constancia despertó en el tierno corazón de Carmen afán nunca sentido, placer jamás imaginado, dolor y gozo, impulsos de llorar y explosiones de risa, opresión de

á la ternura que embargaba su corazón hablando á los canarios.

Un simple saludo de Antonio, frase vulgar de pura cortesía, dicha con labio torpe y balbuciente y miedo en el corazón, que contestó Carmen, apagada la voz y encendido el rostro, dió fin á los apartes y fácil entrada al diálogo. El cual, indiferente y frívolo al principio, fué subiendo de punto de día en día, hasta convertirse en largos y amorosos coloquios, siempre brevísimos para los interlocutores y siempre con pena interrumpidos y con creciente anhelo y mayor fuego reanudados.

Mas los pobres pajaritos, medianeros de tanta felicidad, confiados á manos extrañas y mercenarias, echaron pronto de menos las tiernas caricias y la cuidadosa solicitud de sus ingratos dueños, harto atentos á la propia satisfacción para pensar en la ajena.

El consejo cariñoso y la súplica reiterada de la oficiosa amistad; el tiempo, que aplaca los rencores, enerva las voluntades y rinde los caracteres



pena y desbordamientos de júbilo, anhelo de hablar é imperiosa fuerza de silencio; pero sus ojos, claros espejos del alma, traidores y parleros, se apartaban á cada instante de la jaula para clavarse en los de Antonio, como atraídos y subyugados por el poder de imán misterioso é irresistible.

Y luchando ambos con el miedo de incurrir en el desagrado paterno, y con el natural rubor y encogimiento de los pocos años, sin dirigirse la palabra, daban rienda suelta

más firmes y enteros, y, sobre todo, la inquebrantable constancia de los amantes, pudieron más que los odios de ambas familias, y aquéllos, con el logro de sus ardientes deseos, vieron colmada con creces su ventura.

Todo era paz, todo contento, todo supremo bien en el risueño hogar de los recién casados: ni ligera nube empañaba el claro, sereno y transparente cielo de su dicha; pero los dos canarios seguían presa de mortales ansias, cada

uno en su jaula, renovando con inequívocas y ruidosas señales la firmeza de sus vehementes y contrariados amores.

La primavera, que ya sonreía en los corazones de Carmen y Antonio, comenzaba á sacudir el sueño de la Naturaleza, y barruntaban la sublime atracción del amor las delicadas yemas de la humilde hierbecilla, los henchidos brotes del leñoso ramaje del árbol, el canto melodioso de las aves, el monótono balido en el seno de los rediles, el estridente relinchar del noble bruto que percibía los recónditos efluvios

—Si somos tan felices—dijo un día Carmen á su marido— ¿por qué no han de serlo nuestros canarios? Vamos á unirlos, y en su felicidad veremos retratada la nuestra.

Antonio accedió á los deseos de su esposa, y las dos jaulas fueron sustituidas por otra mayor, provista de nidos y de un burujo de estopa; pero, como suele acontecer, el macho enmudeció al comenzar la cría.

—¡Qué lástima!—exclamó Carmen.—¡Ya no canta tu canario! ¿Por qué será?



del aire y el áspero rugir que se alzaba del fondo de las selvas.

Por donde quiera despertaba la vida y el ardiente afán de perpetuarla; disputando al tiempo el cetro de la inmortalidad.

Y en medio de las universales manifestaciones del amor, tenues y sutiles rejas se interponían al de dos enamorados pajaritos.

—Porque ya se lo ha dicho todo á su compañera—contestó Antonio.

—Mira, ahora le impone su voluntad á picotazos.

—De alguna manera han de entenderse los pájaros.

—Sí; pero antes cantaba y ahora hierre—murmuró Carmen triste y pensativa.

Y por primera vez, desde su matrimonio, sus ojos se anegaron en llanto.

Una noche, de vuelta al domicilio conyugal, después de celebrar en casa de sus padres el primer aniversario de la tornaboda, Carmen supo con asombro y profunda pena que el canario de Antonio, aprovechando la torpeza de un criado, había desaparecido.

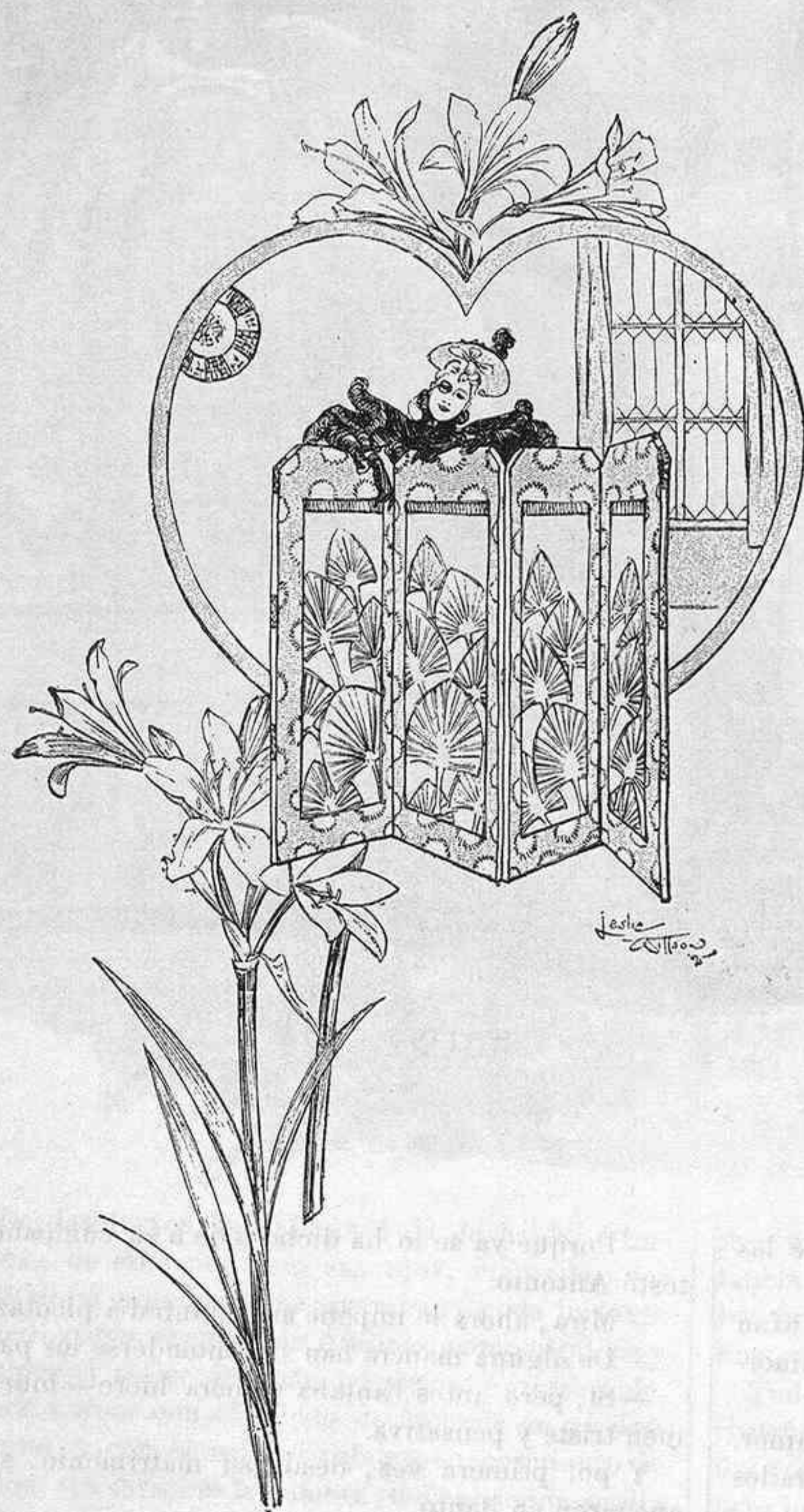
—¡Pobrecita!—exclamó mirando con ternura á la abandonada avecilla.—¡Huyó el inconstante!..... ¡Ingrato, pérfido, alevé!..... ¿pero qué importa? Yo te vengaré..... ¡Mañana, mañana mismo, tendrás otro compañero! ¡De mí depende!..... ¿Mas qué digo? ¡Ay de mí! ¡Para condenarte de nuevo, no á dulce esclavitud, sino á opresora servidumbre, y al doble dolor del bien fugitivo y de la esperanza

perdida?..... ¡No, no, jamás! ¡Conserva á lo menos la esperanza de que el traidor volverá desengañado al apacible nido de sus primeros amores!..... ¡Sufre, pajarito mío, sufre y muere de dolor, como sufro y muero yo!.....

Antonio había volado también en pos de una hermosa y célebre funámbula.

¡Oh felicidad, huímos de ti para buscarte en el aire!
¡Como el canario de mi cuento!

NILO MARÍA FABRA.



CANTARES

I.

Me has causado tanto daño,
Que, si yo hiciera las leyes,
Á todos los ojos negros
Pusiera pena de muerte.

II.

Dicen que al sol de los cielos
Hoy ha vencido otro sol;
¡Ya sabes que te prohibo
Que te asomes al balcón!

III.

Ya sé que eres muy constante,
Morena del alma mía,
En odiar á quien te quiere
Y en querer á quien te olvida.

IV.

¡No ha de haber muchas infames,
Si has cometido una infamia,
Y en lugar de aborrecerte
Te quiero con toda el alma!

V.

Lágrimas nos costará,
Si volvemos á encontrarnos,
Á ti lo que no me has dicho,
Y á mí lo que no he callado.

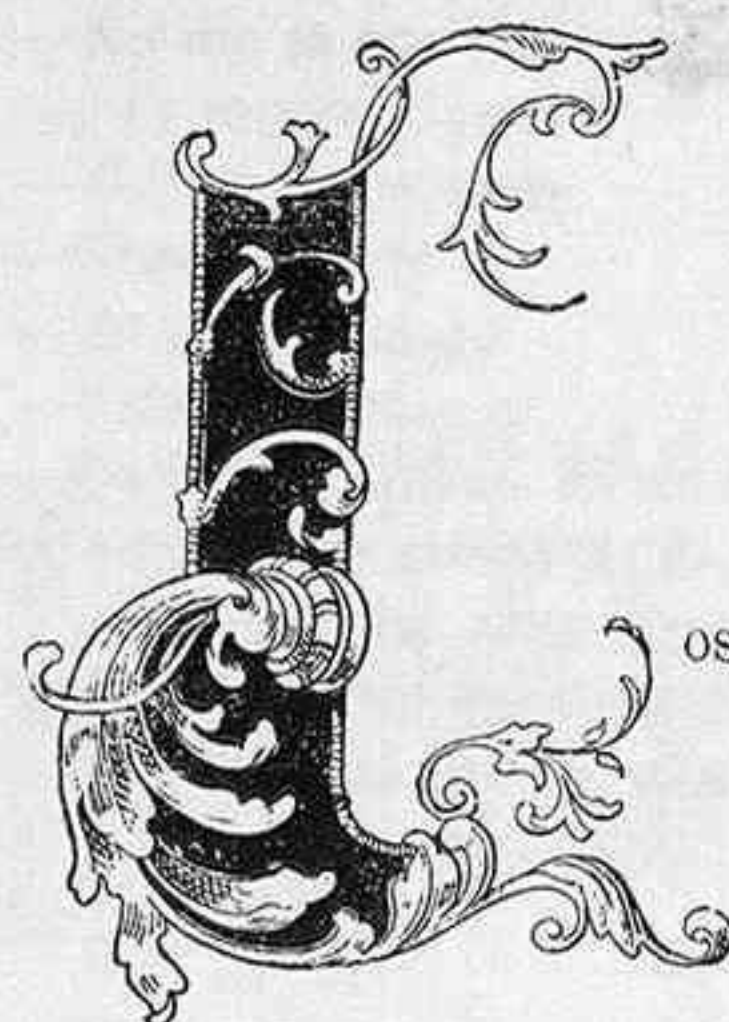
VI.

El cantar que más prefiero
Ese no lo canto á nadie,
Que en el corazón lo guardo
Y del corazón no sale.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

MONIMA DE MILETO

EPISODIO HISTÓRICO



I.

Los últimos rayos del sol poniente, como turba de dorados amorcillos, juegan al escondite en las esbeltas acroteras y marmóreas antefixas del templo de Adonis en Atenas.

Contra las metopas y triglifos de las columnatas dóricas que lo sostienen, acaba de estrellarse el eco de la última antífona modulada por las hieródulas al compás de las cítaras tebanas. El sagrado recinto va quedando desierto, y la gran sacerdotisa ordena la clausura de sus puertas de bronce, con la sonrisa de la satisfacción en los labios; pues si han sido pocas las cabelleras femeniles que la virtud ha ofrecido al deificado hijo de Mirra, han sido muchas las monedas de oro que la prostitución ha depositado en las sagradas arcas, para tener propicia á la deidad terrena.

La heterogénea muchedumbre que á las fiestas ha acudido, rebotando en la inmortal Atenas, como el espumoso naxos en un cráter corintio, se arroja á borbotones por sus puertas, y ganando la campiña, se encamina satisfecha á la playa de Falero, á abordar las naos ancladas á lo largo de la costa.

Dos hombres la han precedido en su derrotero. El primero, de porte distinguido y barba luenga y perfumada, frisa en los cincuenta; y es joven el segundo todavía. En sus trajes se mezcla la indumentaria persa con la griega, y un tesoro de alhajas los adornan.

—¿Te han sido, ¡oh mi señor!, agradables estas fiestas?—preguntó el más joven á su compañero.

—Dígame, ¡oh Báquides! mi eunuco predilecto, que no tienen nada que envidiar á las egipcias de Isis. No puede darse bazar más variado de gracias femeniles.

—¡Aquí, trayendo oro!....

—Cierto, no habrá beldad que se resista. Sin embargo, he visto á la niña más perfecta de la creación cercenar sus negras trenzas, prueba de que quiere conservar incólume su virginidad.

—¿La hablaste?

—No. Yo estaba en el pórtico del templo cuando ella las colgó en la ebúrnea pilastra, y aunque traté de abrirme paso por el apiñado concurso, la perdí de vista.

—¿Podría compararse con ésta?—interrogó el eunuco, parándose y tornando el rostro hacia atrás, al sentir ruido de pasos no muy lejanos.

—¡Ah! ¡si es ella!—exclamó gratamente sorprendido su compañero.

II.

Esbelta como un junco, alegre y bullidora, hollando flores y salvando arroyos con la ligereza de una corza de la Arcadia, adelantaba hacia ellos una niña encantadora, mal velados sus contornos por un finísimo *xitón* y un vaporoso *epumis* de gasas transparentes, coronada de mirto y tarareando á media voz un himno órfico.

—¡Oh, detén tu paso, mujer ó diosa!—le dijo saliéndole al encuentro el entusiasmado caballero;—detén tu paso y satisface una curiosidad, quizá importuna. ¿Eres Venus, y vas á descansar de la lasciva fiesta á la concha marina, ó una hieródula de Adonis, saturada de exóticos deseos?

—¡Ah!—exclamó ella deteniéndose sorprendida ante los fastuosos aparecidos; mas repuesta al punto de su sorpresa, añadió:—No soy más que una mortal satisfecha de su suerte.

—Y bien puedes estarlo. Pero dime: ¿cuál es tu nombre?.... Quiero grabarlo eternamente en mi memoria, como ya lo está tu imagen en mi alma.

—Monima—contestó la joven con ingenuidad, un tanto admirada de oír aquellas frases en boca de un hombre de su edad.

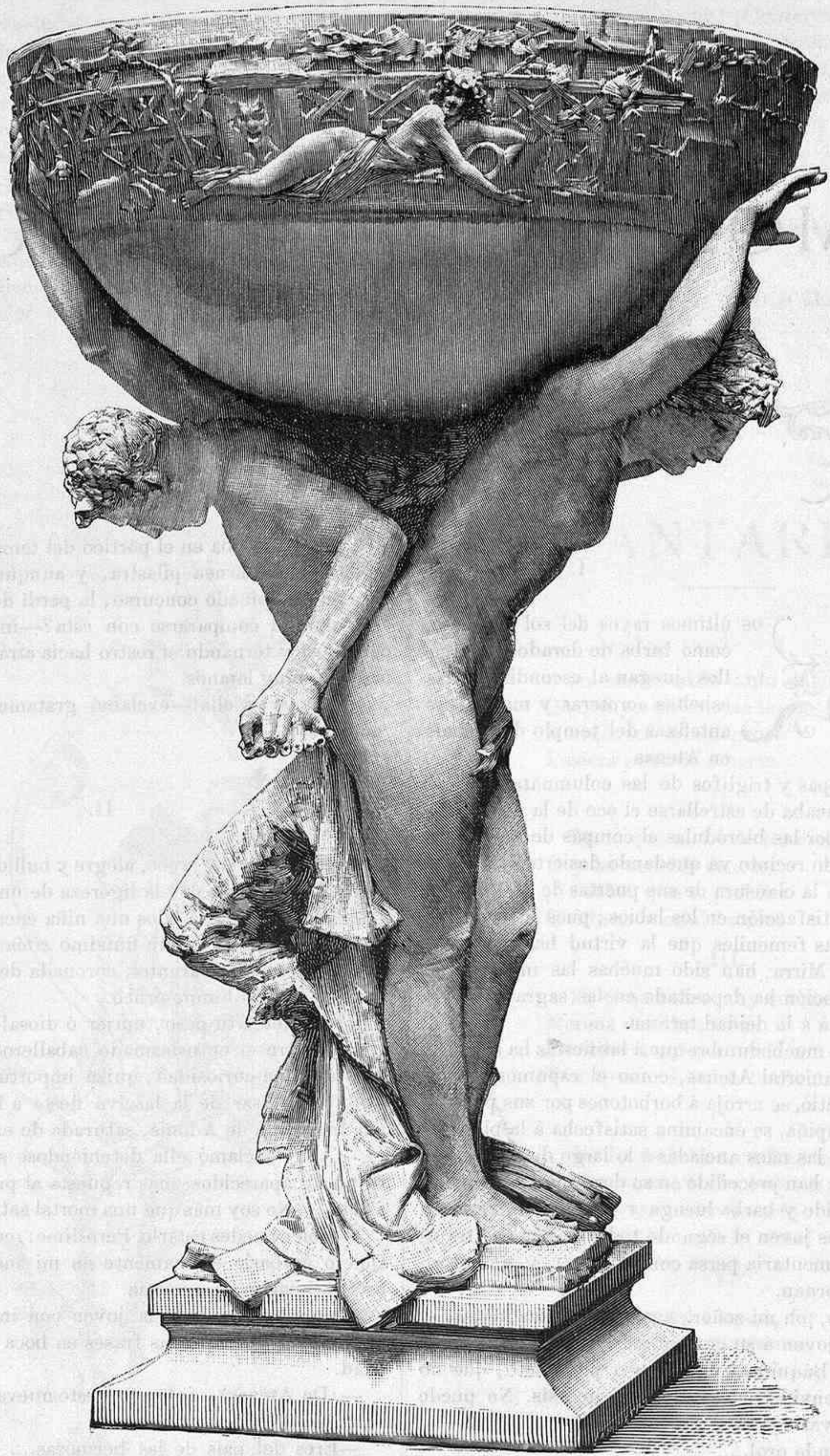
—¿De Atenas?—interrogó éste nuevamente.

—No, de Mileto.

—Eres del país de las hermosas.... y habrás venido á ofrecer al idolo chipriota el precio de tus encantos.

—¡Jamás! ¿No has reparado?.... He preferido dedicarle mi cabellera á robarle las primicias de mi amor al hombre que me ha de llamar suya.

—¡Virtud incomprensible en medio de tanto desenfreno!



BIBLIOTECA
MADRID
ADJUNTA AL
MUSEO
NACIONAL DE
ARTES Y
CIENTIAS

MADRID.—GRUPO DECORATIVO DE LA ESCALERA DEL PALACIO DE LOS SEÑORES DUQUES DE DENIA.
Escultura de D. Antonio Susillo.

Mas oye: tu corta edad te hace abrigar preocupaciones de que el mundo hace chacota. Tal vez no haya habido comprador cual lo merecen tus encantos. Yo te ofrezco—¡atiende bien!—yo te ofrezco una fortuna, quince mil monedas de oro, por venir á hacer noche en mi galera y conversar de amor al compás del grato arrullo de las olas.

La doncella, tendiendo el brazo hacia la ciudad con ademán digno y resuelto, le advirtió:

—Allí encontrarás quince mil cortesanas que se disputarán tu oferta tentadora; pues aunque poseyeras los inmensos tesoros de Mitridates, no tendrías bastante para pagar una sola caricia de Monima la milesia.

É hizo ademán de partir.

—¡Ah! pero escucha—rogóle el seductor intentando tomarse una mano, que ella retiró con donosura.

—No me es posible.

—¿Te espera alguno?

—Teón el espartano.

—Entonces, ese.....

—Es al que busco.

—Una palabra.....

—Déjame marchar. El sol se pone, y es necesario aprovechar los últimos instantes de placer.

Y al pronunciar estas frases, que hubieran hecho honor al más voluptuoso epicúreo, torció hacia la derecha, no corriendo, sino volando como aérea mariposa; y entonando de nuevo su interrumpido himno, desapareció por un bosquecillo de laureles.

III.

El fastuoso oriental quedó como petrificado, con los ojos clavados en la fugitiva, hasta que la enramada burló sus miradas codiciosas.

—¡Qué rareza!—murmuró.—Esa niña es una nota discordante en medio de la embriaguez y la locura de este ilustre lupanar.

—Veo, señor, que te ha interesado sobremanera.

—Te lo confieso, Báquides. «Ni los inmensos tesoros de Mitridates bastarían á pagar una sola de sus caricias», dijo.

—¿Y esa alharaca ha picado tu amor propio?

El interrogado no contestó.

—Pero no me explico tu perplejidad—continuó el eunuco.—¿Te ha agradado y esquiva tus ofertas?.... Pues no hay más que seguirla, apresarla, y á Sínope con ella.

Casi decidido estaba el desdeñado galán á seguir tal consejo, cuando se les presentó un anciano de barba patriarcal, escarchada por el invierno de la vida, seguido de dos esclavas también propectas.

Después de tributarles un saludo, les preguntó:

—¿Habéis visto por aquí á una loquilla de pocos años.....?

—¿Loquilla?—interrumpió el magnate.—Discreta como pocas, dirías mejor, si aludes á Monima.

—¡La conoces!—exclamó con satisfactorio orgullo el anciano.

—¿Eres su padre por ventura?

—Ciertamente; pero un padre atormentado por los cuidados que me inspira su futuro destino.

—¿Has consultado el oráculo?

—Varias veces. Mas ya que idea tan alta tienes de ella, si molesto no te fuese, guíame por la huella de sus pasos. ¡La impaciencia me consume!

El invitado pareció dudar, como si le repugnase el servicio que el solícito padre le pedía, y miró á Báquides como preguntándole ¿qué haré? El eunuco bajó los ojos, y el potentado, decidido á complacer al viejo, con la esperanza de volver á ver á su graciosa hija, le dijo:

—Sígueme;—y se pusieron los cinco en marcha, no sin recabar del milesio su aristocrático acompañante, en pago de su servicio, la relación del horóscopo de Monima.

El amoroso padre, gozando en las venturas que le comunicaba, le refirió, sin perdonar detalle, que la pitonisa de Delfos le había profetizado que sería la gloria de su raza; una maga de Tesalia, que á sus plantas habían de postrarse príncipes y reyes; y que al ir á consultar últimamente el oráculo de Dódona, la paloma sagrada había volado desde el altar y posádose sobre su cabeza; las encinas del monte Tómaro se habían inclinado á su paso; y en los vasos de bronce había entonado el viento el himno olímpico de Orfeo.

IV.

No es el garrido Acteón, á pesar de ir armado de arco y de carcaj, el que ha salido al encuentro de Monima.

No es tampoco el inmortal Apolo, aunque su frente ciña una corona de laurel.

Es el gentil Teón el espartano, el vencedor tres veces en los juegos píticos, en memoria de cuyos triunfos lleva siempre sobre sí tales trofeos.

Ambos, abierto el corazón al gozo, toman asiento en el estilobato desgajado de un ninfeo.

—¡Cuánto me ha atormentado tu tardanza!—dijo á Monima su amante en tono de dulce reconvención, ciñendo con el brazo su flexible talle.

—Teón mío, un extranjero impertinente detuvo mi pie, que volaba al punto de la cita.

—¿Un extranjero?—repitió el espartano, frunciendo el entrecejo.—Espera.... es hombre de edad, alto, vestido con la elegancia de un sátrapa.....

—Sí; ¿sabes quién es?

—Ni quiero; mas le vi esta mañana devorarte con lúbricas miradas, y esto me basta para que, sin conocerlo, le aborrezca.

—Mal se anunció el día para ti.

—Peor de lo que piensas. La primera salutación matinal que recibí fué el aletazo de una corneja que derribó mi aljaba. ¿Qué podía ya esperar de favorable en este día? La desgracia era segura; y como la mayor que pudiera ocurrirme tenía que relacionarse con mi amor.....

—Bueno es ser celoso, mas no tanto—interrumpió la milesia con coquetería.—El corazón de Monima no late más que para ti.

—Hoy sí; pero si un día.....

—¡Ingrato! ¿á qué esa duda? Lo mismo hoy que mañana, ya ausente, ya á tu lado, Monima será siempre esclava de tu amor.

Y su agitado seno, y sus rasgados ojos, poseedores del

secreto de Circe, decíale á la par tal vez más que su boca.

¿Qué le importaba á ella saber quién Teón era? ¿Tenía padres? ¿era huérfano ó expósito?

Para el corazón que ama no hay clasificaciones sociales.

Criado por un éforo, pocos le igualaban en varonil belleza; ninguno le aventajaba en guiar una cuádriga; y las hermosas en las fiestas de Baco, y los irenos en los ejercicios del Platanisto, habían aclamado más de una vez su nombre victorioso.

Entre los dos medió un intervalo de éxtasis en que habló la encendida pupila y callaron los labios.

Mas Teón, súbitamente, poniéndose de pie, exclamó:

—¡Hélo allí!.... ¡el que viene con tu padre!

—Él es—ratificó Monima;—pero ¿qué intentas?

—Matarlo.

Y sacó del carcaj un dardo, que enfiló en el arco.

—¡Oh! ¡no ensangrientes este instante!—suplicó la joven tratando de contenerlo.

—¡Arrr!—gritó el mancebo al estallar la cuerda que había de impulsar la flecha.—¡Hoy es día nefasto para mí!

--Huye: ya sabes que mi padre te aborrece.

—¿Y hasta cuándo?

--Hasta las fiestas de Diana en Efeso.

Y cambiaron, guarecidos tras un arbusto para no ser vistos, un ósculo de fuego, que hizo hervir la sangre en sus arterias.

¿Qué menos podían cambiar dos amantes educados en una sociedad que adoraba el falo y el cteis, y cuya moral arrancaba de una teogonía que preconizaba las torpes aventuras de Venus y Priapo?

V

Monima, esquivando la mano que el magnate le ofrecía, saltó á la galera de su padre, anclada en el puerto de Falero, en la que, por su lujo y el de los remeros que la tripulaban, descollaba, entre las cien naves que se balanceaban sobre la rizada onda, un ligero bergantín en forma de cisne, que abordaron los extranjeros.

El acucioso Cleanto, que tal era el nombre del milesio, reprendió á su bella hija la reciente escapatoria, intimándola una vez más á que desahuciara al espartano.

Su enamorado acompañante, recostado en el palo de mesana, no apartaba sus ojos de las gracias de la incorregible beldad.

Al iniciar las naves los primeros vaivenes de partida algo silbó al oído del incógnito nabab, que se clavó en el palo que le servía de apoyo, dos dedos por cima de su cabeza.

Del asta pendía una hoja de laurel, en la que, escrito con la aguzada punta de un venablo, se leía: «Quienquiera que fueres, Teón te detesta. Si ésta no te mata, guárdate de otra.»

El agredido se incorporó, y después de leer aquellas breves frases, que revelaban una inquina mortal irrevocable, miró con ira á la costa, en donde se hallaba su afortunado rival transido de desesperación.

Á haberlo tenido al alcance de su mano, seguramente no

hubiese escapado con tanta impunidad del atentado. Mas se contentó con hacer añicos la vegetal misiva y arrojarla á las olas con un ademán de soberano desprecio, diciendo á Cleanto:

—¿Qué mal habré hecho á tu futuro hijo para que tan mal me quiera?

—¿Mi hijo?.... ¡Nunca lo será ese infame!

En tanto Teón, aferrado más y más á sus preocupaciones al ver errado por segunda vez el golpe, maldijo el nuevo rumbo de su suerte, sin que bastaran á curarlo del tormento de los celos las intensas miradas de Monima, que, puesta la mano sobre el corazón, le repetía con elocuencia muda que él y solo él sería eternamente el idolo de su cariño.

VI.

Á los dos meses una escuadra de veinte bajeles de tres órdenes de remos, empavesada con asiática magnificencia, fondeaba en el puerto de Mileto.

Al avistar la ciudad, la tripulación en masa, imitando á Báquides que la mandaba, púsose de pie y aturdió el viento con entusiastas hurras.

En aquel instante terminaba el tocado de Monima, que ataviada con el más exquisito gusto y ostentando riquezas dignas de una reina, estaba la mujer más ideal del Universo.

Su padre, contemplándola extasiado, la dijo, así que sus fámulas salieron de la estancia:

—Hija querida: daría la mitad de los días que me restan porque Plutón permitiese á tu madre volver al mundo un solo instante para verte. Las predicciones del oráculo van á realizarse: sobre tu frente de nácar va á descansar una corona, y el monarca más temido de la tierra va á poner á tus pies su consideración y poderío. ¿Quién nos había de decir que aquel enconadizo de las adonías fuera nada menos que Mitridates *el Grande*?.... ¡Ah, Monima amada! Á no haber sido por los cuarenta talentos (1) que me facilitó, mi ruina hubiera sido inevitable. ¿No estás tú misma satisfecha de tu obra?

Monima, que jugaba como distraída con los flecos de perlas de su purpúreo manto, se arrojó al cuello del autor de sus días, y vertiendo lágrimas de ternura, contestó:

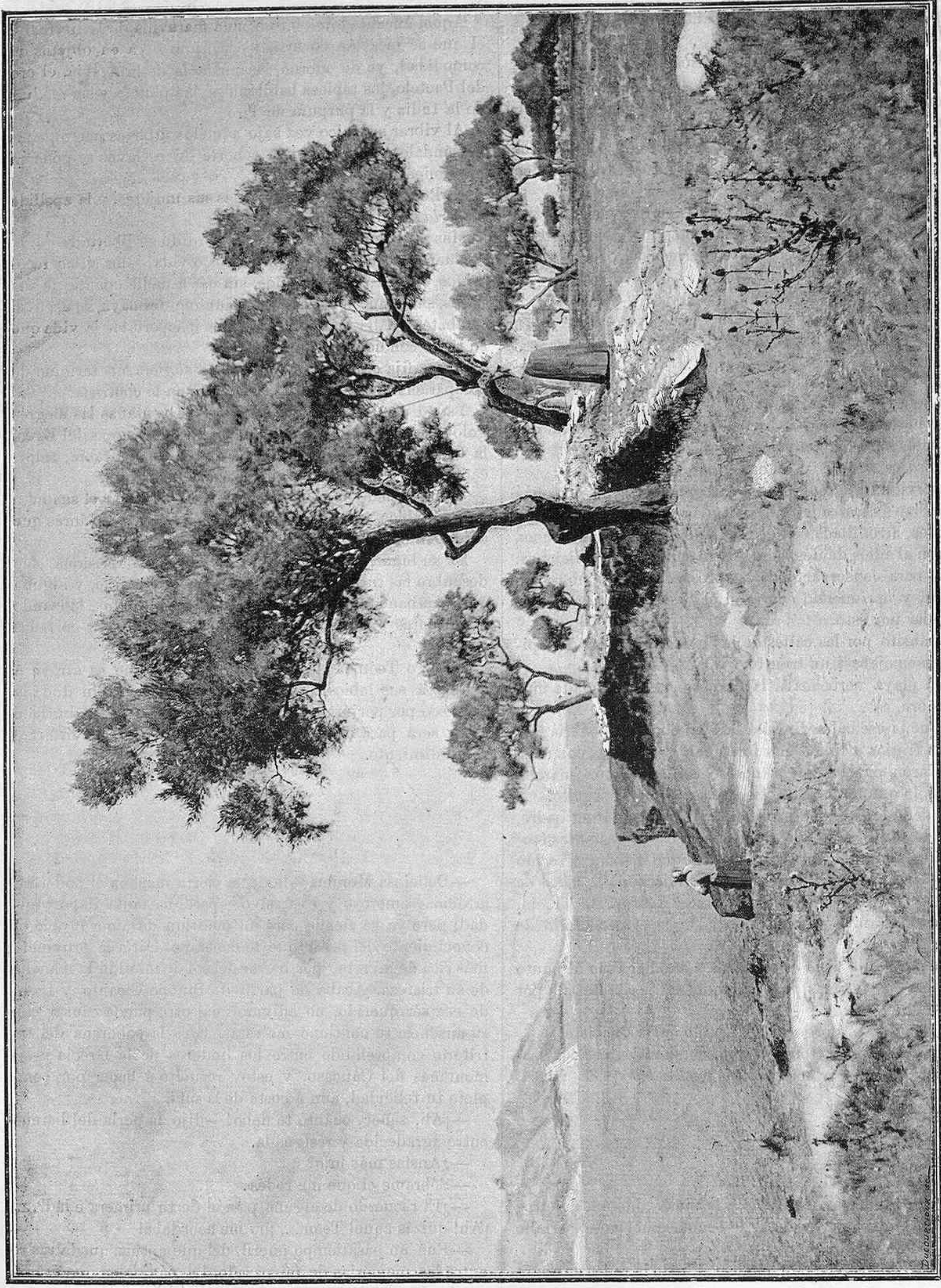
—Padre de mi alma, ¿cómo no he de estarlo, si ella te ha librado del descrédito y el menosprecio en esta vida, y de que fuera infamada al pasar á la otra tu memoria?.... Sean tus días una cadena no interrumpida de satisfacciones, y no pienses jamás en que este paso me cueste sacrificio alguno. ¡El camino del trono es para mí una senda cubierta de flores!

—Pero tus lágrimas....—balbuceó el anciano, no pudiendo contener las suyas al escuchar á su hija.

—No repares en ellas. ¡Son el testimonio de mi felicidad! Y besó, visiblemente conmovida, la rugosa frente de Cleanto.

Fuera del perfumado cubículo, las amigas de infancia de

(1) Unas 220.000 peretas.



COSTAS DE PROVENZA. — CUADRO DE MONTENARD.
(Paris. — Salón de los Campos Eliseos, de 1895.)

ALFONSO DE LA FUENTE
BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
ALFONSO DE LA FUENTE

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
ALFONSO DE LA FUENTE

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
ALFONSO DE LA FUENTE

Monima, engalanadas de fiesta, cantaban al compás de los sonoros heptacordios:

«Gloria á Himeneo, que va á unir con lazo eterno la pareja más excelsa de la tierra.

»Honor al gran Mitridates, que ha sabido elegir por compañera la flor más delicada de la Jonia.

»Y tú, Monima amiga, que compartiste con nosotras tus goces infantiles, que Juno te sea propicia y te guíe de su mano al tálamo Real.

»Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste;

»Y en torno de tu trono girarán, como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas».

VII.

Llegó la hora de partida, y el eunuco Báquides invitó á su futura soberana á bajar al puerto.

Apoyada en el brazo de su padre, descendió las escaleras de aquella casa bajo cuyo techo había visto la luz del día, verdadero paraíso de su niñez.

Su servidumbre, compuesta en gran parte de personas que habían saboreado mil veces sus afectuosas caricias infantiles, arrodilladas en el vestíbulo en apretadas hileras, le dieron el adiós de despedida entre sollozos y bendiciones.

Ella, para conservar toda su presencia de ánimo, cerró los ojos, y oprimiendo contra sí el brazo de su padre, se dejó guiar por éste.

Su tránsito por las calles de la ciudad, colgadas de tapices, se asemejaba á un triunfo.

En la playa verbeneaba la curiosa y entusiasmada muchedumbre.

Así que la escuadra divisó á la ilustre expedicionaria, los músicos frigios y lidios que formaban parte de la comitiva la saludaron con los majestuosos acordes de una marcha triunfal, lo que no dejó de lisonjear su femenino orgullo.

Abordada la capitana por la bella milesia y por su padre, precedidos de Báquides, y distribuidas en las restantes embarcaciones sus parientas y amigas, que habían ofrecido acompañarla hasta el término de su viaje, sonó la señal de partida, y la flota hizo rumbo hacia el Bósforo de Tracia, entre las delirantes aclamaciones de todo el vecindario de Mileto.

Ya se perdía de vista la escuadra, y aun llegaban al punto de partida los últimos versículos del cántico tributado por la amistad.

«Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste;

»Y en torno de tu trono girarán, como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas.»

VIII.

Han corrido hasta ocho años, y la niña seductora de otros días es la mujer más hermosa de cuantas pueblan el serrallo magnífico de Sínope.

Lujo, boato, ostentación, molicie..... todo la rodea en abundancia.

Aquel encantado recinto es una maravilla de la tierra, en el que se mezclan en artístico conjunto, ya en objetos de comodidad, ya de adorno, las maderas de la Arabia, el oro del Pactolo, los tapices babilónicos, las plumas y las piedras de la India y la púrpura de Tiro.

Al vibrar su dulce voz bajo aquellos alfarjes perfumados de sándalo y de cedro, una cohorte de esclavos se pone en movimiento.

El Rey la distingue entre todas sus mujeres, y la apellida *la perla* de su harem.

Mas ¡ay! ¿qué vale todo, si ha perdido su libertad?

Cuando recuerda—¡y nunca los olvida!—los sitios recorridos en sus primeros años, sin dar á nadie cuenta de sus pasos, sin eunucos ni figones, su ánimo desmaya, su espíritu se abate, y halla más aburrida, más insoportable la vida que su regia condición la impone.

No se fija en un objeto que no la sugiera un término de comparación con aquellos cuya ausencia le contrasta.

Ya no acuden á la ménsula de sus ventanas las alegres golondrinas que, mojando la pechuga en las aguas del Egeo, la despertaban de mañana con su aguda algarabía, salpicando de brillantes las pintadas vidrieras.

Ya no vienen las palomas de la Caria á tomar el sustento de sus labios, ni ha vuelto á oír los canoros ruiseñores que anidaban en las acacias de sus jardines.

En su lugar, desde la dorada jaula que la aprisiona, sólo descubre las turbias y pesadas ondas del Euxino, y alguna que otra bandada de cenicientas antrópoides, que, lanzando displicentes gruídos, se remontan á las nubes en cortadas espirales.

Y luego Teón, aquel Teón cuyo nombre no se atreve á confiar á sus labios..... ¿qué será del infelice? Sin duda la aborrece por perjurá, y la fe inquebrantable de su burlado amor será para el pobre abandonado noche y día infernal recordamiento.

IX.

—Deliciosa Monima—le decía cierta mañana el poderoso arsácida, amoroso y expresivo—perdona tanta importunidad; pero ya va siendo para mí cuestión de amor propio el conocimiento del pesar que te consume. Daría la provincia más rica de mi reino por borrar del sol de mi vida la mancha de su tristeza. Acaba de partir de Sínope Cleanto, y fuera de ese sér querido, no adivino cuál otro pueda causar con su ausencia tu continuo malestar. Eres la soberana del territorio comprendido entre los linderos de la Grecia y las montañas del Cáucaso, y estoy resuelto á hacer por completo tu felicidad, aun á costa de la mía.

—¡Ah, señor, cuánto te debo!—dijo la perla del harem, entre agradecida y resignada.

—¿Ansías más lujo?

—Sóbrame el que me rodea.

—¿El recuerdo de alguna pasión de tu primera edad?..... ¡Ah! quizás aquel Teón..... ¡no me acordaba!

—Fué un pasatiempo pueril, del que apenas queda rastro entre las memorias de mi pasado. La página en que estaba escrito ese nombre.....

—¿Qué?—interrumpió impaciente el monarca.
 Monima, haciendo un esfuerzo supremo, concluyó:
 —¡La he arrancado del libro de mi corazón!
 El Rey de Ponto respiró.
 —¿Qué me pides, pues, que alivie tus pesares?.... Dimelo sin vacilar.
 —Que me vuelvas á mi patria un solo día, ¡uno tan solo! Quiero volver á saludar aquel mar pintoresco, respirar aquel ambiente saludable.... ¡Quiero volver á ser por un instante Monima la milesia!
 Mitridates calló.
 —¿Lo ves?.... ¡Ha sido mucha mi exigencia! La que entra en un serrallo debe darse por muerta para el mundo. Tus magnánimas protestas me lo hicieron olvidar; pero ese silencio ha vuelto á recordarme la realidad de mi destino.
 —No puedo oír impávido tus súplicas. Hoy mismo he de partir á campaña contra los romanos, esas aves de rapiña á las que es necesario cortar garras y pico. Cuando torne de ella, te acompañaré á tu patria, haciendo esta excepción en gracia á tu salud y tu contento.

X.

Los pueblos del Oriente, cansados de la dominación romana, esquilados y envilecidos por el odiado Sila y sus sucesores, así que el gran Mitridates se consideró capaz de medir sus armas con ellos y lanzó el grito de guerra, todos acudieron á pelear bajo sus banderas contra el común enemigo.

Sometida la Cólquide, el dueño de Monima pasó á la Capadocia, que libertó del poder de los descendientes de Rómulo, triunfando de Murena, hechura del Dictador.

Otras muchas ciudades y territorios arrancó del poder de los hijos del Lacio, hasta obligar al Senado romano á acudir con todo su poder á apagar el incendio.

Lucio Lúculo fué el elegido para dirigir la empresa, el cual recogió por los puntos del tránsito á cuantos advenedizos quisieron alistarse en sus legiones, dando á cada cual el lugar correspondiente á sus merecimientos.

Comprendiendo, sin embargo, que sus fuerzas eran inferiores á las del rey del Ponto, nunca se dejó arrastrar por éste á la pelea, aun cuando en ocasiones le destrozase algún cuerpo de tropas y degollase á sus lugartenientes.

Mas, consumado táctico, aprovechó una ocasión favorable cerca de Cícico, en la que derrotó al arsácida. Siguióle al Helesponto, á las costas de Bitinia, á la Paflagonia, á la Capadocia, y, por último, le obligó á refugiarse al lado de su yerno Tigranes, rey de Armenia.

XI.

Temiendo un golpe de mano de los enemigos, el precavido Mitridates había ordenado, y así se había efectuado, la traslación de sus mujeres, hermanas y parientas á la ciudad de Farnacia.

Monima mudó, pues, de prisión; mas ignorante de los

descalabros sufridos por su eximio dueño, lo aguardaba por momentos para que le cumpliera su promesa.

La esperanza, ese sueño fascinador del hombre despierto, había vivificado su abatido espíritu.

Pero cuando más se mecía en aquel mundo ilusorio, sacáronla de su arrobamiento ayes lastimeros.

No tardó Báquides en presentársele, descompuesto el semblante y presa de cruel alismo.

—¿Qué es eso? ¿Ocurre alguna desgracia?—le preguntó Monima.

—Muchas á la vez, señora mía.

—¿Que han de alcanzarme á mí?

—Seguramente.

—¡Oh! habla y veré de burlarlas en lo posible.

Báquides movió la cabeza negativamente.

—¿Que no?.... ¡Me haces temblar! ¿Peligra mi existencia?

—Lee—le contestó el eunuco mostrándole un papiro.

Era una orden del Rey, concebida en estos términos:

«Si pierdo la batalla y los romanos avanzan sobre Farnacia, no dándote tiempo de sacar de ella á mi familia y mis mujeres, procura que no caiga viva en sus manos ni una sola. Antes muertas que en poder de los hijos de la loba.»

—¿Y están cerca?....—interrogó sobrecogida de angustia la adorable favorita.

—Ya asoman por allí las avanzadas.

Y señalaba á la ventana.

—¡Oh! ¡Luego no hay más recurso que morir!—exclamó con desfallecimiento;—¡y morir sin haber vuelto á ver.... á mi adorada patria!

—Estás en el caso de elegir la muerte que menos te horrice.

—Espera.... Mas si ha de ser, sea cuanto antes.

Y adoptando de pronto una resolución heroica, y con un estoicismo digno de un discípulo de Zenón, se desligó de la cintura la banda Real y, ayudada del eunuco intentó ahorcarse; mas la recamada tela, insuficiente para resistir el peso de su hermoso cuerpo, se rompió sin haberle ocasionado apenas daño alguno.

Entonces, arrojando lejos de sí con olímpico desprecio aquellos emblemáticos pedazos, pronunció aquella frase célebre que nos ha legado la historia:

—¡Maldito andrajo: ni para esto sirves!

XII.

—Señora—dijo Báquides acudiendo á ella—apura este licor, y en breve dormirás el sueño eterno.

Monima tomó el pomo que aquel mensajero de la muerte le ofrecía y le apuró instantáneamente.

El eunuco desapareció á proseguir desempeñando su luctuosa misión.

Y la hija de Cleanto se aproximó á la ventana, para enviar á la Grecia sus últimas miradas.

No tardó en divisar una falange de gálatas, soldados auxiliares de los romanos, que avanzaban á la carrera hacia la ciudad, y á su cabeza—¡oh cielos!—á Teón el espartano, que volaba tal vez á salvarla.

Un grito agudísimo se escapó de sus labios y cayó sin sentido sobre el pavimento.

Al volver en sí, cuando ya el veneno iba haciendo su efecto, sólo pudo dar al mundo una mirada; y viendo cerca de ella á su antiguo amor, que sostenía entre sus manos y besaba enloquecido su escultural cabeza, aun sonrió su yerta boca.

¡Sublime contraste!

La dicha fulgurando al borde del sepulcro.

La estrella de Mitrídates se eclipsó más cada día.

Vencido en las nuevas tentativas que hizo para rehabilitarse, tuvo hasta el pesar de verse aherrojado por Farnaces, su hijo predilecto.

Un gallo lo libró de las miserias mundanas degollándolo, según los historiadores.

Alguno, discrepando en este detalle de la generalidad, afirma que su matador fué un espartano á quien había robado la felicidad.

PUBLIO HURTADO.



INVIERNO.—CUADRO DE MME. L. ABBÉMA.



LA TRUCHA

I.

- ¡Te digo que era una trucha!
- Habrás visto mal.
- ¡Si tan cierta tuviera la gloria!
- ¡Pero, hombre, aquí no se dan más que tencas!

Los dos pescadores habíanse puesto en pie, y desatendiendo las largas cañas fijas en tierra que iban á hundir sus hilos en el agua del lago, se acercaron cuanto pudieron á la orilla, clavando sus ojos en las ondas como si quisieran horadarlas. No vieron nada de particular. Algunas carpas veteranas que pasaban y repasaban muy abajo junto al cebo, «tomándole el pelo», sin dignarse picar el gusanillo. Un instante permanecieron observando, y al cabo tornaron á sentarse en la sillita de tijera,

de cara al sol, defendidos de sus rayos por una anchísima ala postiza de lona que les cobijaba con una pantalla la cabeza.

Las once de la mañana daba la esquila de la torrecilla cuando D. Procopio había llamado la atención de su camarada don Abundio acerca de su descubrimiento. Las cinco les sorprendieron ya caña en ristre, con su bote de hoja de lata para los peces al lado y su cestita con la tortilla fría próxima. En las seis horas de intervalo no desplegaron los labios ni una sola vez. Dos estatuas yacentes, sin más vida que la de los ojos. Sudaban: se limpiaban el sudor: lo dejaban correr. Venía una rachita fresca: abríanse el cuello de la camisa con el fin de orearse bien. El sol andaba en su camino: variaban de sitio,

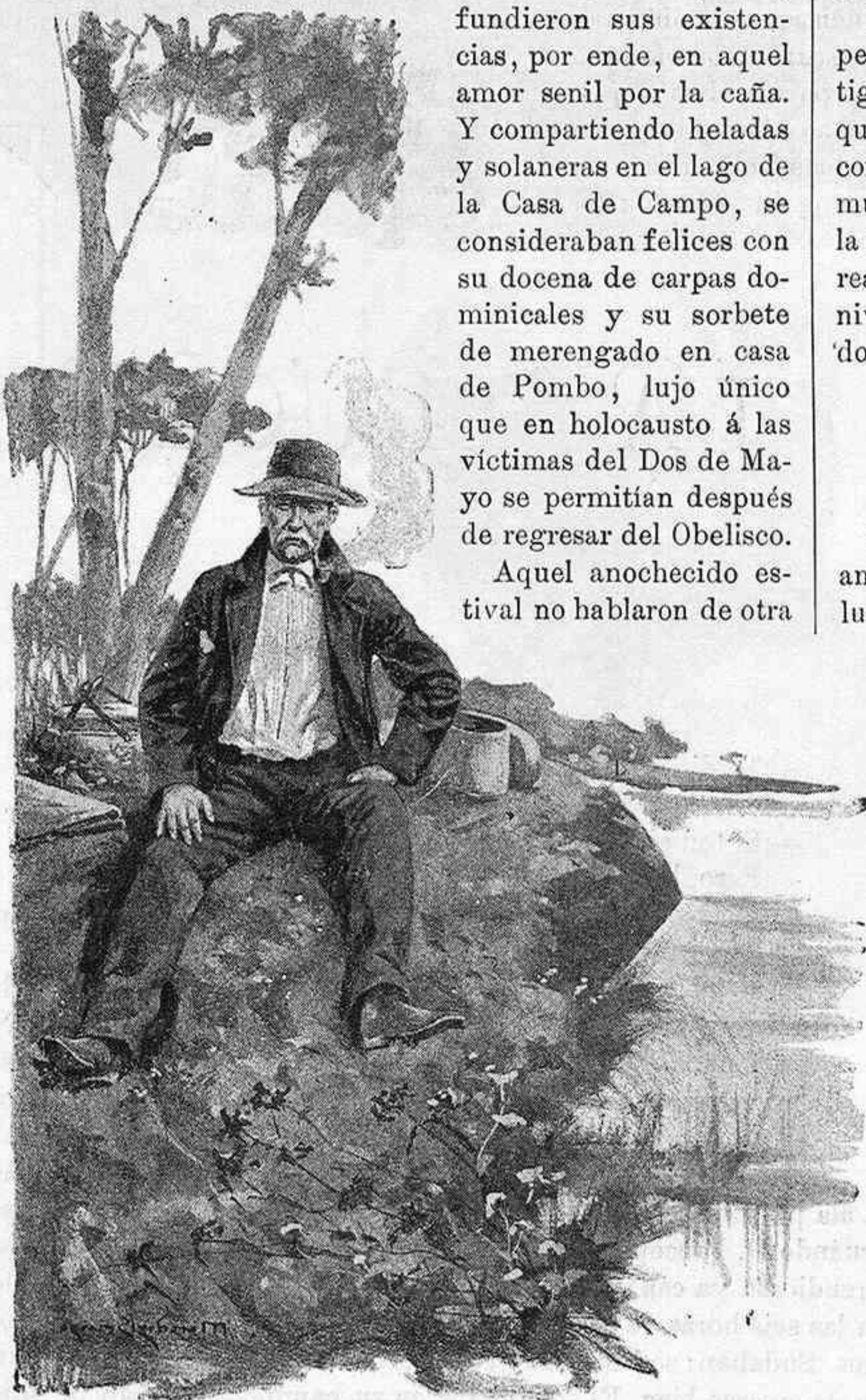
pero todo mudo, silencioso, quedo, con movimientos de espectro, con suavidades de sombra para que sus fluviales señorías no se asustaran.

La misma operación venían haciendo todos los domingos y días festivos desde cuarenta años atrás. No había guarda en la Casa de Campo que no les conociera, ni portero de la entrada que no supiera que fumaban picadura fuerte. Ambos devotos de la caña eran sexagenarios, amojamados, entecos, calvos, con bigote y perilla blancos y derechos de figura, con cierta rigidez militar en la persona. Y, con efecto, procedían de aquellos cuantos bravos que tomaron el puente de Luchana á la bayoneta, hollando la nieve. Aun tenían una fecha bélica, la única en que abandonaban la carnaza: el Dos de Mayo. Y es que estaban filiados en la compañía de Veteranos nacionales, y esa mañana les reclamaba la patriótica procesión.

Camaradas de campaña, habíanse vuelto á encontrar á uno y otro lado de la misma mesa en la Dirección de Rentas, y de igual modo que cuando manejaban el fusil, uniéronse estrechamente ahora que esgrimían la pluma, hasta el punto de marcharse á vivir juntos. Eran solos y libres,

tenían idéntica pasión, fundieron sus existencias, por ende, en aquel amor senil por la caña. Y compartiendo heladas y solaneras en el lago de la Casa de Campo, se consideraban felices con su docena de carpas dominicales y su sorbete de merengado en casa de Pombo, lujo único que en holocausto á las víctimas del Dos de Mayo se permitían después de regresar del Obelisco.

Aquel anochecido estival no hablaron de otra



cosa al volver á casa cargados con sus bártulos: de la trucha. Don Procopio juró y perjuró que la había visto, y el otro le llamó en broma burriciego. Por poco se amoscan. Durante toda la semana no tuvieron más conversación en la oficina entre orden y orden. Los compañeros intervinieron en pro y en contra. Hasta llegó á cruzarse alguna apuesta, con lo cual se les hicieron eternos los días. Al cabo llegó el domingo, y apenas amaneció se plantaron en el río. Tan temprano era, que se encontraron la verja cerrada. Pero todo fué en vano. Obsesionados por el misterioso pez, casi cuidaron, D. Procopio singularmente, del anzuelo y de la carnaza, se movieron mucho, metieron ruido y atraparon pocos ó ningún incauto, sin descubrir, en cambio, la más leve huella de la fugitiva.

Por aquel entonces un suceso inesperado les robó algún tanto de atención á los peces. Los dos tenían cinco mil reales y condiciones de ascenso; acababa de vacar una plaza de seis, y el jefe inmediato les dijo:

—Tanto estimo los servicios de uno como de otro; de suerte, que no habiendo un par de plazas para los dos, no intervengo en el ascenso. Muévanse ustedes, y al que más pueda.

Honradísimos sargentos retirados, ninguno conocía más personaje que su respectivo coronel, ya general, y su antiguo calor fueron ambos á buscar en seguida. Alguien tenía que quedarse sin la plaza. Como era natural, la perdió el que contaba con menos influencia, y D. Procopio, cuyo jefe iba muy bien con la situación, se llevó para su viejo primero de la cuarta del segundo la codiciada credencialita de seis mil reales, estableciéndose así por la fuerza de las cosas un desnivel inevitable entre los dos unidos amanuenses y pescadores.

II.

Don Procopio quería entrañablemente á su colega, con ese amor eterno nacido bajo las balas enemigas y robustecido luego por cuarenta años de vida en común. Cuando los demás escribientes de la sección fueron aquella mañana á darle la enhorabuena en su cuchitril, se lo encontraron triste, abatido, con los párpados rojos como de recientes lágrimas.

—Pero ¿qué le pasa á usted?—dijeronle llenos de asombro.

Pretextó una excusa; pero su pena era tan inexplicable en un día tan alegre, y por otra parte pesábale tanto en el alma, que soltó la llave á las expansiones.

—Ya ustedes comprenderán si yo debía de celebrar mi ascenso—exclamó balbuciente—después de quince años con cinco; pues si en mi mano estuviera, lo renunciaría en favor de D. Abundio, porque me cuesta su amistad, que es para mí media existencia.

Guardó un instante silencio, arrollado por su emoción. Uno de sus compañeros dijo entonces:

—Pero ¿qué ha sucedido, D. Procopio?

—Pues nada—continuó el veterano;—que sin duda esperaba el ascenso, y el chasco de tal manera le ha herido, que ayer me dió friamente la enhora-

buena, y hoy, día de trabajo, en que jamás ha ido á pescar, antes de que yo me levantara se fué sin despertarme, evitando encontrarse con ustedes, que ya sabía que vendrían á tomar una pasta y una copa. ¡Parece mentira lo que hace el despecho! En Luchana me libró de un bayonetazo de un carca; no se ha separado de mí en cuarenta años, y por cochinos mil reales me vuelve ahora la espalda á la vejez.

En aquel instante tableteó la campanilla agitada por una mano «de casa», y á poco entró en la habitación D. Abundio, con su armatoste á cuestas y la lata de los peces colgandera de una mano. Venía rojo, sudando, congestionado, pero con el enjuto rostro lleno de una alegría que se le escapaba á oleadas del semblante. Don Procopio disimuló su turbación y los camaradas se miraron unos á otros, hallando insultante aquella indiferencia del pescador.

Don Abundio, ingenuo y bueno, pero un poco corto de alcances, verdadero buey asturiano, noblote y tardo, no se percató de semejante actitud rayana en lo hostil, y abriendo los brazos estrechó en ellos á su colega, diciéndole con efusión:

—¡Por fin me salí con la mía, chico! Ahí la traigo.

—¿El qué?—balbuceó D. Procopio con súbita ansiedad, iluminado de pronto por una idea.

—¡La trucha, hombre, la trucha! Tenías razón. Me he enterado bien. Quizás es el último ejemplar de unas cuantas

que años hace echaron como prueba. Yo te veía preocupado con el maldito pez, y me dije para mi capote:—¡Qué demonio! De perder el tiempo no puede pasar. Mañana me levanto con el día y me voy á la Casa de Campo. A ver si da la chiripa de que la atrape y celebremos el ascenso como es debido. ¡Y que pesa su libra, chico! ¡Mírala!

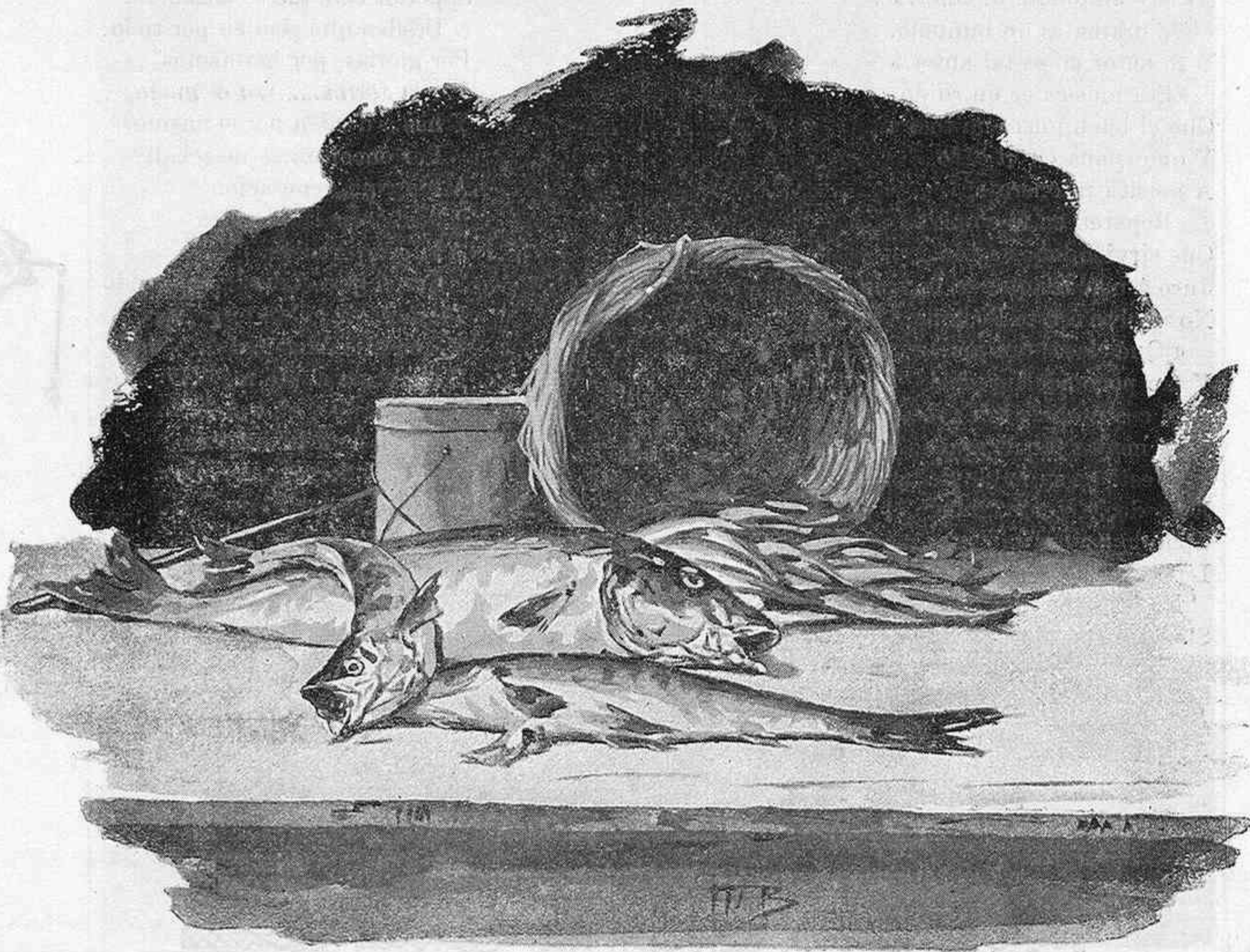
El pescador se sobrepuso al amigo en el ánimo de don Procopio, y examinó con deleite el pez, aún vivo, que su colega le enseñaba alzando el bote de hoja de lata á la altura de sus ojos. Luego el ascendido amanuense consideró el rostro de su colega, limpio, transparente, sin un pliegue, abierto de par en par, mostrando toda su alma tranquila y buena, y arrepentido de sus dudas y sin valor de confesarlas, exclamó, estrechando fuertemente contra su pecho al generoso donante:

—¡Gracias! ¡gracias!

Los cinco ó seis compañeros de oficina, en autos de la cosa, comprendieron lo que pasaba en el ánimo de don Procopio; pero D. Abundio, inocente de las infundadas sospechas de su amigo, no se percató en lo más mínimo del verdadero sentido de sus palabras, y dejándose abrazar, exclamó como el que duda del juicio de alguien:

—¡Pues señor, tú estás chiflado, hombre! ¡Cualquiera se pensaría que te habías enamorado de la trucha!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

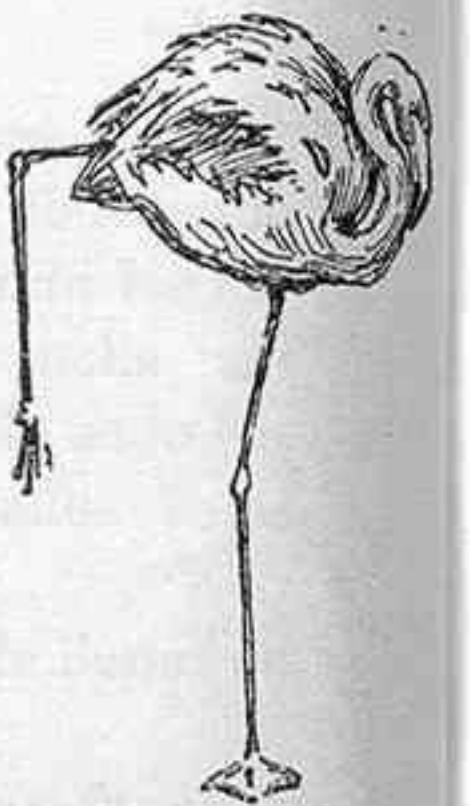




SERES SUPERIORES

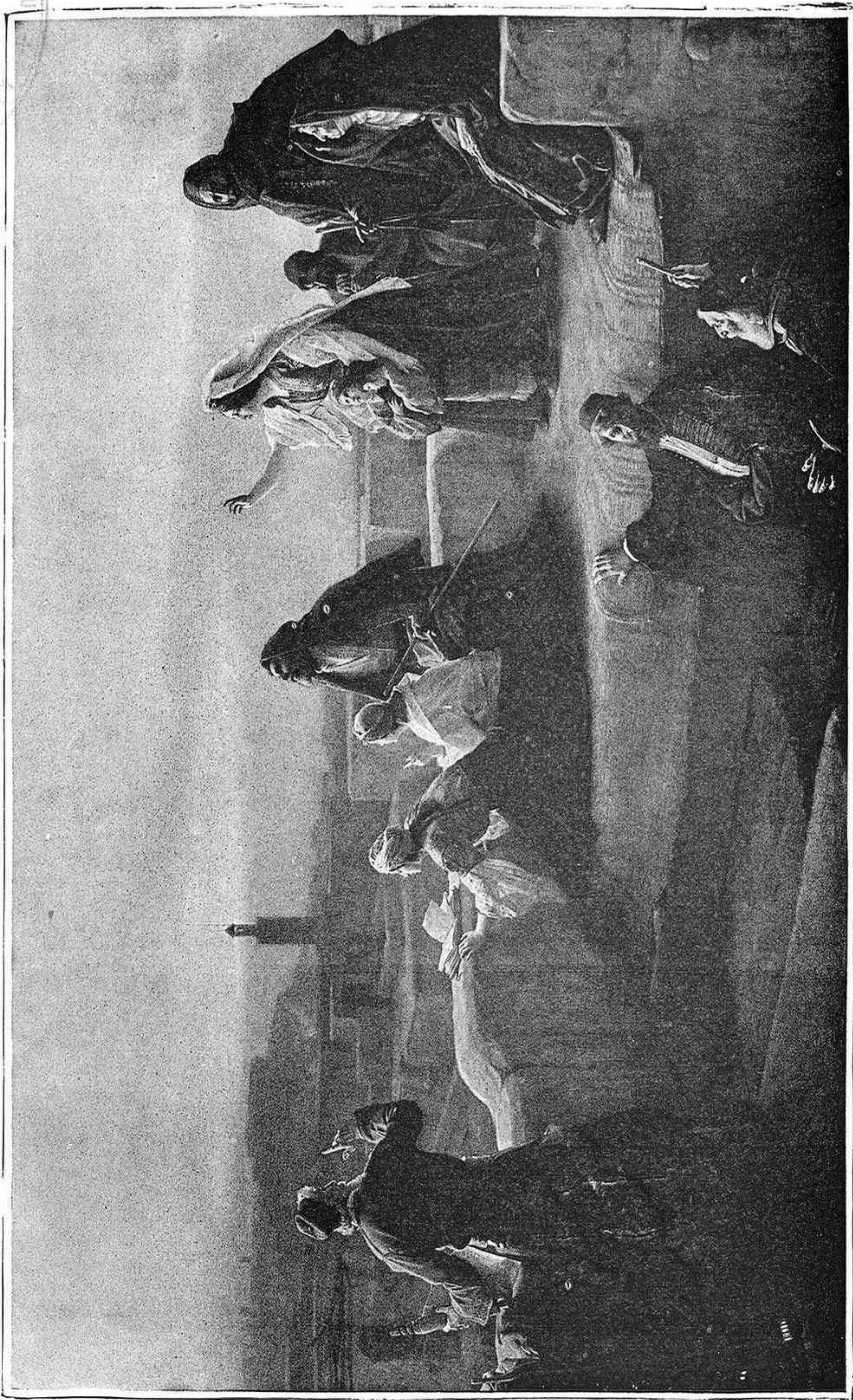
Los hay indudablemente,
Y en donde quiera que estén,
Aplican á lo existente
Su soberano desdén.
Su fuerte filosofía
No se entusiasma con nada,
Y «Eso es una tontería»,
Y «Aquello es una bobada».
«En ese cuadro, no hay cielo,
Ni hay ambiente ni color.»
«Ese drama es un buñuelo,
Y su autor no es tal autor.»
«Esa música es un ruido
Que el buen gusto no tolera
Y que suena en el oído
Á música ratonera.»
«Reparen en la comida
Que sirviéndonos están.
Juro á ustedes que en la vida
No vuelvo á este Restaurant.»
«¡Qué clases tan majaderas
Y tan poco adelantadas!
¡Qué costumbres tan groseras!
¡Qué modas tan atrasadas!»
Y este es su modo de hallar:
De todo, y á este tenor
Todo lo suelen hablar,
Lo que no malo..... peor.
No les hace reir nada,
Siempre con el gesto adusto;

Jamás dan una palmada,
Porque *eso es de muy mal gusto*.
Van al teatro, y se salen
Antes de echar el telón;
Que es medio de que se valen
Para llamar la atención,
Y para probar también
Que lo que allí representan
Sólo merece el desdén
Superior con que se ausentan.
Desdén que sienten por todo:
Por glorias, por heroísmos,
Por la forma..... por el modo,
Y hasta desdén por si mismos,
Por encontrarse mezclados
A tan ruin generación;
¡Ellos! seres destinados
Á la glorificación.
Creen que el desdén es modo
De mostrar gusto exquisito,
Y que el hablar mal de todo
Hace hasta el pie más chiquito.
Ignorando, en conclusión,
Que con su *desdenmanía*
Vienen á formar el *Non
Plus* de la cursilería.
Todos estos caballeros,
Aunque hiriendo así ellos gocen,
Resultan los majaderos
Más grandes que se conocen.



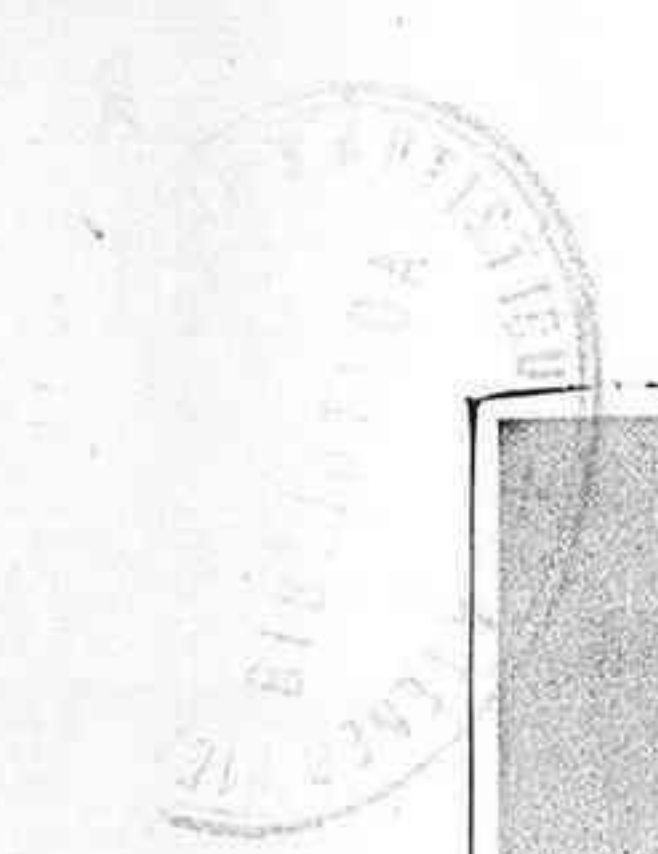
RICARDO MONASTERIO.

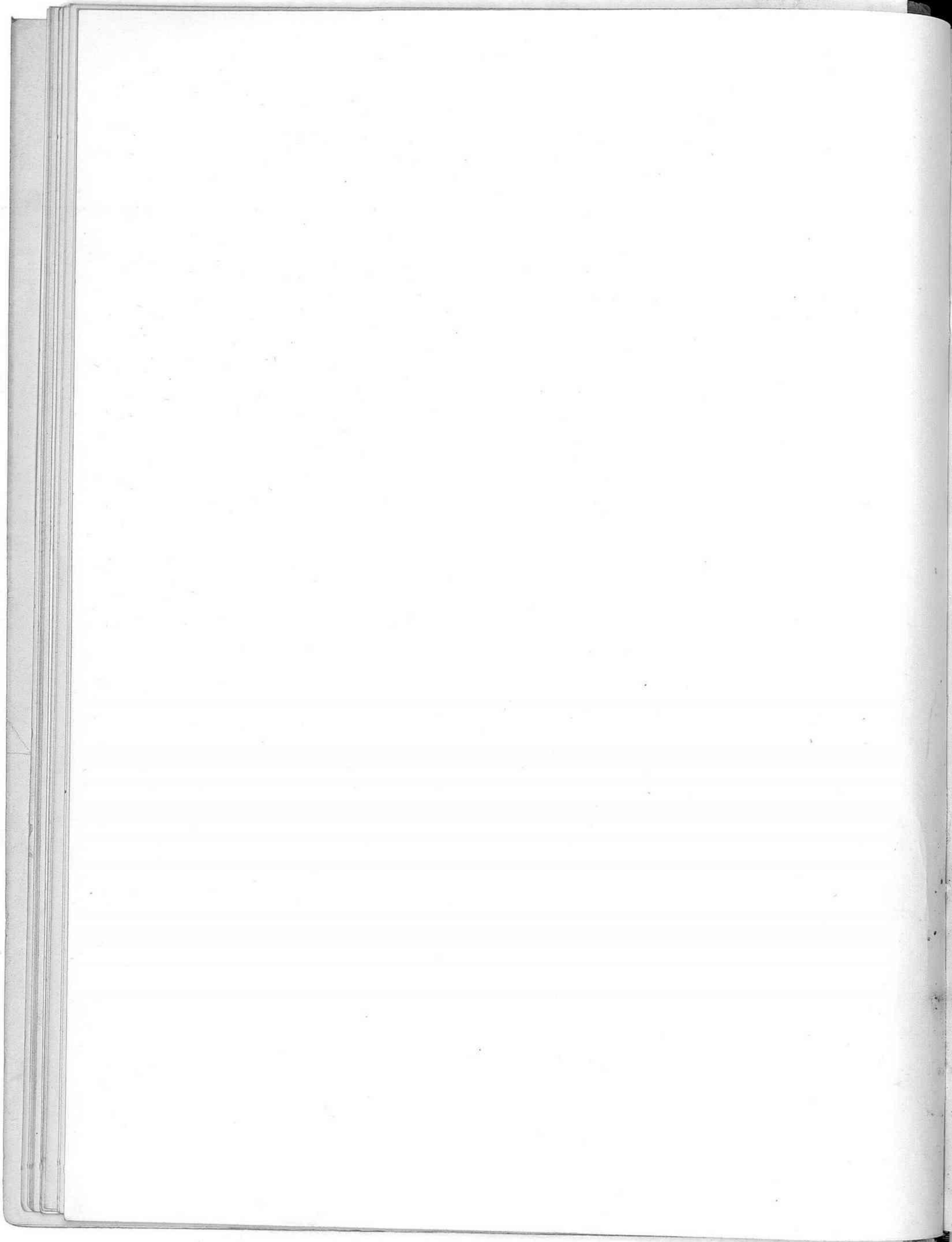




Copyright 1895 by Lecomte-du-Nouy.

LA PRIMERA ESTRELLA (TÁNGER).—CUADRO DE LECOMTE-DU-NOUY.





DON ENRIQUE DE LA CUADRA

MARQUÉS DE SAN MARCIAL

POR EL DOCTOR THEBUSSEM

Mi querido amigo y dueño D. Manuel de Foronda:

Con muchísimo gusto recibí y he leído y releído las copias que tuvo Vm. la bondad de enviarme del *Journal des voyages de Charles Quint*, desde 1514 á 1551, escritos por Jean de Vaudenesse, y que son una mina de curiosidad para el estudio de la gastronomía y precios de los comestibles en la primera mitad del siglo XVI.

No me es posible cumplir el honroso encargo que Vm. me hace de aderezar y condimentar un artículo con las dichas noticias, pues se necesitaria no solamente al Du-Cange colgado de las narices, sino también poseer conocimientos gastronómicos muy profundos, para describir con acierto aquellos servicios de cincuenta ó sesenta manjares succulentos, que se presentaban en los grandes banquetes ofrecidos á los caballeros del Toisón de Oro. Y además sería infamia que yo desflorase los curiosos estudios que Vm. trae entre manos, relativos á los viajes, fiestas y ocupaciones del emperador Carlos V durante todos los días de su vida, los cuales estudios, á mi juicio, han de sorprender y admirar á todos los historiógrafos y eruditos del mundo.

En cambio, y ya que de comidas se trata, daré á Vm. noticias del proyecto de un yantar moderno, que por desgracia se quedó en proyecto, á causa de la nunca bastante llorada muerte del anfitrión.

Fué ó debió ser éste, el opulento D. Enrique de la Cuadra, Marqués de San Marcial y Conde de Xibaja, vecino de Utrera, y tan amante de su pueblo que invirtió sumas cuantiosas en abrir una gran vía, labrar acueducto, fábrica de gas y teatro, reconstruir templos y otras diferentes obras públicas en beneficio de la ciudad, á la cual sirve de ornamento arquitectónico el suntuoso palacio que habitaba el Marqués.

Adquirió éste el viejo Castillo de los Molares, situado en las cercanías de Utrera, con algunas de las miserables fincas y casuchas que lo rodeaban, y, peritísimo en la materia, comenzó su escrupulosa reconstrucción con arreglo á la arquitectura de la época en que se había erigido.

Mis relaciones con el Marqués eran pocas y superficiales cuando empezó la correspondencia epistolar que á continuación traslado, y con la cual tuve la fortuna y la desgracia de que nos pudiéramos llamar amigos en la genuina acepción de la palabra. He dicho fortuna por las atenciones y deferencias que debí á Cuadra, y le llamo desgracia por la pena que me causó y me causa su inesperado y prematuro fallecimiento.

Hablen, pues, las misivas á que aludo, escritas con esa soltura y espontaneidad que dan la fotografía del alma y del corazón de su autor, y que dicen así:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 31 de Marzo de 1892.—Muy señor y amigo mío: Soy, como usted sabe, un chiflado de esos que por divina misericordia andan sueltos por el mundo cumpliendo sus deberes de ciudadano, como los cumplen la generalidad de los españoles. Pero soy dueño de un castillo edificado en los tiempos de D. Fernando IV, ampliado en los de D. Alfonso el Onceno y que restauró en los de D. Alfonso XIII. Procuro en la obra de reconstrucción, de lo que no eran ya más que ruinas, volverlo á lo que fué y darle el mayor carácter de la época, conservando todo lo que en aquellos tiempos se hizo.

Para inaugurar lo que será un *Castillete* quiero dar en él una fiesta á mis amigos, obligándoles á costearse una vestimenta más ó menos histórica, y quiero en la ornamentación del comedor aproximarme á la que usaron los señores de los siglos en que el castillo se construyó.

Después de este preámbulo, malo y largo, voy al objeto de mi carta. Me figuro que los señores del tiempo que he citado comían en mesa y sentados, que usaban vajilla, vasos, copas, jarros ó botellas, manteles y cucharas. Creo no equivocarme al asegurarlo; pero aquí comienzan mis dudas y empieza mi interrogatorio.

¿Comían en una grande ó chica, alta ó baja?

La mesa que usan nuestros campesinos y artesanos, ¿es





DON ENRIQUE DE LA CUADRA, MARQUÉS DE SAN MARCIAL.
 († en Utrera, en 1894.)

la mesa que usaron los señores del tiempo de D. Alfonso XI?

¿Se ponían manteles en España en la época que señalo? Los platos árabes ó hispano-árabes, que han llegado hasta nuestros días, ¿les servían para comer, ó eran otros los que usaban?

¿Comían, acaso, sacando todos de la fuente, cazuela ó lebrillo que ocupaba el centro de la mesa, como hacen hoy las gentes del campo?

¿Cada asistente tenía á su disposición un vaso, copa ó jarro, ó bebían todos en el mismo?

¿Cómo se hacía el servicio?

¿Se colocaban los platos en la mesa, ó los servían los pajes á cada invitado?

Temo que, á pesar de su bondad, halle impertinente esta carta de su afectísimo servidor, q. l. b. l. m.,—*E. de la Cuadra.*

En respuesta á la anterior misiva manifesté á Cuadra que era necesario ser un Paul Lacroix, ú otro eruditazo por el estilo, para contestar acertada y categóricamente á sus pre-

guntas. Expuse, sin embargo, cuanto yo sabía de la materia, y le recomendé varios libros en cuyas láminas y textos pudiera hallar muchas de las noticias que deseaba.

Hé aquí la contestación que recibí:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 7 de Abril de 1892.—
Mi querido Doctor Thebussem: Mucho trigo me ha traído su estimada carta. Ya pedí los libros que en ella indica, y si me ocurriesen dudas, á pesar de lo que en ellos lea, volveré á molestar á usted.

Dígame usted los nombres de dos ó tres amigos suyos á quienes usted desee que yo invite.

¿Invitar he dicho?

¿Y cómo invitaban los ricos homes del siglo XIV cuando querían reunirse para comer?

Venga de ahí una invitación en *fabla antigua* para hacerla imprimir en pergamino.

Mil gracias por sus bondades le envía su afectísimo, —*E. de la Cuadra.*

Mandé á mi amigo unos cuantos renglones que, con sonete de *fabla antigua*, decían así:



Muy mánifico señor: yo vos mucho ruego que iue-
nes, xxvj dias deste pressente mes della fecha desta
carta a la ora de nona, estedes en este mi castillo que
dicen los molares para assentaros a la mesa e yantar
cōmigo e con otros sennores, q̄ assi mesmo vernan:
otrosi me faredes grand merced con vuestra companya.
nro Sennor vos tenga en su guarda. De Utrera iiij
dias de margo era de mill e novecientos e treinta
annos.

D. enriq̄. dela quadra.

Por mādado de don Enriq. mi sennor
iohā gonz^s

El eruditísimo D. José Gestoso copió estas líneas con tal maestría en la imitación de la letra del siglo XIV, que parece foja arrancada de algún códice de aquella época. Conservo en singular aprecio esta joya caligráfica, á la cual se refiere la carta que sigue:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 16 de Abril de 1892.—
Amigo mío: Recibí el borrador de la *Invitación*, y se lo de-

vuelvo á V. copiado en excelente letra cortesana por nuestro querido D. José Gestoso, que es mi consejero en todo lo que á antigüedades se refiere. Él ha dibujado y está dirigiendo la fabricación de la vajilla que ha de servir para nuestro banquete.

Arreglaré, ó por mejor decir, fijaré la inauguración del Castillo para un día en que V. y Castro y Serrano puedan venir con toda holgura. No me perdonaría nunca el ser

motivo de su ausencia. Salga lo que saliere del guisado que estamos preparando, no quiero privarme del gusto de apretarles la mano, vestido de magnífico señor, ni de la honra de que VV. me acompañen en aquella ocasión, para mí gratísima, ya que he de ver reunidos á mis amigos.

De usted afectísimo y agradecido,—*E. de la Cuadra.*

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 26 de Abril de 1892.— Señor y amigo mío: No debo ni puedo dejar pasar sin protesta el roción de piropos que Castro y Serrano me lanza en los párrafos de su carta, que V. copia en la que me dirige. Comprenda V., Doctor querido, y haga comprender á Castro, que con un señor tan culminante como él me piensa, no podrían VV. comer sin someterse á un ceremonial imposible, aunque nos vistiésemos de infanzones. No: yo soy un hombre entusiasta de su país, de su pueblo principalmente; pero más liso y más llano que el primer patán castellano, cuya sangre corre en mis venas.

Hecha tan solemne protesta, acepto gustosísimo que Castro sea cronista de la *cosa*, y ruego á usted que le dé las gracias en mi nombre.

Ya recibí de Francia y Alemania los excelentes y magníficos libros que V. me recomendó, y he empezado á hojearlos. Me parece que ciertos detalles no van á caber en la ejecución del programa.—¿De qué manera comería usted en el mismo plato y bebería en la misma copa que una dama desconocida de V. hasta el momento de sentarse á mi mesa?—¿Cómo tomaría V. el caldo sin cuchara?—¿Qué haría V. de un guisote con salsa si le pusieran la broca?

Allá veremos. Me parece que por muy ceremoniosos que pretendamos estar, acabaremos por creernos en pleno Carnaval.

De usted muy amigo,—*E. de la Cuadra.*

No sé cómo rodaban las circunstancias, que deseoso Cuadra de que yo pasase unos días en su palacio de Utrera, y más deseoso yo de pasarlos en tan grata compañía, nunca llegó el caso de realizarse el plan, quizá por la gran libertad de que afortunadamente disfruto, y por las pocas leguas que nos separaban. En fin, que en la práctica nada hay más difícil que las cosas fáciles.

Pero como era imposible tratar ya por cartas las grandes menudencias del espléndido banquete, avisé á mi amigo la época en que yo debía pasar por Utrera, y me contestó lo que copio:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 30 de Abril de 1892.— Mi querido amigo: Aviseme V., no la víspera, sino con dos días de anticipación su paso por Utrera, é iré yo mismo á esperar á V., acompañándolo hasta Córdoba ó Sevilla. Los trabajos de campo me tienen á veces ausente, y sentiría no poder recibir á V. como V. se merece.

Creo, como V., que será preciso prescindir de muchos detalles para hacer práctico el pensamiento del yantar. To-

davía las obras del castillo están demasiado atrasadas para resolver nada en definitiva. Hasta la vista, y se repite de usted afectísimo,—*E. de la Cuadra.*

Llegué á Utrera, recibíome Cuadra con un abrazo y entramos en el coche reservado que ya tenía dispuesto, á fin de que nadie se enterase de nuestros asuntos ni nos interrumpiese en nuestras pláticas. Recuerdo la particularidad de que un hombre tan opulento viajase sin secretario, mayordomo ni ayuda de cámara, y llevando por todo equipaje una sombrerera que él mismo portaba.

Grande era su entusiasmo por las reparaciones del Castillo de los Molares, y por el festín que allí hubiera de celebrarse; y como mis deseos no le iban en zaga, convinimos en que, siendo un gasto de capricho, debía ó suprimirse por completo, ó verificarlo con el mayor lujo y esplendor. Resultó que yo pude hablar con toda libertad, ya que Cuadra me incitaba á echar por largo, y admitía el axioma de que para el buen éxito de semejantes fiestas era lo mejor tirar con pólvora ajena, ó sea que uno dispusiera y otro pagara.

Con gran facilidad convencí á mi interlocutor de que si la vajilla, mantelería, plata, candeleros y demás muebles del comedor, que le fabricaban en España y Francia, habían de revestir carácter antiguo, lo material de la comida era conveniente que fuese á la moderna, á fin de que no nos quedásemos en ayunas y privados de trufas, champagne, café y tabaco. Nada de aquellos interminables servicios de veinte ó treinta manjares cada uno, tan frecuentes en la Edad Media. Una buena comida de seis platos servida por Lhardy; algunos azafates, escudillas y altamias con grajeas, hostias y cañutillos de suplicaciones; un par de jarros con aloja y alguna aplicación de la capiroxada, mirrauste, manjar blanco pipotea, *bunyols de pasta ab ous é formatge*, y otros guisados de que nos hablan Ruperto de Nola y el curiosísimo *Libre de sent soui*, añadidos á las confecciones de la cocina moderna, servirían para dar al banquete un barniz ó colorido de los tiempos de antaño. Semejante consorcio lo encomendábamos á la singular habilidad y acierto del erudito D. Felipe Benicio Navarro, cuya asistencia al festín juzgamos indispensable.

Acordamos también que los pajes, donceles, coperos, músicos, maestresales y demás servidores, usasen lujosos trajes á la antigua, cuartelados con los colores de la casa, y que las personas invitadas vestirían á la moderna, pero con exclusión del frac.

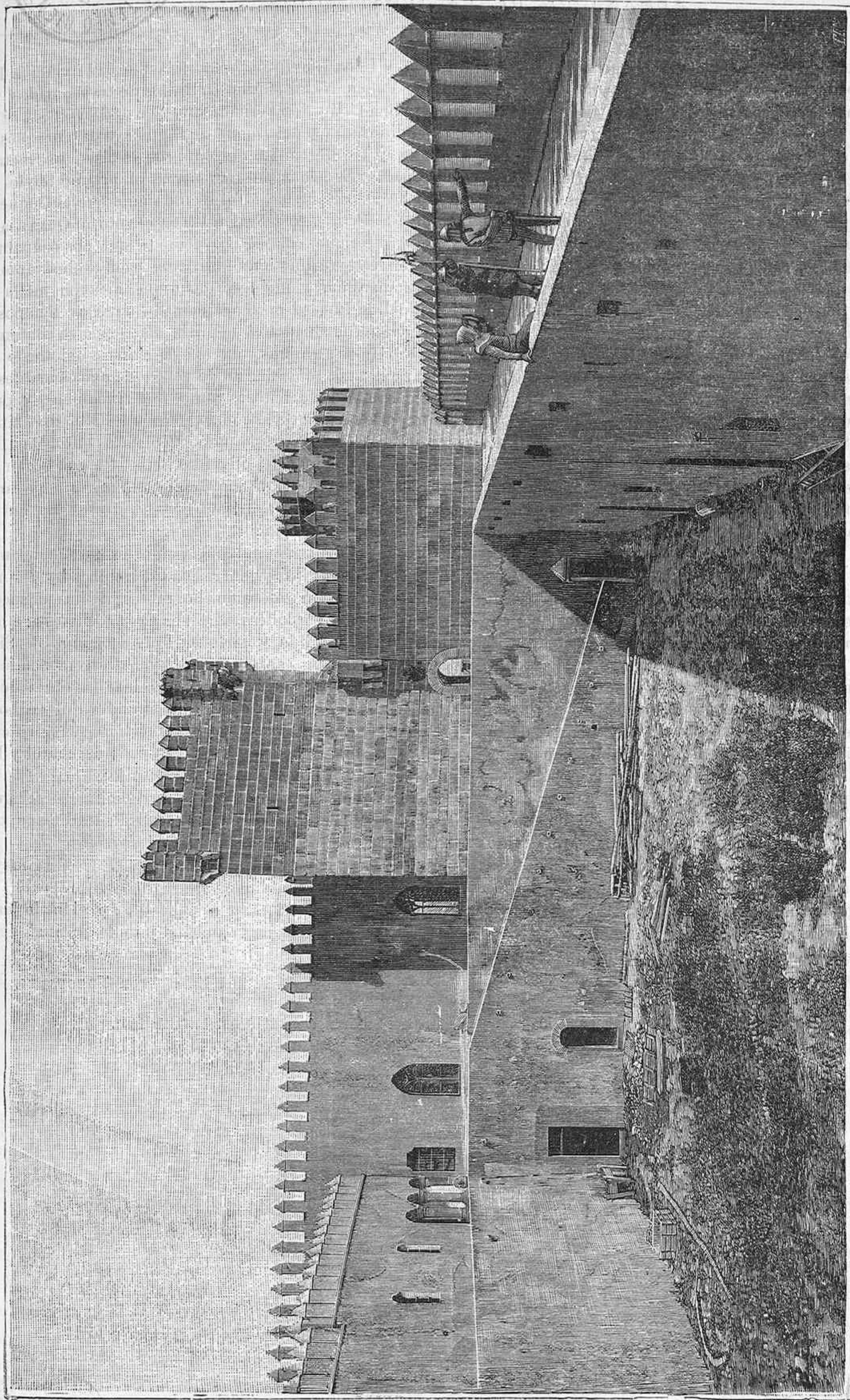
Cuadra, que tomaba rápidamente con lápiz notas que ayudasen á su memoria, dijo sin levantar la cabeza: ¿Nos queda algo más?

Y tanto como nos queda, le repliqué; lo dicho hasta aquí son tortas y pan pintado; aun nos falta el rabo por desollar.

¿Ha pensado Vm., le manifesté, en los trovadores, en la música y en la función dramática que han de seguir á los postres del banquete?

No, señor: no he pensado en nada de eso, me contestó con cara de júbilo y de sorpresa.

Pues, amigo Cuadra, todo esto es lo principal; y yo, anticipándome á los deseos de Vm., tengo ya condicionalmente apalabrados á Barbieri y á Zorrilla: al primero para que nos



SEVILLA.—LOS MOLARES.

CASTILLO DEL SIGLO XVI, REEDIFICADO POR SU PROPIETARIO, EL MARQUÉS DE SAN MARCIAL, EL AÑO 1892.

ATENEU CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
BIBLIOTECA

ATENEU CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
BIBLIOTECA

ATENEU CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
BIBLIOTECA

arregle y disponga lo concerniente á trompetas, chirimías y concierto vocal é instrumental, y al segundo para que escriba los romances de los trovadores y la farsa ó pasillo que hayan de representar en los Molares buenos cómicos de la corte. Y si á esto agrega Vm. que el último plato del yantar sea un gran azafate con abundante surtido de broches, anillos, cadenas y joyeles, á fin de que los invitados elijan aquello que más les agrada, y costea Vm. una lujosa edición de la crónica de la fiesta que nos escriba Castro y Serrano, adornándola con buenas estampas de los Molares, y en aquel día distribuye Vm. esas cuantiosas limosnas que tan acreditada tienen la caridad de Vm., creo que la fiesta resultará digna, nueva, suntuosa y espléndida.

¡Aprobado por unanimidad!.... replicó Cuadra frotándose alegremente las manos y agregando unas palabras que no recuerdo, y que aun cuando las recordase no serían para escritas en este lugar.

Llegamos á Sevilla, donde él se quedó, y yo proseguí mi camino. Nos escribimos varias cartas relativas al asunto y luego.... las desgracias que acibararon y abreviaron la vida de aquel hombre tan bueno, y tan magnánimo y tan generoso, le hicieron olvidar y abandonar su fiesta.

Por septiembre de 1894 falleció D. Enrique de la Cuadra, á quien poco antes le habían concedido los títulos de Marqués de San Marcial y Conde de Xibaja. Los periódicos, al referir el triste suceso y explicar la pena que había producido en la ciudad de Utrera, agregaban que si «la Providencia dotó al Marqués de cuantiosa fortuna, invertida con generosa mano en el mejoramiento moral y material de su pueblo, también probó el temple de su alma con penas muy sensibles, en los más caros afectos de su corazón».

Descanse en paz mi ilustre amigo. Al dolor de su fallecimiento, claro es que se une la contrariedad de que no llegase á realizar una fiesta para la cual tenía ya invertido mucho trabajo y mucho dinero, y que hubiera resultado peregrina en los fastos de los banquetes españoles.

Y digo peregrina, porque á ningún príncipe de nuestros tiempos se le ha ocurrido (que yo sepa) reedificar un castillo desmantelado para dar en él una comida semejante á aquellas con que Don Alvaro de Luna, el Conde de Haro y el de Benavente obsequiaron en sus respectivas épocas á Don Juan II y Doña Isabel de Portugal, á Don Enri-

que IV y Doña Blanca de Navarra, á Felipe II y Doña Isabel de Valois. Ni los suntuosos bailes de trajes dados por los Medina-Celi y los Fernán-Núñez en 1861 y 1884, ni los espléndidos saraos del Duque de Santoña y del Marqués de Campo en 1878, guardan analogía con la fiesta proyectada por Cuadra. Es necesario remontarse al primer tercio del siglo XVII para hallar, en el recibimiento que el Duque de Medina-Sidonia hizo á Felipe IV en el coto de Oñana, algo que se relacione con el proyecto de que nos ocupamos. Pero en este recibimiento brillaron casi exclusivamente una prodigalidad y un despilfarro que hicieron mella en el caudal de la casa más opulenta de aquellos tiempos, y en el yantar de Cuadra el lujo y la discreción se contenían en sus propios términos, sin que la riqueza del dueño tuviera quebranto sensible. Es de notar que ambos alardes se verificaban en los deleitosos campos de Andalucía, y puntos tan cercanos entre sí como Oñana y los Molares, situados en el ameno territorio que pueblan los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, y los que se alegran en los elíseos jerezanos prados.

Quizá el clima tenga influencia en estos asuntos, y quizá el sol andaluz aguijó la generosidad del antiguo y del moderno magnate. En prueba de ello, referiré á Vm. un suceso completamente verdadero. Era obispo en Cádiz, hace medio siglo, el humilde y virtuoso Fray Domingo de Silos Moreno. Usaba un capisayo viejo, y hasta remendado, y vendía los regalos recibidos para terminar las obras de su amada catedral. Presentósele un día el Padre Fulano, hombre alegre, decididor, rico y generoso, vestido, según su costumbre, de nueva y luciente seda, calzado de charol y hebillas de oro. El bondadoso prelado le dijo:

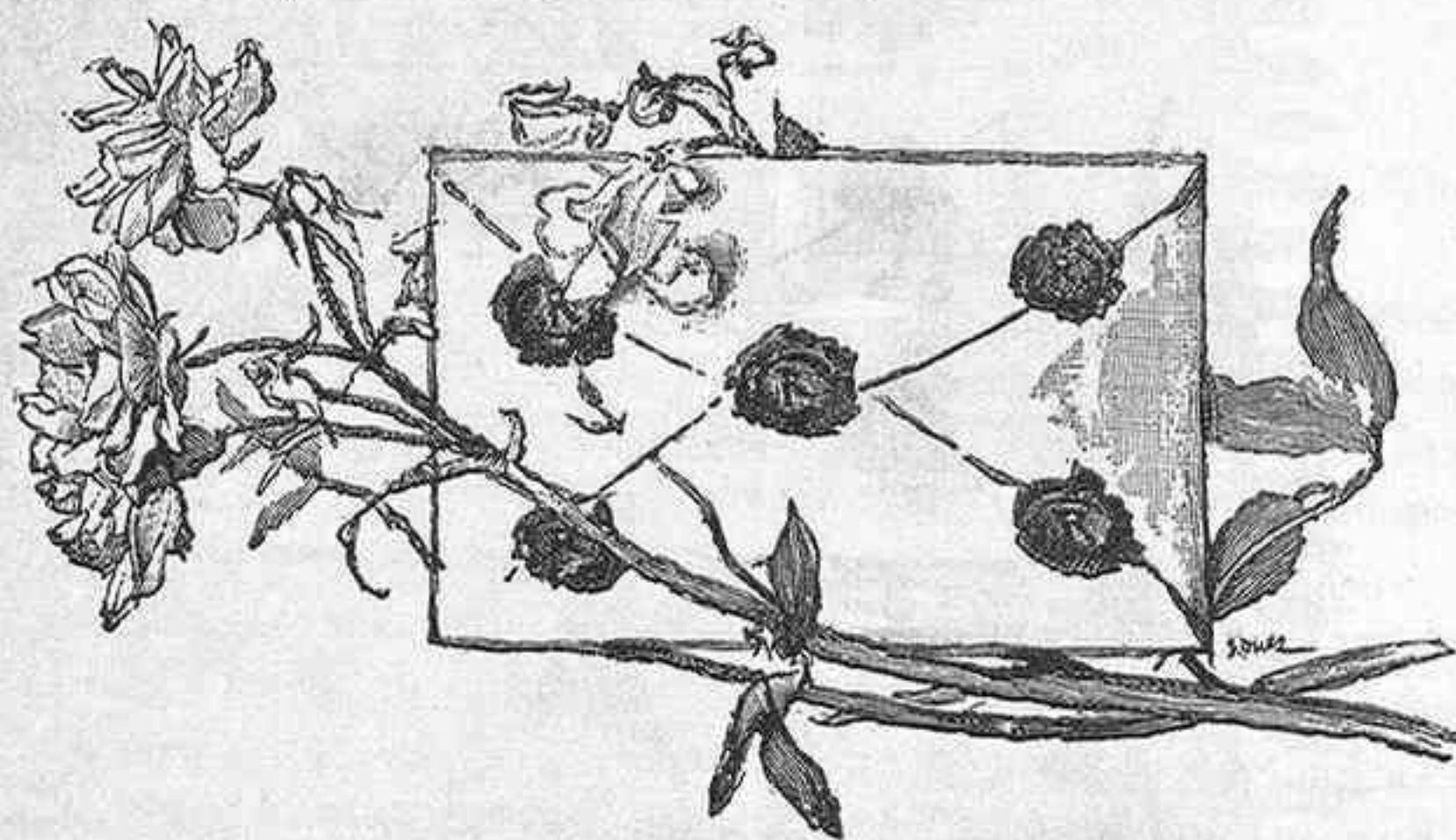
Padre Fulano, ¿qué es *esto*? ¿Qué riqueza, qué elegancia, qué lujo! Parece Vm. un Cardenal! ¡Padre Fulano, qué sotana, qué manteo, qué zapatos! ¿Qué es *esto*?

Señor Ilustrísimo, contestó el interpelado con la mayor sencillez, *esto* no es más que *gusto* y *dinero*.

Aplique Vm. el cuento, si es aplicable; perdone lo largo de mi relación, y crea en la amistad y en la gratitud de su afectísimo

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina-Sidonia; á mediados del año de 1895.



EL YUNQUE

En la asombrosa fundición, se mira
 El taller de las fraguas, estallando
 Lívido fuego cual radiante pira.
 Se están por los obreros modelando
 Piezas de hierro que abrasó la llama
 Rugiendo en las plutónicas hornillas,
 En cuyos negros fondos se derrama
 Con su millar de lenguas amarillas.
 Los hierros inflamados
 Reciben de los machos gigantes
 Los golpes esforzados
 Que alternan con los mil de los martillos;
 Y los yunques, tremendo campanario
 Del templo de las fábricas, entona
 Un estruendo sublime de colosos
 Que hace temblar del suelo á la corona
 Los muros formidables y grandiosos.
 No es repique de fiesta,
 Más bien parece toque de rebato
 El que hoy retumba en la gigante orquesta
 Del ruidoso taller: una proclama
 Ardiente como el fuego
 Que de los rojos hornos se derrama,
 De mano en mano corre,
 Odios, iras y rabias despertando,
 Como terrores va, de torre en torre,
 La nueva del incendio levantando.
 Es la proclama eterna
 Que de pueblo en región lleva el alambre;
 Es el ardid nocivo y engañoso
 Con que excita al obrero laborioso,
 Parte de Prensa á la que hostiga el hambre:
 «Ha llegado el momento en que á balazos —
 Levantando la voz lee un herrero
 Con frases que parecen martillazos —
 Te defiendas por fin, misero obrero,
 Si no quieres que fiero
 Te aniquile el *burgués* entre sus brazos.
 Mira el lujo insolente
 Que á tu vista pasea el poderoso
 Recostado en lujosa carretela,

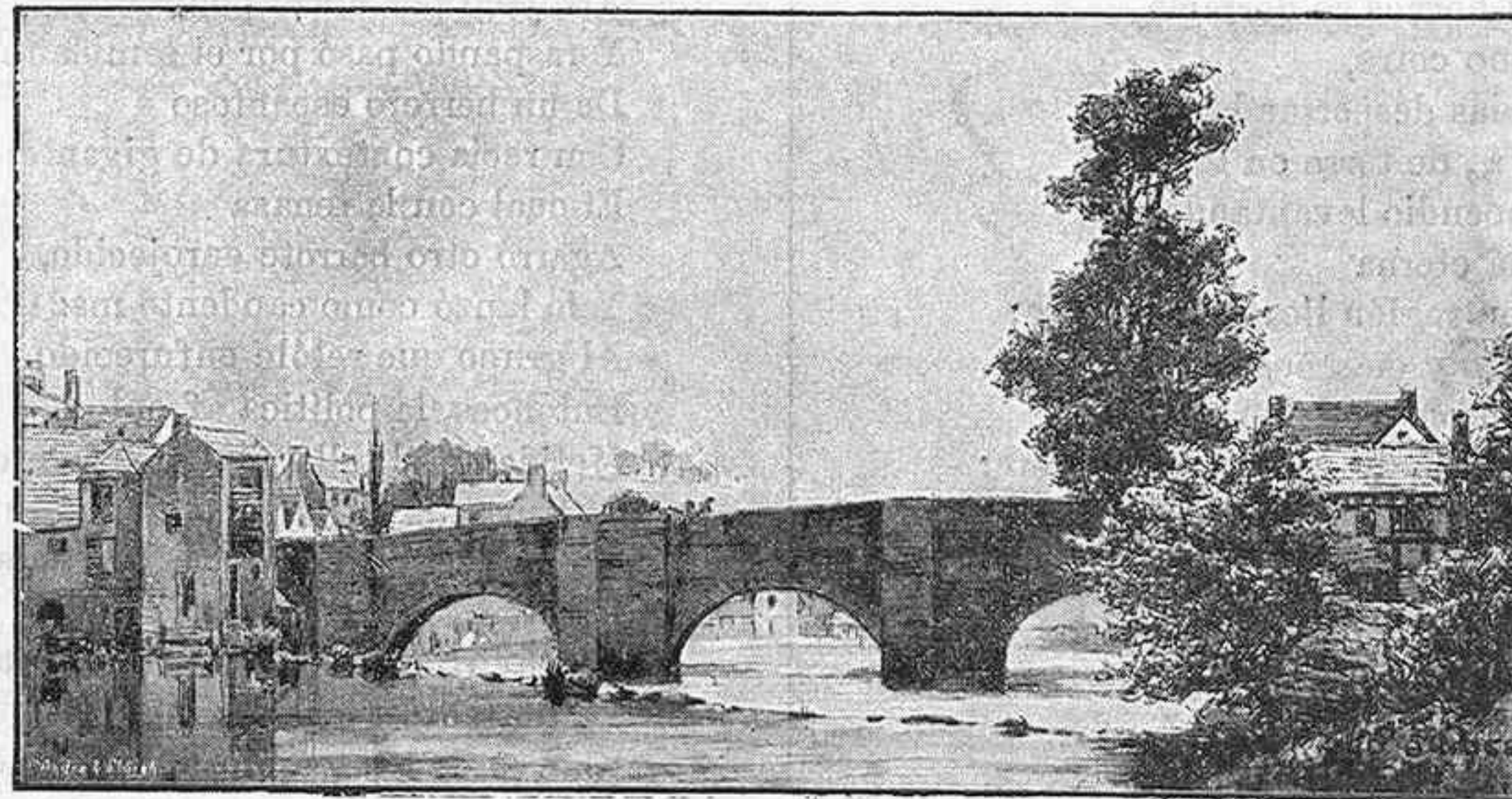
Mientras que la miseria agonizante
 En tu hogar anhelante
 Sobre la frente de tus hijos vuela.
 Los golpes que sacudes trabajando
 Con la piqueta, el hacha y el martillo,
 Dalos sobre los viles opresores
 Que te clavan su bárbaro cuchillo,
 Y rueden á tus pies, pedazos hechos,
 Sus muebles ostentosos,
 Sus cuadros y sus lechos,
 Sus caballos briosos,
 Y sus dorados muros y sus techos.»
 Una explosión de gozo contenido
 Resonó al acabarse la lectura,
 Ardiente como un hierro enrojado,
 Y gritos de protesta valerosa
 Hacia el comedio del taller sonaron,
 Mezclándose en la sala calurosa
 Voces clamando por distinta idea
 Al atronar la fábrica asombrosa
 El comienzo de súbita pelea.
 Rayó el aire un barrote centellante,
 Arrojado por brazo poderoso,
 Y raspando pasó por el semblante
 De un herrero espantoso
 Con recia contextura de gigante:
 El cual con la tenaza
 Agarró otro barrote enrojado,
 Y lo lanzó como candente maza
 Al grupo que retóle enfurecido.
 Entonces, la política afrentosa
 Metida en el taller, ácido ardiente
 Que mata el organismo en que se posa,
 Embraveció los odios en los pechos,
 Desató los torrentes de la ira,
 Y convirtió en combate tremebundo
 La portentosa fábrica sagrada,
 ¡Que es de los templos el mayor del mundo!
 Un diluvio de fuego
 Con resonantes proyectiles rojos,
 Que daban en los muros y en los yunques

Al deslumbrar los espantados ojos,
Llenó de líneas trágicas el viento
En la batalla bárbara y traidora
Donde estuvo el horrisono elemento
Aturdiendo al pasmado pensamiento
Con su horrible visión deslumbradora.

Una voz resonante
Que dominó la lid enardecida,
La de un herrero de viril semblante
Y rara ilustración bien adquirida,
Á quien daban aspecto de profeta
Su barba por el humo ennegrecida
Y sus miembros magníficos de atleta,
Alzóse y dijo con arranques fieros
Encendiendo la cínica proclama:
—«Escritos que no son de caballeros
Deben ser arrojados á la llama.
Plumas en las que late la avaricia
Os excitan, oh míseros obreros,
Á revolver del alma la inmundicia,
En vez de alzar en vuestro pecho puro
El amor incesante del trabajo
Que ha de labrar vuestro vivir futuro.
Todo tiene su yunque en que golpea,
Y golpeando el alma dignifica;
El yunque del soldado es la pelea,
Donde á la patria alientos sacrifica;
Del sabio es yunque la cabeza rica
Del cual salta la chispa, que es la idea.
En el concierto universal no hay cuerda
Que ociosa esté; perforan las raíces
Las magnas ubres de la tierra hermosa
Para beber sus savias, y con ellas
Subir del tallo por la fibra airosa
Las flores utilísimas y bellas;
Muévase el viento, y en sus alas leves

Conduce alborozado
Las moléculas breves
Del polen para el fruto destinado,
Y lo lleva en su errática carrera
Como un enamorado
De palmera á palmera,
Desde un bosque á otro bosque dilatado;
Lanzan los ríos su veloz corriente
Y derraman mil gérmenes de vida
En el regazo de la tierra ardiente,
Y al batir de su lecho las arenas
Retuercen sus anillos de serpiente
Con trabajar de fecundantes venas.
Nada hay ocioso en todo el universo;
El grano hace la espiga;
La luz deja la flor tornasolada;
Á fuerza de fatiga,
Durante siglos de labor constante,
El átomo anhelante
Labra la inaccesible cordillera;
Y el mismo Dios, en rotación valiente,
Arrastra con su mano omnipotente
Dentro de un ritmo la creación entera.
Trabajar es la vida, compañeros,
Y mover un martillo, un instrumento,
Sacar las letras de la culta caja,
O ir con la mano en el volante puesta,
Es—que tanto se eleva el que trabaja—
Pulsar el arpa en la sublime orquesta.
Á trabajar, á trabajar, herreros,
Y al punto cesen vuestras bravas iras.»
Subyugó con su voz á los obreros,
Que, volviendo á los mazos espantables
Y de las fraguas á las rojas piras,
Alzaron de los yunques formidables
Triunfal repique de grandiosas lirás.

SALVADOR RUEDA.



Letra ó carta que un àbuelo Hoy escribe á un jovenzuelo.

Mi querido y joven amigo: Á este lugarón donde me he retirado tiempo hace para concluir en paz mis ya largos días, llegó á buscarme tu carta con la triste noticia del fallecimiento de tu señor padre (q. s. g. h.). Añades que por tal causa, falto ya de medios, no puedes proseguir tus estudios, habiendo determinado marchar á Madrid para conquistar en la corte de España con tu ingenio y pluma nombradía, posición y dinero. Aunque tal resolución me recuerda vagamente aquello de «Fr. Gerundio deja los libros y se mete á predicador», yo sé muy bien que tú no eres Fr. Gerundio, y que además los tiempos han cambiado; pues si antes para escribir de cualquier materia un discursito así como un cuadernillo de papel, era preciso haberse quemado las cejas leyendo y meditando, hoy, gracias á Dios, no son necesarios semejantes preparativos, y basta con una buena voluntad, tintero, pluma y cuartillas; en la inteligencia de que, si al principio te saliere mal, después te saldrá mejor, ó peor, y en último caso, aunque siempre seas un chapucero deplorable, no por ello te negarán el saludo, ni te llevarán á la cárcel preso, ni te impondrán contribución, que me parece peor todavía.

Mas antes de ir á la corte piensas vender tu casa y terruños á los señores cura y boticario, que son casualmente, según me dices, los que, á fuer de buenos amigos, aplauden tu determinación y en ella te sostienen, profetizándote los mayores triunfos. Imagino que, en muestra de gratitud, así por sus leales consejos, como por el alto concepto que tienen de tu valer, deberás venderles tu herencia muy barata; pues por mucho que lo sea, nunca les parecerá demasiado.

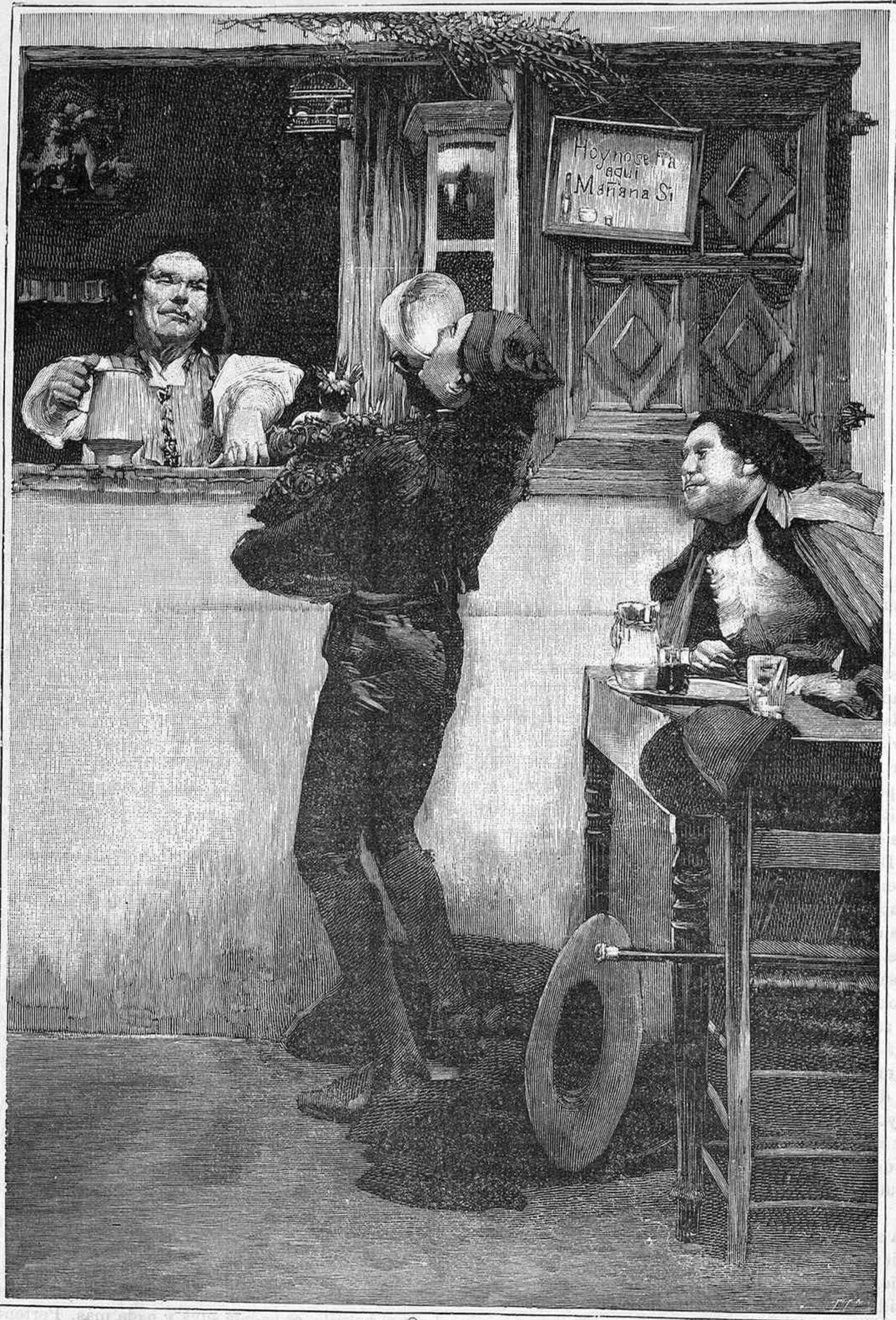
Y ya con algún dinerillo y sin el engorro de la propiedad, siempre muy molesta (sobre todo para los que ninguna tienen), hállaste como ligero buque, levada el ancla y despidiendo á borbotones el humo del vapor, dispuesto á enderezar tu rumbo adonde tu voluntad lo quiera.

Mas ya que elegiste la corte por campo de tus futuras hazañas y tratas de avecindarte en Madrid, patria común y casa de pupilos para todos los españoles, dígame que pien-

sas y discurre como el propio Salomón; pues siendo en tu pueblo el más excelente y hasta el único rimador que sabe concertar *caballero con sendero*, y *crystalino con pepino*, posible es, y hasta probable, que en Madrid suceda otro tanto: y aunque ahí no te pagan tus versos, porque apenas hay quien sepa leer, en la capital de todas las Españas ocurrirá lo contrario, si el demonio ó la mala suerte, que todo lo trastornan y echan á perder, no hacen que ocurra lo mismo.

Y ya que á Madrid nombro, te expondré una idea luminosa que de golpe me viene á la mollera, esclareciéndola y alumbrándola como resplandeciente quinqué de petróleo. Hay allí muchos cafés, cada uno con varios mozos, que ahora llaman *camareros*, aunque de ninguna cámara cuidan, cuyos ingeniosos dependientes corren de un lado á otro con bandejas de comestibles y bebestibles, ó con enormes alcuizas repletas de café y leche. Cuando la gente agrupada obstruye el espacio libre entre las mesas y les cierra el camino, dicen con alta voz: «Paso, que mancho.» Y entonces todos se apartan á un lado y otro y le abren expedita senda, y ellos van y vienen desembarazadamente como y por donde les acomoda. Imitando, con aplicación á lo moral, este procedimiento físico, tú puedes también abrirte ancho camino en la sociedad con la misma frase prodigiosa: «Paso, que mancho.»

Para ello, antes que todo, y primero que toda cosa, procura entrar en la redacción de algún periódico, aunque sea únicamente *pro fama et honore* y sin estipendio ni sueldo alguno. Porque has de saber, amado joven, que los periódicos son como las iglesias, y en la casa de Dios, «cuando no llueve, por lo menos gotea», según afirma un antiguo refrán castellano. ¿No te dan sueldo? Y ¿qué te importa? El hombre listo no pide que le den dinero, sino que le pongan donde lo haya. El atraerlo hacia sí y metérselo luego en el bolsillo, es cuenta suya y nada más. Pertenecer á un periódico de cierta circulación es una mina: el periodista, como la mesilla del turroneo, se halla en todas partes, y por derecho propio en todas ellas figura, campa y se luce:



¡HASTA VERTE, CRISTO MIO!—CUADRO DE D. JOSÉ GARCÍA Y RAMOS.

tiene en los teatros entrada gratis, y aun puede regalar ó vender alguna, si le sobra; como el aire sutil, penetra donde quiere; asalta la habitación de cualquier alto personaje y lo somete á prolijo interrogatorio, bajo el pretexto de información periodística; asiste á toda inauguración, donde almuerza, come ó cena de balde, y además se guarda en los bolsillos la mar de comestibles y buenos habanos para fumar lo menos ocho días; como cronista de salones, entra en los bailes y tertulias de gente rica, describe el *comfort* de la casa, la *toilette* de las señoras; pondera el *bouquet* de los exquisitos vinos servidos en el *buffet* sustancioso y elegante; adquiere conocimientos y relaciones con gente empingorotada, que puede servirle y aprovecharle en su día; y como á tales empleos y gajes suele unirse el cargo de crítico..... ¿para qué se quiere más? ¿Acaso no hay ya lo bastante para decir: apaga y vámonos? Porque un crítico periodista, aunque sea pobre gacetillero sin sueldo y rapado á navaja de toda suerte de estudios y conocimientos, adquiere súbita y repentinamente ciencia universal infusa, y lo mismo juzga un drama que un tratado de filosofía ó matemáticas, una estatua ó un cuadro presentado en la Exposición de Bellas Artes. Con distribuir á derecha é izquierda elogios y palos de ciego, sin qué ni por qué, es decir, sin motivo alguno ni fundarse en razones, ya tiene desempeñado el cargo, la tarea cumplida, y asegurada la reputación y nombre de crítico, gracias á la osadía propia y á la general barbarie de los demás; factor con que siempre cuentan los charlatanes dedicados á explotar la común ignorancia.

Esto, más que todo, te conviene, hijo mío, ser crítico y tener á tu disposición el látigo y el incensario. No importa que con éste abolles y aplastes las narices del ídolo, y que descargues el otro sobre personas más merecedoras de ilustres premios que de afrentosos castigos. El caso está en que, *urbi et orbi*, sea manifiesto á todos que dispones igualmente del rayo de Júpiter y del cuerno de la Abundancia, pudiendo á tu grado y capricho distribuir censuras y elogios, vengan ó no vengan á pelo, sean injustos ó motivados.

Y como de la unión resulta la fuerza, bueno y conveniente será para tu negocio y llevar adelante el tejemaneje, que te confabules y asocies con otros gacetilleros de tu propia ralea, quiero decir, de tu misma gloriosa estirpe; y ya unidos como la uña á la carne y ligados por los fuertes vínculos del común interés, á ver dónde hay un valiente que pueda con vosotros.

Para seguir la moda, bogando á favor de la corriente, empréndela contra Moratín, Lista, Hermosilla y los retóricos; menosprecia y ridiculiza los preceptos que ignoras; habla siempre, venga ó no venga al caso, de los fueros del genio, de la omnipotencia del genio, de la adivinación del genio, como quien trata de cosa que le es muy conocida; en suma, como si alumbrase tu meollo á veces, ó como si siempre lo llevaras metido en el bolsillo. Asegura que eso de necesitar largos y graves estudios, y además numerosas vigiliadas, para escribir algo de provecho, es una antigualla propia de los tiempos del obscurantismo, pues hoy basta y sobra con la libre inspiración, y la maravillosa intuición, y la natural penetración, y cartucho en el cañón, etc., etc.

Aunque así como existen princesas, duquesas, hijodalgas y fregonas, en nuestro Diccionario hay vocablos escogidos,

vocablos comunes y otros bajos y vulgares, defenderás y sostendrás que es una filfa eso del lenguaje poético; pues el poeta debe expresarse como el tendero de comestibles cuando pide una remesa de aceite, queso, patatas ó garbanzos, y añadirás algunos improprios contra Herrera, Quintana, Nicasio Gallego, Tassara y otros peles semejantes, si es que no te lanzas á dictador y maestro en el arte literario, y compones ó descompones una retórica para tu propio uso. Item: en vez de estudiarla y aquilatarla en su justo valer, búrlate de toda obra meditada y bien hecha; di que huele al aceite consumido en largas vigiliadas, no al talento y labor desarrollados en ellas; y si quieres teorizar un poquito, por ahí andan en revistas y enciclopedias dos ó tres centenares de nombres (que el diablo que los pronuncie), todos ellos de autores extranjeros, y te servirán para citarlos en apoyo de tus afirmaciones. Si no los has leído, como es posible, y también probable, y aun casi seguro, no te detengas por tan pequeño inconveniente, sino piensa que los demás no los habrán leído tampoco, y si los leyeron, que no los han entendido; y aun suponiendo lo contrario, siempre te queda el recurso de replicar modestamente que tú entiendes los textos, y penetras y ahondas en su interior sentido y ocultas doctrinas mejor que nadie; y si trajiste antes á colación autores franceses, ingleses ó alemanes, cítalos ahora noruegos, árabes ó chinos, y saldrás triunfante de tu empeño.

Sobre todo muéstrate descontentadizo y pega fuerte, indicando así que posees un exquisito paladar literario, como el pobrete vanidoso que por casualidad se sienta á una mesa redonda bien servida y pone faltas á las viandas, á los vinos, vajilla y aun á los manteles, para dar á entender que en su casa se da un trato de príncipe, y le sirven los manjares criados de frac y corbata blanca en fuentes de oro, ó cuando menos de plata sobredorada. Estas advertencias, amable joven, son hijas del conocimiento de mundo adquirido en mi mucha edad; que ciertamente sabe menos el diablo por ser diablo que por ser tan viejo. Así, te encargo y repito: pega, y pega fuerte.

Pero dentro de esta regla general hay excepciones, y conviene distinguir, como dicen los teólogos. Si el autor es ministro, ó lo fué antes, ó se halla en tanda para serlo; si es persona influyente y rica y puede valerte para el día de mañana, en este afortunado país donde la recomendación triunfa siempre del mérito y se ríe de él, entonces empuñarás el incensario y lo esgrimirás ante las propias narices del ídolo, reservando las disciplinas y los duros calificativos para escritores doctos y modestos, sobre todo si son de carácter blando y apacibles costumbres, y no temes que á bastonazos te sacudan el polvo del gabán llevándolo tú puesto. En cuyo caso, el respetarlos y no provocar su cólera es conducta asaz higiénica, y como prudente varón te aconsejo seguirla, aunque tengas valor, pues bien sabido es que los valientes y el buen vino duran muy poco. Mas si eres cobarde y de lo contrario buscas crédito, finge desafío con alguno de tus paniaguados y compinches, así como la tropa hace simulacros de tremendas batallas campales, ó desafíate de verdad, sin peligro por supuesto, y asiste á uno de esos lances de trompa y talega llamados á *primera sangre*, con sablecitos sin filo ni punta, que ni cortan ni pinchan, como la famosa espada de Bernardo. Luego envías gacetillas á los

periódicos refiriendo y ponderando el pavoroso trance; y si á esto añades el llevar dos días el brazo en cabestrillo aunque esté sano, cádate con más reputación de esforzado y valeroso en Madrid que Francisco Pizarro en las Indias.

Si te dijeren que el verdadero crítico ha de reunir en su propia persona cuatro indispensables condiciones, que son: buen gusto, imparcialidad, ciencia y libertad, y que faltando cualesquiera de ellas la crítica resulta deficiente y coja, como la silla ó mesa falta de uno de sus pies, contestarás con desparpajo que esas son doctrinas del siglo de Mari-Castaña, persuadido en tu interior de que ahora, para ser crítico al uso, como en tiempo de Rengifo para ser poeta renombrado, sólo se requiere tener una poquita de osadía y otro poquito de poca vergüenza.

De este modo y por tan plausible camino llegarás á tener nombre y sueldo; pelecharás, subirás á mayores, y ¡quién sabe si ocuparás dorada poltrona y los porteros te darán excelencia! Porque, hijo mío, hombre eres, y de los hombres salen los mendigos y millonarios, los escribientes y los ministros; así como de madera se hacen bancos de ta-

berna y también piadosas imágenes, ante las que se postra de rodillas la gente.

Y termino esta misiva deseando que Dios Nuestro Señor te ilumine y proteja y tenga de su mano, para que de personilla subas á persona y de persona á personaje, como aquel de quien dice Don Pedro Calderón en una de sus célebres comedias:

«Yo conocí á un tal por cual
Que á cierto Conde servía
Y Sotillo se decía:
Creció un poco su caudal;
Salió de misero y roto;
Hizo una ausencia de un mes;
Volví á encontrarle después,
Y ya se llamaba Soto.
Vino á fortuna mejor
(Era su nombre de gonces);
Hízose rico, y entonces
Se llamó Sotomayor».

Por la copia,
NARCISO CAMPILLO.



ESTUDIO.—POR HANS DAHL.

EL CIELO EN 1896.

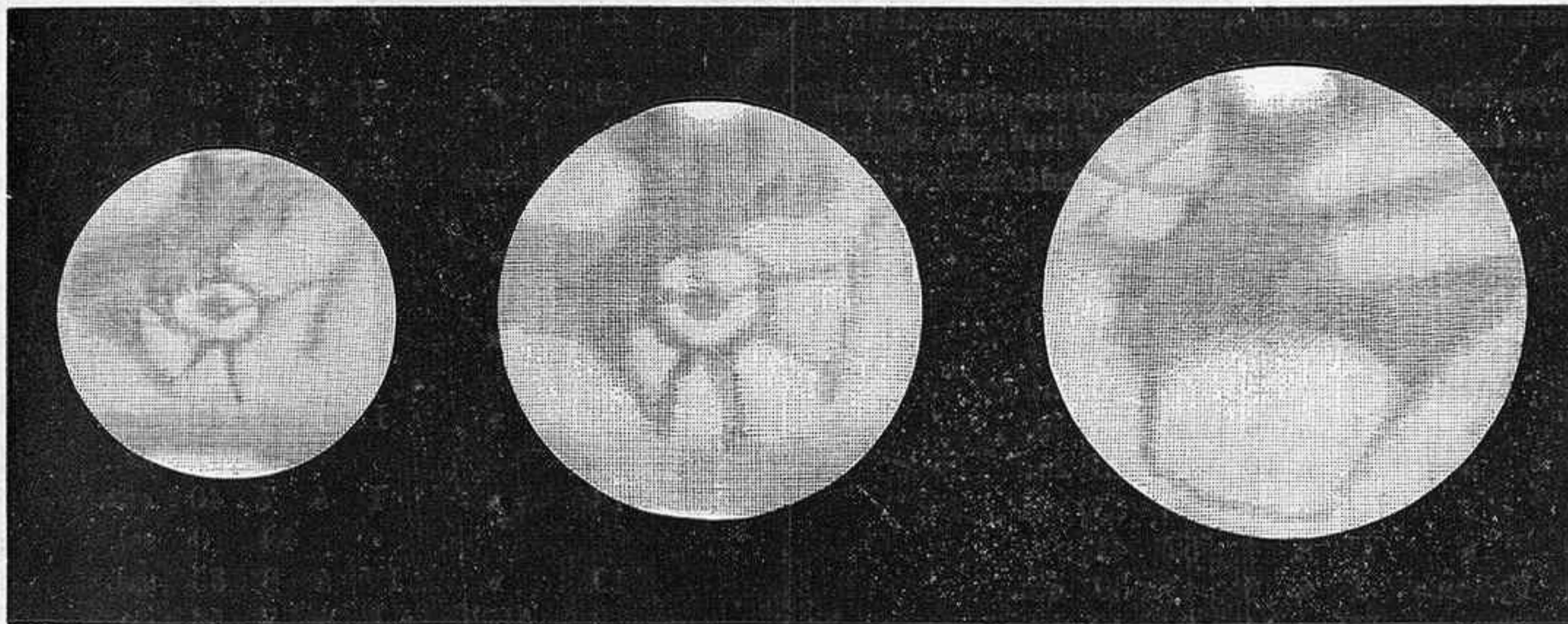
SOL.—En la época en que redacto estas líneas (Junio de 1895) la efervescencia del gran lumínar continúa en visible descenso, pues aunque se observan todavía manchas muy notables y en Abril ha aparecido una cuya máxima dimensión media 45.700 kilómetros, ó sea un diámetro cerca de cuatro veces mayor que el de la Tierra, todo está demostrando que la actividad solar camina hacia un mínimo, que puede preverse para 1901, dado el ciclo undecenal á que obedecen estas fluctuaciones y haber ocurrido la fase de mayor calma precedente á mediados de Noviembre de 1889.

La atención de los aficionados á los estudios heliográficos ha de tener, pues, por objetivo en 1896 determinar las dimensiones y latitud de las manchas que sin duda han de dejarse ver y diseñar con exactitud sus formas sucesivas, especialmente de aquellas que afectan un carácter ciclónico más ó menos acusado. El ocular acodado de Herschell es muy útil para las observaciones de este género.

serán mejores para los habitantes de la América del Sur.

De las últimas observaciones parece resultar que el transcurso de rotación de Venus discrepa poco de veinticuatro horas, como antiguamente se creía, por manera que el asunto reclama todavía nuevo estudio, á fin de obtener con certeza dato de tanta importancia.

MARTE.—Desde los primeros días de Agosto este planeta medirá un diámetro aparente bastante sensible para poder observarse, mostrándose á la sazón en la constelación de Tauro, á Occidente de la brillante estrella *Aldebarán*, y en 1.º de Noviembre se habrá corrido á la de Géminis, hallándose situado al Noroeste y muy cerca de su estrella η . Estará en oposición con el Sol á primeros de Diciembre, en cuya época volverá á encontrarse en la constelación de Tauro, al Norte de la estrella ζ ; medirá un diámetro aparente de 20'', y se acercará á la Tierra á 83 millones de kilómetros.



1896

1894

1892

MERCURIO.—Será estrella de la tarde y se hallará en las mejores condiciones para la observación en los días 23 de Enero, 16 de Mayo y 12 de Septiembre, y de la mañana en estos otros, 5 de Marzo, 4 de Julio y 23 de Octubre. Las épocas más favorables serán 16 de Mayo y 4 de Julio.

VENUS.—En condiciones bastante favorables podrá observarse al anochecer en la primera quincena de Enero y en la última de Diciembre por la mañana. Á causa de la grande declinación austral del planeta, aquellas condiciones

Compréndese por lo expuesto que en la oposición de 1896 se encontrará Marte en condiciones menos favorables que en la de 1894, en cuya época su distancia mínima á nuestro globo fué solo de 64 millones de kilómetros, y menos todavía que en la de 1892, puesto que dicha distancia se redujo entonces á 56 millones de kilómetros. El grabado adjunto pone de manifiesto las dimensiones aparentes relativas á las tres épocas aludidas.

Cada dos años próximamente se sitúa así el planeta al

alcance de la observación, mejor que ninguno de sus congéneres, y de ahí que el mundo marcial sea hoy tan perfectamente conocido como el nuestro en cuanto á la configuración de mares y continentes, á la periodicidad en la expansión de las nieves polares, y hasta en las líneas generales de su régimen meteorológico. En cambio las apariencias singulares descubiertas durante los últimos años en aquel territorio, los puntos brillantes que han aparecido junto á su limbo, y la variabilidad que revisten todos estos fenómenos, constituyen un conjunto de hechos enigmáticos, cuyo estudio va á continuarse con creciente interés sin duda en la próxima oposición.

JÚPITER.—El 19 de Enero brillará al Norte y á cortísima distancia de la estrella δ de Cáncer, permaneciendo en dicha constelación durante la primera mitad del año, y en la de Leo durante los meses de Agosto á Diciembre. Su oposición tendrá efecto el 24 de Enero, en cuya época su diámetro ecuatorial aparente medirá $46''$, y su altura sobre el horizonte de Madrid será de $69^{\circ} 29' 11''$ en el momento de su paso por el meridiano.

Tanto por las modificaciones que de continuo se operan en su superficie, como por el interés que entraña la observación de los eclipses y pasos de las sombras de los satélites, el mundo jovial ha de ofrecer constante atractivo á los aficionados que posean anteojo ó telescopio de mediana fuerza, toda vez que basta un instrumento de 81 á 95 milímetros de abertura para recoger copiosos frutos en el estudio de aquel lejano mundo.

En los primeros meses del año las sombras de los tres primeros satélites correrán sensiblemente sobre la faja ecuatorial, y la del cuarto se separará más ó menos de esta zona según la época en que se observe. Serán igualmente interesantes los pasos del cuarto satélite sobre el disco del planeta, que han de ocurrir en los días que se expresan al final de la tabla.

Todos estos fenómenos van indicados como sigue, entendiéndose que las horas se refieren al meridiano de Madrid y se cuentan de 0^h á 24^h á partir del mediodía medio:

ECLIPSES.

12	Enero	II á 7 ^h 46 ^m 35 ^s	inmersión.
17	»	I á 6 8 5	in.
19	»	II á 10 14 13	in.
29	»	III á 7 28 36	emersión.
30	»	II á 4 57 41	in.
2	Febrero	I á 6 40 39	em.
5	»	III á 11 27 42	em.
6	»	II á 7 33 15	em.
9	»	I á 8 35 13	em.
13	»	II á 10 28 47	em.
16	»	I á 10 29 57	em.
25	»	I á 6 53 29	em.
3	Marzo	I á 8 48 32	em.
9	»	II á 7 12 44	em.
10	»	I á 10 43 40	em.
12	»	III á 7 27 8	em.
16	»	II á 9 47 58	em.
19	»	I á 7 7 45	em.

19	Marzo	III á 7 54 54	inmersión.
»	»	» á 11 26 54	emersión.
26	»	I á 9 3 5	em.
9	Diciembre	I á 10 20 11	in.

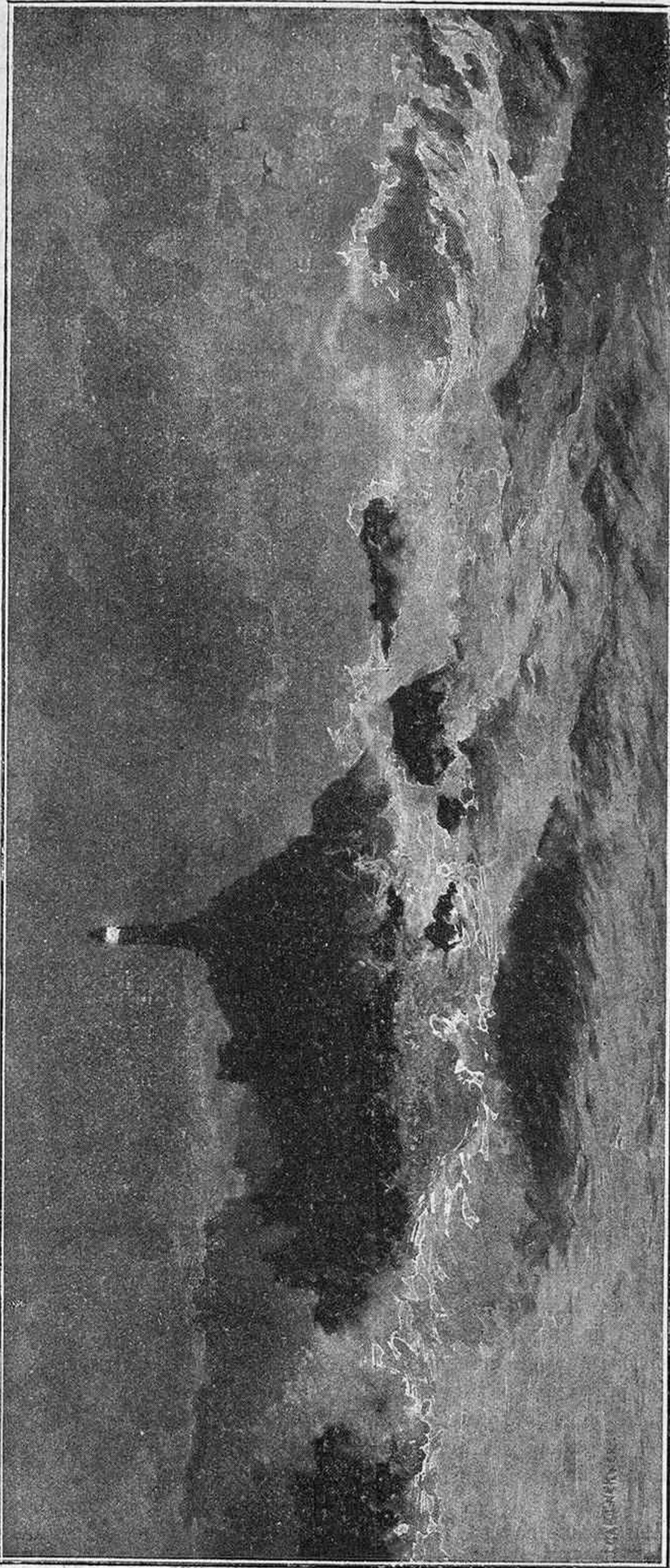
PASOS DE LAS SOMBRAS.

5	Enero	II á 9 ^h 54 ^m	entrada.
		12 48	salida.
9	»	I á 7 4	ent.
		9 24	sal.
11	»	III á 6 6	ent.
		9 43	sal.
12	»	IV á 8 21	sal.
16	»	I á 8 58	ent.
		11 18	sal.
18	»	III á 10 4	ent.
		13 42	sal.
25	»	I á 5 21	ent.
		7 41	sal.
28	»	II á 6 56	ent.
		9 51	sal.
1	Febrero	I á 7 15	ent.
		9 35	sal.
4	»	II á 9 32	ent.
		12 27	sal.
8	»	I á 9 9	ent.
		11 29	sal.
17	»	I á 5 33	ent.
		7 53	sal.
23	»	III á 5 59	ent.
		9 39	sal.
24	»	I á 7 27	ent.
		9 47	sal.
29	»	II á 6 39	ent.
		9 34	sal.
1	Marzo	III á 9 58	ent.
		13 38	sal.
2	»	I á 9 22	ent.
		11 42	sal.
»	»	IV á 9 45	ent.
		14 30	sal.
7	»	II á 9 16	ent.
		12 11	sal.
18	»	I á 7 40	ent.
		10 0	sal.
19	»	IV á 8 33	sal.
8	Abril	I á 7 54	ent.
		10 14	sal.
17	»	I á 9 48	ent.
		12 9	sal.

PASOS DEL CUARTO SATÉLITE.

Enero	12 á 6 ^h 31 ^m	entrada.
Febrero	14 á 10 48	salida.
Marzo	2 á 6 12	sal.
Abril	4 á 9 55	ent.

...en que se ha producido un cambio radical en la vida social y política del país. Este cambio se ha producido en un período de tiempo muy corto, y ha sido el resultado de una serie de causas que han actuado conjuntamente. En primer lugar, el desarrollo de la industria y el comercio ha creado una clase media que ha exigido reformas políticas y económicas. En segundo lugar, el avance de la educación ha permitido a una gran parte de la población comprender mejor sus derechos y deberes. En tercer lugar, el ejemplo de las democracias europeas ha servido de estímulo a los patriotas de este país. Finalmente, el liderazgo de unos pocos hombres de visión ha permitido canalizar las aspiraciones populares en un programa de reformas concretas. Todo esto ha dado lugar a una transformación profunda que ha marcado el comienzo de una nueva era para el país.

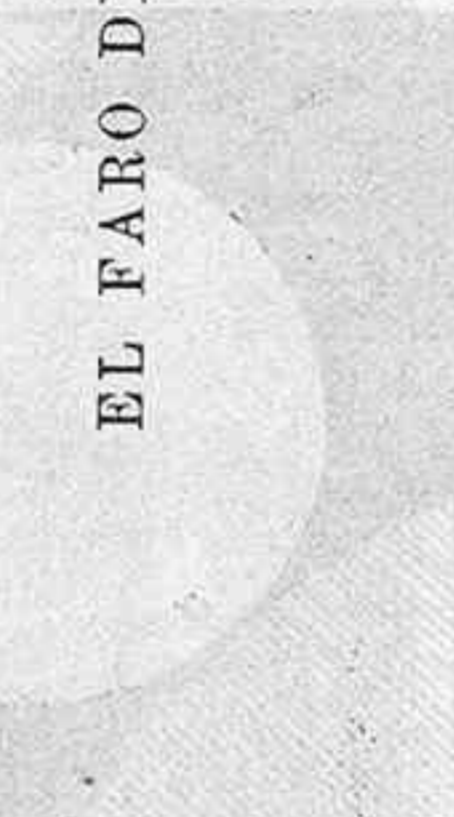


EL FARO DE JERSEY. — CUADRO DE J. GARTNER.

SATURNO.—De Marzo a Agosto brillará en la zona de la libra, en el signo de Escorpio. El planeta Saturno, al estar en esta zona, producirá un efecto de lentitud y de pesadez en los negocios y en la vida social. Se aconseja que se eviten las especulaciones y que se siga un camino seguro y práctico. En el mes de Mayo, Saturno se encontrará en el signo de Escorpio, lo que producirá un efecto de intensidad y de pasión en los sentimientos. Se aconseja que se eviten los excesos y que se siga un camino moderado y equilibrado.

URANO Y NEPTUNO.—En el mes de Mayo, Urano y Neptuno se encuentran en el signo de Escorpio. Urano produce un efecto de innovación y de progreso, mientras que Neptuno produce un efecto de intuición y de espiritualidad. Se aconseja que se eviten los excesos y que se siga un camino moderado y equilibrado. En el mes de Junio, Urano y Neptuno se encuentran en el signo de Escorpio, lo que producirá un efecto de intensidad y de pasión en los sentimientos. Se aconseja que se eviten los excesos y que se siga un camino moderado y equilibrado.

En la mañana, la luz del sol ilumina la fachada del edificio. El viento levanta polvo y arena, creando una atmósfera de actividad y movimiento. La gente se apresura por las calles, algunos con sombreros y otros con abrigos. El sonido de los carruajes y de los pasos se mezcla en un ruido constante que da vida a la escena.



LA TIERRA EN 1898.—El estado del mundo en 1898 es el resultado de una serie de acontecimientos que han marcado el fin de la era colonial y el comienzo de la era moderna. En este momento, el mundo está dividido en territorios de influencia de las grandes potencias. El Imperio Británico sigue siendo el más poderoso, pero Estados Unidos y Francia también han alcanzado un gran poder. El avance de la tecnología y el comercio ha permitido un mayor contacto entre las naciones, lo que ha dado lugar a una globalización incipiente. Sin embargo, también existen tensiones y conflictos que amenazan con desencadenar una guerra mundial.

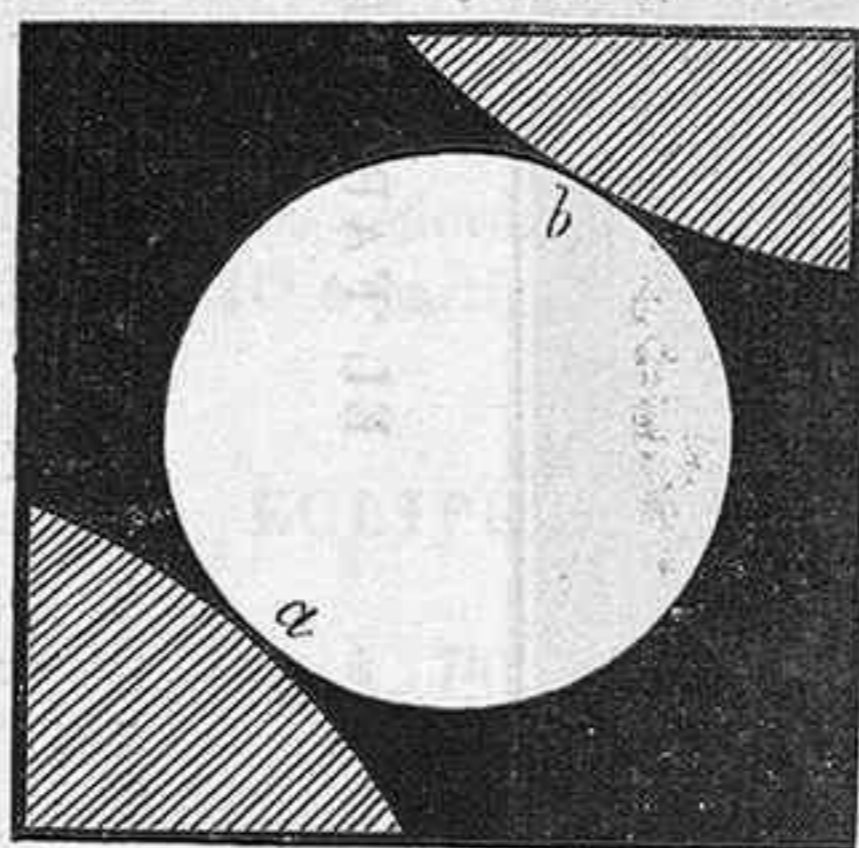
SATURNO.—De Marzo á Agosto brillará en la constelación de Libra, encontrándose en los días 20 y 21 de Junio á dos grados al Norte de la estrella α del expresado asterismo. El 22 de Abril estará en oposición con el Sol, y su diámetro ecuatorial aparente medirá á la sazón 18". Su anillo ofrecerá un aspecto análogo al representado en el *Almanaque* para 1888, sin más que invertir de arriba abajo aquella figura, por ser ahora la cara boreal del plano anular la que será visible. La división principal del mismo, llamada de *Cassini*, podrá percibirse con instrumentos de pequeña fuerza, pues un anteojo de 81 milímetros la define bastante bien en los extremos de la elipse aparente.

URANO Y NEPTUNO.—El primero de dichos astros se hallará durante todo el año en la constelación de Libra, entre las estrellas de quinta magnitud ι y λ , encontrándose en oposición el 12 de Mayo, en cuya época su diámetro aparente medirá 4". El segundo, en la constelación de Tauro, entre las estrellas τ y ζ .

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—Habrá dos de Sol y dos de Luna. Los primeros serán invisibles para España. De los segundos, que serán parciales, sólo uno podrá verse bien; ocurrirá el 28 de Febrero, y sus fases principales para Madrid serán como sigue:

Entrada de la Luna en la sombra....	6h	2m
Medio del eclipse.....	7	31
Salida de la sombra....	9	0
» » penumbra.....	10	1

En la máxima fase la Luna quedará eclipsada en una porción equivalente á las nueve décimas partes de su diámetro. La entrada y salida de la sombra se efectuarán respectivamente por los puntos a y b representados en la figura adjunta, que se refiere á visión directa.



LA TIERRA EN 1896.—En virtud de la estabilidad del sistema del mundo que la Mecánica celeste establece, es dado prever que la vida astronómica de nuestro globo se hallará asegurada durante siglos sin cuento; pero su aspecto físico, ó sea el relativo á la evolución geológica, ha de experimentar en las futuras edades modificaciones profundas, por efecto del progresivo enfriamiento de su corteza y de la reacción que le es inherente en el océano de fuego que aprisiona en sus entrañas.

Los fenómenos sísmicos y volcánicos, aunque observados en exigua escala durante el período histórico, atestiguan la existencia de las fuerzas interiores que aquella reacción origina, explicándose de este modo los grandes cataclismos acaecidos en remotos tiempos y los cambios lentos que se

operan en continentes y mares, pero sin que sea posible predecir cuándo, ni con qué intensidad, ni sobre qué territorio volverá á manifestarse la actividad interna, por ignorarse todavía la íntima relación entre esos efectos y sus causas.

Otra parte de las modificaciones que se efectúan sobre la superficie del planeta procede directa ó indirectamente del trabajo del hombre, que es también un agente de transformación, como si misteriosa ley pesara sobre la humanidad haciéndola intervenir en el proceso dinámico del astro que la conduce á sus eternos destinos. Y puesto que el efecto que de aquí se origina ha de resultar tanto más amplio y eficaz cuanto mayor sea la esfera de acción del sér inteligente, es natural que los pueblos más cultos sean los que con mayor suma de energías contribuyen á la renovación superficial lenta y tangible de que ahora se trata.

No es necesario esforzarse en demostrar que en este incansable trabajo figuran en primera línea Alemania, Francia, Inglaterra y la América del Norte, puesto que allí nacieron la locomotora y el telégrafo con sus innumerables variantes; la luz eléctrica y la termodinámica con todas las maravillas de la industria contemporánea, siguiendo después España y los demás países, que se limitan á utilizar los progresos materiales que de allí se derivan, pero sin intentar siquiera tomar parte activa en el grandioso certamen de la inteligencia, porque una instrucción pública deficiente continúa colocándolos á un nivel inferior desde donde no alcanza á descubrirse el principio generador de aquellas conquistas.

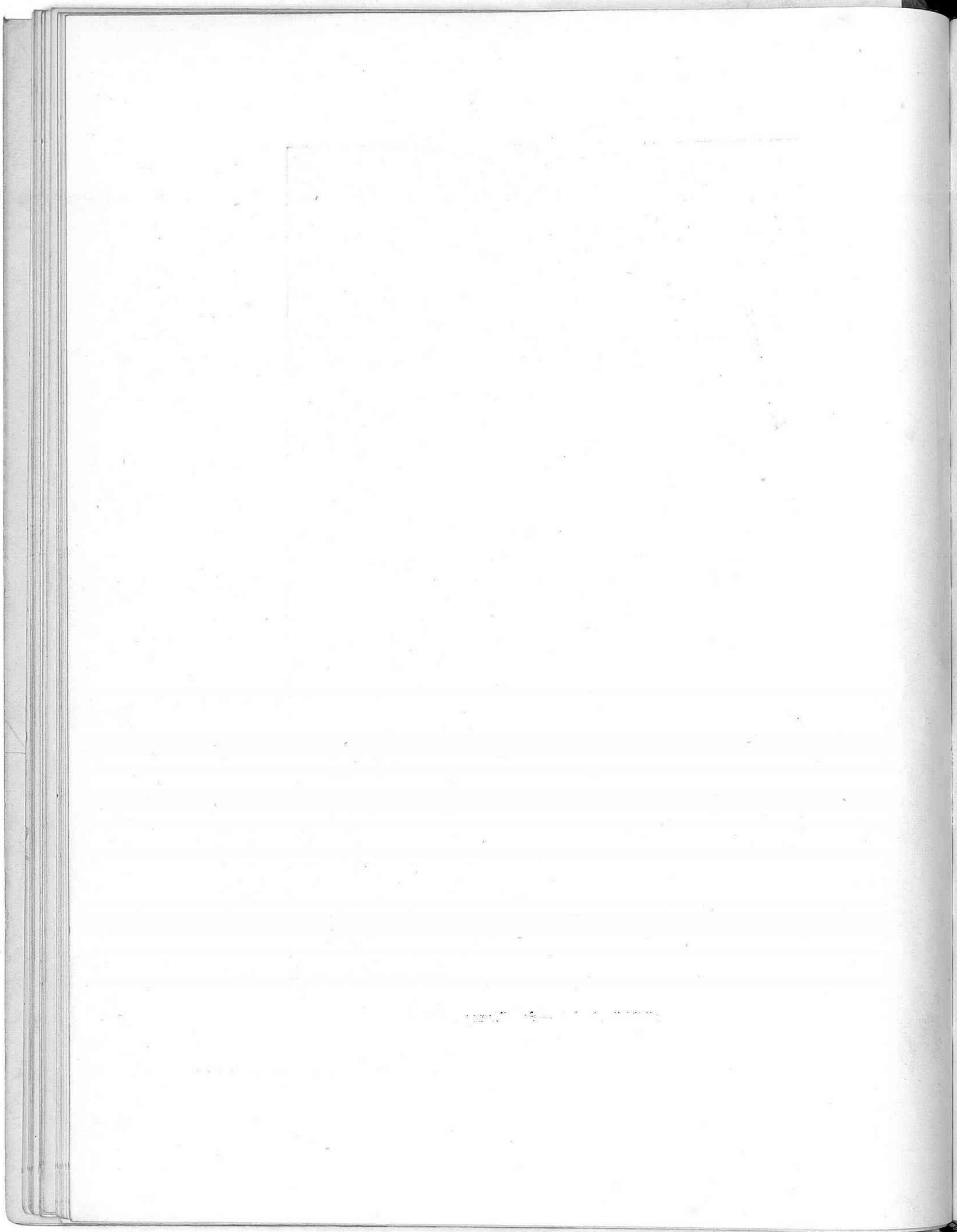
Planteado en el nuevo terreno el trascendental problema relativo al estado futuro de la Tierra, se comprende por qué en los cuatro últimos lustros el autor de estas líneas no ha cesado de abogar en favor de una reforma radical de la enseñanza, y aboga todavía, aunque sin fruto, persuadido de que este resultado debe atribuirse en gran parte á que los hombres públicos que se han hallado en situación de acometer tan ardua empresa no han estudiado á fondo el carácter y exigencias de los tiempos presentes, y de ello es reciente prueba el actual plan de enseñanza, elaborado con inmejorable intención sin duda, pero que no es en rigor sino deplorable retroceso.

Ahora se comprenderá mejor la insistencia con que en *Almanaques* anteriores he citado los nombres de D. Juan Navarro Reverter y D. Alberto Bosch y Fustegueras, como los más sobresalientes entre los pocos que en nuestro país van unidos á una vasta instrucción politécnica y á un espíritu conocedor de la época en que viven, circunstancias ambas muy esenciales para resolver con acierto asunto de tanta monta. Hay, pues, motivo para felicitarse de que el Sr. Bosch desempeñe hoy la cartera de Fomento, pues es lógico esperar que en la formación del nuevo plan que proyecta tome como bases fundamentales, sobre todo en lo que á la segunda enseñanza se contrae, los siguientes puntos:

Dividir este período en dos partes, consagrando los tres primeros años á nociones generales, y bifurcando los estudios en los tres restantes, á saber, en una rama las ciencias y en otra las letras, con facilidad de pasar de una á otra rama. Disminuir el actual número de asignaturas, por ser materialmente imposible que el joven pueda aprender bien más de dos en cada año, salvo alguna que otra que sólo reclame una ó dos lecciones semanales. No dar á las materias exagerada extensión, pues si se quisiera ganar en profun-



MEDITACIÓN.—POR TAYLOR.



didad lo que se cercena en número, resultaría una nueva imposibilidad comparable á la anterior. Imponer un programa claro y metódico para cada asignatura, con obligación de que todos los textos sean escritos y se ajusten invariablemente á aquella norma en cuanto á tendencias y amplitud. Establecer el doble sistema de exámenes orales ó por escrito, á voluntad del alumno, y poner eficaz empeño en que sea efectivo el más absoluto rigor en ambos sistemas. Suprimir vacaciones en días laborables; y, finalmente, elevar á grande altura la disciplina escolar, cortando de raíz abusos y castigando severamente desmanes.

De todos estos puntos, el que mayor dificultad ofrezca tal vez al nuevo Ministro, dada su innata inclinación á saber de todo, será el que se refiere á rebajar el número de asignaturas, aunque debe confiarse en que, como hombre de talento, no medirá el de la generalidad por el suyo excepcional y privilegiado. La selección en este particular es relativamente fácil, bastando para ello prescindir de toda simpatía hacia

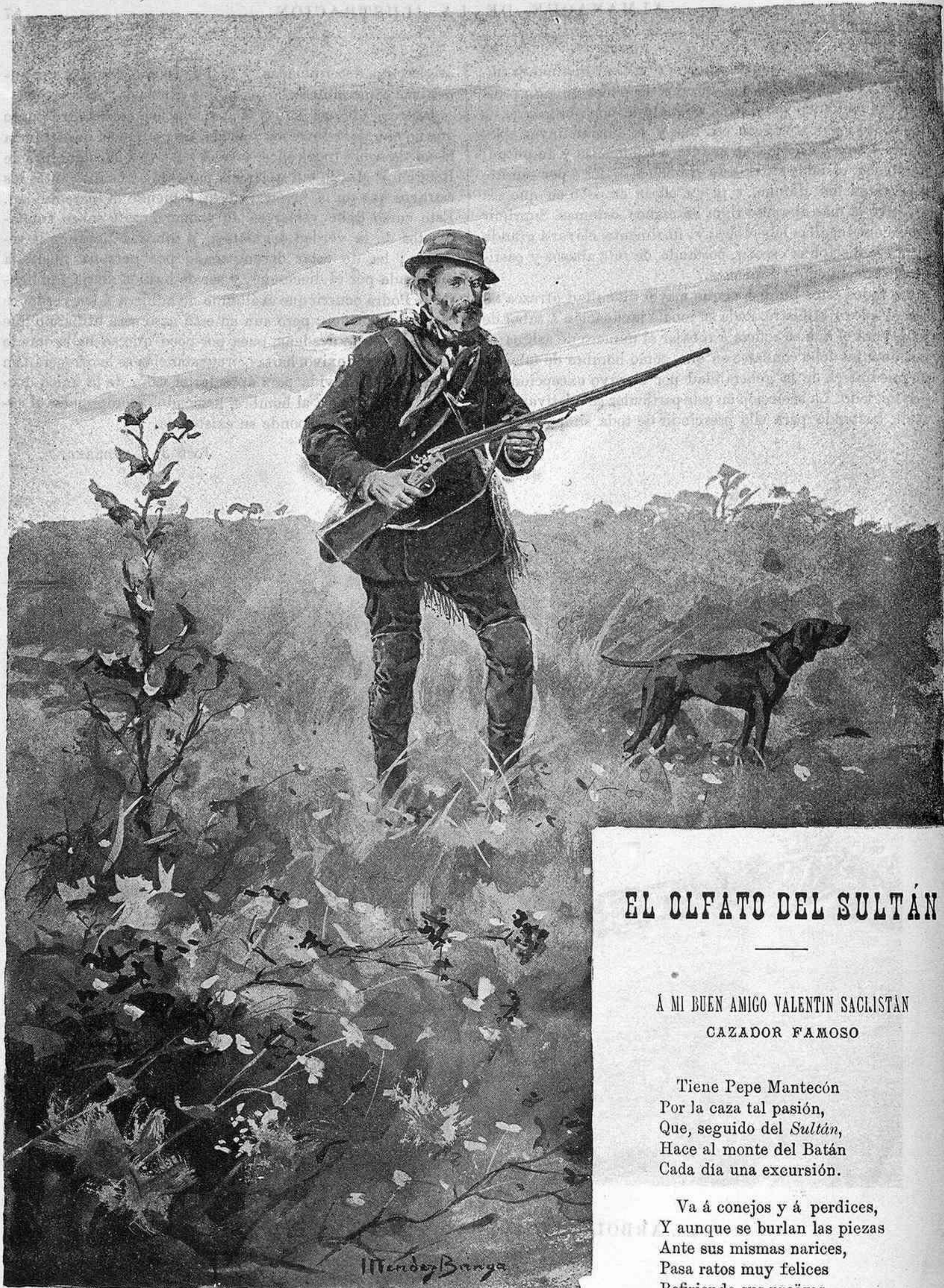
asignaturas determinadas, y excluir las que resulten tan superfluas como el derecho usual y la gimnasia.

Interesa además llamar la atención acerca de otro punto que no enumero entre los precedentes porque su importancia le coloca sobre todos ellos, y es el relativo á la asignatura de Religión y Moral, tan necesaria para atajar cuanto antes los estragos que en la juventud está haciendo la incredulidad. Este curso debe versar en su primera parte sobre fundamentos de la verdad dogmática, y sobre la Moral en la segunda; ha de estar desempeñado por persona ilustrada designada por el diocesano, y ser de lección diaria y obligatorio. Podrá ocurrir que el alumno no adhiera á las verdades que se le enseñan; pero aun en este caso será utilísimo que conozca lo que desdeña, pues por poco que se halle dotado de espíritu reflexivo, hartas circunstancias se le ofrecerán en los azares de la vida para apreciar el valor de la única doctrina que dignifica al hombre, haciéndole comprender el supremo fin á que responde su existencia.

JOSÉ J. LANDERER.



EL ARBOL CONFIDENTE. — CUADRO DE MALATIER.



EL OLFATO DEL SULTÁN

Á MI BUEN AMIGO VALENTIN SACLISTAN
CAZADOR FAMOSO

Tiene Pepe Mantecón
Por la caza tal pasión,
Que, seguido del *Sultán*,
Hace al monte del Batán
Cada día una excursión.

Va á conejos y á perdices,
Y aunque se burlan las piezas
Ante sus mismas narices,
Pasa ratos muy felices
Refiriendo sus proezas.

En fin, su hermano menor
Es médico en Santander,
Y dicen del cazador
Que aun mata más que el doctor.
¡Certo debe de ser!

No hay quien le gane á tirar,
Según él suele decir.
¡Qué oportuno al disparar!
¡Qué manera de matar!
¡Y qué modo de mentir!

Cuando persigue á un conejo
Fuera estéril su trabajo
Sin el *Sultán*, perro viejo
Que tiene color bermejo
Y es fino de arriba abajo.

Don José y el perro, en vano
Cruzan el monte y el llano,
Y vuelta va, vuelta viene,
Llegan á un punto lejano
Donde el *Sultán* se detiene.

Baja el perro la cabeza
Y olfatea con cachaza,
Pues nota entre la maleza
El rastro de alguna pieza,
De alguna pieza de caza.

Esto llama la atención
De don José Mantecón,
Que secunda con afán
La importante exploración
Practicada por el can,



El cinegético afán
Del perro es la perdición
De las liebres del Batán,
Las cuales odian al can
Con todo su corazón.

Un día, con la promesa
De no volver á su casa
Sin caza para la mesa,
Mantecón se va á la dehesa
Sin temer al sol que abrasa.

Murmurando para sí
Con marcada buena fe:
«No me cabe duda á mí;
Cuando el can se pone así,
Es que algún conejo ve.»

Llega el *Sultán* á una mata.
Erguido ante ella delata
Que hay algo allí que le inquieta,
Y el amo con la escopeta
De herir al conejo trata.

Hace la mata un vaivén;
El perro en un santiamén
Señala al bulto, según
Costumbre, y el amo ¡pun!
Dispara el tiro muy bien.

Mas ¡horror! la pieza herida
Fué un pastor, que huyó en seguida
Con cierta parte agraciada
Por una perdigonada
Numerosa y escogida.

Salió el can tras el herido,
Y así que le hubo cogido
Llevóle á rastras al lado
De don José en un estado
Que no es para referido.

Lamentando aquel error,
Creyó prudente auxiliar

Al cazado el cazador,
Y así Pepe y el pastor
Se llegaron á explicar:

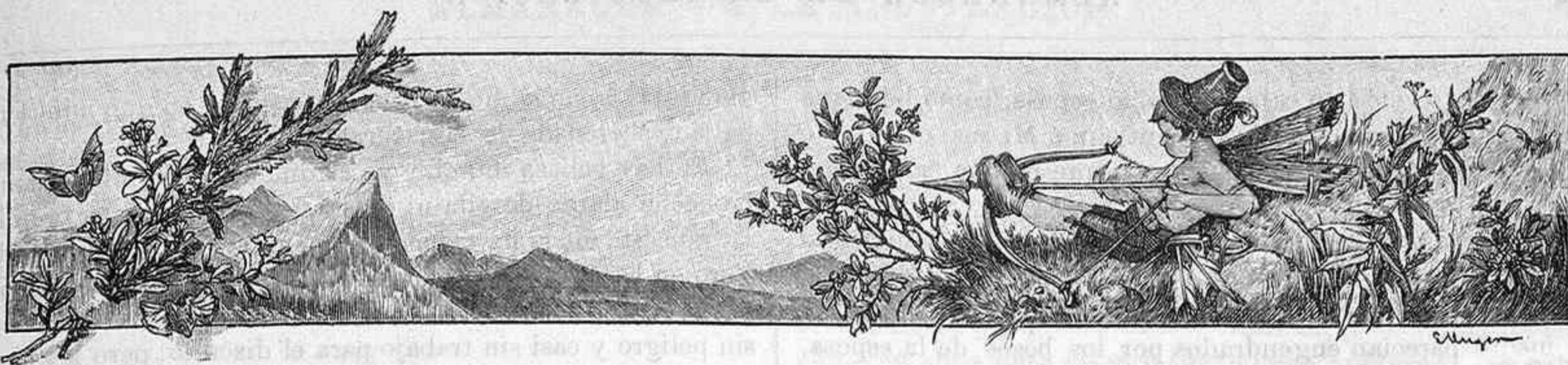
—¡Señor! ¿Qué emboscada es esta?
—Que así mi perro las gasta.
¿Qué hacías? ¿dormir la siesta?
¿Cuál es tu nombre? Contesta.
—Silvestre Conejo.
—Basta.

Hecha tal revelación
Tiene clara explicación
La conducta del *Sultán*.
¡Es mucho olfato el del can
De don José Mantecón!

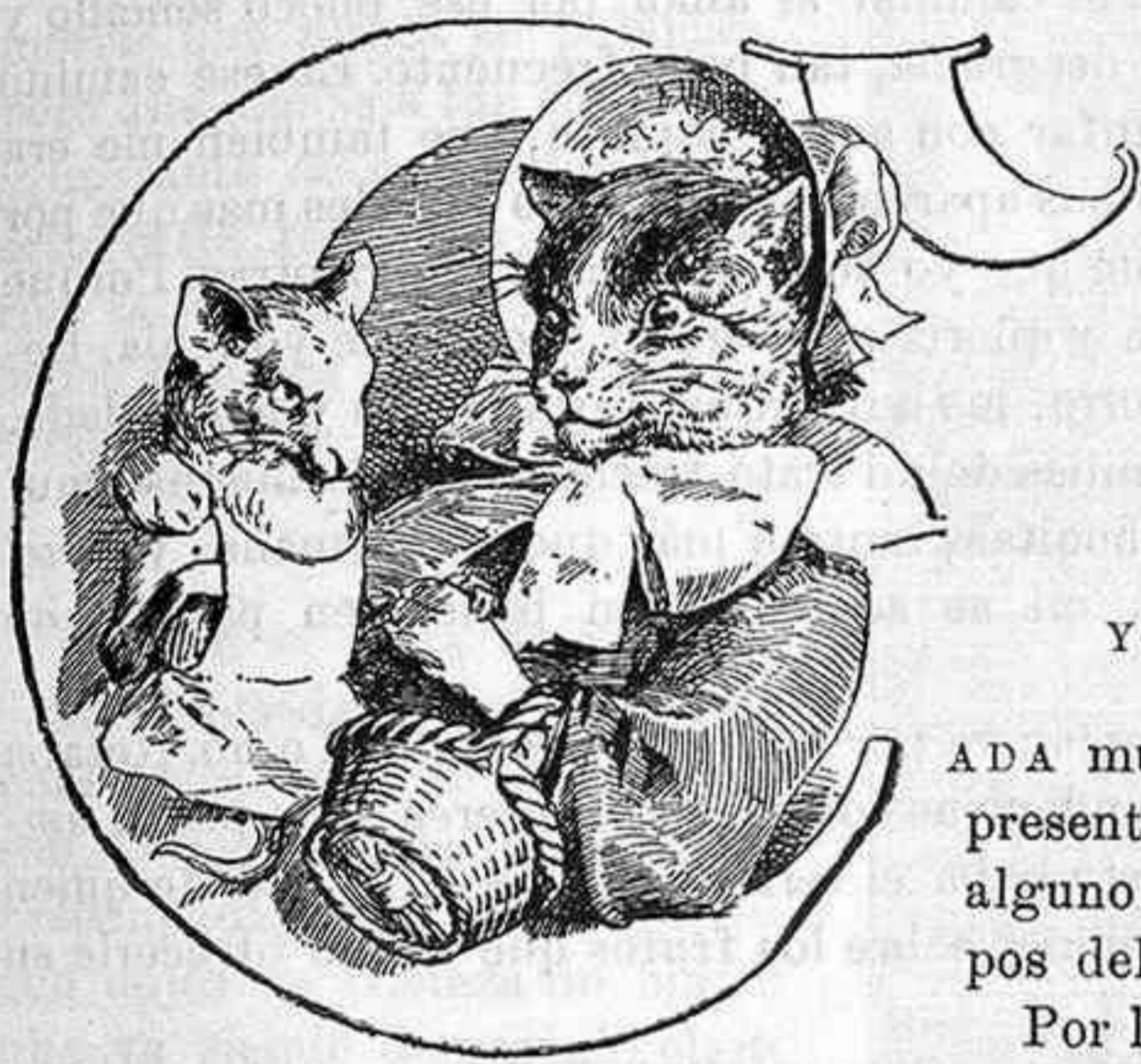
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



MÚSICA CLÁSICA.—CUADRO DE HOUSSAY.



DEL VERBO AMAR



I.

YO AMÉ.

ADA mujer es la representación viva de alguno de los tiempos del verbo amar.

Por lo mismo que en la vida pública y

en las luchas exteriores de la existencia social no se la reclama, la mujer se reconcentra en las íntimas necesidades de su espíritu, y aparece más egoísta por lo mismo que no despiertan su actividad los intereses *de todos*, de los cuales se ha hecho cargo el hombre *propria auctoritate*.

La vida doméstica es muy pasiva, para la imaginación sobre todo, y la imaginación de la mujer necesita actividad constante.

Su coser es maquinal, hasta cuando no cose á máquina. Su labor es hija de la costumbre, y manual siempre. Sale bien ó mal, sin que la imaginación intervenga.

Los ojos están fijos en el lienzo; pero la imaginación vuela por otros mundos. En sus soledades, la mujer es toda monólogos.

Rosalía habla sola, siéndole tan fácil hablar con su hijo, que allí está cerca, jugueteando, y cuyos gritos alegres sólo sirven para que ella se engolfe más en sus preocupaciones íntimas.

«Yo amé—dice Rosalía;—si; amé con todos mis sentidos y, lo que vale más, con toda mi alma. Las primeras palabras de Fernando resolvieron el problema de mi existencia. No eran aún de amor, y me parece que las estoy oyendo todavía, porque ellas me ofrecieron ya *mi hombre*, el princi-

pio de la realización de mi sueño de los quince á los veinte.

»A los veintiuno, vi la realidad hermosa bendecida ante el altar, y á Fernando más adorable que el acariciado ídolo de mis sueños. No vi ni pude ver otra cosa hasta que nació nuestro único hijo. Después..... mi marido no era todo cualidades y virtudes; pero yo no quise creer sus defectos ni sus vicios. Mi felicidad, al fin, no la constituía el objeto de mi amor tanto como mi amor mismo.

»Amor conyugal en que entra la levadura del egoísmo y del amor propio, está amenazado de ruina. Sin la caridad y la abnegación, hijas del cielo, el matrimonio es un infierno más ó menos abreviado; y lo que tiene origen celestial debe constituir la fuerza del más débil.

»Yo me armé de esa fuerza para conservar siempre al más fuerte vencido, pero nunca humillado. Fernando—ocioso por rico—se dió á la aventura cuando creyó mi ventura asegurada en la maternidad. Con amor de madre criaba yo á mi hijo; pero además con el encanto de quien da su propia savia al renuevo de un árbol sin cuya sombra no vive.

»La sombra se alejaba; la veía yo alejarse; pero, para no ahuyentarla del todo, la luz de la fe conyugal brillaba siempre en mis ojos; y no sé si la gratitud ó la admiración hacia mi santa calma, me conservaron en mi marido el amor espiritual, que no sufre hastios como el de la carne.

»Yo temía las infidelidades caprichosas de Fernando; pero no le espí, no di un solo paso para asegurarme de ellas, ni mostré jamás dar crédito á las indiscretas y dañinas confidencias de mis *piadosas* amigas.

»Solo se dan á seguir ese camino fatal las que no están seguras de su fuerza ni aseguradas en su fe, ni quizás lejos de desear el extravío del esposo como presunto justificante de injustificables represalias.

»Si la pena del Talió, con que pretende escudarse la liviandad, fuera una ley del matrimonio, perecería, con la sociedad conyugal, la sociedad humana.

»Si; *yo amé*. Cuando Fernando vino á mis brazos moribundo, de resultas de un lance de honor que denunciaba una

deshonra, yo velé á su cabecera como esposa, como hermana de la Caridad, como madre amantísima. Mi mayor premio fué su última mirada: en ella, al pedirme perdón, se regeneraba cristianamente su cariño.»

Las lágrimas de Rosalía cerraron el monólogo, compendio de una historia, é interrumpieron la labor silenciosa, sobre la que vino el niño á apoyar su rubia cabeza. Los besos de la madre parecían engendrados por los besos de la esposa. La que amó seguía amando.

II.

YO HUBIERA AMADO.

Rosaura no se olvida jamás de los santos ejemplos de su madre. Antes de dormir, reza.

Ha rezado ya, y entre sus manos tiene todavía la cruz de nácar de su rosario bendito. Sobre sus manos apoya su cabeza, como si huyera de mirarse en el espejo que tiene enfrente, iluminado por una lámpara.



Rosaura es fea, y ha llegado virgen á la edad de las condenadas á vestir imágenes. Pero sin desesperación, con una melancolía dulce de resignada, que la hace interesante, mientras que su talento hace olvidar su fealdad, sobre todo á los que de ningún modo podemos casarnos con ella.

Sólo una imagen ha vestido antes de llegar á los cuarenta. Vistió á su bellísima hermana menor, precisamente en el día de su boda. No ya sin envidia, con amor de compañera, con amor de entrañable hermana, se esmeró la pobre Rosaura en realzar los encantos de la novia, á la que, de vuelta de la iglesia, besó en la frente como besa una madre, llorando porque se alejaba, y riendo porque la veía dichosa.

Rosaura ha dejado el rosario, ha apagado la lámpara y se ha metido en el lecho virginal. Pero no se ha acostado del todo, ni duerme. Sentada más bien, y reclina la ligeramente sobre una almohadón de pluma, monologea también, trayendo á la memoria lo más culminante y crítico de su poco accidentada soltería, ya sin crisis posible.

«Yo hubiera amado — empieza diciendo dulcemente Rosaura, y sus palabras quedan entre sus labios como suspiros que no quieren ser oídos más que del pecho que los exhala.

»Yo hubiera amado, pero mucho, por lo mismo que nada tenía que esperar del amor, que, como buen artista, busca la belleza.

»¡Ah! Pero también existe la belleza moral, y, en este concepto, yo me encontraba, me sentía hermosa; tanto, que la hermosura de cuerpo de las otras jamás afeó mis sentimientos ni me desennobleció con los arranques de la envidia. Yo admiraba los encantos de mi hermana como si fueran

obra mía, como si me viera en un espejo, en que nunca me hallé desheredada de la naturaleza.

»Sí, hay belleza moral, y yo sé que esa es la mía, y jamás he hecho alarde de ella ni en la sociedad ni en la familia. De que ésta me la ha reconocido y premiado no tengo duda. Pero en la sociedad se ahonda poco.... Lo que no entra por los ojos no va á buscarse en el fondo del alma. Es un buceo sin peligro y casi sin trabajo para el discreto; pero los hombres, ó se detienen en la superficie, ó buscan el fondo.... de la gaveta.

»Solo hallé un hombre en la sociedad que yo frecuentaba, á quien juzgué—¡tonta de mí!—capaz de cerrar los ojos y abrir el oído del alma para percibir la belleza que no se ve ni se toca.

»Aquel hombre empezó llamándome fea de esa manera discreta con que los revisteros de salones se lo llaman á algunas señoritas del gran mundo. Me llamó simpática.

»Simpatizar es caminar al amor por ese buceo sencillo y natural y, por desgracia, tan poco frecuente. En ese camino podía yo triunfar con aquel hombre, que también me era simpático, por sus aparentes cualidades morales más que por su gentileza, en que yo no reparé tanto como otras. Porque lo que buscaba y quería en él era lo bueno que yo tenía. Reparando en lo otro, me hubiera empequeñecido y acobardado.

»En las familias de mi trato frecuente había muchas mujeres bellas ó bonitas; tanto ó más que mi hermana, y aquel hombre sólo á mí se acercaba, en bailes, en paseos, en teatros.

»Todos le tenían ya por futuro esposo mío. Yo no. Notaba en él á ratos tendencias contrarias al interés de la pobre simpática, que estudiaba el terreno con la serenidad de quien no se hace ilusiones sobre los frutos que ha de ofrecerle su cultivo.

»Mis temores se realizaron. Bajo la ligera gasa azul de mi espiritualista, se descubrió lo que no había aparecido, porque el diablo reservaba para el fin de la comedia su gran recurso. Entre las bellezas sencillas y honestas, surgió de pronto en nuestras reuniones, en nuestro mundo, la hermosura desenvuelta y provocativa de la que todos llamábamos la viuda.

»Tan rápido fué el cambio, que á todos sorprendió más que á la que, si no le esperaba tan pronto, le temía. Desde mi rincón, abandonada, no sentía el abandono por mí, sino por él, que iba, por la esclavitud de los sentidos, á la conquista de la desventura.

»Yo conocía algo de lo que podía esperarse y temerse de aquella mujer de historia. Mi propia dignidad me impidió acudir á la salvación de mi pobre ciego. Por serlo tanto, hubiera visto en mi abnegación el despecho de la envidia y del egoísmo.

»Cayó en brazos de la Circe, en los que halló la cruz afrentosa de su pasión, después de hallar el hastío en el fondo de la copa codiciada. Bien sabe Dios que aún me inspira piedad el digno heredero del primer marido de la viuda.

»Soltera sigo; feliz con la felicidad



de mi hermana, á quien ayudo á ser madre. Pero en mis noches tristes me acuerdo de *aquel hombre*, el único á quien yo *hubiera amado*.

Un nuevo suspiro cerró el monólogo, y los ojos de Rosaura se cerraron bajo el dulce y piadoso influjo del sueño.

III.

YO AMARÍA.

Lo más íntimo de Rosario está traducido en una carta á una amiga y dulce confidente. La amistad de las mujeres entre sí suele ser muy problemática; pero cuando existe esa amistad, es siempre confiada y noble.

Esta carta de Rosario es una de tantas hojas arrancadas de esos vulgares libros de memorias que nunca se publican, pero que, dadas á luz con orden y un tanto de corrección de la ortografía femenina, interesarían tal vez más que los epistolarios famosos de algunas escritoras célebres.

Hé aquí la carta de Rosario:

«Mi inolvidable amiga y compañera: Si antes te lo decía en son de ironía alegre de niña despreocupada, ahora te lo digo ya con dejos de tristeza de mujer que va viendo demasiado claro en su destino.

»Compadece á aquella aturdida compañera de colegio, la hija de un Marqués, á la que adorabas por su carácter y á la que envidiabas por su nobleza.

»No sigas envidiando á la que llamabas *tu Marquesita*. Tú no tienes sangre azul; pero es tuya la sangre de tus venas. La mía es la sangre del esclavo. Mi esclavitud está en las exigencias de los timbres de la corona de que soy heredera legítima.

»Tú has elegido ya esposo entre los hombres que han sabido apreciar tus encantos. Yo no puedo elegir, porque en el mundo superficial y frívolo que me rodea hay poco elegible, y al fin tendré que resignarme con *lo que me elijan*.

»Tú amas. ¡Ay! *yo amaría!*

»Sí; yo amaría, si respirase otra atmósfera que no fuese ésta enfriada por un convencionalismo rancio, por lo secular, y antipático como la ley de casta que me sorprendió en la cuna.

»¿Que estaré muy festejada, me dices? ¡Oh, sí, muy festejada! Desde que visto *de largo*, mi vida es una conti-

nua fiesta. *Me bailan* en todos los salones aristocráticos; tengo palco en el Real, tribuna en el Hipódromo, asiento en muchos banquetes diplomáticos, carretela á lo largo de Recoletos y en torno del famoso Ángel caído. Y, sin embargo, yo soy también un ángel que se cae de frío y de aburrimiento.

»Tomarás por genial esta ocurrencia, y te reirás de ella como de otras mías en otro tiempo más venturoso. No, hija, no: esto es muy serio, esto es muy grave. Las costumbres de *mi mundo* me aniquilan. El orgullo de raza preside en todas ellas, y en ellas no arraiga mi espíritu, como no arraiga una planta donde no hay jugo ni ambiente.

»Desde mi palco del Real no me preocupan las galas de mis rivales, ni miro á la platea. Mi vista se levanta hacia el Paraíso y sus bienaventurados, y suspiro y envidia con toda mi alma.

»Á nuestra edad se ama el amor, y, para realizar el sueño que acariciamos, se necesita la libertad del alma, de que yo no gozo, y el ambiente de la verdad pura, que yo no respiro.

»Todo lo que me rodea es mentira, en el terreno en que tú has triunfado, como mereces.

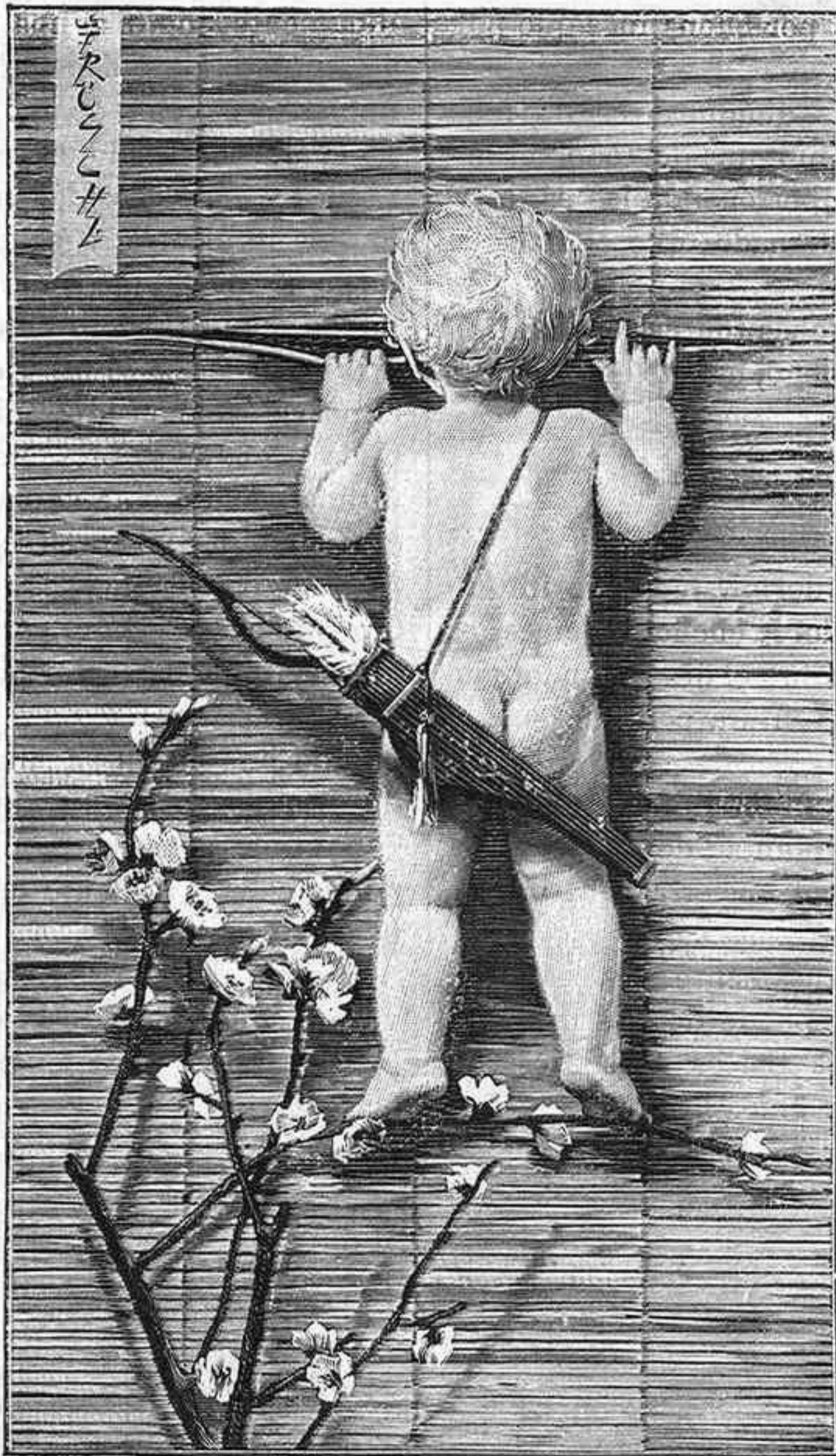
»Una verdad sola encuentro: la indiferencia ó la cortés frialdad de esta juventud tan elegante como disipada y ociosa, que encuentra que han perdido mucho oro los blasones de mi padre. Los jóvenes de mi mundo no se atreven conmigo. Me tratan como á ilustre, me requiebran como á amiga, pero creo que me desprecian por pobre.

»¿Comprendes ya mi destino? Los aristócratas pobres y los plebeyos enriquecidos se dan ahora la mano por interés egoísta, no por espíritu igualitario. La renta perpetua y la cuenta corriente en el Banco se codean ya con nosotros en nuestros salones. El Cresco vulgar aspira á ser marqués ó duque consorte. Una corona, y así cree que ennoblece sus *negocios*.

»De ahí vienen todos los aspirantes á mi blanca mano. Esta Leonor no ve más que Simplicios de Bobadilla, que á mi mano van renunciando porque yo no los quiero, aunque mi padre los acepte con júbilo.

»¿Aprecias ya mi situación lamentable? Entre los jóvenes fríos, aunque galantes, de mi clase, y los viejos, ó envejecidos en el negocio, que me buscan como figura decorativa de su caja de caudales, yo me ahogo, amiga mía, con ansia de más limpia atmósfera.

»Porque yo, como tú, necesito amar. *¡Yo amaría!*»



IV.

YO AMO.

Del tan conjugado verbo, ese es el tiempo más natural y corriente en el corazón, mas que en los labios, de la mujer.

Porque hay mujeres que, por su situación excepcional, no dirán con los labios lo que allá, en su fondo, están repitiendo á todas horas.

Hay mujeres que siguen amando después de dejar de amar á aquel á quien *deben* el amor. ¡ Con qué terrible silencio se rompen algunos lazos sagrados!

Rosa no ha podido romper lazo alguno. Su estado es todavía *el de merecer*, y mucho merece, por buena más que por hermosa y rica.

Si fuera más pobre, sería más feliz, aunque de seguro menos envidiada. Tiene pocas amigas, ninguna del todo verdadera, y así desahoga su corazón emborronando las páginas de un librito elegantemente encuadernado, que ella titula «Mi diario íntimo».

En ese libro hay estampadas muchas tonterías de niña. Pero véase bien esa especie de monólogo, escrito en las altas horas de la noche de un día solemne.

«Por fin voy á descansar, ya que dormir me sería imposible. Mi descanso, mi único consuelo, le encuentro en estos sencillos desahogos de mi corazón, sobre el que pesan tantas amenazas, sin que espere la única ventura con que sueño siempre.

» ¡ Qué día el de hoy! ¡ Qué lucha tan terrible la de mi voluntad, guiada por la fe, contra la voluntad de mi buen padre, llevado por el egoísmo, en el que encierra equivocado el interés de mi existencia!

» Grande desventura es ser inmensamente rica, sin ser espléndidamente hermosa. Tampoco puede decirse que soy fea; pero sobre mis pobres encantos físicos brillan los esplendores de una fortuna de que soy única heredera.

» Siendo yo tan niña, no ha habido un hombre que me haya hablado de amor bastante hábil para engañarme. Los suspiros por mi dote se denunciaban en lo vulgar de su apremiante galanteo.

» Mi padre me tiene por una estrafalaria romántica, sólo porque me muestro herida ante el desnudo y miserable realismo de una codicia heredada. Porque mis presuntos adoradores todos han venido á mí por el consejo de sus padres, concedores de la mayor fortuna del mío, como consocios ó compañeros de armas en las campañas *del tanto por ciento*.

» Descansaba hace tiempo de esos ataques á mi dignidad de mujer, amparados con el mejor deseo por mi padre, cuando éste llega hoy á mí seducido por la perspectiva de un título de nobleza para su hija adorada cuanto atormentada.

» Una sola vez me habló el Condesito en un baile, y, aturdidamente, me hizo una de esas declaraciones de amor que sólo una tonta puede tomar en serio. Hacía tiempo que oía hablar de él como de uno de esos jóvenes disipados y ociosos de la alta sociedad que se pasan la vida entre las conquistas fáciles y los azares del juego, regalando á las conquistadas lo que no alcanza á saldar sagradas deudas. Un título, en fin, en ruina, que quiere á todo trance reconstituirse por virtud de un falso juramento.

» Yo lo conozco: mi padre no ve claro de tanto mirar por el porvenir de su hija única. Y yo no acabo de convencerle. Cada caso que se presenta es una lucha entre él y yo, y la última ha sido para él más desesperada, porque no veía otra cosa sino que yo despreciaba algo grande que él no puede dejarme por herencia.

» Empeñado está el pobre en que yo tengo un amor oculto que me impide aceptar tan valiosos ofrecimientos.

» ¡ Ah! sí; yo tengo un amor; el amor á un hombre que ha pasado junto á mí en silencio; á un artista pobre pero orgulloso, que sé que huye de mí porque sabe que soy rica.

» ¡ Cómo condenaría mi padre este romanticismo! ¡ Amar al que calla y huye! ¡ Amar una sombra! Pero ¿quién podrá negar que *yo amo?*.....»

Rosalía, Rosaura, Rosario, Rosa..... Cuatro tiempos del verbo; compendio de la vida de cuatro mujeres, hecho sinceramente por ellas mismas.

EDUARDO BUSTILLO.





TRADICIONES ESPAÑOLAS

La raza de los ancianos que transmitían fielmente á sus nietos los hechos del pasado ha desaparecido hace ya largos años de las tierras españolas.

Más de cien veces he visitado rincones ocultos por ásperas montañas ó recorrido extensas cañadas, y en ninguna fui lo bastante afortunado para recoger de labios de los guías, ó en las pobres chozas donde busqué reposo, las historias misteriosas, con personajes de novela y sucesión de hechos muy ordenada, que diz escuchaban á cada paso los antiguos viajeros.

Muchas noticias estupendas llegaron á mis oídos.

Ante profundas simas ó cuevas oscuras repitióse en cien formas el dato de pavorosos ruidos subterráneos y desaparición eterna de los imprudentes que habían querido explorarlas; los paredones ruinosos de las más diversas edades y aspectos recordaron siempre á mis acompañantes *las obras de los moros*; almas en pena y brujas de la vecindad hicieron el gasto en breves cuentos; en medio de los encinares me recomendó prudencia más de un patriarca manchego si no quería tropezar con la temible *alicántara*, que se arroja como una flecha y mata, por más que nunca pude adquirir un solo ejemplar para mi colección de naturalista; pero todas las extravagancias de orden moral ó físico que entretuvieron mis momentos de descanso, distaban mucho, por su asunto y forma, de las bien ó mal llamadas tradiciones populares.

Se presentan éstas en los tiempos que corremos con un carácter más literario que espontáneo. Olvidadas de los aldeanos, si es que alguna vez las conocieron; referidas con gran lujo de detalles eruditos por las gentes de las villas y pueblos que más presumen, y no sin razón, de conocedoras de su comarca; ocultas bajo las galas en que imprimieron el sello de su estilo los escritores que las publican en sus libros, han perdido todas las condiciones de rústica sencillez, adquiriendo, en cambio, acentos ligeros de narraciones clásicas ó aroma más penetrante de leyendas germanas, en que se mezclan y confunden opuestos recuerdos.

Obsérvase, si, el paso de unas á otras regiones de la misma idea adaptada á gustos distintos y cubierta por diferentes ropajes, que, con parecer variados, no lo son lo bastante para borrar la comunidad de origen. Refiérense unas á damas

hermosas y fantásticas que aceptan el amor de apuestos galanes, hasta que una palabra inoportuna rompe el encanto y la felicidad. Hay otras en que juegan crímenes horrendos, rudas expiaciones y prodigios anunciadores del perdón para los culpables. Aparecen en varias cabezas cortadas, con vida suficiente para pedir clemencia ó reclamar justicia, y quedan todavía en alguna que otra noticias de pactos con el diablo, siendo éstas las que más rápidamente se inclinan, desde hace ya largos años, al aspecto cómico y burlesco.

Recuérdense, entre muchas de las primeras, dos, tomadas de extremo á extremo de nuestra Península: *la mujer de agua*, referida á las misteriosas lagunas del *Monseny*, que es asunto de un lindo cuento de Balaguer; y *la dama del pie de cabra*, publicada por Herculano. En las dos hay un cazador sorprendido en medio de la selva por una dulce voz que canta amores, y en ambas aparece bellísima mujer que acepta los desposorios con el galán fascinado, á condición de no pronunciar jamás una cierta palabra. Al cabo de varios años de felicidad dice el caballero la frase vedada en un instante de mal humor, destruyendo en seguida con su imprudencia el encanto de la singular unión. *La mujer de agua* pide á su esposo que no la llame de este modo; *la dama del pie de cabra*, que no repita en su presencia el nombre de Jesús. Cuando el noble falta á la solemne promesa la primera huye de la casa, sorda ya á sus ruegos, y se arroja en el lago para devolver quizás aquel hermoso cuerpo á las aguas, de cuyos vapores se había formado; mientras que la segunda se descompone, se transforma en horrible espectro, y trata de recoger sus hijos para arrastrarlos con ella á los recintos infernales, donde ha de convertirse para todos en fuego eterno, el fuego de la culpable pasión.

De los amores entre vivos y fantasmas puede pasarse, cambiando radicalmente de género, á los crímenes y sus expiaciones. Dos tipos muy marcados y comunes de tales leyendas se presentan en Cataluña y en Navarra con el hermitaño del Montserrat *Juan Garin* y el noble *Teodosio Goñi*, fundador de *San Miguel in excelsis*.

La primer figura es ya de sobra conocida por cantos de poetas, libretos de óperas y hasta chocarreras caricaturas. El hermitaño del Montserrat, que atropella la virginidad de



UNA LIMOSNITA POR DIOS.—CUADRO DE PERRAULT.

la noble doncella confiada á su guarda y la asesina luego para ocultar su delito, corre por montes llorando su culpa y perdiendo el aspecto de ser humano, hasta que Dios le perdona y resucita pura á la joven, cual si la violencia hubiera sido sueño pecaminoso y no hecho real.

La segunda merece referirse, siquiera sea á la ligera, porque la preciosa narración publicada por el Sr. Madrazo no se ha popularizado tanto como la anterior.

El caballero navarro *Teodosio Goni* parte á la guerra dejando la guarda de su honor conyugal á una mujer joven y hermosa. Desea la dama defenderse contra la posible maldicencia, buscando la compañía de sus padres políticos, y para honrarles más les cede la cámara nupcial, retirándose ella á una habitación contigua. Vuelve una noche á su Castillo el noble combatiente; el *diablo*, ó sus celos, le aconsejan en mal hora sorprender á su esposa; llega á su cuarto, siente en el lecho la respiración de dos personas y, ciego de ira, hunde repetidas veces su puñal en aquellos cuerpos, que á los pocos momentos reconoce por los de sus padres. Impónese entonces la misma penitencia que Juan Garín, y acaba también la tradición con un prodigio anunciador de la clemencia celeste, que mueve su voluntad á construir la capilla que existe en la sierra de *Aralar*.

Ambas leyendas comienzan con el juego de pasiones muy humanas y acaban en la intervención divina, necesaria para el perdón de enormes delitos, como principiaban y concluían muchas obras dramáticas de nuestros autores clásicos más conocidos.

Entre las cien historietas de pactos con el demonio, no creo haya ninguna de forma más cómica que la relacionada con la construcción del acueducto de Segovia, hoy ya olvidada de todos y referida con adiciones burlescas por el autor de *Recuerdos de un viaje por España*.

Los habitantes de la histórica ciudad tenían que buscar muy lejos, en otros tiempos, el agua que bebían.

Caminaba cierta noche la sobrina de un Cura cargada con su cántaro vacío cuando hubo de ocurrírsela el mal pensamiento de ahorrarse la fatiga dando su alma al diablo, no sé si en las mismas ó en distintas condiciones en que hoy siguen dándose á Becelbú otras mozas para transformarse rápidamente de aldeanas trabajadoras en señoritas ociosas.

Cruzar por su mente aquella idea y aparecer á su lado un esbelto joven vestido de negro, fué obra de un instante. Preguntóla con exquisita cortesía si estaba dispuesta á mantenerse en sus propósitos. Turbada, quizás por la singular belleza y elegancia del personaje, le respondió que sí la muchacha, y el joven tocó entonces con una varita el cántaro que se llenó de agua, retirándose en seguida tan discretamente como un enamorado ducho en enredos, después de anunciarla que recibiría su visita á la media noche.

Pueden ustedes figurarse cómo volvió á casa la pobre chica.

Hubo de contar á su tío el lance, y éste, pensando rápidamente en un remedio para el mal, dispuso que su sobrina atrasase una hora justa el reloj de la Rectoral y colocara el calderillo del agua bendita detrás de la puerta.

Llamó el diablo á las doce en punto; recibióle el buen sacerdote con la cruz y el hisopo; quejóse Satanás de que se le tratara de aquel modo cuando iba por lo que era suyo, y replicóle el Párroco censurando la mala fe que argüía haber pactado con una menor de edad, cosa contraria á las leyes castellanas.

Después de acalorada disputa acordaron ambos una transacción, obligándose el Clérigo á cederle su sobrina si el otro se comprometía á construir un acueducto que sirviera abundantes aguas á toda la ciudad antes de rayar el alba. Miró el reloj el diablo, pero como estaba atrasado, fallaron sus cálculos, y al comenzar el día faltaban algunas piedras por colocar.

Así se salvó un alma del infierno y quedaron servidos los moradores de la noble Segovia.

Varias leyendas, contadas en Aragón, tienen más sabor local y más plausible seriedad. Relaciónase una con la iglesia de la Seo en Zaragoza, y refiérese la otra á un sangriento suceso ocurrido en el *Cinto de Tarazona*. En las dos se mueven, se trasladan á distancia y hablan las cabezas de ajusticiados. La primera para pedir confesión al buen Prelado don Lope de Luna; la segunda para proclamar la fe del hombre á quien pertenecía gritando tres veces *credo*, y ambas quedan inmóviles desde que logran su propósito.

Pocas investigaciones científicas podrán tener más interés humano que las históricas acerca del cambio de los sentimientos é ideas de las masas y los estudios de ese *alma del pueblo*, que hoy por hoy se separan poco de los principios más vagos y generales.

Mucho servirían para los trabajos de los hombres serios las leyendas populares españolas, de ser conocidas en su verdadera forma, determinable la fecha en que cada una se creó, el país de origen y las transformaciones sufridas al ir pasando de unas á otras comarcas; más, por desgracia, la mayor parte de las tradiciones que hoy poseemos parecen inventadas en la época en que se *fabricaron* toda clase de falsos documentos y no fruto natural y espontáneo de la fantasía popular.

De desear sería, sin embargo, que se reunieran y clasificaran hoy de nuevo en una obra, que no dejaría de ofrecer lectura sabrosa, mientras la comparación y el análisis permitían obtener de ellas resultados de mayor provecho.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.





El poema de las lágrimas

Et la rose parlant le langage des roses
Dit: «J'aime les chansons de tes deux lèvres roses.»
A. HOUSSAYE.

I.

Una blanca beldad fascinadora
De rubia trenza y seno floreciente,
De ojos azules como tersa fuente,
Y risa más alegre que la aurora,
Por ameno jardín, que el sol colora,
Camina placentera y diligente,
Cuando su limpia falda transparente
Prende un rosal con rama punzadora.
Dichoso acariciando á la hermosura,
Se estremece el rosal, como una llama,
Al romper la beldad su ligadura.
Pétalos rojos llueven de la rama.....
Es que el rosal, perdida su ventura,
Llanto de sangre por la infiel derrama.

II.

Esplendores magníficos, brillantes
Curvas de plata y majestad divina
Muestra su cuerpo escultural de ondina,
Al salir de las olas murmurantes.
Las tembladoras gotas rutilantes
Con que ciñera el agua cristalina
Su inmaculada frente alabastrina,

Fingen regia corona de diamantes.
A la luz cegadora que desprende
Su desnudez triunfante y deliciosa,
En gentilico amor todo se enciende.
Da en su cabello el sol besos de oro,
Y el mar, abandonado por la hermosa,
Vierte á sus blancos pies amargo lloro.

III.

La beldad, sonrosada como el día,
Esparcido el raudal de su cabello
Por la mórbida espalda y niveo cuello,
Llega al arroyo de la verde umbría.
Un vaso llena en la corriente fría;
Y al rozarlo, después su labio bello,
Tiembla el vaso, feliz; lanza un destello,
Y campo y sol refleja en su alegría.
Cuando su viva sed siente aplacada,
La hermosura retira, indiferente,
El cristal, de su boca de granada.
Tórnase triste el vaso, antes riente,
Y por su faz de nieblas empañada
Se desliza una lágrima luciente.

IV.

Suspiran los ardientes ruiseñores,
Llena la luna el mar, valles y lomas,
Y, en álamo frondoso, dos palomas
Cambian roncros arrullos gemidores.
La bella viste encajes, raso y flores;
Y, cual rocío en las fragantes pomos,
En su pecho gentil lleno de aromas
Lanza un collar de perlas sus fulgores.
Un dichoso amador, en tierno lazo,
Á la beldad fascinadora oprime,
Besándola en su labio de escarlata.
Y, á la presión del venturoso abrazo,
Roto el collar de perlas, dulce gime
Y en lágrimas radiantes se desata.

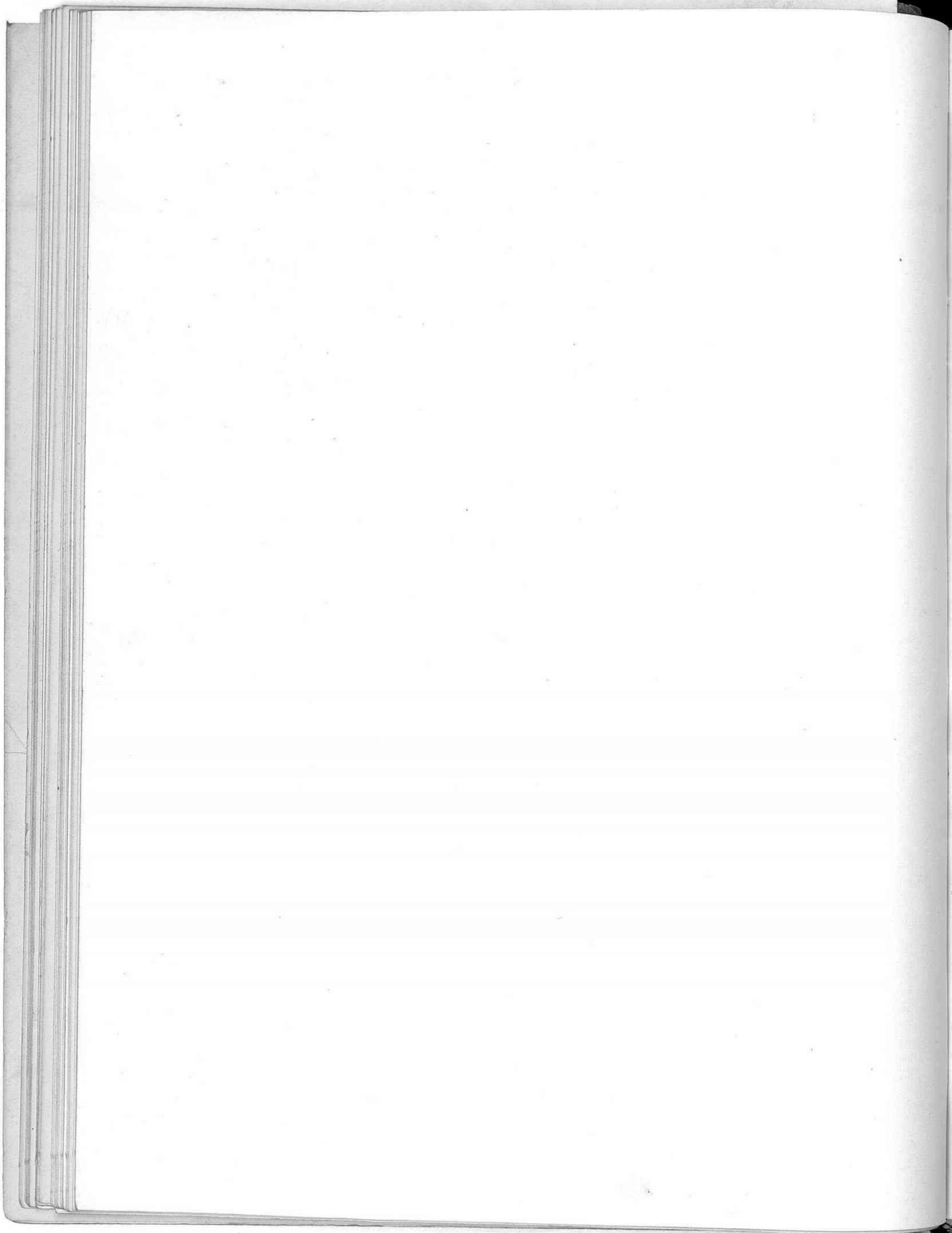
V.

Vierte el mustio rosal llanto encendido;
Del vaso rueda lágrima luciente;
Llora el collar de perlas refulgente,
Y llora el mar, y estalla su rugido.
Llora también el amador rendido:
Que la beldad de inmaculada frente
Es estatua de mármol esplendente.....
Y en el mármol jamás vibró un latido.
Todo tiene una lágrima ó lamento,
Todo..... menos la bella seductora,
Causa de tanto mal y hondo tormento,
Que, arrogante, impasible y triunfadora,
Responde á los dolores dando al viento
Su risa más alegre que la aurora.

MANUEL REINA.



RETRATO DE LA SEÑORITA C. F.—POR GILL.



VASCO DA GAMA

La duodécima edición del *Diccionario de la Lengua Castellana* (1884) por la Real Academia Española, define la palabra *Historia* en la forma siguiente: «Narración y exposición verdadera de los acontecimientos pasados y cosas memorables. En sentido absoluto se toma por la relación de los sucesos públicos y políticos de los pueblos, pero también se da este nombre á los sucesos, hechos ó manifestaciones de la actividad humana de cualquiera otra clase. *Historia de la Literatura, de la Filosofía, de las Artes, de la Medicina.*» Esta definición señala con exactitud lo que generalmente se ha entendido, y aun se entiende, por Historia, á saber, la relación de los acontecimientos de pública notoriedad y universal resonancia, como lo son, sin duda, las guerras y revoluciones, el entronizamiento de los tiranos y la ruina de los imperios; en suma, lo que puede llamarse historia política de las naciones. Pero ha de observarse que esta historia política, esta narración de las *cosas memorables*, pertenece, indudablemente, á una manifestación parcial de la actividad humana, tan parcial como lo es el Derecho público y la Milicia, ó sea, el arte de la guerra.

Reducida la titulada historia general de cada nación á lo que puede llamarse esfera del Estado político, porque la Milicia es también la ciencia del Estado en guerra, acertaba, sin duda, el publicista francés Mably cuando decía que la Historia era la enseñanza propia de los príncipes, esto es, de los jefes del Estado; pero se equivocaba si suponía que la ciencia de la Historia no debía ser algo más, mucho más, que maestra de príncipes, porque ha de ser, andando el tiempo, lo que presintió Cicerón, maestra de la vida, cumpliéndose así lo que ha dicho un profundo pensador: la humanidad se educa en su Historia.

Los falsos conceptos que regían en el modo y la forma de escribir la Historia se han puesto de manifiesto cuando, habiéndose realizado un hecho de universal resonancia, que no pertenecía al orden político, ha sido necesario consignar este hecho en los anales del mundo, y singularmente en las llamadas historias generales de Portugal y de España. Acostumbrados los historiadores á tratar de asuntos políticos, cuando tuvieron que ocuparse en relatar la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo creyeron que podían ha-

cerlo sin previos y especiales conocimientos de ciencias muy diferentes á las que se relacionan con el gobierno de las sociedades humanas. Era el descubrimiento del Nuevo Mundo un hecho geográfico, realizado por medio de la navegación en mares hasta aquel entonces desconocidos; y por lo tanto, la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo había de ser tratada como formando parte de la historia de la Geografía y de la Náutica. No sucedió así ciertamente, y por esta causa, groseros errores científicos pasaron plaza de verdades incontrovertibles en lo que bien pudiera llamarse, historia fabulosa del descubrimiento del Nuevo Mundo, que es lo que hasta hace pocos años ha pasado por *narración y exposición verdadera*, como dice la Academia Española, de aquel memorable acontecimiento. Y si se cometían grandes errores en la apreciación de los hechos al tratar del descubrimiento del Nuevo Mundo sin los especiales conocimientos que el caso requiere, es lógico que estos errores se transmitiesen á los juicios que habían de formarse acerca del mérito comparativo de los navegantes descubridores y de los personajes que en sus empresas intervinieron. Sin duda por el motivo que de indicar acabamos, el ingenioso cronista de *La Ilustración Española y Americana*, nuestro buen amigo D. José Fernández Bremón, ha recordado con oportunidad, en ocasión análoga á la presente, los versos de uno de nuestros más insignes dramaturgos, que dicen así:

Los sucesos portentosos
Y de todos admirados,
Los emprenden los osados,
Los acaban los dichosos.

Es cierto. Los nombres de los osados navegantes Juan de Santarem y Pedro de Escobar, que en el año de 1471 pasaron por vez primera la línea equinoccial, están casi olvidados; y sin embargo, Juan de Santarem y Pedro de Escobar, antes que Diego Cam, Juan Infante y Bartolomé Días, disiparon los terrores que inspiraba la navegación en la zona tórrida, y contemplaron el firmamento del hemisferio austral, que descubridores muy famosos jamás llegaron á ver.

Podríamos citar otros distintos ejemplos en que se olvidan las hazañas de los osados para celebrar la gloria de los

dichosos; pero tales disquisiciones nos alejarían del asunto en que ahora hemos de ocuparnos, á saber, señalar el puesto que de justicia corresponde al inmortal portugués Vasco de Gama entre los inmortales navegantes que descubrieron el Nuevo Mundo. Las ideas que hemos de exponer podrán no ajustarse á la verdad histórica, que no presumimos de infalibles; pero si nos equivocamos no será por cuenta propia, si no respetando la autoridad de grandes geógrafos é historiadores de la Geografía, cuyas enseñanzas nos parecen de todo punto acertadas (1).

Sabido es que el príncipe D. Enrique, llamado el Navegante, y el rey D. Juan II de Portugal, habían promovido sin descanso durante el siglo xv la exploración de las costas de África en el Océano Atlántico, con el fin de encontrar el camino marítimo de las Indias, región maravillosa en que perfumes nunca olidos, especias nunca gustadas y preciosidades nunca vistas brindarían á los navegantes que á sus playas llegasen, así el goce de los sentidos como la posesión de las riquezas que la conquista de aquellas tierras ó el comercio con sus habitantes fácilmente producirían. Las expediciones marítimas tan constantemente preparadas ó promovidas por el infante D. Enrique de Portugal y por el rey D. Juan II dieron como satisfactorio resultado la total exploración de las costas de África en el Océano Atlántico y el descubrimiento de las últimas tierras del continente africano en el hemisferio austral, que hizo el

(1) Para escribir estos apuntes biográficos hemos consultado, además de los notables escritos del Vizconde de Santarem, de Fernández de Navarrete, E. HARRISSE y Alejandro de Humboldt, las siguientes obras: *Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos*, por Mr. Vivien de Saint-Martin; *Historia de la Geografía*, por Malte-Brun; *Nueva Geografía Universal*, por Eliseo Reclus; *Historia de la civilización ibérica*, por Oliveira Martins; *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo*, por Pinheiro Chagas, y otros muchos libros, folletos y artículos de los Sres. Teófilo Braga, Baldaque da Silva, Conde de Casal-Ribeiro, Lópes de Mendonça, Accacio Roza, Joaquín Araujo y de otros varios escritores portugueses, cuyos nombres y títulos de sus obras pasamos en silencio, para no alargar en demasía esta nota intertextual.

intrépido Bartolomé Días navegando aun más allá de los 35 grados de latitud Sur en el año de 1486.

Antes de que las naves portuguesas llegasen á las costas occidentales de la India por el camino marítimo que habían emprendido al comenzar el siglo xv, las tres famosas carabelas castellanas que á las órdenes de Cristóbal Colón salieron de la isla de la Gomera el día 6 de Septiembre de 1492, llegaron, el 12 de Octubre del mismo año de 1492, al archipiélago de las Lucayas, que se supuso se hallaría

muy próximo á las costas orientales de las anheladas tierras de la India; y así pareció, en aquellos días, que el camino marítimo de Asia, que siguiendo el rumbo hacia Oriente no se había podido encontrar en largas y repetidas navegaciones durante cerca de un siglo, se había hallado siguiendo el rumbo de Occidente, en una navegación que sólo había durado treinta y tres días, según afirmaba Cristóbal Colón en su conocida carta al tesorero Gabriel Sánchez.

Era natural que los marinos portugueses sintiesen honda pena al ver conseguido en corta y feliz navegación lo que vanamente habían procurado realizar durante largos años, aun cuando algún consuelo tendrían al saber que en las tierras descubiertas por Colón no se hallaban ni las perlas ni el oro con la sin igual abundancia que debían hallarse, según se decía, en los viajes de Marco Polo. Avivado,

pues, el afán patriótico de los portugueses de llegar á la India por el camino que hacía tanto tiempo habían emprendido, el rey D. Juan II se disponía á cumplir los deseos de su pueblo; pero la muerte atajó sus proyectos, y fué su sucesor D. Manuel, llamado el Afortunado, quien dispuso se organizase la expedición que llevó á cabo el descubrimiento del camino marítimo de la India é inició, según demostraremos más adelante, el descubrimiento de Oceanía.

Dicen los historiadores que el rey D. Manuel siguió fielmente el plan de la expedición á los mares de la India que había trazado D. Juan II, y estando ya designado Vasco da Gama para mandar esta expedición, confirmó su nombramiento, que á primera vista no parece justificado, porque viviendo el descubridor del cabo de Buena Esperanza,



VASCO DA GAMA

DESCUBRIDOR DEL OCEANO ÍNDICO É INICIADOR DEL DESCUBRIMIENTO DE OCEANÍA

viviendo el navegante que había visto el término de las tierras africanas en el hemisferio Sur, nada más natural que haber confiado á tan valeroso y experto marino la terminación de la empresa en que ya había alcanzado renombre imperecedero.

Por algún motivo que hoy desconocemos, ó sin motivo que pueda justificarlo, es lo cierto que no fué Bartolomé Días, sino Vasco da Gama la persona designada para mandar la escuadra que zarpó de Restello en el día 8 de Julio de 1497; pero antes de seguir adelante, hemos de dar aquí algunas noticias biográficas del famoso descubridor del camino marítimo de las Indias.

Nació Vasco da Gama en Sines, puerto de mar no lejano de Lisboa, que pertenece á la provincia de Alentejo. Fueron sus padres Esteban da Gama y su legítima mujer doña Isabel de Sodre. La fecha de su nacimiento es incierta y fluctúan las opiniones desde el año de 1450 al de 1469. En portugués, lo mismo que en español, *Gama* significa la hembra del gamo, y teniendo esto en cuenta, claro es que se comete un pequeño error cuando se dice Vasco de Gama, puesto que debiera decirse Vasco de la Gama, para traducir con exactitud el nombre de Vasco da Gama.

La familia de Vasco da Gama figuraba desde el reinado de Alfonso V de Portugal entre los favorecidos por la fortuna ó encumbrados por su mérito personal, que de ambos modos se llega á las alturas del poder público. Esteban da Gama, abuelo de nuestro Vasco, fué alcaide de Sines, cargo que después desempeñó su hijo, que, como ya sabemos, también se llamaba Esteban por su nombre de pila.

De la vida de Vasco da Gama durante su juventud se sabe muy poco. Se afirma que desde muy temprano se dedicó á la profesión marinera, que hizo grandes navegaciones y que de este modo supo, por propia experiencia, muchas cosas que jamás pueden aprenderse en cátedras ni en libros, cuando se trata del arte en sus inmediatas aplicaciones prácticas.

Grande debía ser la fama de hábil y valeroso navegante que llegó á alcanzar Vasco da Gama, cuando el rey don Juan II, prescindiendo de los servicios que ya había prestado el descubridor del cabo de Buena Esperanza, Bartolomé Días, le designó, como ya antes dijimos, para mandar las naves que habían de descubrir el camino marítimo entre Portugal y las costas de la India. Como ya también hemos dicho, el rey D. Manuel respetó el nombramiento que había hecho su antecesor en el trono portugués, y así, Vasco da Gama, ostentando la categoría de Capitán Mayor, tomó el mando de la escuadrilla que había de terminar gloriosamente la fecunda labor emprendida por los heroicos navegantes portugueses, desde los comienzos del siglo xv.

El capitán teniente de la armada portuguesa D. Juan B. d'Oliveira, en su estudio histórico titulado: *Los navios de Vasco da Gama*, dice, que el *San Gabriel*, que mandaba el Capitán Mayor, media 120 toneladas; que el *San Rafael*, mandado por su hermano Pablo da Gama, era de 100 toneladas, y que el tercer barco, llamado el *San Miguel* (antes *Berrio*), era de 50 toneladas y lo mandaba Nicolás Coelho. Además formaba parte de la escuadrilla otra nave cargada de bastimentos, que media 200 toneladas y estaba mandada por Gonzalo Nunes. Dice el Sr. Oliveira que el tonel que servía de unidad de medida de estos buques había de tener siete palmos de altura y cinco y medio en su mayor diámetro. Entre marineros y soldados iban en la escuadrilla 160 hombres.

No cabe en los límites de estos apuntes biográficos la narración del primer viaje de Vasco da Gama, y bastará decir que el 20 de Mayo de 1498 vió cumplidos sus deseos y los de su patria el gran navegante portugués, fondeando sus naves en el puerto de Calicut, situado en las costas occidentales de la India. Se había descubierto el camino marítimo de la India, y obsérvese que este camino con-

ducía también á las costas occidentales de tierras que pertenecían á lo que en el siglo xvi se llamó Nuevo Mundo, puesto que las islas de la Sonda, que forman parte de Oceanía, sólo se hallan separadas del continente asiático por el estrecho de Malaca. Se puede decir, por lo tanto, que Vasco da Gama había descubierto el camino marítimo que conduce á los límites occidentales de Oceanía.

Vasco da Gama, á semejanza de lo hecho por Cristóbal Colón en su primer viaje, al disponer su regreso á Lisboa aprisionó á varios indígenas de Calicut, para presentarlos como muestra, digámoslo así, de las gentes que poblaban las tierras en que había desembarcado. El P. Las Casas censuró agriamente lo hecho por Cristóbal Colón con los pobres indios que condujo á España contra toda su voluntad, y la misma censura cabe lanzar sobre la memoria de Vasco da Gama por un hecho igual y menos disculpable; porque si era dudoso que en las Indias Occidentales existieran seres humanos, no lo era que la India estaba poblada desde la más remota antigüedad.

Vasco da Gama llegó á Lisboa de vuelta de su gloriosa expedición á fines de Agosto ó principios de Septiembre del año 1499, y el documento oficial en que se consignan los premios que se le concedieron tiene la fecha del 10 de Enero de 1502. Dos años y medio después de haber regresado á Lisboa se concedieron á Vasco da Gama mercedes que le aseguraban cuantiosa renta, el derecho de poner la partícula *Don* antes de su nombre de pila y el almirantazgo de las Indias Orientales. Colón salió de España el

FACSIMIL DE LA FIRMA DE VASCO DA GAMA

(Ho cõd'almirante.—El Conde Almirante.)

día 3 de Agosto de 1492, siendo ya Almirante de las Indias á que se proponía llegar, y Vasco da Gama recibía el nombramiento de Almirante algunos años después de haber desembarcado en las playas de Asia. Noten la diferencia que de señalar acabamos los que acusan á España de haber desconocido el mérito y mermado las recompensas del descubridor del Nuevo Mundo.

El primer viaje de Vasco da Gama ha sido cantado por Luis de Camoens en su inmortal poema *Os Lusíadas*, ó sea, traduciendo este título al castellano, *Los Lusos*, ó mejor aún, *Los Portugueses*. El poema de Camoens comienza con aquellas dos conocidas octavas reales:

As armas, e os baroes assinalados,
Que da occidental praia lusitana,
Por mares nunca d'antes navegados
Passaram ainda alem de Taprobana,
En perigos e guerras esforçados
Mais de que promettia a força humana,
Entre gente remota edificaram
Novo reino, que tanto sublimaram:
E tambem as memorias gloriosas
Daquelles Reis, que foram dilatando
A fe, o imperio, e as terras viciosas
De Africa e de Asia andaram devastando;
E aquellos que por obras valerosas
Se vão da lei da morte libertando,
Cantando espalharei por toda parte,
Se a tanto me ajudar o engenho e arte.

Sí; el ingenio y el arte hicieron de *Os Lusíadas* un poema épico, superior, según piensa Federico Schlegel, al *Orlando furioso* del Ariosto y á la *Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso; pero Luis de Camoens, patriota portugués y valeroso soldado, no hizo lo que no podía hacer, no hizo lo que la intuición del poeta presentía al escribir:

Cesse tudo o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se alevanta.

Ciertamente, si al cantar Luis de Camoens el descubrimiento del camino marítimo de la India no hubiera intentado encerrar en el cuadro de su poema toda la historia heroica de Portugal; si el brillo refulgente de las glorias militares no hubiese deslumbrado su pensamiento, hasta tal punto que, mientras en las páginas de *Os Lusíadas* sólo se menciona dos veces muy ligeramente al infante D. Enrique *el Navegante*, y no aparecen jamás los nombres de Juan de Santarem, Pedro de Escobar y Bartolomé Días, se enaltece con insistencia la memoria de los capitanes ilustres, y se llega á decir, en la octava XIII del canto primero, que la gloria de César y Carlo-Magno queda oscurecida si se recuerda la de los Alfonsos primero, tercero, cuarto y quinto de Portugal. No; la gloria de César y Carlo-Magno no se oscurece al compararla con la de los Alfonsos de Portugal; pero la gloria de todos los navegantes descubridores de la antigüedad y de los tiempos medioevales aparece pequeña, y hasta mezquina, si se recuerda la de los navegantes portugueses y españoles que descubrieron el Nuevo Mundo.

Cuando escribió Luis de Camoens su inmortal poema aun no se conocía la grandiosa obra del descubrimiento del Nuevo Mundo en toda su trascendental importancia; aun no se sabía, ni podía saberse, que el imperio de Portugal en la India, fundado por los Albuquerque, Pachecos y Almeidas, y que el imperio de España en América, fundado por

los Corteses, Pizarros y Almagros, desaparecerían con relativa brevedad, y sólo quedaría como imperecedera y sin par gloria de la Península Ibérica el descubrimiento del Nuevo Mundo, preparado por los viajes marítimos que dispusieron el príncipe D. Enrique *el Navegante* y el rey don Juan II de Portugal, realizado por Cristóbal Colón, descubriendo las tierras de América, y por Vasco da Gama, iniciando el descubrimiento de Oceanía, y del todo terminado por el portugués Fernando de Magallanes y el español Juan Sebastián de Elcano, ó del Cano, que, siendo los primeros circunnavegantes, relacionaron, valga la palabra, los descubrimientos que había hecho Cristóbal Colón en 1492 con los de Vasco da Gama en 1498.

Al llegar aquí advertiremos que vulgarmente sólo se concede á Vasco da Gama la gloria de haber descubierto el camino marítimo de la India; pero si bien se considera, es mucho mayor que este descubrimiento la necesaria trascendencia del desembarco del inmortal nauta portugués en el puerto de Calicut. Ciertamente es que los antiguos conocían el mar Eritreo; pero las navegaciones de los portugueses ensancharon los límites de este mar hasta convertirlo en lo que hoy se llama Océano Índico, y, por lo tanto, Vasco da Gama es, sin duda, el descubridor del Océano Índico. Siendo sabido que la quinta parte del mundo, que hoy llamamos Oceanía, se compone de una gran isla ó continente, la Australia, y de numerosos archipiélagos situados en el Océano Índico y el Gran Océano ó Océano Pacífico, es claro, es evidente, que al navegar en las aguas del Océano Índico se había de llegar á las costas de Sumatra, Java, Tasmania y de otras islas que forman parte de Oceanía, y, por consiguiente, Vasco da Gama, descubridor del Océano Índico, es el iniciador del descubrimiento de Oceanía, y así se halla consignado, más ó menos explícitamente, en las obras de los ilustres geógrafos Malte-Brun, Reclus y Vivien de Saint Martín (1).

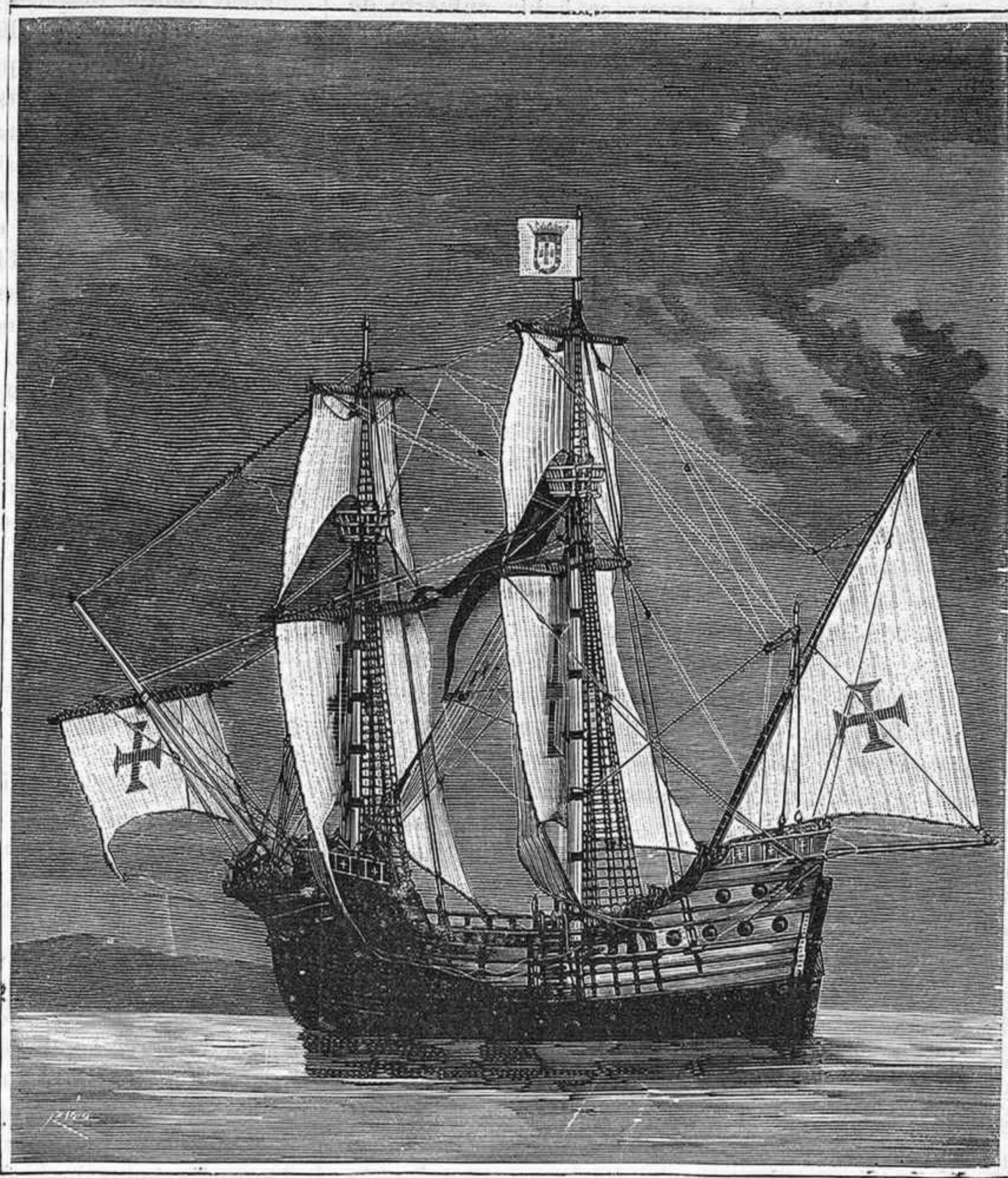
No fué Vasco da Gama el jefe de la segunda expedición á la India. La política del rey D. Manuel I de Portugal, semejante á la de los Reyes Católicos de España, tendía á evitar que el engrandecimiento de los navegantes descubridores pretendiese convertir en dominio personal, lo que sólo debía ser donación transitoria del poder soberano, gracia otorgada por el Rey y no derecho al mando en sus merecimientos fundado. Los desafueros de los señores feudales aun vivían en la memoria de todos, y no debe ser calificada de recelosa, sino de prudente, la resolución del rey D. Manuel nombrando á Pedro Alvares Cabral, y no á Vasco da Gama, para que mandase la segunda expedición portuguesa

(1) No ignoramos que hay escritores (Carlos Vogel, Próspero Peragallo, Ricardo Beltrán y otros) que niegan á Vasco da Gama y á los portugueses la gloria de haber iniciado el descubrimiento de Oceanía, para conceder la prioridad en tan importante descubrimiento geográfico á Fernando de Magallanes y los españoles que desembarcaron en las islas Filipinas el año de 1521. El centenario que ha de celebrarse en Lisboa los ya no lejanos días 8 de Julio de 1897 y 20 de Mayo de 1898, dará ocasión á que se discuta si puede considerarse á Vasco da Gama y á los portugueses como iniciadores del descubrimiento de Oceanía, ó si son Fernando de Magallanes y los españoles los que alcanzaron tan alta gloria en el primer viaje de circunnavegación del globo terráqueo. Nuestra opinión acerca de este asunto, en el texto queda expresada.

á las Indias Orientales, ni la de los Reyes Católicos cuando privaban á los Colones, Corteses y Pizarros del gobierno en las tierras por su iniciativa descubiertas ó por su valor conquistadas.

No hemos de relatar aquí el viaje de Pedro Alvares Cabral, y pasaremos á ocuparnos en la segunda expedición realizada por Vasco da Gama (1502) ya investido con el carácter de Almirante de las Indias y mandando una poderosa armada que había de dar á conocer á los reyes indios la fuerza incontrastable de la nación portuguesa. Vasco da Gama es acusado de tan cruel en sus conquistas indianas, como los capitanes españoles en las de las tierras de América; pero quizá el terror era el único medio que podían emplear los caudillos que mandaban algunos centenares de soldados para sojuzgar á millones de hombres, entre los cuales no faltaban héroes que peleaban valerosamente defendiendo su nativa independencia. No pretendemos con lo dicho disculpar lo indisculpable. El incendio del bajel perteneciente al Soldán de Egipto, en que perecieron niños y mujeres á quienes ninguna responsabilidad alcanzaba de las deslealtades de los indios, mancha la memoria del caudillo que tal atentado consumó. Es cierto; Vasco da Gama traspasó los límites del rigor, y aun, si se quiere, de la crueldad, quizá necesaria en los duros trances de la guerra, en el caso que de citar acabamos; pero no por esto admitiremos como exacta la afirmación que hace Mme. Dujarday cuando escribe en su *Resumen histórico de los viajes, descubrimientos y conquistas de los portugueses*: «Vasco da Gama es el héroe de las Indias Orientales y el vencedor de los indios; Cristóbal Colón es el padre del Nuevo Mundo y el bienhechor del género humano.» No; Vasco da Gama, lo mismo que Cristóbal Colón, considerados como navegantes que realizan grandes descubrimientos geográficos, son bienhechores de la humanidad, porque el mayor bien que puede realizarse en esta vida es contribuir al conocimiento de la verdad. La ignorancia es el origen de todos los males. La sabiduría es el camino para alcanzar todo género de bienes.

Vasco da Gama, lo mismo que Cristóbal Colón, considerados como conquistadores y gobernantes de las tierras con-



LA NAO «SAN GABRIEL»

QUE FUÉ LA CAPITANA EN EL PRIMER VIAJE Á LA INDIA DEL INMORTAL DESCUBRIDOR
VASCO DA GAMA

quistadas, quizá merecen graves censuras, porque ambos procedían con frecuencia mirando más á la consecución del fin que se proponían, que á la legitimidad de los medios que habían de emplear para conseguirlo; y aun cuando, así en su época, como aún en la nuestra, el derecho internacional sea frecuentemente hollado por los grandes capitanes en sus triunfos y por los hábiles diplomáticos en sus negociaciones, es lo cierto que el delito no prescribe nunca ante el eterno tribunal de la conciencia y de la Historia.

Ha escrito el ilustre Vizconde de Santarem que cuando Vasco da Gama regresó á Lisboa, después de su segunda expedición á la India, sus servicios no se apreciaron en todo lo que merecían, siendo necesario que el Duque de Braganza emplease su valiosa influencia para conseguir que se le concediera el título de Conde de Vidigueira. «Vasco da



Gama, añade el Vizconde, aunque se había cubierto de gloria en sus expediciones, vivió olvidado y no volvió á tomar parte en ninguna empresa marítima durante el reinado de D. Manuel I.» Este hecho sirve de base á muchos historiadores para acusar de ingrato al Rey de Portugal; pero nos parece injusta tal acusación, por las razones que ya hemos indicado y por otras que expondremos ahora. El extremado rigor, si puede servir para fundar imperios, de cierto que es ineficaz para convertir la conquista en pacífica dominación. Es posible que al rey D. Manuel no le hubiese parecido acertada la conducta de Vasco da Gama cuando mandó incendiar el barco perteneciente al Soldán de Egipto, ni cuando llevó hasta el último límite del rigor el castigo de los indios de Calicut, que habían dado muerte al portugués Ayres Correa y á sus infortunados compañeros. Es probable que el rey D. Manuel, conociendo la imperfección de la naturaleza humana, pensase que teniendo Vasco da Gama tan altas dotes de hábil marino y de valeroso guerrero, podría faltarle la sagacidad política, que había de ser necesaria para consolidar el dominio de los portugueses en la India. Si juzgaba el Rey de Portugal que Vasco da Gama, vencedor de los indios, tanto por medio del terror como por la fuerza de las armas, no se hallaba en condiciones favorables para adquirir las simpatías que deben mediar entre gobernados y gobernantes, supuesto que el poder no haya de fundarse tan sólo en la obligación de la ley escrita, nos parece que acertaba en su juicio, y que no hay ingratitud, sino prudencia y sabiduría, en proceder como procedió, nombrando primer virrey de las Indias á Francisco de Almeida, por el término de tres años, y segundo virrey al famosísimo Alfonso de Albuquerque. Sabido es que Almeida, negándose á obedecer las órdenes del Rey de Portugal, puso grandes dificultades antes de entregar el mando á su sucesor Albuquerque. Bien conocía el rey D. Manuel la conveniencia de no perpetuar en ninguna persona, por grandes que fuesen sus merecimientos, el gobierno de las Indias; que así lo requería el carácter de los magnates en los comienzos del siglo XVI, cuando aun no se había olvidado la época del feudalismo, en que el Rey sólo era el primer señor feudal, algo más poderoso que sus casi iguales en categoría social.

Para justificar por completo lo hecho por el rey D. Manuel en sus nombramientos de los dos primeros virreyes de las Indias Orientales, preguntaremos: ¿no es lo más probable que Vasco da Gama hubiese gobernado en la India con menos gloria y fortuna que las que alcanzó el inmortal Alfonso de Albuquerque? Los genios son excepciones, y Alfonso de Albuquerque como excepción puede presentarse entre los gobernantes de imperios coloniales.

Vasco da Gama fué nombrado virrey de las Indias tres años después de la muerte de D. Manuel I por su sucesor D. Juan III. El 9 de Abril de 1524 salió de Lisboa *El Conde Almirante*, que así se firmaba el descubridor del Océano Índico. Próximo ya á las costas de la India, parece que se agitaron violentamente las aguas del mar, sin causa conocida, y entonces, Vasco da Gama, para tranquilizar á sus compañeros de viaje exclamó: *Nada hay que temer. El mar tiembla al advertir nuestra presencia.* ¡Siempre la idea de aterrorizar, no sólo á los indios, sino también á los elementos de la naturaleza!

Poco tiempo después de su llegada á la India falleció Vasco da Gama, en el día 25 de Diciembre de 1524. Sobre su tumba dicen que se puso esta inscripción: *Aquí yace el grande argonauta D. Vasco da Gama, primer Conde de Vidigueira, Almirante de las Indias Orientales y su famoso descubridor.* Hablando con verdad, Vasco da Gama no podía haber descubierto en el siglo XV las Indias Orientales, que ya aparecen señaladas en los mapas desde muy remota antigüedad, pero sí había descubierto el camino marítimo de la India, y este descubrimiento implicaba, como ya hemos dicho, el del Océano Índico y la iniciación del de Oceanía.

Los caudillos de las expediciones portuguesas á las Indias revestían el triple carácter de diplomáticos que pactaban, negociantes que establecían cambios de mercancías, y conquistadores que sojuzgaban reinos; pero sus triunfos como diplomáticos hábiles y como conquistadores victoriosos, y las ganancias que su patria adquiría por sus negociaciones comerciales, pasaron brevemente, y sólo queda firme é imperecedero el resultado de sus descubrimientos geográficos, la gloria alcanzada por los heroicos hijos de Portugal y de España que quintuplicaron (1) la superficie conocida del planeta en que vivimos; gloria que se presenta en todo su esplendor recordando el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, la iniciativa de Vasco da Gama en el descubrimiento de Oceanía y el viaje de circunnavegación de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano que dió á conocer, por modo experimental, el tamaño y la forma del Nuevo Mundo, por Colón y Gama descubiertos.

Vasco da Gama, que estuvo casado con D.^a Catalina de Atayde, señora de alta alcurnia, tuvo varios hijos, entre los cuales sobresalieron Esteban y Cristóbal da Gama por las singulares prendas de su inteligencia y valeroso esfuerzo; pero, según nos dice Luis de Camoens, al finalizar el canto quinto de su famoso poema, los Condes de Vidigueira de su tiempo no honraban con su valía personal la memoria del ilustre fundador de su título nobiliario. Se pueden vincular en una familia los bienes urbanos y rurales y los títulos de nobleza, pero jamás pueden vincularse los esplendores de la gloria, ni las perfecciones de la virtud.

Don Juan Antonio Pellicer notó cierta curiosa semejanza entre la vida de Cervantes y la de Camoens, y esta misma observación puede hacerse comparando algunos hechos de los que aparecen consignados en la biografía de Vasco da Gama con otros que refieren los biógrafos de Cristóbal Colón. Tres naves forman la escuadrilla que al mando de Vasco

(1) No se crea que es una exageración lo que en el texto decimos. Antes del primer viaje de Cristóbal Colón se puede calcular que la superficie conocida de la Tierra era unos 85 millones de kilómetros cuadrados, esto es, la sexta parte de su total superficie, que mide 510 millones de kilómetros cuadrados. Después del descubrimiento del Océano Pacífico, que ocupa algo más de la tercera parte de la superficie de la Tierra, y de los descubrimientos de América y Oceanía y de la parte ignorada de los Océanos Atlántico é Índico, se añadieron, en los siglos XV y XVI, unos 390 millones de kilómetros cuadrados á la superficie de la Tierra hasta aquel entonces conocida. Ahora bien, como la suma de 85 y 390 es 475, y el producto de 85 multiplicado por 5 es 425, claro se ve que con entera verdad puede decirse que el descubrimiento del Nuevo Mundo quintuplicó, en los siglos XV y XVI, la superficie conocida del planeta en que vivimos.

da Gama ha de descubrir el camino marítimo de la India siguiendo el rumbo hacia el Oriente, y tres naves son también las que manda Cristóbal Colón para hacer el mismo descubrimiento siguiendo el rumbo hacia el Occidente. Vasco da Gama al volver de su viaje desembarca en una de las islas Terceras, y la nave que mandaba Nicolás Coelho llega antes que la suya á las costas de Portugal; y del mismo modo Colón desembarca también en una de las islas Terceras, y la carabela que mandaba Martín Alonso Pinzón llega á las costas de España antes que la nave capitana. Una tempestad es la causa de la separación de los barcos que respectivamente mandan Cristóbal Colón y Martín Alonso Pinzón, y la misma causa produce la separación de Gama y Coelho; y, sin embargo, no falta quien acusa á Coelho y á Pinzón como ávidos de usurpar la fama de los descubrimientos que en justicia pertenecía á sus inmortales jefes. Se dice para amenguar el mérito como navegante de Vasco da Gama que antes de la fecha en que emprendió su primer viaje á la India, ya Juan de Santarem, Pedro de Escobar, Diego Cam y Bartolomé Días habían hecho desaparecer el terror que infundía la navegación en los mares de la zona tórrida, puesto que todos los citados navegantes habían pasado la línea equinoccial sin que sus barcos se precipitasen en los abismos, ni muriesen sofocados los marineros que los tripulaban; é igual razonamiento se hace para demostrar que cuando el 6 de Septiembre de 1492 zarpaba Colón de la isla de la Gomera, abandonando las tierras del mundo hasta aquel entonces conocido, ya sabía que aun cuando tuviese que navegar en los mares de la zona tórrida para descubrir las costas orientales de la India, no por esto corría peligro ni la seguridad de sus buques ni la vida de sus tripulantes. Hay quien niega á Vasco da Gama la gloria de haber descubierto el Océano Índico y de haber iniciado el descubrimiento de Oceanía, diciendo que al emprender el gran marino portugués su viaje del año 1497 sólo se proponía llegar á las costas de las Indias Orientales y que murió creyendo que había realizado su propósito, pero sin saber las trascendentales consecuencias de su empresa marítima; y sin duda aun más equivocado andaba Cristóbal Colón al creer que había llegado á las costas de Asia y al morir ignorando, como afirma el P. Las Casas, que había descubierto América, y que por modo eminente, puede decirse que había iniciado el total descubrimiento de las tierras y los mares de lo que en el siglo XVI se llamó Nuevo Mundo y hoy llamamos América y Oceanía. Aun se añade, para negar por completo la iniciativa de Vasco da Gama en el descubrimiento de Oceanía, que ya Marco Polo en el siglo XIII había anunciado la existencia de varias islas de la Malasia, llamada por el

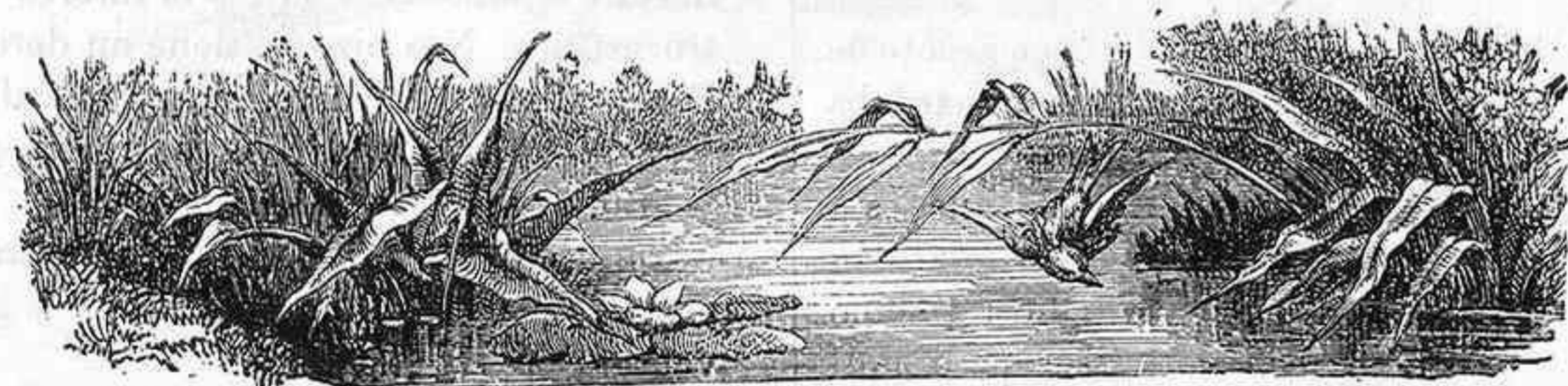
gran geógrafo Balbi, Oceanía Occidental; como también se recuerda que los escandinavos en los siglos X y XI habían descubierto la isla de Terranova, la Groenlandia y la Islandia, para negar que Colón y los españoles al desembarcar en la isla de Guanahani, el día 12 de Octubre de 1492, sean los primeros europeos que han hollado la tierra americana. Resumiendo, y hablando con entera verdad, puede decirse que la empresa que *conscientemente* llevó á cabo Vasco da Gama fué descubrir con dirección oriental el camino marítimo de la India; y que Colón *conscientemente* buscó y creyó haber descubierto otro camino con dirección occidental que también conducía á la India; pero, en realidad, Colón había descubierto el camino marítimo que conducía á las costas orientales, y Vasco da Gama el que conducía á las costas occidentales de las tierras del Nuevo Mundo. Ya dijo esto mismo el ilustre escritor portugués Oliveira Martins en su conferencia americanista del Ateneo de Madrid, afirmando que «Colón descubre por el Oeste una frontera del mundo ignoto, y Vasco da Gama descubre la otra por el Este. ¡Diríanse dos brazos de un solo cuerpo estrechando toda la Tierra!»

Se habrá observado que en el curso de este escrito hemos prescindido con frecuencia de las particularidades referentes á la vida de Vasco da Gama, para dirigir toda nuestra atención hacia el asunto en que principalmente nos ocupábamos, á saber, determinar la parte que tuvo el gran navegante portugués en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ahora bien, deduciendo las consecuencias lógicas de todo lo que hemos dicho, á nuestro parecer la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo se divide en tres periodos, que pueden ser calificados en la forma siguiente: Primer periodo. Preliminares del descubrimiento del Nuevo Mundo. El príncipe D. Enrique *el Navegante* y el rey de Portugal D. Juan II.—Segundo periodo. El descubrimiento del Nuevo Mundo. Cristóbal Colón y Vasco da Gama.—Tercer periodo. Viaje de circunnavegación en que se averiguaron los límites por Levante y Poniente de los continentes y archipiélagos del Nuevo Mundo. Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano.

Resulta, pues, que Vasco da Gama comparte con Cristóbal Colón, Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano la gloria alcanzada por Portugal y España en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Así lo pensamos y así creemos que se halla plenamente demostrado en la historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos.

LUIS VIDART,

Correspondiente de la Academia Real de Ciencias de Lisboa.



EL AMOR DE LOS JUGUETES

LANCE ESCÉNICO, ORIGINAL, AUNQUE INVEROSÍMIL

PERSONAJES:

Arlequín. Arlesiana.
Preciosa Ridícula. Un chico del Bazar.

ACTO ÚNICO.

DECORACIÓN.—El interior de un lujoso bazar de juguetes: en las estanterías, cajas de madera cerradas, pelotas de goma, bebés en camisa con teresianas de cartón a la cabeza; en los lienzos de pared que deja al descubierto la estantería y en las columnas se ven colgados aros, cornetas, látigos, panoplias con uniformes infantiles de militar y trajes de torero y picador, sables de latón, etc., etc.; en el centro del bazar, grandes vitrinas: en su interior se ven cajitas de soldados, juegos de damas, ajedrez y dominó, ferrocarriles microscópicos, figuritas de movimiento; sobre el cristal de las vitrinas, una vistosa muchedumbre de muñecas lujosamente ataviadas, payasos, arlequines, polichinelas, conejos martinetes, cochecitos, carros, etc., etc.; en el suelo, tambores, caballos mecánicos, velocípedos, etc., etc.

Es de noche. El Bazar, cerradas sus puertas, recibe de una lámpara colgada en el centro tibia claridad. En uno de los rincones, tendido sobre un montón de tablas, duerme el chico del Bazar.

ESCENA PRIMERA.

ARLEQUÍN y PRECIOSA RIDÍCULA.

ARLEQUÍN hace resbalar sus chapines sobre el cristal de la vitrina en que se encuentra, y procura sortear con cuidado los demás juguetes que le rodean. Se acerca a una PRECIOSA RIDÍCULA, que al verle le estrecha cariñosamente las manos.



PRECIOSA.—(Con acento de reproche.) Te aguardaba impaciente.

ARLEQUÍN.—Es que esta noche nuestro guardián ha tardado más tiempo en dormirse; pero aquí me tienes a tu lado como un Romeo.

PRECIOSA.—Y yo como una Julieta. Cuando las luces de la aurora entren por las ventanas del Bazar, ¡qué triste será tener que decirte: «¡Amado mío, la noche es ida, amanece, márchate!»: continuaremos nuestro idilio envueltos en las sombras nocturnas, alejados de esos juguetes imbéciles que nos rodean y que estúpidamente nos miran con sus ojos de cristal.

ARLEQUÍN.—¡Compadécelos! Ignoran lo que es amor y se burlan de nosotros. ¡Querámonos siempre!

PRECIOSA.—(Con amargura.) ¡Siempre! Y ¿qué es «siempre», Arlequín mío? Una palabra hueca, cuya última vibración es muchas veces el término de lo que se quiere expresar que sea.

ARLEQUÍN.—Noto esta noche no sé qué de amargura en tus palabras.

PRECIOSA.—No te sorprenda: el cariño es un tesoro que nos apesadumbra cuando lo poseemos: es lo lógico en el mundo dudar y sentirse abrumado cuando la felicidad nos prodiga sus caricias.

ARLEQUÍN.—No tan sinceras como las de nuestro amor. (Intenta abrazar a Preciosa, que le rechaza.) Pero ¿qué?... ¿ya no me quieres?

PRECIOSA.—(Con pasión.) ¡Te adoro! Y, sin embargo, la tristeza mata mis ilusiones. (Suspira.) ¡Ay, Arlequín, el día menos pensado, acaso mañana, nos separen para siempre! ¿Por qué seremos juguetes?... ¿Por qué no podríamos vivir eternamente ignorados, consagrados a nuestro amor en cualquier escondrijo de este Bazar?....

ARLEQUÍN.—Porque no tenemos voluntad propia; porque nuestro destino está sujeto al interés ó capricho de nuestro artífice. Nos hizo, y tiene un derecho sobre nosotros. Puede vendernos, arrojarnos a la calle, destrozarnos....

PRECIOSA.—(Llora.) ¡Eso es horrible! ¡No tener libre albedrío!

ARLEQUÍN.—No llores: nada adelantaremos con desesperarnos. Aceptemos nuestra condición y gocemos de nuestra ventura presente.

PRECIOSA.—¡Ventura, y somos esclavos! (Continúa su llanto.)

ARLEQUÍN.—(Intenta consolarla.) En el amor, vida mía, hay

siempre un consuelo infinito que nos hace olvidar lo miserable de nuestra suerte. ¿Oyes? ¿Á qué amargar más los minutos de nuestra existencia, pretendiendo rebelarnos contra una fuerza superior á nosotros, que á su capricho nos maneja?

PRECIOSA.—(Sonriendo con tristeza.) Sí; es estúpido dedicar los momentos de la felicidad á consideraciones locas. ¡Arlequín mío, amémonos!

ARLEQUÍN.—¡Alma mía, seamos felices! (Se abrazan: la seda de sus trajes produce un ligero frou frou: tintinean débilmente los cascabelillos que orlan el vestido de Arlequín.) (Empieza á clarear el día. El chico del Bazar despierta.)

PRECIOSA.—¡Vete, amado mío!

ARLEQUÍN.—¡Hasta la noche, amor de mis amores! (Se dirige cautelosamente al sitio que ocupaba antes.)

ESCENA II.

ARLEQUÍN, solo en su sitio.

ARLEQUÍN.—(Dirige miradas tristes hacia el punto que en la noche precedente ocupaba Preciosa.) (Con desesperación.) ¡Solo! ¡Nuestra miserable condición así lo quiso! ¡Esta tarde me han arrebatado á mi amada! Y yo, al verlo, no he podido oponerme. ¿Qué valgo yo ante las manos de mi amo? Una niña elegante que visitaba el Bazar, se paró delante de Preciosa, la cogió, la examinó, y haciendo un picaresco mohín á la señora que le acompañaba, la dijo: «¡Mamá, mira qué bonita es!» La mamá habló al dueño del Bazar. Vi que éste al cabo de unas cuantas reverencias se embolsaba unas monedas, y vi también cómo el chico del Bazar envolvía cuidadosamente á Preciosa en un papel de seda, y luego después la sepultaba en una cajita de cartón que entregó á la niña. Cuando ésta pasó junto á mí con la cajita en brazos, creí escuchar una voz débil y lacrimosa: la voz de mi amada que me decía: «Arlequín, nuestros amores han muerto para siempre..... ¡Siempre! En la desgracia tiene esta palabra un valor real. ¡Adiós!» ¡Y no poder morir hasta que el destino lo quiera! ¡Es horrible!

(Arlequín cae sobre el cristal de la vitrina llorando: acude el chico del Bazar y lo levanta.)

EL CHICO DEL BAZAR.—¡Hombre, qué mal se sostiene este muñeco!

ESCENA III.

ARLEQUÍN y ARLESIANA.

ARLEQUÍN.—(Á una Arlesiana que han colocado á su lado en la vitrina.) (Con apasionamiento.) ¡Á nadie he querido como á ti!

ARLESIANA.—¿Y los amores que tuviste con la Preciosa Ridícula que vendieron hace días?

ARLEQUÍN.—(Con desdén.) ¡Psh, amores! La quise un poquito, casi nada; en cambio á ti te idolatro.

ARLESIANA.—¡Juraste no querer á nadie más que á ella!

ARLEQUÍN.—Y ¿quién hace caso de esos juramentos?

ARLESIANA.—(Dudosa.) Entonces.....

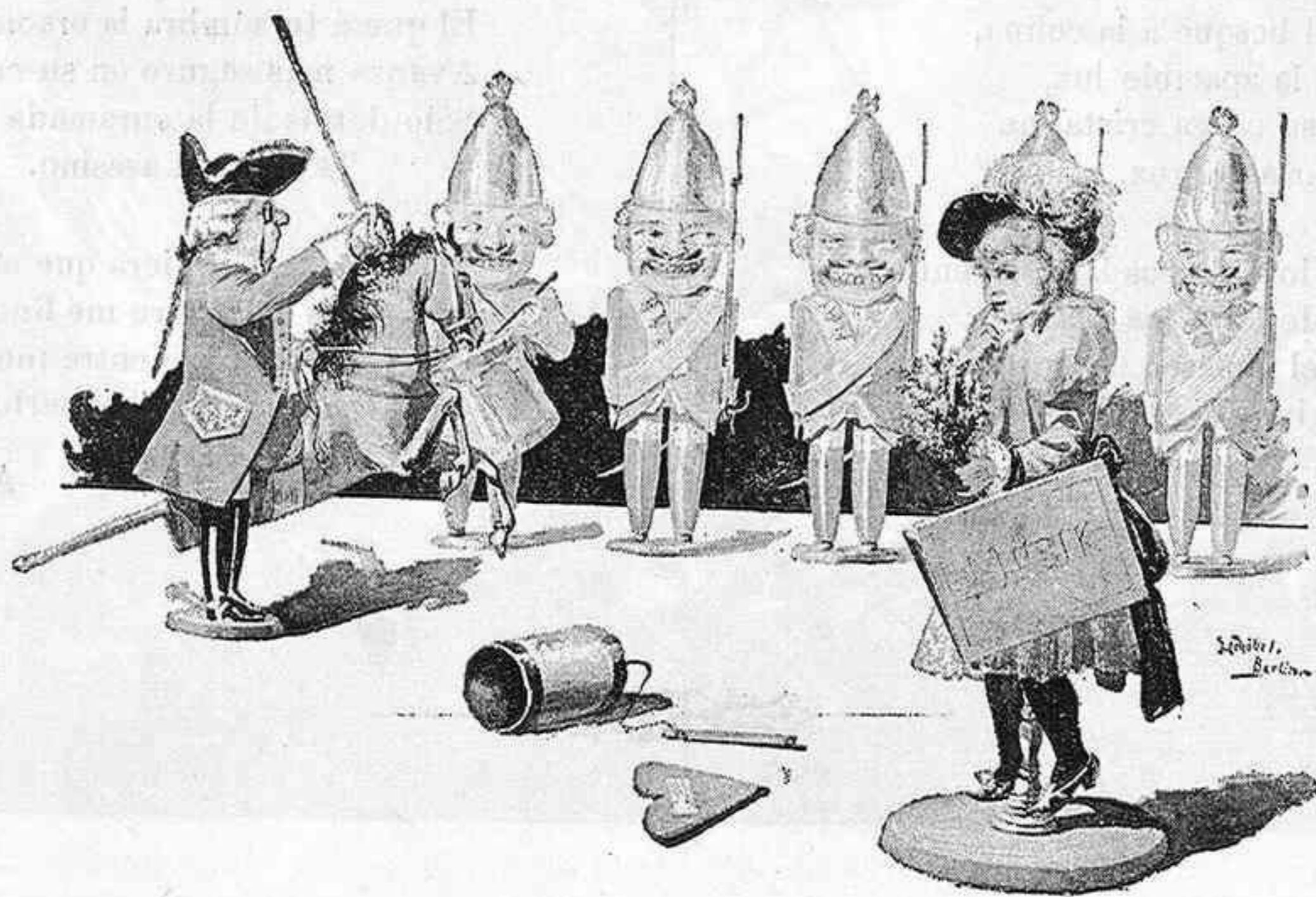
ARLEQUÍN.—(Con ansiedad.) ¿Me amarás?

ARLESIANA.—¡Con alma y vida!

ARLEQUÍN.—(Con loco entusiasmo.) ¡Soy el más feliz de los muñecos!..... (Aparte.) (¿A qué preocuparnos de lo pasado ni de lo porvenir teniendo un presente tan hermoso?..... ¡Amemos lo presente, que es lo único de que podemos disponer!.....)

Telón rápido.

ALEJANDRO LARRUBIERA.



LA CRUZ DEL CAMINO



A MI AMIGO DEL ALMA EL SABIO SACERDOTE JOSÉ MARÍA GARCÍA Y GALDÁCANO.

De este valle ignorado peregrino,
Del sol poniente á la espirante luz,
Descansando á tu sombra en el camino,
Héme á tus plantas, cruz!

Eterna aquí, clavada en el sendero,
Tus piedras con mis labios al tocar,
No soy para adorarte forastero;
Soy del mismo lugar!

Si mi hogar á tu lado no blanquea,
Me finjo en otros el que yo perdí;
Yo vengo cual las hijas de la aldea
Á rezar junto á tí!

Ellas dormidas á las pompas vanas
La suya doblan al besar tu frente,
Cuando llevan, unidas como hermanas,
El cántaro á la fuente.

Ellas pasan del bosque á la colina,
Y de la luna á la apacible luz,
Descansan de su carga cristalina
Al llegar á la cruz.

Tú aplacas en los campos las tormentas,
Te adoran desde lejos los pastores;
Cubierto está el peñasco en que te asientas
De lágrimas y flores.

Tú santificas el verdor del prado
Serena como el sueño de la cuna,
Y vigilas de noche el despoblado
Al rayo de la luna!

Tú brindas calma al corazón devoto
Como la brinda al navegante el puerto,
Y siempre evoca tu peñasco roto
El alma de algún muerto!

¡Cuántas tardes medrosa y sin testigo
Desde lejano y lúgubre horizonte
Te habrá buscado, por llorar contigo,
La tórtola del monte!

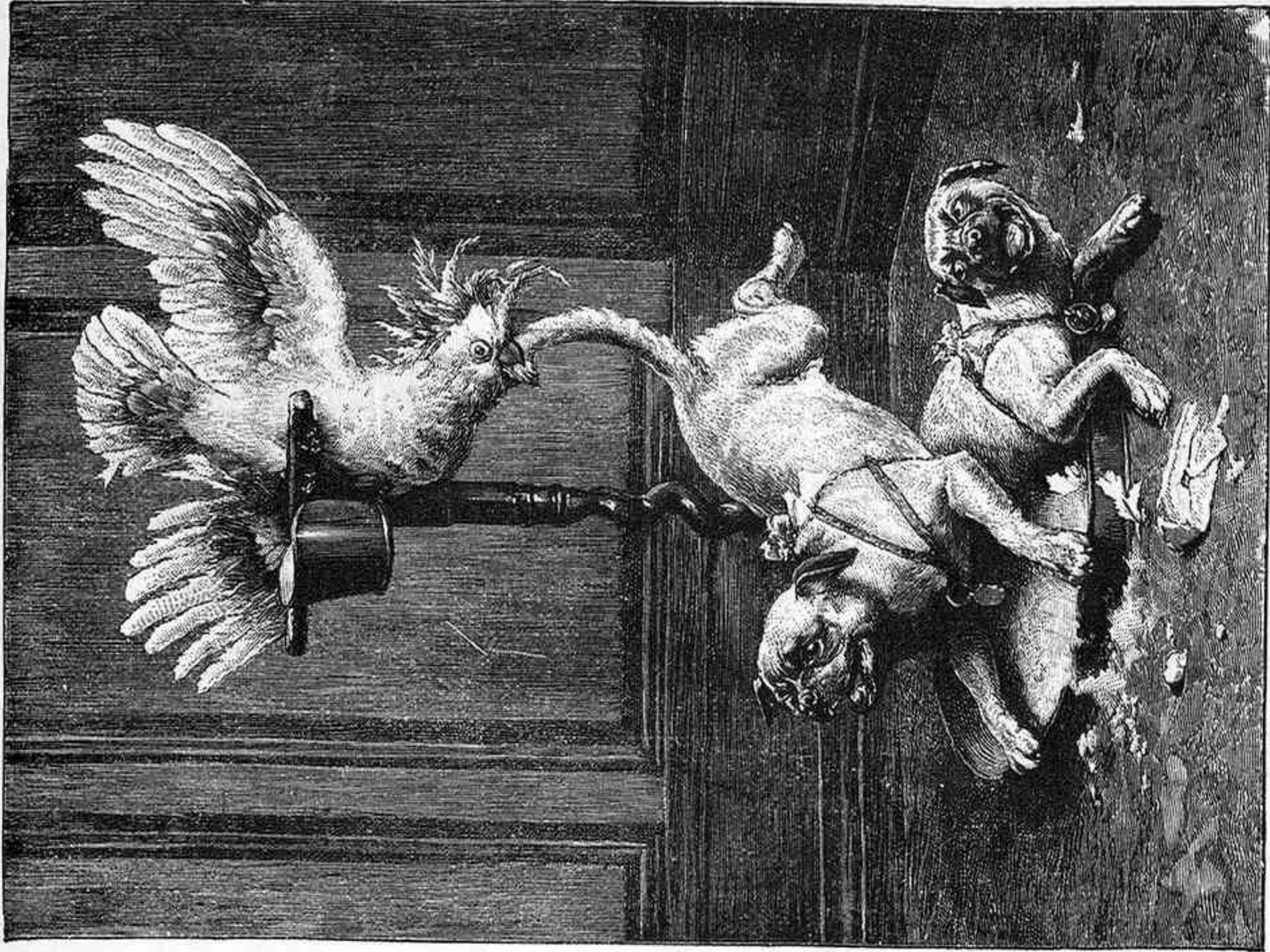
Te siguen la oración y la tristeza;
Y desde las veredas más distantes
Sólo ante ti descubren su cabeza
Todos los caminantes.

El que á tu sombra la oración murmura
Avanza más seguro en su camino;
Sólo detrás de la enramada oscura
Te evita el asesino.

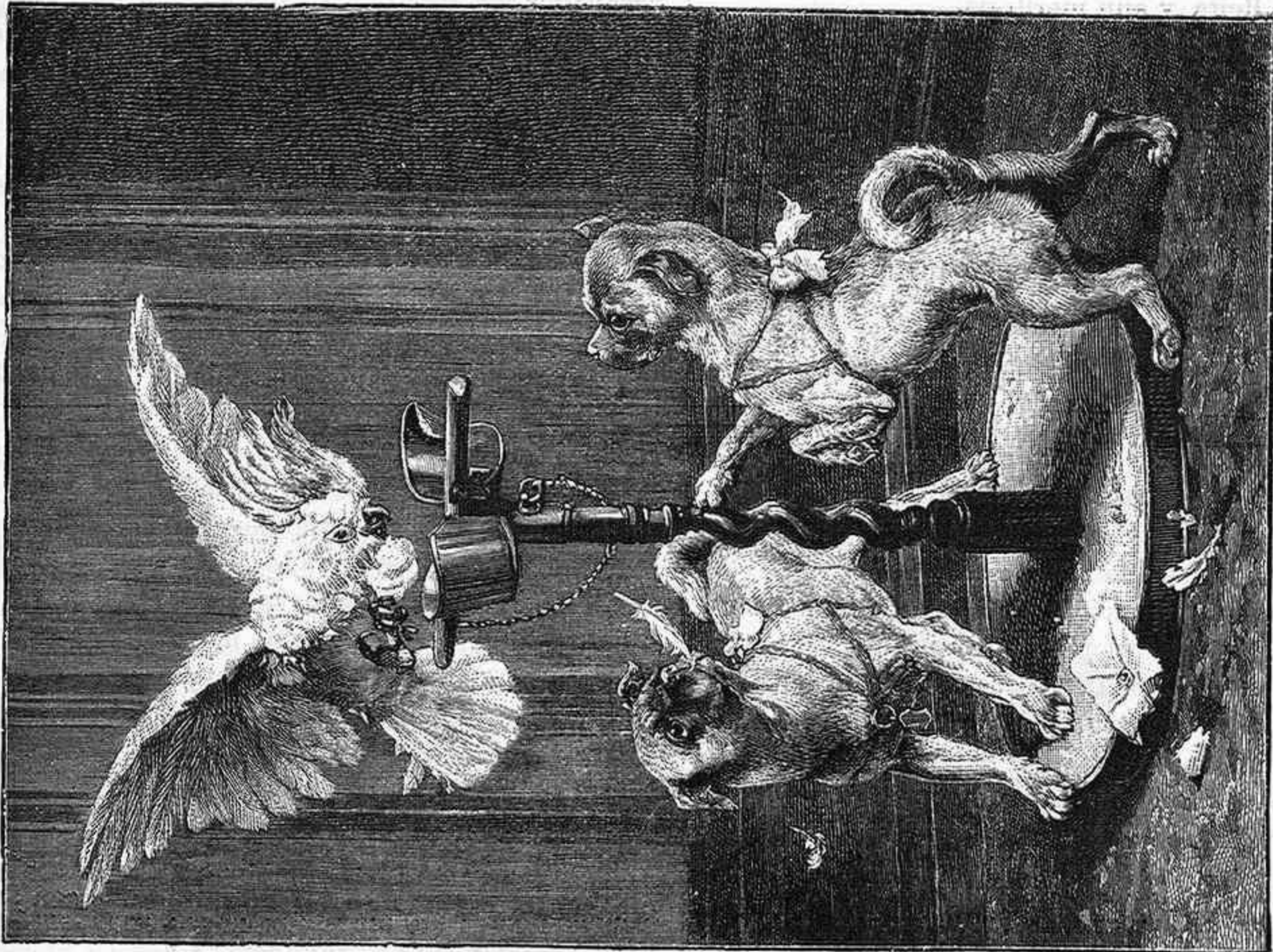
Por eso donde quiera que surgiste
Lamentos en el aire me fingí;
Pensando siempre entre medroso y triste
¿Quién habrá muerto aquí?

ANTONIO GRILLO.





COMO ACABA.



COMO EMPIEZA.

EL SASTRE

DE LA

BANDERA



Era un sastre de buena tijera y mala conducta, tan hábil en el corte para prendas mayores y menores, de medio cuerpo arriba y medio cuerpo abajo, como en hacer un gaturperio, quedando tan fresco y satisfecho cual si hubiera ejecutado una obra lícita y aun meritoria.

No se habían confundido todavía en aquel tiempo las que se pudieran llamar atribuciones constitucionales de cada oficio. Así como el zapatero no había pensado en ser, además de maestro de obra prima, almacenista de cueros y cordobanes, ni el carpintero de vigas y tablones, el sastre se limitaba entonces á cortar y coser, dejando al comercio de tienda abierta el cuidado de proveer de primera materia, para invierno ó verano, al que de ella había menester. El parroquiano, previa consulta con el sastre acerca de la extensión de la tela necesaria para las prendas que le había de hacer, acudía al comercio de paños ó al de telas ligeras de hilo ó algodón, elegía, compraba y llevaba al obrador del sastre. No hay que decir si éste quedaría corto en pedir tela, previendo determinadas contingencias y deseando quedar con algunos residuos para futuras casualidades.

Cuentan que el de esta narración era terrible en sus cálculos y exigencias á los parroquianos, y que aun para traje de niño pedía tela con la cual pudiera hacerse prenda holgada para persona mayor de muy razonables anchuras. En el hogar doméstico el elemento femenino se mostraba implacable contra el sastre defraudador, y en los corrillos públicos las envidias ó muy razonadas censuras de los otros sastres, que veían con asombro y despecho aumentar la parroquia del que trabajaba con gran provecho propio y mayor perjuicio del buen nombre de la clase, habían hecho que adquiriese una fama deplorable en lo concerniente á su tiranía con los parroquianos.

Estos se mostraban pertinaces, sacrificándolo todo á la corrección y elegancia de las prendas que salían del taller de su sastre favorito, y también á la vanidad de ostentar fausto y despilfarro, demostrando que los vestía el artista carero y desollador.

Si eran tenaces los parroquianos, no lo era menos el sastre, que seguía impertérrito cortando en tela y saizando en bolsillos, sin importarle un ardite cuanto se pensara y dijera de él fuera de su taller. Con su jabón piedra tiraba en el paño sobre los tablones del mostrador líneas rectas y curvas para afuera y curvas y rectas para adentro, ó sea para la casa: como las varas y medias varas de exceso en los pedidos daban de sí buenos productos y no volvía retales ni sobrantes, pues habría sido indigno que uno de sus clientes se presentase con prenda remendada, tenía un buen surtido de grandes y variados residuos de paños finos de las fábricas nacionales y extranjeras, con los cuales hacía casacas, levitas, chalecos, pantalones y hasta polainas, quedándose con los cortes íntegros que llevaban los nuevos y aun muchos antiguos de los servidos.

Allí entraba todo, menos la aprensión y el remordimiento: y habían de entrar: lo que no habían conseguido la murmuración ajena ni la conciencia propia, lo consiguió un susto, pero mayúsculo.

Acostumbraba el sastre dormir la siesta. Una tarde, cuando sólo se hallaba en el taller el oficial mayor, apareció de repente el maestro, presuroso, desconcertado, livido, cubierto de sudor, de sudor frío, de presión, de agonia, con el espanto en los ojos, mirando con terror á todas partes y sin poder articular una palabra. El oficial, profundamente consternado ante aquella aparición y el desencajamiento de su maestro, le preguntó por la causa de tan grande

pavura; mas no pudo obtener respuesta. Salió corriendo y volvió en seguida con el antiespasmódico casero; con un vaso promediado de agua y vinagre: hizole beber un sorbo, y con ello logró que pudiera hablar: repitió la operación, y el asustado aspiró y respiró libremente. Insistió el oficial en que le manifestase la causa de aquel terrible ahogo, y todavía muy alarmado, con frases entrecortadas y mirando receloso y casi despavorido á todas partes, dijo:

—¡Ay, Antonio! ¡Qué sueño!..... he soñado..... pero ¡con qué verdad!..... que me había muerto..... ahí..... encima de una pieza de paño..... con las tijeras en la mano.....

—¡Bien!—dijo cariñosamente el oficial, procurando tranquilizarle;—pero está usted vivo, maestro, y sano y bueno..... todos tenemos á veces tales ensueños y pesadillas..... Me está usted viendo á mí..... no está usted muerto.....

—Aguarda..... aguarda.....—continuó el sastre;—falta lo mejor..... es decir..... falta lo horrible..... lo espantoso..... Comparecí á juicio..... yo no sé..... yo no sé..... quedé deslumbrado..... De pronto oigo unas voces que atronaban..... miro..... y veo un demonio muy grande..... muy grande..... que venía gritando.....: «¡Acá, acá..... ese es mío..... el sastre..... el sastre..... me pertenece..... aquí está todo lo que ha robado..... Que mire y vea..... que se atreva á negar..... aquí está todo!.....» Y desplegó una bandera compuesta de todas las piezas y retales que yo..... ¿me entiendes? Allí estaba todo..... paños de Tarrasa de primera..... de los finos de Segovia..... de Ezcaray..... de las mejores fábricas extranjeras..... y en telas de verano los ricos driles de hilo torzal..... unos blancos....., otros con cordoncillo carmesí..... otros azul.....; cutis finísimos..... telas de Nankín..... allí estaba todo..... Yo lo conocía, como si estuviera ahí para el corte..... y recordaba para quién había sido cada una de aquellas telas, piezas y retales..... ¡ay! ¡ay! ¡qué espanto!.....

—Pero, maestro..... una bandera.....

—¡Ay, Antonio de mi alma..... acércate..... acerca tu oído á mis labios.....; quiero decirlo bajito..... Aquella bandera..... cubría todo el mundo!.....

—Maestro, puesto que no ha habido ni tal muerte, ni juicio, ni bandera, y todo ha sido efecto de una pesadilla.....

—Sí..... sí.....; mas para que no llegue á ser verdad, has de prestarme, Antonio, un especialísimo servicio. Siempre que haya de cortar has de venir á mi lado, y en cuanto adviertas que tiro ciertas líneas..... ¡ya me entiendes!..... has de decir: ¡Maestro, la bandera!

Y en hacerlo quedaron el sastre y el oficial, que prometió á su maestro guardar secreto acerca de tal confidencia.

Al día siguiente y en algunos de los sucesivos no fué precisa la advertencia del oficial: el sastre se acordaba de la terrible siesta, de la muerte con las tijeras, del juicio y de la bandera: cortaba á conciencia; pedía menos paño á los nuevos parroquianos y aun les volvía los retales.

Amortiguada la primera impresión, llegó ya el caso en que el oficial tuviese que decir: «¡Maestro, la bandera!» El sastre sentía un estremecimiento nervioso; recordaba las voces y la espantosa figura del demonio muy grande, y rectificaba las líneas del corte. Transcurrieron días, y llegó uno en que el maestro, recobrado del antiguo susto, por la fuerza de la mala inclinación y pésima costumbre, y sin temor á visiones en futuras siestas, dió al traste con sus buenos propósitos, volviendo para daño suyo á las andadas.

Recibió de un antiguo, rico y majencioso parroquiano algunas varas de paño para varias prendas de empeño y lucimiento. ¡Qué paño! Los admirables y suavísimos terciopelos que en la Edad Media salían de las Fábricas de Toledo, de los cuales se conservan asombrosas muestras en la Catedral, y los más preciados productos de la industria moderna, eran burdo pelote al lado de aquel portento de pañería. ¡Qué finura de hebra! ¡qué tejido tan admirable! ¡qué suavidad al tacto! Se crispaban los dedos del sastre al comprimir y estrujar aquella maravillosa tela haciendo pruebas de su elasticidad. ¡Y el tinte! Otro asombro para el maestro, que no recordaba haber visto dentro ni fuera de su taller algo que se le pareciese.

Tendió la pieza sobre la mesa de corte; tomó el jabón de líneas, y con semblante encendido por el júbilo y ojos encandilados á la vista de aquel encanto de lanería, trazó á derecha é izquierda de largo y tendido; empuñó las grandes tijeras, y se disponía á continuar en su mal propósito, cuando el oficial, todo consternado, exclamó: «¡Maestro..... la bandera!»

Estremeciéndose ligeramente el sastre y soltó las tijeras; pero fascinado por la vista del prodigioso tejido, las volvió á empuñar, diciendo:

—«¡Bah! de este paño no había en aquella bandera.

Y arremetió valiente con las líneas trazadas, sin cuidarse de que en otra siesta se le apareciese de nuevo el demonio grande con el inconmensurable pendón, aumentado con los retales del último corte.

No soy quien refiere por vez primera esta anécdota: la lei hace muchos años en un periódico quincenal, aunque poco ilustrado á la moderna, muy ilustrador á la antigua; y cuando él lo afirmaba, sabido se lo tendría.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



UN PARALELO DE GIGANTES



En la *Historia de la Guerra de la Independencia* y su primer capítulo estampamos el párrafo siguiente:

«Para encontrar rivales á este Titán moderno, es necesario trasladarse á épocas remotísimas; y aun así, Alejandro, Aníbal y César tendrán que reunir en un solo símbolo lo levantado de sus pensamientos, lo emprendedor y hábil de sus estratagemas y lo sublime de sus cálculos, para componer la ingente figura de Napoleón Bonaparte.»

No pocos habrán tomado por hipérbole la manifestación de tal concepto para con el que la provoca y, de

todos modos, por osadía impropia en quien la expresa en forma tan rotunda; pero vamos á intentar la prueba de un aserto que esperamos resulte exacto por los datos y argumentos que presentemos para justificarlo.

Se ha hecho así como de moda en estos últimos años renovar la memoria del emperador Napoleón I con la publicación de las de muchos de sus generales y estadistas más conspicuos, hasta con las de oficiales de los ejércitos que, venciendo en veinte años de incesante trabajo y sangrienta lucha, le elevaron al poder supremo en Francia y al dominio de la mayor parte de la Europa continental. Si los generales y hombres de Estado, con la autoridad de camaradas ó cooperando á la grande obra del establecimiento y solidez de tan vasto imperio como el fundado por Napoleón, revelan en sus escritos, póstumos la mayor parte, el carácter extraordinario, los talentos excepcionales y los hechos podría decirse maravillosos que á grado tal de grandeza le encumbraron, también ponen de manifiesto las flaquezas de que no raras veces adoleció, los errores por él cometidos y los

reveses que sufriera, si con la digna severidad, algunos, de un estudio histórico, con la parcialidad, otros, y la injusticia de la pasión política, de las rivalidades y el despecho de su inferioridad. En los oficiales de sus ejércitos es donde se ven brillar la admiración, el entusiasmo y el valor que Napoleón inspiraba; con su talento, ofuscando á los enemigos; con sus maneras, enloqueciendo á los soldados; con sus triunfos, por fin, elevando á la Francia al pináculo de las más preciadas glorias. Las Memorias de los que miraron y conocieron á Napoleón desde las filas, en los puestos más oscuros y en las más humildes jerarquías de la milicia, son las en que pueden observarse mejor los efectos de aquella magia, imponente á la par que seductora, con que fascinaba á los no aprisionados en las reles de la envidia, á los valientes sin ambiciones bastardas y á los ingenuos inspirándose tan sólo en el amor desinteresado de la patria.

Si de las categorías de unos y otros podríamos citar muchos que dieron muestras de las encontradas opiniones á que nos referimos, expuestas cuando aun estaban calientes las cenizas del Grande hombre, protector de no pocos que le censuraron, son innumerables las Memorias publicadas ahora, constituyendo, como ha dicho recientemente un distinguido escritor, su catálogo el de una biblioteca no mal nutrida. No las vamos á describir ni comentar, porque sería trabajo tan enojoso como inútil para el objeto á que nos dirigimos: lo que sí haremos es sacar de ellas aquella *quinta esencia* que convenga á nuestro propósito en el presente paralelo al dar á conocer las semejanzas y diferencias que la historia pone de manifiesto entre el *primer Emperador de los franceses* y los insignes capitanes cuyas cualidades de carácter y virtudes militares hemos pretendido concentrar en su persona.

¿Quién no conoce á Alejandro como hombre y como adalid? ¿Quién ignora las causas de sus triunfos y las de sus extravíos y muerte? Una educación que se hace innecesario encomiar al saberse que fué dirigida por el incomparable filósofo de Stagira, no logró, sin embargo, arrancar de aquel corazón, donde hervía mezclada la sangre de los Hércules y Aquiles, las invencibles pasiones que, á la par de una magnanimidad verdaderamente soberana, habrían de ensorbercerle hasta insultar á los dioses suponiéndose igual á ellos, lo mismo en su grandeza que en sus extravíos y venganzas.

Aristóteles pudo, en efecto, contener los viriles ímpetus de su discípulo en los primeros años manifestados con un calor que no se cuidaba de moderar Filipo; pero la ausencia del preceptor y las victorias primeras precipitaron á Alejandro por el camino de violencias y excesos á cuyo término habría de hallar su prematura catástrofe.

No es ahí, sin embargo, donde vamos á buscar los términos de la comparación que nos hemos propuesto, por más que esas violencias de carácter pudieran hacerse aparecer en no pocos rasgos que han ennegrecido la magnanimidad también y las debilidades, á veces, del héroe corso. Los grandes pensamientos, los propósitos temerarios y las extraordinarias hazañas, ejecutadas por la fuerza de las más sublimes concepciones del talento y de la perseverancia más tenaz, serán objeto principal de un examen, atrevido, es cierto, y superior á nuestras fuerzas, aunque inspirándose en un deseo, creemos, tan laudable como sincero. El Macedón llevaba la ventaja del que nace en un trono, la de no necesitar méritos ni edad ni aprendizaje para obtener la jerarquía militar que á los demás exige el ejercicio del mando en el de las tropas, supliendo á tales condiciones, como al estudio y á la experiencia, el respeto y la veneración por todos reconocidos á su rango. Que cuando se sucede á un soberano como el padre de Alejandro, guerrero tan hábil y afortunado, político el más profundo de sus tiempos, eso sí, fundando sus cálculos en la doblez para llevarlos á ejecución sin escrúpulos ni otro freno que el temor al fracaso de sus desapoderadas ambiciones, puede contarse con la obediencia más ciega y hasta el delirante entusiasmo de los que han de secundar propósitos que se dirijan á proseguir la magna obra de dominación y conquista con tal éxito emprendida por su antecesor. Así, Alejandro á los veinte años podía emprender la sumisión de la Tracia y la Iliria para inmediatamente después, y arruinada Tebas, ocupar el Atica y poderse considerar árbitro y aun señor de toda Grecia.

¡Qué de privaciones, de estudios y de servicios no nece-

sitó Napoleón para obtener autoridad semejante, prestigio parecido y resultados iguales en los ejércitos franceses de la Revolución!

Porque la pobreza de sus padres, la necesidad de su educación, la de contribuir á la de sus hermanos y las exigencias también de una carrera facultativa, lenta siempre y laboriosa, le mantuvieron largos años en la sombra, mejor compadecido de sus jefes y maestros que respetado ni siquiera envidiado de sus camaradas. ¿Cómo salir de tal obscuridad? Sólo rasgos de un talento que ciertamente se dió

desde luego á conocer en las filas del ejército, y actos que lo pusieron todavía más de manifiesto en la guerra, en forma y con éxitos que lograron sorprender á los caudillos mantenedores de la causa revolucionaria en las fronteras de la Francia, hicieron ver en el artillero Napoleón Bonaparte á quien podría salvarla de tanto y tanto enemigo como trataba de ahogarla en todas ellas. Y las campañas de Italia confirmaron esas esperanzas concebidas en Tolón, y el nuevo general obtuvo, si no la jerarquía, la autoridad, esa sí, y el prestigio que el nacimiento y sus primeras hazañas habían proporcionado al héroe macedónico. Hasta Rívoli y Léoben había tenido que resistir las sospechas de los Convencionales, vencerlos en las calles de París, desbaratar cinco ejércitos enemigos, imponer una paz gloriosísima para su patria, y, aun así, la mayor y más honrosa recompensa fué la que le otorgaron los soldados proclamándole su *petit caporal*. Como Ale-



LA DESPEDIDA.—DE FOTOGRAFÍA DE H. SPINK.

jandro al comenzar su reinado había sometido la Grecia, Napoleón imponía la paz al Papa, al Rey de Cerdeña, á los Duques de Parma, Módena y Toscana, al Emperador, por último, que, al firmar el tratado de Campo-Formio, cedía á la Francia el Véneto, el Milanesado y los Países Bajos austríacos con toda la orilla izquierda del Rhin. ¿Quién, pues, Alejandro ó Napoleón, había tenido que arrostrar y vencer mayores dificultades para adquirir la fuerza moral necesaria en las grandes, en las extraordinarias empresas cuyo pensamiento abrigaban uno y otro?

En los dos, lo excepcional, lo maravilloso es lo que enciende sus corazones, lo que embarga su alma. Alejandro no duda, ni tiene para qué dudar en la elección del camino que ha de conducirle á la meta de sus ambiciones. Á satisfacerlas con hartura le incita la vista del Asia, de que le separa tan sólo el Helesponto, y el ansia de vengar á la Grecia de las invasiones macedónicas, aun habiendo sido con tanta gloria rechazadas en Marathón y Salamina, en Platea y Mycale. Y el Gránico, cuyo paso le abrió las puertas del Asia Menor; Issus, que, haciéndole dueño de Sidón y Tiro, le facilitó la entrada en Egipto y la fundación de la todavía importante ciudad á que dió su nombre, así como la de la Libia, de donde habría de salir divinizado, y Arbelles, por fin, tumba, puede decirse, de Darío y trono de la Persia, condujeron á Alejandro á Babilonia, la Bactriana y la India, que acabó por conquistar con su triunfo sobre Poro y cautivó con su magnanimidad. Tan brillante, victoriosa y feliz jornada de diez años, en que no se sabe qué admirar más, si lo enérgico ó lo sublime de su acción militar, si lo fascinador de episodios como el sitio de Tiro, el arranque genial del *nudo gordiano*, la visita al templo de Júpiter Ammón, y aquella mezcla de generosidades y crueldades, de continencias y excesos los más extravagantes y vergonzosos, elevaron la grandeza y la fama de Alejandro hasta hacerle y hasta que se le haya considerado como el soberano más poderoso en armas y señorío, el más insigne capitán y héroe incomparable de la antigüedad.

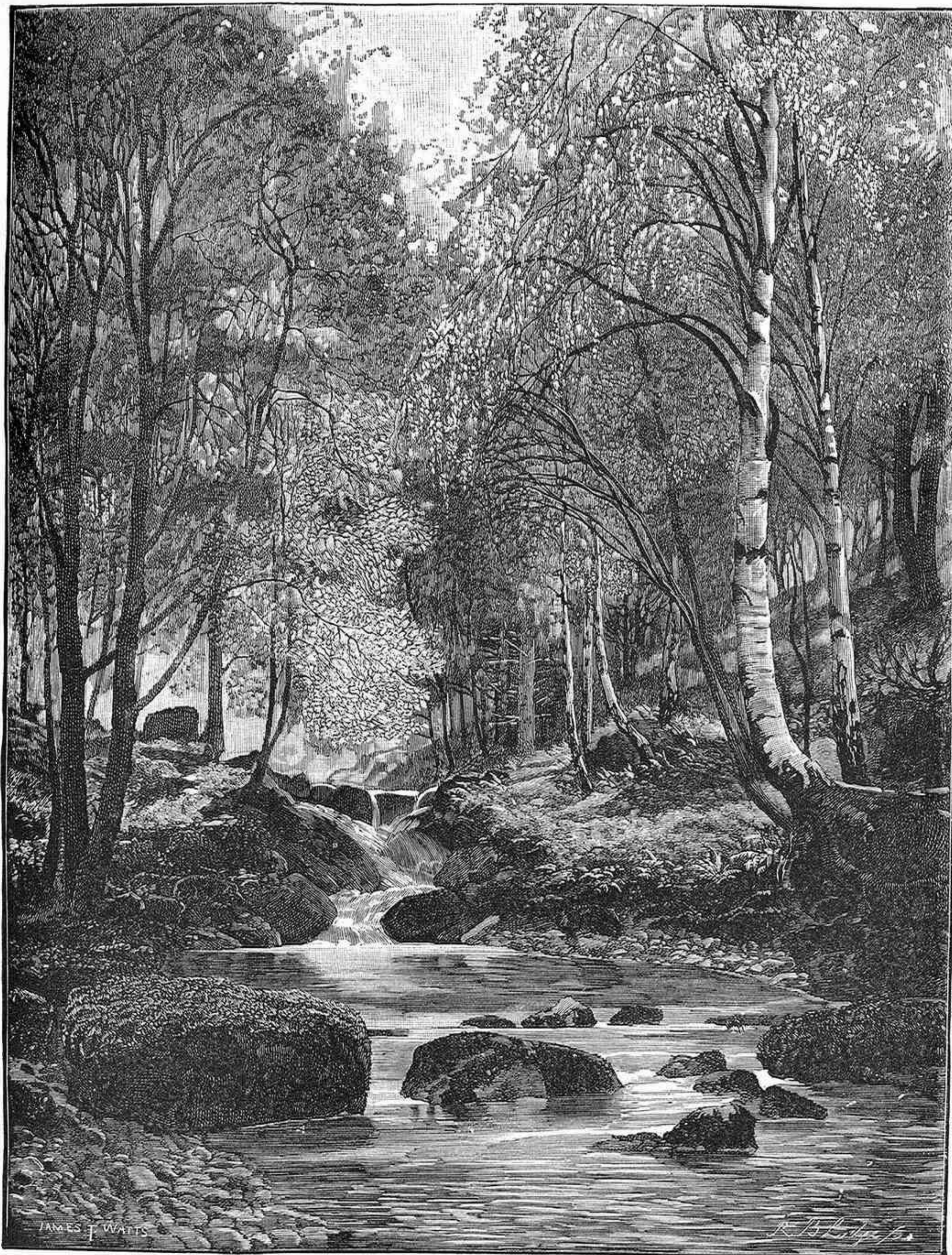
Pero ¿es que la expedición de Bonaparte á Egipto, las batallas de las Pirámides y del Monte Thabor, el paso del mar Rojo y aun el sitio de San Juan de Acre, con ser desgraciado y todo, no revelan un carácter, un talento y una ambición de gloria tan orientales, tan clásicos y sublimes como la condición y el genio de Alejandro? ¿Es que el intento de desembarco en Inglaterra y la invasión de Rusia no son muestra elocuentísima de esa misma elevación de pensamientos, de la aspiración sentida igualmente por los dos héroes á contarse en el número de aquellos campeones divinizados por Homero y los rapsodas sus sucesores? Los tiempos eran muy distintos: si los medios ofensivos eran superiores en la edad moderna, lo eran en mayor grado los obstáculos opuestos á las aventuras militares que la civilización, el desarrollo de las ciencias, las nuevas armas y el arte de la guerra iban por días aumentando en fuerza para la defensa de los Estados. La política, además, la facilidad de las comunicaciones y la concentración y comunidad de intereses entre los pueblos, facilitaban el mutuo acuerdo entre ellos, apercibiéndose así todos para rechazar y vencer al que se atrevía á amenazarlos. Austerlitz, sin embargo, Jena, Friedland, Wagram y la Moskowa no deben temer la comparación con el Gránico y Arbelles, ni el ciclo napoleónico la de la década alejandrina por el número y la importancia de las naciones invadidas y conquistadas. La antigüedad dará á las hazañas de Alejandro el carácter y el tinte, si se quiere, mitológicos que la leyenda, mejor que la historia y las gestas, envuelve en una penumbra donde el misterio agranda y ennoblece las acciones de sus predilectos; pero, aun vistas á la esplendente luz de los nuevos tiempos, en que se deja percibir la menor mancha, la sombra más tenue, los triunfos conseguidos por Napoleón en Italia, en Austria, el Rhin y el Niemen serán siempre conmemorados como

otros tantos éxitos de un genio militar, único ahora y rival feliz de los que más descuellan en el vasto campo de las tradiciones históricas.

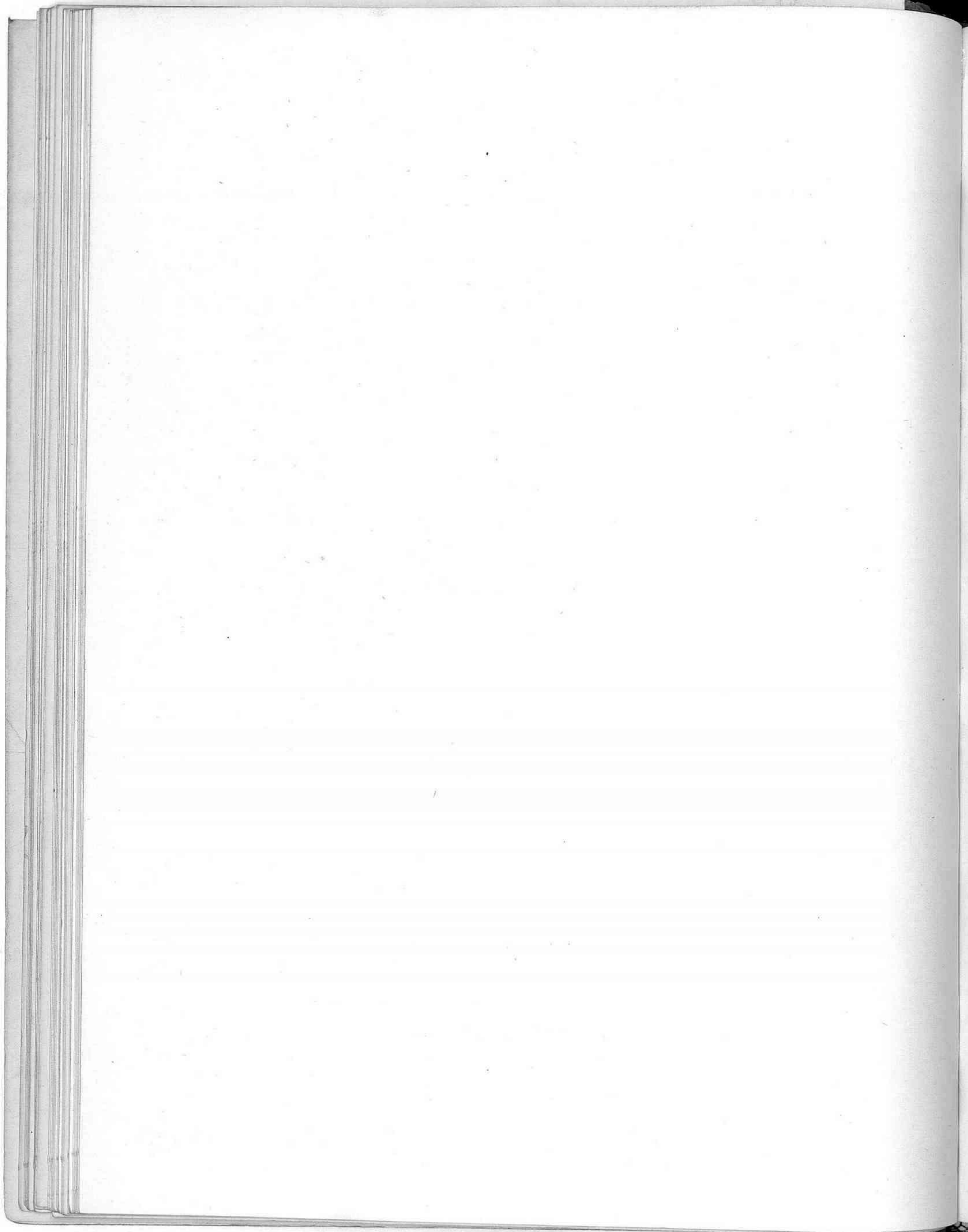
En él aparecen también los alcanzados por Aníbal, que son de muy otra índole, como de capitán cuyo genio brilló con caracteres y rasgos propios tan sólo de su excepcional personalidad. De abolengo militar, como hijo de Amílcar, el conquistador de todo nuestro litoral levantino hasta el Ebro y quizás hasta el Pirineo, si abrigó los pensamientos como los odios de su padre, pudo continuar aquéllos y satisfacer éstos con una fortuna que puso la existencia de Roma á dos dedos de su ruina. Y eso por la energía de su carácter, con un valor insuperable y una habilidad tan rara en los campos de batalla como en el uso de estratagemas que le sacaron á salvo en los trances más difíciles. Esas cualidades le valieron la gloria, por nadie hasta entonces ni después adquirida, de mantenerse dieciséis años en un país enemigo, rodeado de ejércitos, que con decir que eran romanos basta para hacer ver qué de dificultades tendría que superar, qué de asaltos resistir y de peligros que conjurar. La tenacidad de su carácter se puso á prueba en su primera empresa memorable, la del sitio de Sagunto, cuyas peripecias y horrible desenlace no hemos de recordar, constituyendo una de las glorias más puras de la nación española. Su osadía, mejor que en los combates, se puso de relieve en jornadas como la del paso del Ródano y los Alpes con la pesada y torpe *impedimenta* de los ejércitos de su tiempo y la extraordinaria de los elefantes, instrumento de guerra inconcebible para manejarlo entre las rocas y las nieves de tan empinados montes. Su habilidad, rigurosamente militar, la experimentaron los Cónsules en la Trebbia, el Trasimeno y Cannas con la destrucción de los ejércitos más numerosos que Roma había logrado reunir. Sus estratagemas, por fin, si aprendidas algunas en España, ofrecieron, en su mayor parte, tal carácter de originalidad, en la misma de Casilinum principalmente y en la derrota de Minucio, que la Dictadura restablecida para vencerle, aun ejerciéndola un Fabio Máximo, hubo de devolver su autoridad absoluta á los Cónsules que pusieron en mayor peligro todavía á la República.

Porque si después de Cannas hubiera Aníbal marchado decididamente sobre Roma, muy otros habrían sido los destinos del mundo antiguo y de la humanidad entera. Un dios, como dice Plutarco, ó un genio debió ponerse delante de Aníbal y detenerle; que de haber seguido el consejo de sus tenientes, hubiera entrado en Roma con los fugitivos y, como le decían, cenara aquella noche en el Capitolio.

El paso de los Alpes tiene su comparación en el ejecutado por Bonaparte para la batalla de Marengo, reñida no lejos de la Trebbia. En ese paso no hallarían los trenes franceses menos dificultades que los elefantes para luego bajar al país clásico de los combates, así en las edades modernas como en las antiguas. En él lucieron su talento y habilidad uno y otro, Napoleón y Aníbal, el arte campal en las grandes acciones, la estrategia y los ardides para prepararlas y distraer, turbar y hundir el ánimo del enemigo en las perplejidades precursoras de su vencimiento. Si la marcha después de las operaciones exigió en las campañas de Napoleón rumbo distinto, dirigiéndolo al golfo de Venecia y la Iliria, fué porque era el Austria el enemigo á quien debía combatir. Aníbal iba contra Roma; y, como era natural, se enca-



PAISAJE DE ESCOCIA.—POR J. F. WATTS.



minó al Sur, después de haber dominado la Galia cisalpina y cruzado el Rubicón para, envolviéndola, someter la Italia entera. Pero si el Cartaginés marcaba sus pasos con victorias como las del Trasimeno y Cannas, no poco distanciadas según la índole de aquella guerra y la acción contrapuesta de Fabio, tan eficaz como prudente, los triunfos de Bonaparte se sucedieron con pasmosa rapidez, repitiéndose hasta dos y tres en solo un día. Y en ellos no se sabe qué admirar más, si esa misma actividad, si lo hábil de unas maniobras que sorprendían á sus enemigos, divididos y perplejos al emprender las suyas, ó la violencia con que atacaba á unos mientras detenía á otros, para aplastarlos á todos con el número que tal sistema le consentía reunir en el momento decisivo de la jornada. El valor revelado en Arcole, la estratagema usada en Lonato y el sinnúmero de combates, felices todos, reñidos en cada uno de los pasos de montes y ríos que accidentan la extensa región del Norte de Italia en la izquierda del Po, bastan con sola su manifestación para ver en el general de la República francesa un caudillo superior al con que Cartago se propuso humillar el orgullo, harto legítimo, de las legiones romanas. Como Sempronio, Flaminio, Minucio y Varrón en la Trebbia, el Trasimeno, el Vulturno y Cannas, fueron vencidos Beaulieu, Colli, Wurmsen, Alvinzi y el archiduque Carlos en Dego, Mondovi, Lodi, Lonato y Castiglione, en Roveredo y Bassano, en Arcole, por fin, y Rivoli, la Favorita y el Tagliamento. Para nosotros, el mayor mérito de Aníbal estuvo en mantenerse tantos años en Italia aun después de sus fatales inacciones de Capua y la derrota de su hermano en el Metauro, mérito bien compensado, por su restante historia militar, en Napoleón, que ni aun dejó de mostrarse otro Fabio en su campaña de 1807, digna, con efecto, del admirable bronce tallado por Denón con su busto al frente y el del *Cunctator* en el reverso. Aníbal, además, que sabía vencer, descuidaba el fruto de su victoria; y Napoleón hacía la conquista de un imperio en una sola batalla, no deteniéndose hasta obtener del enemigo la confesión de su aniquilamiento y con ella el premio de los esfuerzos desplegados en toda su campaña para conseguirlo.

Algo debiera haber parecido entre Alejandro y César, cuando Plutarco hizo su paralelo, perdido poco después de escrito. Nosotros no hallamos esa semejanza en el genio ni en la historia del príncipe griego y el dictador romano. Son, por el contrario, naturalezas, las de ambos, encontradas, en que ni la del general, ni la del estadista, ni aun la moral conforman; sólo en la del soldado se parecen. Y aun en esa, como en el mando, impera en Alejandro el valor temerario, no pocas veces irreflexivo, cuando César al exponer la vida, lo hace en los momentos precisamente en que al sacrificio que de ella ofrece han de responder la disciplina de las legiones, un éxito hasta entonces dudoso, la feliz terminación de una jornada decisiva para su propia salud y la del ejército que manda, la de la causa que ha abrazado. Sin eso se ve siempre en César al caudillo fríamente calculador, enérgico é insistente en el ataque é imperturbable en los reveses, pero fiando siempre su fortuna al mayor número de probabilidades de sujetarla á la elevación de pensamientos y á la experiencia que son patrimonio de su genio y estudios.

¡Creación excepcional de la naturaleza, envidiable y envidiada en todas sus manifestaciones!

Por eso César ha sido objeto de admiración de célebres

capitanes, de estadistas y oradores, de historiadores y poetas. Napoleón I, al juzgarle, prodiga los elogios que le merece, y, al imitarle en no pocas de sus cualidades, revela el sin igual concepto en que le tiene. Napoleón III en sus calculados pasmos exclama: «Este objeto (el suyo al escribir su no terminada obra) es el de probar que cuando la Providencia hace surgir hombres como César, Carlomagno, Napoleón, es para trazar á los pueblos el camino que deben seguir, marcar con el sello de su genio una era nueva, y completar en algunos años el trabajo de varios siglos.»

Y hé aquí provocado el paralelo de Napoleón y César, si con el ambicioso objeto de mostrar en el sucesor del primero un nuevo Augusto, con el resultado, al fin, de hacer patentes al mundo moderno cualidades que en el antiguo merecieron el aplauso, el engrandecimiento, la fascinación, la deificación misma de un sér verdaderamente excepcional que se quiere resucitar en otra personalidad que brilla en la historia contemporánea y vivirá con su semejante en lo futuro hasta las más remotas edades. Napoleón obtiene del pueblo francés las mismas si no más significativas muestras de su favor que César de los romanos; igual entusiasmo en sus primeros triunfos, desdenes parecidos ante la denuncia, calumniosa ó no, de sus ambiciones personales, la admiración, después, de hazañas que engrandecían el territorio y la gloria, allá del *pueblo rey*, aquí de la *Gran Nación*, el pasmo, en fin, y el encumbramiento á las más altas dignidades, al poder supremo, según las leyes, las instituciones y el orgullo de cada uno de los dos países.

César comienza á figurar en el foro y las conspiraciones, no pudiendo olvidarse de que es sobrino de Mario y que Roma gime bajo el despótico é inhumano azote de Sila, á quien trata en vano de ofuscar con lo afeminado de sus atavíos y traeres, con lo insustancial y frívolo de su conducta. Napoleón se hace notar por lo austero de sus costumbres en las clases inferiores de la Milicia, de las que sale en Tolón con un rasgo de inteligencia y actos de valor que le aseguran días de gloria y un porvenir envidiable. Es necesario que muera Sila para que César se presente en el palenque político, donde con su elocuencia y sus prodigalidades conquistará el favor del pueblo romano, posiciones en que influir en los asuntos públicos y rango en las legiones para acreditarse de caudillo tan hábil como valeroso; del mismo modo que el mando de la artillería en el ejército de Italia hace presentir en Napoleón al general que va á llevar las armas francesas de victoria en victoria del Apenino á la Carintia, de las fuentes del Po á las del Drave. De la cuestura en España subió César al consulado para formar con Pompeyo y Craso el famoso triunvirato que hizo ilusorios los privilegios del *pueblo rey*; obteniendo el gobierno de la Galia, cuya total conquista en siete admirables campañas, sabiamente descritas en sus no menos ponderados *Comentarios*, fué la señal de la infausta guerra civil, á cuyo término apareció la dictadura y con ella y tras de ella la tiranía y el despotismo imperial. ¿Quién no ve ese mismo camino en la carrera político-militar de Napoleón? Cónsul con Cambacères y Lebrún después de la expedición á Egipto y del 18 brumario; cónsul perpetuo tras la jornada de Marengo y los tratados de Lunéville y Amiens, y emperador en 1804, parecía seguir los pasos de César al cruzar el Rubicón, vencer á Affranio y Petreyo en Lérída y al mismo Pom-

peyo en Farsalia. Y bien pueden compararse por sus excelencias militares Ulma, Austerlitz, Jena y Friedland, Wagram y la Moskowa, con la coronación de Cleopatra en Egipto, el destrozamiento del hijo de Mithridates en el Ponto, la victoria de Thapso en África y la más decisiva aún de Munda, que acabó de elevar al más alto grado la reputación militar de César y de asegurarle en uno que la posteridad ha considerado como el primer imperio del mundo romano.

No es, pues, caprichoso el título de Nuevo César con que suele darse á conocer á Napoleón, si tan hábil como el romano en la dirección de las operaciones de la guerra, tanto también ó más en la del gobierno político del Imperio, en el establecimiento y progreso de sus instituciones civiles, científicas y legislativas. Son muchas las coincidencias que pueden observarse en las cualidades de uno y otro, y los dos parecen entrañar en su genio el de las épocas en que brillaron, si tan distantes en el orden del tiempo, poniendo de manifiesto que, merced á la luz con que llegaron á iluminar la era propia de cada uno de ellos, Napoleón como César presiden en Francia y Roma á la destrucción de la anarquía, á la vuelta al orden social y á la regularidad de las funciones del Estado, obra acabada del carácter, talento y prestigio que ambos atesoraban.

De vivir Napoleón cuando Alejandro y César, hubiera sido, como ellos, contado en el número de los inmortales, huésped del Olimpo, ya que, otro Júpiter tonante, manejaba el rayo para destruir pueblos, desmoronar imperios é imponer, cuando no, leyes á capricho allí donde fijaba su mirada de águila. Sólo uno de esos pueblos se atrevió á arrostrarla

sin temor ni vacilaciones siquiera, el pueblo español; y el que tales estragos producía en los más potentes del mundo civilizado, hubo de acabar confesando sus injustificados atropellos, su ya irremediable error y la demencia de sus ambiciones, causa de la ruina del imperio por él fundado, y de su propia desgracia. Y no es, no, que Waterloo fuese la Zama de Napoleón por no haber sido tampoco diferentes las consecuencias de tan decisivos desastres; que, al hacer en Santa Elena el examen de sus errores, reveló bien elocuentemente tener por el mayor de ellos la guerra de España que, según decía, *le había perdido, estando sujetas á aquel nudo fatal las circunstancias de todos sus desastres*. Es una gloria que nada podrá arrebatarse al pueblo español; ni la envidia y el orgullo de los demás, ni las vicisitudes de los tiempos, bien tristes después para nosotros. Y esa gloria es tanto mayor, tanto más lisonjera al honor nacional y á la memoria de nuestros padres, cuanto que fué alcanzada contra las innúmeras legiones y á despecho del genio más extraordinario que la guerra ha sacado á luz de entre sus enrojecidas nieblas.

Ya creemos haberlo demostrado: las grandiosas concepciones de Alejandro, las habilidades de Aníbal y el arte privativo, hasta entonces, del talento militar y político de César, si no en la obscuridad de tan remotas edades, porque su brillo y sus resultados la mantendrán siempre rota y desvanecida, han quedado así como en la penumbra al aparecer en su esfera, ya histórica, si así cabe llamarla, un astro de tal magnitud como el que representa á Napoleón, llenándola con su nombre, su influjo y su gloriosísima aureola.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

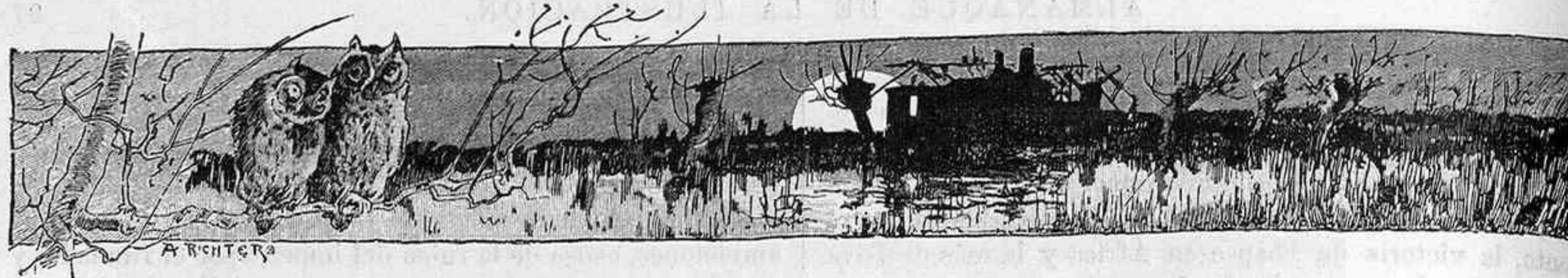
MIRAR DE LINCE

FÁBULA

Un águila y un lagarto
 A enhiesta cima subieron,
 Aquella rompiendo nubes,
 Éste modelando cieno.
 Y un lince que los miraba
 Dijo para sus adentros:
 —Si en examen riguroso
 Depurara yo los méritos,
 Al pan, pan, y al vino, vino,
 Del que sube á cualquier puesto,
 Más de un reptil encumbrado
 Por fangoso vericuerdo
 Resultara del examen
 Ó reprobado ó suspenso.

ABDÓN DE PAZ.





VIAJE REDONDO

CUENTO FANTÁSTICO



A madre y el hijo entraron en la iglesia. Era en el campo, á media ladera de una verde colina desde cuya meseta, coronada de encinas y pinarres, se veía el Cantábrico cercano. El templo ocupaba un vericuetto, como una atalaya, oculto entre grandes castaños; el campanario vetusto, de tres huecos — para sendas campanas oscuras, venerables con la pátina del

óxido místico de su vejez de munis ó estilitas, siempre al aire libre, sujetas á su destino — se vislumbraba entre los penachos blancos del fruto venidero y los verdores de las hojas lustrosas y gárrulas, movidas por la brisa, bayaderas encantadas en incesante baile de ritmo santo, solemne. Del templo rústico, noble y venerable en su patriarcal sencillez, parecía salir, como un perfume, una santidad ambiente que convertía las cercanías en bosque sagrado. Reinaba un silencio de naturaleza religiosa, consagrada. Allí vivía Dios.

A la iglesia parroquial de Lorezana se entraba por un pórtico, escuela de niños y antesala del cementerio. En una pared, como adorno majestuoso, estaba el ataúd de los pobres, colgado de cuatro palos. Debajo dos calaveras relucientes como bajo relieve del muro, y unas palabras de Job.

La puerta principal, enfrente del altar, bajo el coro, era, según el párroco, *bizantina*; de arco de medio punto, baja, con tres ó cuatro columnas por cada lado, con fustes muy labrados, con capiteles que representaban malamente animales fantásticos. Aquellas piedras venerables parecían pergaminos que hablaban del noble abolengo de la piedad de aquella tierra.

El templo era pobre, pequeño, limpio, claro; de una sencillez aldeana, mezclada de antigüedad augusta, que encantaba. En la nave, el silencio parecía reforzado por una oración mental de los espíritus del aire. Fuera, silencio; dentro, *más* silencio todavía; porque fuera las hojas de los castaños, al chocar bailando, susurraban un poco.

Dos lámparas de aceite, estrellas de día, ardían delante de altares favoritos. Á la Virgen del altar mayor la iluminaba un rayo de sol que atravesaba una ventana estrecha de vidrios blancos y azules.

Sobre el pavimento, de losas desiguales y mal unidas, quedaban restos del tapiz de grandes espadañas por allí esparcidas pocos días antes al celebrar una fiesta; la brisa, que entraba por una puerta lateral abierta, movía aquellas hojas marchitas, largas, como espadas rendidas ante la fe; un gorrión se asomaba de vez en cuando por aquella puerta lateral, llegaba hasta el medio de la nave, como si viniera á convertirse, y al punto, pensándolo mejor, salía como una flecha, al aire libre, al bosque, á su paganismo de ave sin conciencia, pero con alegre vida.

En el presbiterio, á la derecha, sentado en un banco, el cura, anciano, meditaba plácidamente leyendo su breviario. No había más alma viviente en la iglesia. El gorrión y el cura.

Entraron la madre y el hijo, santiguándose, húmedas las yemas de los dedos con el agua bendita tomada á la puerta.

Á los pocos pasos se arrodillaron con modestia, temerosos de ser importunos, de interrumpir al buen sacerdote que se creía sólo en la casa del Señor.

En medio de la nave se arrodillaron. La madre volvió la cabeza hacia el hijo, con un signo familiar; quería decir que empezaba el rezo; era por el alma del padre, del esposo perdido. Ella rezaba delante, el hijo representaba el coro y respondía con palabras que nada tenían que ver con las de la madre; era aquel diálogo místico algo semejante á los cuadros de ciertos pintores cristianos de Italia, de los primitivos, en los que los santos, las figuras, asisten á una escena

sin saber unos de otros, sin mirarse, todos juntos y todos á solas con Dios. Así estaba el cura, sin saber del gorrión que entraba y salía, ni de la madre y el hijo que oraban allí cerca.

Entonces comenzó el milagro.

Llegó el rezo á la meditación. Cada cual meditaba aparte. La madre por el dolor de su viudez llegaba á Dios en seguida, á su fe pura, suave, fácil, firme, graciosa.

El hijo..... tenía veinte años. Venía del mundo, de las disputas de los hombres. La muerte de su padre le había herido en lo más hondo de las entrañas, en el núcleo de las energías que nos ayudan á resistir, á esperar, á venerar el misterio dudoso. Á veces le irritaba la resignación de su madre ante la común desgracia; sentía en sí algo de la hiel de Hámlet; veía en el fervor religioso de su madre el rival feliz de su padre muerto.

Era estudiante, era poeta, era soñador. Su alma no se había separado de la fe de su madre en arranque brusco, ni por desidia y concupiscencia; como el gorrión en la iglesia aldeana, su espíritu entraba y salía, en la piedad ortodoxa..... Leía, estudiaba, oía á maestros de todas las escuelas; su absoluta sinceridad de pensamiento le obligaba á vacilar, á no afirmar nada con la fuerza que él hubiera sabido consagrar al objeto digno de una adhesión amorosa definitiva, inquebrantable. Padecía en tal estado, consumía en luchas internas la energía de una juventud generosa; pero por lo pronto sólo amaba el amor, sólo creía en la fe, sin saber en cuál; tenía la religión de querer tenerla. Y en tanto, seguía á la madre al templo donde sabía que estaba cumpliendo una obra de caridad sólo al complacer á la que tanto quería. Además, su alma de poeta seguía siendo cristiana; los olores del templo aldeano, su frescura, su sencillez, el silencio místico, aquella atmósfera de reminiscencias voluptuosas de la niñez creyente y soñadora le embriagaban suavemente; y sin hipocresía se humillaba, oraba, *sentía* á Jesús, y repasaba con la idea las grandezas de diez y nueve siglos de victorias cristianas. Él era carne de aquella carne, descendiente de aquellos mártires y de aquellos guerreros de la cruz. No, no era un profano en la iglesia de su aldea, á pesar de sus inconstantes filosofías.

La madre, del pensamiento del padre muerto pasaba al pensamiento del hijo....., acaso amenazado de muerte más terrible, de muerte espiritual, de impiedad ciega y funesta. Recordaba las lágrimas de Santa Mónica; pedía á Dios que iluminase aquel cerebro en donde habían entrado tantas cosas que ella no había transmitido con su sangre, que no eran de sus entrañas. En sus dolorosas incertidumbres respecto de la suerte moral de su hijo, su imaginación se detenía al llegar á la idea de la posible condenación. Aquel infinito terror, sublime por la inmensidad del tormento, no llegaba á dominarla, porque no concebía tanta pena. ¡El infierno para su hijo! ¡Oh! no, imposible. Dios tomaría sus medidas para evitar aquello. Las almas eran libres, sí; podían escoger el mal, la perdición.....; pero Dios tenía su Providencia, su Bondad infinita. El hijo se le salvaría. ¡A la oración! ¡A la oración para lograrlo!

Los dos, absortos, llegaron á olvidarse del tiempo, á salir

de la sombra del péndulo que va y viene, en la cárcel del segundo que mide, eterno presidiario. Aquél fué el milagro. La previsión, el temor que imagina vicisitudes futuras, se cuajaron en realidad; se les anticipó la vida, en aquellos instantes de meditación suprema.

Para el hijo, el argumento poético de la fe se iba alejando como una música guerrera que pasa, que habla, cuando está cerca, de entusiasmo patriótico, de abnegación feliz, y después al desvanecerse en el silencio lejano deja el puesto á la idea de la muerte solitaria. El no pensar en los grandes problemas de la realidad con el acompañamiento sentimental de los recuerdos amados, de la tradición sagrada, llegó á parecerle un deber, una austera ley del pensamiento mismo. Como el soldado en la guerrilla se queda solo ante el peligro, acompañado de las balas enemigas, ya sin la patria, que no le ve en aquella agonía, sin música animadora, sin arengas, sólo con la guerra austera, como la pinta Coriolano el de Shakespeare, así aquel pensador sincero se quedaba solo en el desierto de sus dudas, donde era ridículo pedir amparo á una madre, á la infancia pura, como lo hubiera sido en un duelo, en una batalla. Buena ó mala, próspera ó contraria, no había allí más ley que la ley del pensar. Lo que fuera verdadero, aunque fuera horroroso, eso había que creer. Como el valiente que lo es de veras, no cree tener un amuleto que le libra de las balas, sino que se mete por ellas seguro de que pueden pasar por su cuerpo como pasan por el aire. Así pensaba, con valor; pero la juventud se marchitaba en la prueba; el corazón se arrugaba, encogiéndose. Dudando así, escapaba la vida. Las ilusiones sensuales perdían el atractivo de su valor incondicional; al hacerse relativas, precarias, se convertían en una comedia alegre por su argumento, triste por la fatal brevedad y vanidad de sus escenas. No se podía gozar mucho de nada. La ilusión del amor puro, de la mujer idealizada, se desvanecía también; sólo quedaban de ella jirones de ensueño flotando dispersos, desmadejados á ras de tierra, como el humo de la locomotora, el que huye por los campos con patas de araña gigante, disipándose un poco más á cada brinco sobre los prados y entre los setos.....

La lógica lo quería; si la gran *Idea* era problema, ensueño tal vez, la mujer-ensueño era fenómeno pueril, vulgaridad fortuita en el juego sin sentido y sin gracia de las fuerzas naturales.....

Quedaba la naturaleza. Y el pensador, que ya no esperaba nada del amor, del cielo vaporoso, fantástico, se puso á amar el terruño y su producto con la cabeza inclinada al suelo. Fué geólogo, fué botánico, fué fisiólogo..... El mundo natural sin la belleza de sus formas aparentes todavía puede mostrarse grande, poético, pero triste, á veces horroroso en su destino, como un Edipo; la naturaleza llegó á figurársela como una infinita orfandad; el universo sin padre, daba espanto por lo azaroso de su suerte. La lucha ciega de las cosas con las cosas; el afán sin conciencia de la vida, á costa de esta vida; el combate de las llamadas especies y de los individuos por vencer, por quedar encima un instante, matando mucho para vivir muy poco, le producía escalofríos

de terror: eterna tragedia clásica, con su belleza sublime, misteriosa, sí, pero terrible.

Pasaba la vida, y como en una miopía racional, el espíritu iba sintiéndose separado por nieblas, por velos, del mundo exterior, plástico; volvían, con más fuerza que en la edad de los estudios académicos, las teorías idealistas a poner en duda, a desvanecer entre sutilezas lógicas la realidad objetiva del mundo; y volvía también con más fuerza que nunca la peor de las angustias metafísicas, la inseguridad del criterio, la desconfianza de la razón, dintel acaso de la locura. Un doloroso poder de intuición demoledora y de análisis agudo, como una fiebre nerviosa, iba minando los tejidos más íntimos de la conciencia unitaria, consistente; todo se reducía a una especie de polvo moral, incoherente, que por lo deleznable producía vértigo, una agonía.....

El pensamiento de la madre, en tanto, volaba a su manera por regiones muy diferentes, pero también siniestras, oscuras. El hijo se le perdía. Se apartaba de ella, y se perdía. Muy lejos, ella lo sentía, vivía blasfemando, olvidado del amor de Dios, enemigo de su gloria. Era como si estuviera loco; pero no lo estaba, porque Dios le pedía cuenta de sus actos. Era un malvado que no mataba, ni robaba, ni deshonraba..... no hacía mal a nadie, y era un malvado para Dios. Y ella rezaba, rezaba, rezaba para sacarle de aquel abismo, para atraerle al regazo en que había aprendido a creer. Cosa rara; le veía en tierra, de rodillas, en un desierto, como un anacoreta, sin comer, sin beber, sin flores que admirar, sin amores que sentir, triste, solo, de hinojos siempre, las manos levantadas al cielo, los ojos fijos en el polvo, esperando sin esperanza; maldito y a su modo inocente, réprobo sin culpa, absurdo doloroso para las entrañas de la madre y de la cristiana.

«Más vale enterrarlo», pensaba ella. «Que viva poco y de prisa, si ha de vivir así.» Y ella misma le iba haciendo la sepultura, arrojando nieve en derredor del cuerpo inmóvil del anacoreta condenado; en vez de tierra, nieve. Ya caía nieve sobre él, ya le llegaba a los hombros, ya le cubría la cabeza..... ¡Señor, sálvale, sálvale, antes que desaparezca bajo la nieve en que le sepulto!

En una crisis del espíritu del hijo, las cosas empezaron a tener un doble fondo que antes no les conocía. Era un fondo así, como si se dijera, musical. Mientras hablaban los hombres de ellas, ellas callaban; pero el curioso de la realidad, el creyente del misterio, que, a solas, se acercaba a espiar el silencio del mundo, oía que las cosas mudas cantaban a su modo. Vibraban, y esto era una música. Se quejaban de los

nombres que tenían; cada nombre una calumnia. La duda de la realidad era un juego de la edad infantil del pensamiento humano; los hombres de otros días mejores apenas concebían aquellas sutilezas. Todo se iba aclarando al confundirse; se borraban los letreros en aquel *jardín botánico* del mundo, y aparecía la evidencia de la verdad sin nombre. Ya no se sabía cómo se llamaba en griego el árbol de la ciencia, que ahora no servía de otra cosa que de fresco albergue, de sombra para dormir una dulce siesta, confiada, de idilio. Volvía, de otra manera, la fe; los símbolos seguían siendo venerables sin ser ídolos; había una dulce reconciliación sin escritura ni estipulaciones: era un tratado de paz en que las firmas estaban puestas debajo de lo inefable.

Lo que no volvía era el entusiasmo ardiente, la inocencia graciosa en el creer; había un hogar para el alma, pero el ambiente, en torno, era de invierno. Los años no se arrepentían.

La madre sintió que el alma se le aliviaba de un peso horrendo. Cesó la pesadilla. La brisa le trajo hasta el rostro aromas del bosque vecino; en cuanto gozó aquella dulzura pensó en el hijo, no según le veía en sus ensueños; en el hijo que meditaba a su lado. Volvió hacia él suavemente la cabeza. El hijo también miró a la madre..... Apenas se conocieron. El hijo era un anciano de cabeza gris; la madre un fantasma decrepito, una momia viva, muy pálida. El hijo se puso en pie con dificultad, encorvado; tendió la mano a la madre y la ayudó a levantarse con gran trabajo; la pobre octogenaria no podía andar sin el báculo del hijo querido, viejo también, si no decrepito.

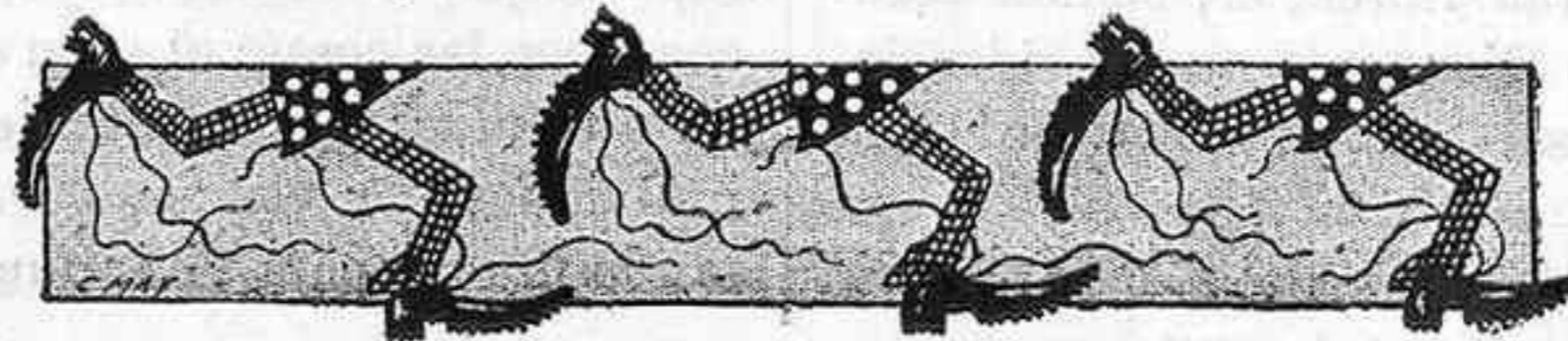
Le besó en la frente. Se santiguó con mano trémula frente al altar mayor; comprendía y agradecía el milagro. El hijo volvía a creer, había hecho el *viaje redondo* de la vida del pensamiento; no había más sino que en aquella lucha se había gastado la existencia; él ya era un anciano, y ella, por otro portento de gracia, vivía en la extrema decrepitud, próxima al último aliento, pero feliz, porque había durado hasta ver al hijo otra vez en el regazo de la fe materna. Sí, creía otra vez; no sabía ella cómo ni por qué, pero creía otra vez. Se acercaron a la puerta de columnas labradas con extraños dibujos; tomó la madre agua bendita de la pila y la ofreció al hijo, que humedeció la frente arrugada y cubierta de nieve.

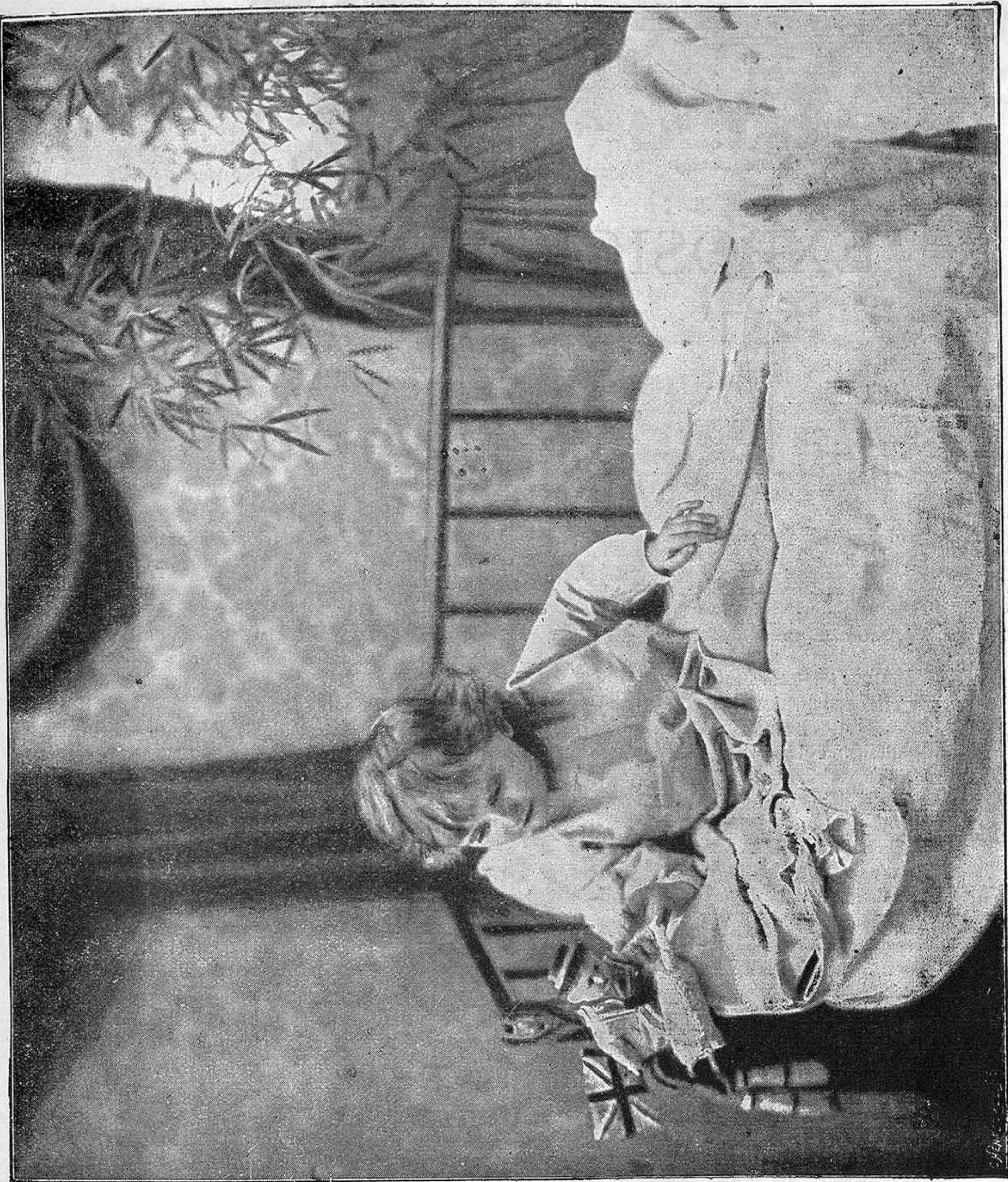
En el pórtico se detuvieron. La madre no podía andar, abrumada por el cansancio. Sonrió, tendiendo la mano hacia el ataúd de los pobres, una caja de pino, sucia, manchada de lodo y cera, colgada en el muro blanco.

Y con voz apagada, al perder el sentido, la anciana feliz exclamó:

— ¡En esa....., mañana..... en esa!

CLARÍN.

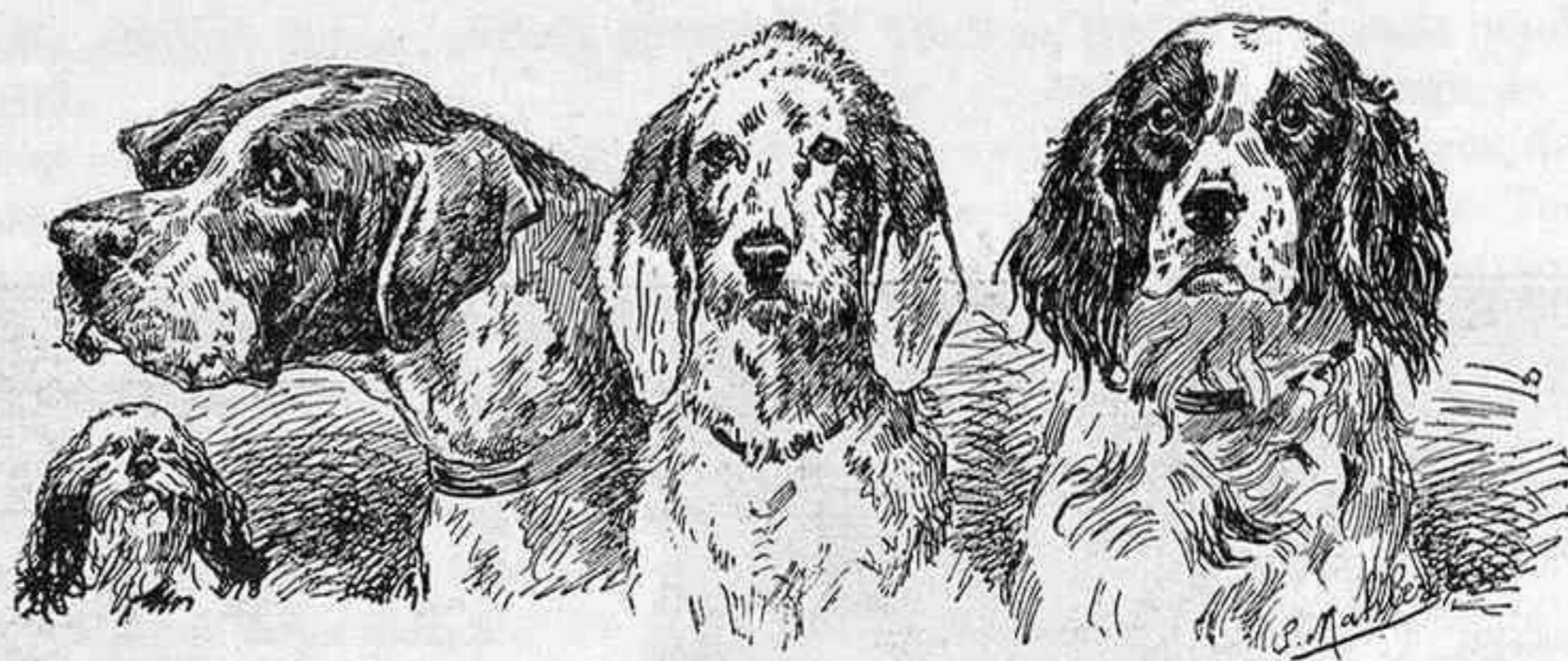




EL CONVALECIENTE.

Con la casa de la madre
Llegando a la puerta
Y en el edificio con tanta
Fue un período en el suelo
La superior calidad
Con la casa de la madre

Por el momento el alma
Fue el momento de su
Y el momento de su
Contra el momento
Vive el alma con constante



EXPOSICIÓN CANINA

(1895)

Llegó hasta Valladolid
La noticia peregrina
De una Exposición canina
Próxima á abrirse en Madrid,
Y, de viajar con anhelo
Y ver de lo que se trata,
Una detrás de otra pata
Se vino á Madrid *Canelo*.
El can vallisoletano
Meditaba en el camino:
«No es tan perro nuestro sino
Como el del género humano.
Él, que con todo tropieza,
Hacia nosotros, más justo,
Da prueba de su buen gusto
Premiando nuestra belleza,
Nuestra dulce sumisión,
Nuestra grata compañía,
Nuestro arrojo y valentía,
Nuestra heroica abnegación.
No habrá nadie que se asombre
Cuando yo diga, y no yerro,
Que eternamente fué el perro
El grande amigo del hombre;
Su custodio en el hogar,
En la caza su ayudante,
Amparo del caminante
Por la tierra y por el mar,
Buscó su hacienda perdida,
Vivió ufano con guardarla,
Contribuyó á acrecentarla,
Y al consagrarle su vida
Perdió por él paz y sueño,
Por él renunció al amor

Y hasta murió de dolor
Al ver morir á su dueño.
Reconociéndolo así,
Hoy nos premia y nos regala:
La humanidad no es tan mala
Como es fama por ahí »
En esto llegó á la corte
Y subió rápidamente
La cuesta de San Vicente
Desde la estación del Norte.
Vió á un niño en una explanada,
Hacia él corrió con cariño,
Y vió con dolor que el niño
Le lanzaba una pedrada.
Quiso ver la Exposición,
Y, desde el primer momento,
Adquirió el convencimiento
De que era una decepción,
Pues, por la pedrada ducho,
Juzgó poco conveniente
Que en la puerta un dependiente
Le dijera: «¡Largo, *chucho!*»
Y al verle asir un garrote
Con modales expresivos,
Le enseñó los incisivos,
Mas se alejó de allí al trote.
Entróse por la ciudad
Y, de guantes sobre un cerro,
Pudo leer: «Piel de perro
De superior calidad.»
Vió un periódico en el suelo,
Y en él advirtió con rabia
Cerrando á Mariano Cavia
Con la raza de *Canelo*.

El perro quedó temblando
Del hombre ante aquella inquina,
Y observó que en una esquina
Iban á fijar un bando.
Acercóse al punto allí
Y, por esta circunstancia,
Vió *Canelo* que en sustancia
Se expresaba el bando así:
«Todo perro sin bozal,
Allí doquiera que esté,
Será conducido al de-
Pósito municipal;

Y en él, cachorrillo ó viejo,
Lo cogerá sin demora
La máquina asfixiadora
En que dejará el pellejo.»
Con triste filosofía
Dijo el perro á su manera:
«La exposición verdadera
Sin duda alguna es la mía.»
Aulló después sin consuelo
Presa de loco transporte,
Salió huyendo de la corte
Y no paró hasta Pozuelo.

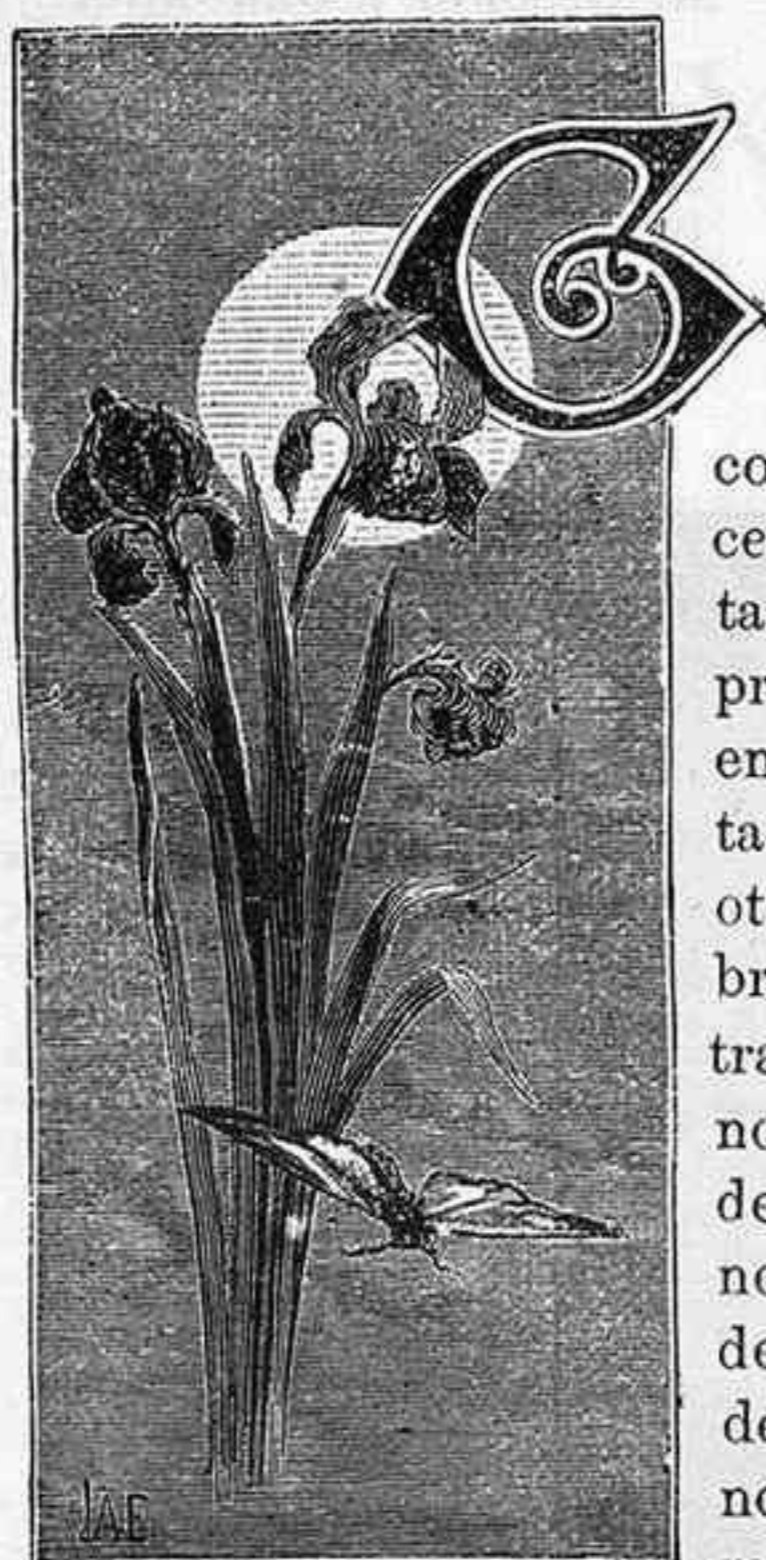


M. OSSORIO Y BERNARD.



ESTUDIO.—POR GORDÓN.

CIENCIA ESPAÑOLA



CUANDO se buscan é investigan, con cierto detenimiento, los precedentes de nuestro actual estado de adelanto científico, que progreso evidente hay en España en este orden, siquiera no sea tan grande y brillante como en otras naciones, si sorprende lo brusco de la ruptura de nuestras tradiciones en punto á ciencia y no acertamos á explicar la causa de las escasas y poco precisas noticias llegadas hasta nosotros de estudios y descubrimientos debidos á españoles y cuya data no llega á veces á cien años, no menos asombra dar con escritos

extranjeros en los cuales se encomian y alaban cosas que parecen perdidas, en las que no paramos mientes, como si en el adelantamiento y progreso de un pueblo no fuera la ciencia el primero y más importante factor. Entretenidos, y muchas veces deslumbrados, con los descubrimientos que se realizan en otros países y por quienes no llevan nombre español, sucédenos conocer mejor lo de fuera que lo de casa, y rindiendo merecido culto á los trabajos de mayor nombradía, cuyos resultados traducimos en los adelantos y perfeccionamientos industriales, gala y adorno del siglo en que vivimos, poco ó ningún caso hacemos de nuestro propio adelanto, siendo necesario, en muchas ocasiones, que nos den noticia de cuanto aquí tenemos aquellos mismos que con tanta justicia admiramos y que no pocas veces en la meritísima labor de algún ignorado sabio español fundaron sus descubrimientos; pues también, aunque no muchos, tenemos descubridores é investigadores de primer orden. Viviendo sólo de la realidad presente, nos hemos acostumbrado, acaso por instinto, á no ver en cada invención sino la invención misma, y prescindiendo de todo antecedente, hacemos caso omiso de precedentes y tradiciones, creyendo, con gravísimo error, que las más salen hechas de una vez, ya terminadas y completas y no son fruto de largo trabajo, de equivocaciones experimentales y teóricas, de ensayos infructuosos y de una serie de tanteos, que no se

ven, como no se ven tampoco en la obra de Arte los elementos aislados que han servido para realizarla. Ni acertamos á entender de qué suerte, en el orden de las ciencias, la mayoría de los descubrimientos y las mejores invenciones son obra colectiva, á lo menos dentro de ciertos y bastante apartados límites, porque resultan, en definitiva, del concurso de investigaciones variadas, cuyos resultados se elevan luego á la categoría de leyes, en cuanto quedan establecidas las relaciones de los hechos. No de otra suerte se ha procedido, por ejemplo, al enunciar la ley de la gravitación universal, que es lo más genial y elevado que en la ciencia se conoce: el trabajo colectivo prepara, si así vale decir, la divina labor del genio; mas éste no podría ejercitarse en ella, desplegando sus facultades sublimes, si el medio no fuera adecuado y no pudiera apoyar sus inducciones en hechos ya descubiertos y conocidos y en otras inducciones menos generales. Y olvidando las tradiciones científicas españolas, sobre las cuales parece haber caído pesada losa de plomo, nos hemos acostumbrado á recibirlo todo adobado de fuera, sin estudiar ni considerar en las ciencias y sus aplicaciones la importancia, á veces nada escasa, del elemento nacional más puro.

Ahora mismo, á pesar de la notoria tendencia manifestada en sentido de inquirir cuál ha sido la importancia de las investigaciones científicas en nuestro país y qué datos han aportado al general conocimiento científico, encuéntranse los que se consagran al estudio de la ciencia española y en él se ocupan, buscando precedentes de nuestro actual estado é indagando el desenvolvimiento y desarrollo que en España han tenido las ideas científicas. Pueden verse en estas investigaciones históricas tendencias determinadas hacia el conocimiento de la labor científica en el orden de la pura filosofía, descuidando acaso lo referente á ciencias naturales, que si bien con carácter de aplicación, tuvieron entre nosotros ilustres y meritísimos representantes, y es, asimismo, muy general en cuantos estudian la evolución de las ideas científicas en España, fijarse de preferencia en las Matemáticas, como que son las ciencias que por más tiempo y con mejor fruto aquí se cultivaron, y no ciertamente por ellas mismas, sino, la mayoría de los casos, teniendo en cuenta sus aplicaciones á la Cosmografía y Artes de Navegar ó á la Artillería y Arquitectura. Atendiendo, de la propia suerte, á lo mucho que

puede auxiliar á la Medicina, es como se ha estudiado la Botánica desde el punto de vista de su historia en España; y lo mismo pudiéramos asegurar respecto de todas aquellas ciencias cuyos principios tienen inmediatas aplicaciones en las necesidades de momento. Entre los que padecemos el achaque de lo que ha dado en llamarse ciencia española, son poquísimos los que indagan en el campo de las ciencias experimentales, y quizá débese esto al desencanto recibido no encontrando casi nunca teorías atrevidas, doctrinas más ó menos ingeniosas, hipótesis mejor adivinadas que fundadas en hechos, ó al ver que aquí no hubo sabios perseguidos, siendo contados los astrólogos, brujos, nigromantes y alquimistas, y abundando en cambio los mineros y metalúrgicos, los prácticos y experimentadores; más solícitos en la invención de medios para beneficiar la plata y extraer el oro de los placeres, que afanosos en buscar la piedra filosofal, falsificar piedras preciosas y dar á las naturales la condición de brillar en la obscuridad, emitiendo vivos resplandores, ó dotarlas de la excelente y nunca bien ponderada virtud de descubrir los venenos, obscureciéndose con su sola presencia. Marca precisamente el carácter genuino y peculiar de las ciencias en España esta ausencia casi completa y absoluta de doctrina que no se halle en consonancia con los hechos y en ellos no se apoye de un modo decidido y directo, y tengolo por gran excelencia, pareciéndome que en ello anduvieron acertadísimos nuestros investigadores, que esto no excluye la invención, antes bien contribuye grandemente á ella y asegurada, así como la eficacia de sus aplicaciones, bastando recorrer la historia de la metalúrgica de la plata, á cuyo beneficio tanto contribuyeron los españoles, no sólo conservando aquellos métodos de amalgamación, de muy antiguo practicados, sino perfeccionándolos y mejorándolos hasta dar en aquel procedimiento que llamamos de *cazo* ó *fondon* y constituye la mayor gloria del buen Alonso Barba, y lo mismo pudiera decirse trayendo á la memoria otras explotaciones de metales y de productos que en la Naturaleza hallanse formados.

Otra tendencia debo señalar todavía, respecto de las investigaciones y trabajos que acerca de la historia científica de España se hacen ahora. Es costumbre, seguida por casi todos los que á tan ardua y meritoria labor se consagran, buscar datos y noticias referentes á tiempos muy apartados de los actuales, y más se indaga lo hecho en los primeros siglos del Renacimiento, y mejor se buscan las obras y los trabajos de aquel gran período de nuestra historia, que alcanza hasta bien entrado el siglo décimoséptimo, época de todas nuestras prosperidades, que se inquiere la labor admirable de cuantos en el siglo pasado y en los comienzos del actual comenzaron y prosiguieron el moderno movimiento científico español, cuyos principios nos son tan desconocidos é ignorados como si sobre ellos hubieran pasado ya muchos siglos. Aquellos trabajos magníficos que fueron el despertar de la actividad de un pueblo, ansioso de recuperar el tiempo perdido en la más lastimosa decadencia, por cuya virtud esterilizábanse, agostándose en flor, las más generosas tendencias y los más sanos esfuerzos de organización; aquellas inclinaciones hacia el progreso científico, cuyos resplandores veíanse ya lucir por toda Europa y que aquí también llegaron á brillar en descubrimientos muy dignos de mención; aquellos verdaderos adelantos en el orden experimental, que

trajeron nuevas ideas, sacudiendo el dormido espíritu de la raza é impulsándolo al estudio, encaminándolo por las nuevas sendas; todo lo ignoramos. Una especie de moda, indígena mejor que importada, traída de una parte con la propaganda hecha por quienes anhelaban borrar lo pasado, sacrificándolo despiadadamente en aras de su acendrado amor á lo nuevo, y de otra con las predicaciones de cuantos abominaban del siglo décimooctavo que engendrara la Enciclopedia, y como su más legítima consecuencia la mayor revolución política, hizonos considerar la pasada centuria como perdida ó poco menos para la humanidad en el orden intelectual. Sólo nos era conocido aquel inmenso fárrago de indigestos libros escritos en gárrula prosa, con laberíntico lenguaje, hasta la exageración rebuscado, contaminado y adulterado con extranjerías frases; cuajados de todo linaje de citas puestas de propósito vinieran ó no á cuento y cuya materia y fondo trataba de todo lo divino y humano con algunas cosas más. Y por lo malo, por sólo lo que nunca puede caracterizar una época y menos aquella de que se trata, acaso la que presenta mejor determinados los caracteres de transición de un régimen á otro régimen y de unas ideas á otras ideas, nos han enseñado á juzgar el siglo décimooctavo, presentándonoslo como inútil para las ciencias y para las artes, sin advertir que en él se prepararon nuestros adelantamientos actuales. Aparte de esto, y aunque entonces se escribió mucho y en España hicieronse magníficas impresiones de toda clase de libros, parece haberse levantado una gran muralla que impide ver lo hecho antes de 1800, ó que todo el Renacimiento iniciado en el período de que se habla hállese enterrado muy hondo y cubierto con muy gruesa y pesada losa; y sin razón lógica aparece de esta suerte rota nuestra tradición científica, sucediéndonos como á los viejos, de edad ya muy avanzada, que recuerdan con los más insignificantes pormenores sucesos acaecidos cuando eran mozos, y apenas pueden relatar otros que tienen muy reciente data.

Por lo que á trabajos científicos de pura especulación y á investigaciones científicas se refiere, bien puede decirse, respecto de España, que en muy pocos siglos se hizo tanto de positivo y provechoso, y atestiguanlo, no sólo lo que se conserva, inédito y escondido en su mayor parte, y el evidente progreso, ya preparado, y realizado sobre todo desde 1750, sino mejor todavía los testimonios de los sabios extranjeros que gozan de mayor crédito y las consideraciones que tuvieron para nuestros investigadores, los cuales engrandecieron las tradiciones científicas de la patria, y así en su labor bien se distingue y reconoce el peculiar carácter de la ciencia española. Sin entrar ahora, que el lugar no es para ello adecuado, en grandes y eruditas disquisiciones acerca de puntos tan interesantes, bien pueden aducirse algunos datos, á fin de determinar la característica de los trabajos científicos y de las investigaciones realizadas en España; porque tan fuera de propósito es negar á los españoles toda cualidad y aptitud para llevarlos á cabo, produciendo algo original notable, como sería pretencioso pensar que aquí se ha hecho todo y que la ciencia española ocupa el primer puesto, siendo genuinamente nacional y propia nuestra. Bien sé que en materias científicas es difícil marcar nacionalidades, porque, hablando con todo rigor, las leyes de los fenómenos y los hechos mismos son siempre iguales, y el método ex-



ENTRE ROSAS.—CUADRO DE AUBLET.

perimental, considerado en conjunto, no admite tampoco esas diferencias y distinciones; mas no ha de negarse que en los procedimientos de investigación, en la manera de ver las cosas y en los razonamientos para llegar á determinar leyes generales, siquiera tomadas en la categoría de aparatos auxiliares y de medios adecuados y necesarios si se ha de alcanzar el enunciado de la verdad, no sólo cabe señalar cierto carácter individual, respecto del experimentador que investiga, sino también otra cualidad más general, en cuya virtud bien puede decirse que se nacionaliza la ciencia. Hácese esto con relativa facilidad respecto de la Filosofía, y aunque con mayores dificultades suele encontrarse y se determina tal característica en las ciencias experimentales y de observación, y pruebas no faltan examinando, con ciertos pormenores, el progreso y adelanto de las ciencias en diversos países y el conjunto de la obra individual de los sabios de primer orden. Una y universal es la verdad, y de su misma y esencial cualidad despréndese que puede ser inquirida, buscada y descubierta por muchos y muy varios caminos: sus resplandores, como los rayos luminosos, propáganse en todas direcciones y así de diversas maneras llégase á ella, ya que en ella convergen y se reúnen todos los métodos de poseerla y en su posesión recrearse. Así es que en dos cosas principalmente se halla determinado el carácter de la ciencia en cada país y aun en cada individuo: el método de investigar, en lo cual consiste muchas veces la originalidad, y la propiedad de ver más ó menos pronto el alcance de lo propio que se investiga y comprende; de suerte que si esto mismo se patentiza en la ciencia española, quedará demostrado su carácter nacional y determinada su principal cualidad y excelencia. No es en verdad empresa fácil llegar á tanto, ni lo pretendo de momento; mas puedo alegar buenas razones pertinentes al caso, adelantando noticias acerca de lo que andando el tiempo será voluminoso libro. Para sacar las debidas enseñanzas y frutos del trabajo que emprendo ahora, sería menester, tratando sólo del progreso y desarrollo científico de España en el pasado siglo, hacer una especie de balance ó inventario de todo cuanto en la décimioctava centuria se ha producido, examinar un número nada corto de libros, indagar en las bibliotecas y archivos buscando manuscritos y datos, á veces muy escondidos, y elegir de todo esto lo original, separando lo que es propio é indígena referente al conocimiento de las ciencias naturales; y sólo después de tan prolija labor y de examinar los juicios y opiniones de los extranjeros acerca de nuestros hombres de ciencia, es posible medir y apreciar cuánto éstos contribuyeron al progreso y al adelanto con aquellos trabajos realizados en un siglo de verdadera transición, en el cual se acumulan materiales que prepararon la maravillosa labor del presente.

Entonces se vería cómo en aquellos tan maltratados tiempos, que injustamente nos hacen tener muy á menos, acaso no andábamos tan separados y distanciados del progreso como ahora, ya que los estudios y descubrimientos científicos aquí realizados y llevados á término con envidiable perseverancia encajaban á maravilla en las ideas científicas de Europa, y aquí hallaban fervientes adeptos las ideas nuevas y teníaase á gala enseñarlas y comentarlas. Basta recordar, respecto de ello, cómo reforma de tanta trascendencia como la nomenclatura química fué enseñada en

Madrid y en la cátedra de D. Pedro Gutiérrez Bueno el mismo año que se establecía en Francia, siendo la cátedra de tan excelente maestro la primera en la que se adoptó el sistema, y el hecho aparece probado porque el Sr. Gutiérrez Bueno publicó en Madrid y por el mes de Octubre de 1789 una traducción de las Memorias que en Mayo del propio año habían leído en la Academia de Ciencias de París los sabios encargados de fijar las bases de la nueva nomenclatura, y sigue á la traducción una larga lista, en la cual pónense los nombres dados hasta entonces á las substancias más conocidas, minerales y orgánicas, y su correspondencia con los nombres del sistema nuevamente adoptado. Al igual de este ejemplo, muchos otros pudieran citarse, especialmente en lo que atañe á la Botánica, y sirven de testimonio, respecto del particular, las cartas de Lœffling á su maestro el gran Carlos Linneo, cuajadas de elogios para los botánicos españoles, y el hecho de haber adoptado éstos, muy luego de conocido, el sistema sexual del sabio profesor sueco. Y en lo referente á descubrimientos y ensayos, vale decir que el volfram, el vanadio y el platino fueron descubiertos por españoles, y el último de estos metales aislado y forjado en Madrid, y que nada de cuanto pudiera contribuir al desarrollo y adelantamiento de las ciencias y de las artes dejó de ser ensayado y estudiado con verdadero afán y conocimiento, sin escasear medios, ni dejar sin consignar los resultados adquiridos por propia experiencia y repetidas investigaciones. Fácil es ver, tomando todos los trabajos realizados en conjunto, cuál ha sido, en definitiva, el carácter peculiar de la ciencia española durante aquel período de regeneración, comenzado en el reinado de Carlos III, y que ofrece provechosas enseñanzas y despierta nuevos estímulos para comenzar otra vez en aquellos caminos de cuya dirección jamás debimos habernos apartado. Nótase desde luego bien marcada la influencia de ideas y doctrinas importadas de Francia y de Alemania, en cuanto al sentido y concepto general de la ciencia; mas ha de entenderse que, contrariamente á lo que ahora sucede, aquellas doctrinas é ideas generales han sido objeto de una elaboración especial, puesto que no se admitían por la sola autoridad de sus mantenedores y paladines, sino adaptáronse primero al medio, y aunque no trascendieran por lo común á la masa de las gentes, llegando á formar parte integrante de la cultura general, constituyeron á modo de punto de partida, previa su nacionalización. Esto mismo ha sucedido siempre y en todas las épocas de la historia científica de España: se ha procedido adaptando elementos, doctrinas é ideas extranjeras, á guisa de fundamento y origen de investigaciones y descubrimientos en el orden de las ciencias experimentales; vino luego la elaboración ulterior de las ideas recibidas, y aquí entra ya la fecunda labor nacional, que consiste principalmente en acumular datos, extender el alcance de los procedimientos, investigar en inexplorados terrenos, desplegando aquella facultad sintética tan fuerte y prepotente, que por adivinaciones pudieron á las veces tomarse sus trabajos que consintieron, en algunas ocasiones, crear muy trascendentales doctrinas científicas.

Aparte de esto, que se ve, bien claro por cierto, en las primorosas lecciones con las cuales Cavanilles inauguraba sus cursos de Botánica, en la famosísima obra de *Cálculo diferencial* de D. José Chaix, y en muchos otros trabajos de indiscutible originalidad y mérito reconocido; en la labor de

investigar hechos, que ha de preceder necesariamente al enunciado establecimiento de leyes y de teorías, hay en los sabios españoles del pasado siglo lo que hubo siempre en los investigadores indígenas: nunca pierden de vista las aplicaciones, y pudiera sostenerse que por tenerlas delante y querer extenderlas, llegaron á realizar los descubrimientos á los cuales va unido su nombre. Así los hermanos Elhuyar, ensayando el mineral denominado *volfram*, descubrieron y aislaron el cuerpo simple metálico al cual dieron este nombre y es llamado también *tingsteno*; D. Andrés del Río llegó al conocimiento del *eritronio*, que ahora denominase *vanadio*, investigando la riqueza de un plomo rojo de Zimapán, y D. Antonio de Ulloa, ocupado en la parte descriptiva del viaje que emprendiera á América en compañía de don Jorge Juan, dió con la platina del Choco, y supo que era mineral por todo extremo complejo, del que se obtuvo en Madrid el platino, y lo propio acontece en asuntos de Historia Natural, aun en aquellos que parecen más apartados de las aplicaciones, al igual de la *criptogamia española*, en cuyo conocimiento tanto se ocupó D. Simón de Rojas Clemente en los comienzos de su gloriosa carrera científica. Había además de estas razones, cuyos fundamentos pudieran hallarse en los elementos tradicionales de la ciencia española, otras, puramente de época, que explican el sentido de las investigaciones llevadas á cabo durante la pasada centuria, sobre todo en la segunda mitad de ella, que es el tiempo en el cual se ha desplegado mayor actividad científica y lográndose descubrimientos de tan grande importancia, como aquellos que sirvieron de fundamento á la Química moderna. Eran aquellos los días en que abriase camino la transformación de las ideas y se preparaban, con grandísimo trabajo, las grandes teorías y las doctrinas que más trascendencia han tenido en el mundo, lo mismo dentro que fuera del campo de las ciencias experimentales; el método positivo, consistente en partir del hecho observado y reproducido, comenzaba á implantarse, y el criterio de la duda, fecundo cual ninguno y que había luchado durante siglos enteros, triunfaba al cabo é imponíase á todos los espíritus: las doctrinas antiguas parecían ya insuficientes ó erróneas, y era menester acumular pruebas de hechos que las destruyeran, y al propio tiempo, el conocimiento perfecto y acabado de nuevos fenómenos era indispensable para fundar otras nuevas, más positivas y también menos permanentes; de otra parte, los llamados intereses materiales reclamaban nuevos y más amplios desarrollos, y el sistema de vida que cambiaba, exigía mayores medios y á la ciencia pedíalos. España tuvo su parte en este gran movimiento: rompiendo trabas, acabando con rutinas y preocupaciones, comenzó su regeneración, y á la par que se establecían cátedras de enseñanza y de investigación científica y renacían las exploraciones americanas, comenzadas por la famosísima de Francisco Hernández, á fin de conocer y utilizar las riquezas naturales de aquellos dominios que españoles habían descubierto, conquistado y civilizado, las aplicaciones científicas recibían grandísimo impulso, que había de traducirse en el desarrollo de los productos del suelo, en los perfeccionamientos de la industria minera, sobre todo. Estas tendencias, de carácter general, explican las cualidades de la ciencia española durante la época que aquí se examina, y no son en definitiva otras que las bien notorias en nuestros insignes trabajos de

los siglos xv y xvi, á saber: partiendo del perfecto conocimiento de los hechos y de sus aplicaciones, llegar á determinar sus leyes y atreverse á los conceptos más generales de la ciencia, dando al sentimiento, á las intuiciones y á la inventiva aquella parte que en esta labor deben tener, para poderse adelantar á los mismos fenómenos y exponer, antes de determinarlas con todo el rigor que la ciencia exige, las leyes que los rigen; todo ello á virtud de aquel espíritu sintético, principal carácter de nuestros investigadores y que en lo porvenir ha de representar, dentro de la ciencia general, un papel de grandísima importancia, en cuanto por él se pondrá en orden lo que anda disperso y al parecer desligado.

Con el deseo de patentizar cuanto va expuesto, quiero adelantar algunos datos respecto de la obra científica de un químico español, que nació en el siglo pasado y murió bien entrado el presente, sin que hasta ahora nadie haya hecho otra cosa que dar cuenta muy sucinta de sus Memorias é Informes, todos ellos muy originales y curiosos, que revelan un gran espíritu observador y analítico y al mismo tiempo un hombre de extraordinaria y general cultura científica: me refiero al Sr. D. Domingo García Fernández, en cuyos trabajos vense reflejados aquellos caracteres de transición que distinguen las investigaciones científicas del siglo décimotercero. No es un estudio completo el que voy á hacer, sino un resumen que servirá de preliminar á otro trabajo mucho más extenso y analítico, que es menester completar examinando documentos de la época y poniendo en orden los ya numerosos datos recogidos, de los cuales daré noticia aquí, escogiendo los más importantes. No se trata de un teorizador, ni de un genio que pueda ponerse al lado de Lavoisier, sino de un químico inteligente, laborioso y original, muy bien reputado por sus trabajos lo mismo en España que en el extranjero, donde hizo algunos bastante interesantes.

No ha podido mi diligencia, hasta ahora, procurarme noticias positivas del lugar y época del nacimiento de D. Domingo García Fernández, y ni sospechas tengo de en qué región vió la luz primera; y no estamos mejor respecto á datos acerca de sus estudios y aprendizaje, ignorándose dónde los hizo y cuáles fueron sus maestros y profesores. Debió, si formarse trabajando con afán los mejores años de su juventud, aprovechando mucho las enseñanzas que recibiera; y, para opinar así, tenemos las primeras noticias de su vida, que datan del último tercio del pasado siglo, cuando residía en Madrid y no era á la sazón ya muy mozo: hallábase en la plenitud de la vida, formada su cultura científica, muy adelantada por aquel tiempo, y era respetado como uno de los más ardientes y fervorosos adeptos de la nueva escuela, nacida principalmente de los innumerables trabajos y experimentos de Lavoisier, y es tenido por químico muy eminente y práctico, cosa atestiguada por sus estudios analíticos y de aplicación, en los cuales he de ocuparme luego, si quiera para dar noticia de los más interesantes y originales. Sus especulaciones experimentales debían haber contribuido mucho á su fama y renombre, cuando por los años de 1780 fué nombrado D. Domingo García Fernández Inspector General de ensayos de moneda é individuo de la Real Junta de Comercio, Moneda y Minas, habiéndole sido encomendados los asuntos referentes á la Química, en cuya ciencia había demostrado ser peritísimo. En aquel puesto, que conservó

lo menos por diez años, tuvo ocasiones de demostrarlo en una serie de Informes que venían á ser, á lo menos la mayor parte de ellos, á modo de resumen de observaciones delicadas y prolijos experimentos, encaminados á sacar algún fin práctico ó de utilidad, que era el objeto perseguido en sus indagaciones, en las que aplicaba de continuo los métodos y los principios de la naciente escuela de Química. Hacia 1790 partióse á París, en cuya Fábrica de Moneda tuvo ocasión de estudiar muchos procedimientos docimásticos y métodos de ensayo que aumentaron grandemente sus conocimientos, ensancharon su cultura y sirvieronle para afirmarse en los principios de las doctrinas de que era adepto; frecuentó el trato de los químicos franceses, adquiriendo la amistad de los más famosos y esclarecidos, cuyo afecto conservó muchos años después y del que existen fehacientes pruebas en cartas y documentos curiosos; y vuelto á

España, reanudó sus tareas con verdadero afán de ser útil á la patria, conforme se demuestra en los trabajos realizados mientras tuvo el cargo de Superintendente y Director facultativo en los Establecimientos de Almadén, desde el año de 1822 al de 1829. Tales fueron los cargos oficiales desempeñados con grandísimo celo y no igualada competencia por el Sr. García Fernández, y en ellos demostró siempre aquellas dotes de hombre de ciencia instruídísimo y de químico muy adelantado y experto, cualidades que bien pronto se ven en sus escritos y trabajos, no muy numerosos ciertamente, mas suficientes para que su nombre figure entre los más notables de la pasada centuria.

Acaso pueda tacharse de falta de unidad la obra de don Domingo García Fernández considerada en conjunto; pero este achaque no es sólo suyo, y mejor pudiera considerarse general y común á todas las investigaciones de su tiempo, porque igual falta de unidad se advierte en los trabajos de Scheele, en los de Bergmann y en los del mismo Lavoisier, para no citar sino los más fundamentales de la época. Era menester acometer y llevar á cabo las investigaciones que se presentaran, y en el afán de acumular hechos y conocerlos, variaba á cada punto el objeto de los estudios y el método seguido en las especulaciones; y de otra parte, el campo estaba virgen, los asuntos apenas desflorados y la madre Naturaleza ofrecíase toda entera al investigador, afanoso por conocer las manifestaciones de su energía soberana. No era menor ciertamente, ni tampoco menos meritorio, otro de los objetos que habían de conseguirse con los trabajos experimentales, y que fué alcanzado con verdadera gloria por los sabios españoles: consistía en dar al traste con preocupaciones y errores, los cuales eran creencia general de los tiempos y acordábaseles completa fe y considerábaseles conquistas científicas de la mayor trascendencia; pues alboraban ya los grandes descubrimientos que fundaron la Química moderna,



DESPUÉS DE LA DOCTRINA.—CUADRO DE CHEVILLIARD.

y todavía, y por virtud y arte de un libro traducido, anotado y añadido con un famoso discurso acerca de la posibilidad de la Alquimia, obra de D. Francisco de Tejada, que pomposamente se llamaba Teófilo, no adepto, si no apto escrutador del Arte, creíase á pies juntillas y con cierta primitiva candidez, en la conversión del hierro en cobre, efectuada gracias á una de las más sublimes operaciones, y defendíase el hecho de tan peregrino cambio con buena copia de razones y gran balumba de argumentos, tan finos y agudos que se quebraban de puro sotiles. Debe achacarse, en buena parte á esto la falta de unidad que dejó consignada respecto de los trabajos é investigaciones de D. Domingo García Fernández, y justificase lo que hoy sería capital defecto por el carácter que de necesidad hubieron de tener cuantas investigaciones se practicaron en su época, verdadero momento de regeneración científica, período glorioso en el que se preparó, con el descubrimiento y estudio de los más variados fenómenos, el advenimiento de las ideas modernas: fué la pasada centuria, particularmente en su segunda mitad, el tiempo en el cual aquellas ideas respecto de los métodos positivos que emitieran y sostuvieran Bacon y Descartes comenzaron á tener su más espléndido desarrollo y su desenvolvimiento más amplio y general, en particular cuando se aplicaron á la interpretación de los fenómenos de la luz y como método á las investigaciones de la Química, reduciendo á números los sueños y las quimeras de las doctrinas alquimistas; y á la manera que éstas nacieron y se originaron de las aplicaciones más ó menos limitadas de los hechos que la curiosidad humana y el instinto investigador llegaban á descubrir y posesionarse de ellos, la nueva Química, con su doctrina de la unidad de la materia, con sus métodos experimentales que en la balanza tuvieron su mejor fundamento, en las aplicaciones tuvo su origen y á ellas ha servido con los prodigiosos adelantos de aquella industria que llegaron á fundar las más sublimes, alambicadas y

metafísicas doctrinas de la transmutación y cambio de los metales unos en otros.

De cuantos trabajos y estudios de Química aplicada, que puede decirse era la especialidad de D. Domingo García Fernández, citaré los que llegaron á mi noticia: Un *Informe* acerca de cierta especie de *Tripoli blanco*, procedente de la provincia de Burgos; otro, que es un Análisis de cierta mina de oro de la Encomienda de la Clavería en Extremadura, seguido de un estudio acerca de la propia materia; otro, también con objeto de dar cuenta del estudio de una mina de oro de Valencia de Alcántara, asimismo en Extremadura; otro, referente á una mina de plomo de Castro-Urdiales; otro, que trata de las minas de hierro y cobre descubiertas no lejos de Canfranc en Aragón; otro, de las minas de plata de Cabezo de Don Juan en Cartagena; otro, que trata, con gran copia de datos, de las influencias que puede ejercer la luz en general sobre el ácido nítrico, y particularmente cómo tales ácidos alterados por la luz impurifican el agua regia que con ellos se compone; otro, sobre la nueva mina de azogue de Eslida en Valencia; y otro, acerca de un *semimetal* hallado en la propia mina. Estos trabajos, de muy corta extensión todos ellos, son á modo de notas de investigaciones experimentales practicadas por nuestro químico, quien reuniólos formando un volumen de 124 páginas, que se imprimió en Madrid el año de 1798 con este título: *Informes á S. M. y Real Junta de Comercio, Moneda y Minas sobre algunas producciones naturales, descubiertas en estos últimos tiempos en los dominios de España, y otros trabajos*; todos ellos llevólos á cabo el señor García Fernández en cumplimiento de su cargo de *Inspector general de Ensayos de la Moneda y Comisionado del Ministerio de la Real Hacienda y de dicha Junta para los asuntos de Química*, conforme puede leerse en la portada del referido libro, que mejor llamaríamos opúsculo. Son, pues, estudios de carácter oficial que tenían como principal objeto dar á conocer minerales y sustancias naturales explotables y utilizables en la industria: además, como adviértelo muy bien el propio químico, del estudio de los cuerpos que habían sido sometidos á su examen é investigación, proponíase otro objeto más elevado, porque eran datos y materiales para hacer la descripción física de España, labor que el autor, según declara, tenía emprendida, á la par de otros estudios y trabajos de Química, referentes todos á nuestra patria, á cuya gloria y esplendor quería contribuir desde el punto de vista de la minería. Que los experimentos de don Domingo García Fernández estaban bien hechos y que en sus análisis empleaba métodos muy nuevos y seguros, está demostrado en el Informe acerca de las minas de hierro y cobre de Canfranc, cuyos criaderos habían sido objeto de un estudio anterior de Mr. Exchaquet: el químico español tuvo ocasión de patentizar los errores cometidos por éste, rectificando sus conclusiones y enmendando los procedimientos seguidos, algunos de los cuales rechazó porque conducían á determinaciones numéricas muy exageradas. En el trabajo de referencia, obra de un perfecto analista, hay verdadera originalidad y conciencia á toda prueba, porque no expresa resultado alguno sin ensayos repetidos, empleando medios diversos, cosa que bien á las claras demuestra su dominio

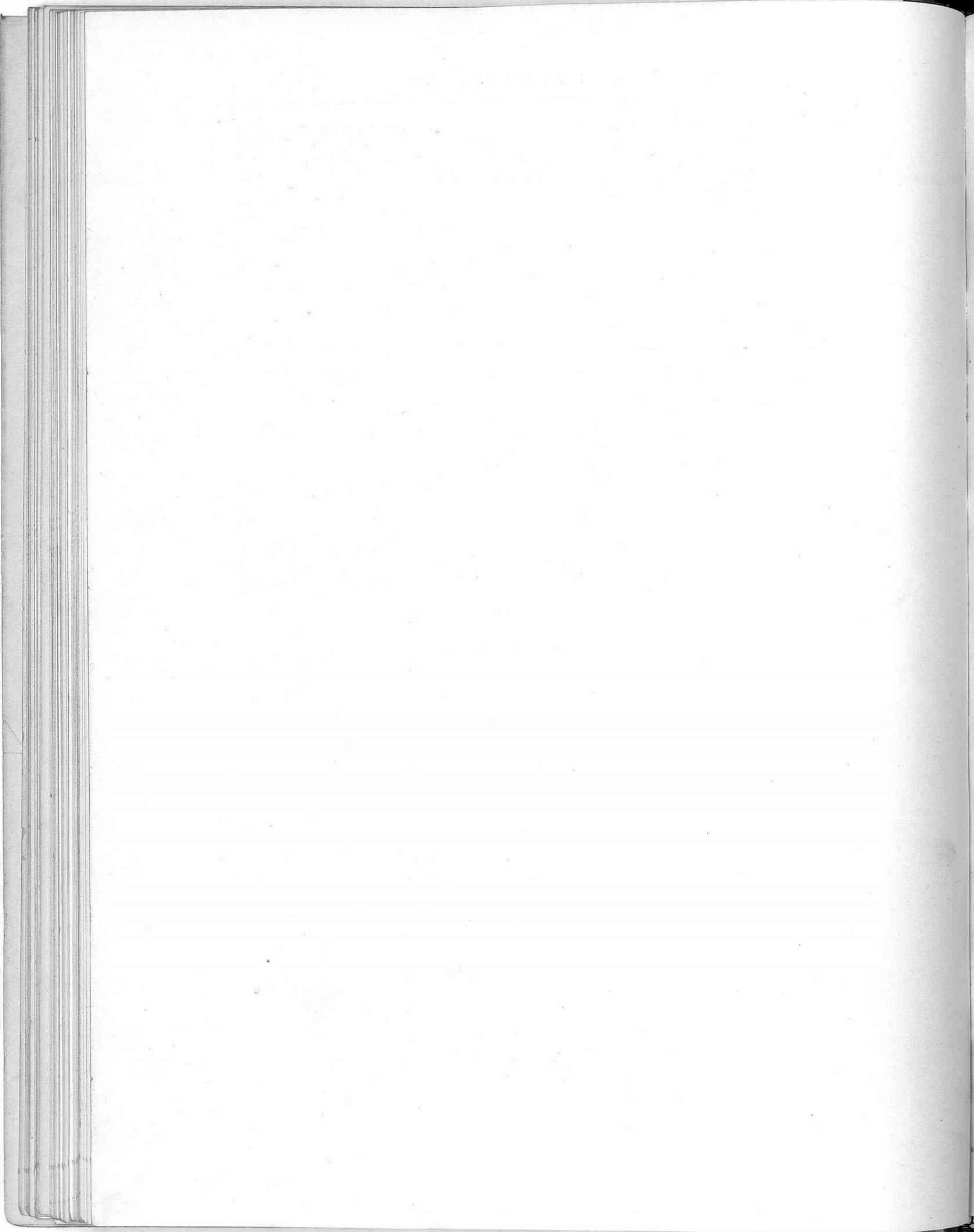
de la materia y su cultura en los procedimientos de una ciencia cuya práctica era entonces bastante difícil y complicada.

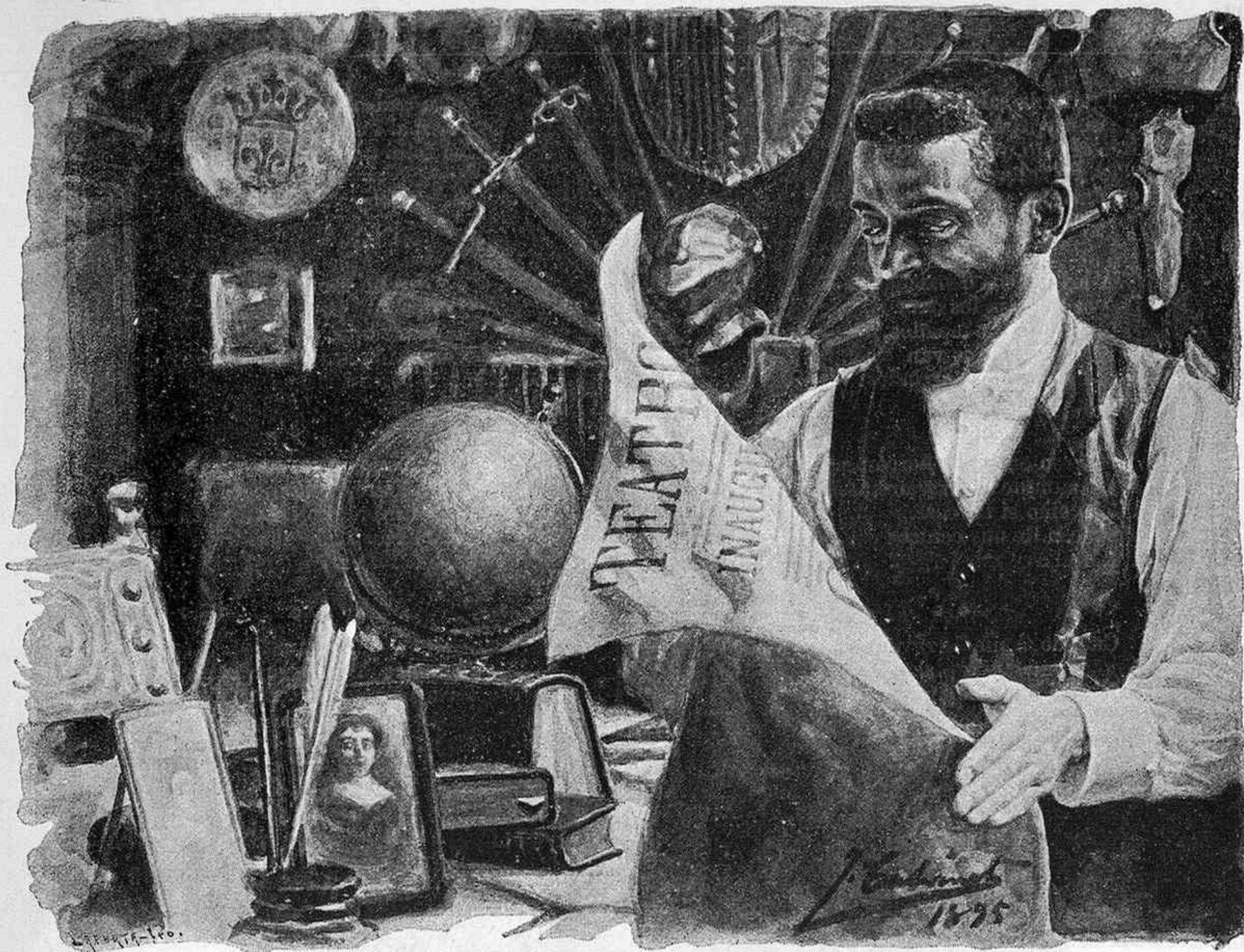
Aparte de lo que hemos calificado de trabajo oficial, en el que acreditaba lo acertado de su nombramiento para el elevado puesto que ocupaba en la Junta de Comercio, Moneda y Minas, publicó el Sr. García Fernández otros estudios de Química, que aparecieron impresos en los *Anales de Historia Natural*; tales son: Informe sobre el *salitre natural* descubierto en Asturias; el *Petunzé* de la Villa de Baños, jurisdicción de Bailén, y las minas de cobre y hierro de la villa de Lubrín en el reino de Granada, que se insertaron en el tomo primero de los *Anales*, correspondiente al año de 1799. Y suyo es también el estudio de las aguas minerales de Solán de Cabras, impreso en Madrid en 1826. De todos los trabajos citados, que son los llegados á mi conocimiento, diputo por el más importante y original el referente al salitre de Asturias, análisis que, en cuanto á método y manera de exponer los resultados y examinar el valor de cada uno, parece hecho ahora, y por lo referente al procedimiento, difiere notablemente de cuanto se había hecho hasta entonces, si se exceptúa el magno trabajo de Lavoisier en la Comisión de pólvoras y salitres de Francia; porque no se trata sólo de mostrar habilidad analítica, adquirida en la práctica diaria en un laboratorio bien dispuesto, sino que es cuestión de interpretar resultados, buscar principios é inventar métodos que lleven por mejores caminos al conocimiento de las relaciones de los hechos, á fin de deducir de ellos las aplicaciones. Cabalmente esto hizo el Sr. García Fernández al estudiar el nitro bajo el triple aspecto químico, analítico y de aplicaciones, y en esto último siguió el camino que Lavoisier trazara algunos años antes al fijar por el estudio experimental de la pólvora y sus componentes, las condiciones que había de tener el nitro empleado en ella, de donde surgía la idea de los nuevos métodos de beneficio de las nitrerías naturales, que tan adelantado estuvo en España, merced á trabajos de tanta importancia como este de que doy aquí noticia. Poquísimos ó nada teorizó D. Domingo García Fernández, y en ello señala uno de los caracteres de las ciencias experimentales en España. Conservando las tradiciones, más se preocupa en averiguar cómo los fenómenos suceden, que las razones por que suceden, cumpliendo en ello con el soberano precepto de la ciencia experimental y positiva. Teniendo siempre presente el objetivo de su aplicación, no descuida un punto los accidentes de los hechos que pueden guiarle á nuevos descubrimientos, y parece como que busca en el estudio de los objetos naturales y de las sustancias sometidas á su examen, datos para una descripción geológica de España. Por eso cuando examina los minerales metálicos y cuando estudia aguas minerales pone particular cuidado en conocer y describir los terrenos con verdadera minuciosidad y sin ahorro de pormenores. De aquí que en los trabajos mencionados puedan advertirse, bien á las claras, no sólo los caracteres y tendencias de la ciencia en general durante el siglo XVIII, sino también aquellas características que son peculiares de la ciencia española.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.



EN EL CAMPO.—CUADRO DE E. BLAAS.
(De fotografía de A. Tivoli.)





LOS CABALLOS BLANCOS

Nacen dos ó tres diarios,
Y de que nazcan me alegro.
¡Qué estampa y qué voluntarios!
¡No tienen un pelo negro!
¡Pobrecitos empresarios!

¡Qué inmensa satisfacción
El labrarse con apuros
Una buena posición
Y tirar cinco mil duros,
Ó veinte, por el balcón!

Ser *pagano* por oficio,
Y tras largo sacrificio
Publicar con alegría
La *lista de compañía*
Y el *personal de servicio*.

¡Qué orgullo! el vociferar:
«Yo soy el nuevo empresario,
Y tengo, para empezar,
Cuatro tiples á diario
Y un coro muy regular!»

¡Poner á los Directores
De los diarios mejores
Una invitación atenta!
¡Saludar á los autores!.....
(Y darles dinero á cuenta.)

Llegar la obra prometida
Para empezar la corrida,
Y ver á un público fiera
Que le echa las tripas fuera
En la primera embestida.

Perder la salud y el oro,
Y sin despegar el labio
Irse al toro, por decoro,
Pues no falta un mono sabio
Que entregue el caballo al toro.



A los pencos desdichados
Mayor ventaja les dan.
Salen de un ojo tapados,
Y los empresarios van
Con los dos ojos vendados.



Mueren en lucha horrorosa;
Pero, aunque los hagan trizas,
Ellos como si tal cosa.
¡Renacen de sus cenizas
Como el ave misteriosa!



Cuando, á medio reventar,
Uno abandona la plaza,
Sale otro nuevo ejemplar.
¡Bien se puede asegurar
Que no se acaba la raza!



Su audacia me maravilla:
Por mal que salgan las cuentas,
No falta un alma sencilla
Que haga un teatro en *las Ventas*,
En *el Este*, ó *la Bombilla*.



A mí no me sabe mal
Que para el peor negocio
Haya siempre un capital
Y un empresario con *socio*
Comi-lirico-industrial.



En besalamano atento,
Al Ministro de Fomento
Pido un premio extraordinario
Para el mejor empresario,
Español de nacimiento.



¡Ilusos amigos míos,
Puntales de mi esperanza
Sean vuestros extravíos!
¡Habiendo *caballos píos*
Hay *trimestre* en *lontananza*!

JOSÉ JACKSON VEYAN.



EL ESCRITOR ALEMÁN GUSTAVO FREYTAG

Gustavo Freytag, este hombre por tantos títulos extraordinario que sobrevivió á los literatos eminentes Federico Reuter, Godofredo Keller y Bertoldo Auerbach y á los grandes autores dramáticos de su generación Federico Hebbel y Othon Ludwig, ha muerto en su retiro de Wiesbaden el 30 de Abril de 1895 á las diez de la noche. No volverá á sonreír para él el dulce Mayo con su sin par alegría, con sus rayos de sol templados por la blanca niebla flotando en el éter, con el azul fresco y blando de su cielo recordando el esplendor amoroso de unas pupilas, con sus brisas acariciadoras, impregnadas de perfumes, envueltas en las ondas luminosas de los días claros y serenos, con su savia subiendo por troncos, con sus bosques verdes, con sus árboles frutales inclinándose bajo el peso de sus flores nevadas, con sus alondras y mirlos, con sus trinos de ruiseñores cuyo pecho está henchido de nuevo amor, con sus lindas florecillas llamadas en alemán *Maiglöckchen* (campanillas de Mayo), que nos parecen genios de luz cuando tropezamos con ellas en la selva sombría, con sus idilios, con sus días de los esplendores y de los perfumes en que la vida, agitándose inquieta y poderosa por doquiera, nos hace sentir el halago de este estremecimiento universal de placer. No volverá á encender la primavera para el coetáneo de Bismarck rosas en candelabros de esmeralda en la catedral de la naturaleza, y en el seno espléndido de ésta no volverá á reposar su pensamiento. Una de nuestras glorias, el intérprete elocuente de nuestros ideales domésticos, sociales y políticos durante medio siglo; el que siempre tenía en sus labios una frase serena y consoladora y que hablará á la próxima centuria de la fuerza creadora de la nuestra; el que como periodista tocaba todos los tonos, desde el chiste hasta la severidad más profunda, y que en su comedia *Los periodistas* levantó el monumento más alegre á su actividad periodística, desaparece en los abismos de la tumba, aunque dejando tras de sí recuerdo imperecedero que no se borrará. Ante la impresión que nos produce esta triste noticia, por la que llevarán luto cuantos deleitaron su corazón en las obras de ese periodista é historiador, filósofo y poeta, ese Uhland de la prosa alemana, ese heraldo del pasado teutónico, ese profeta del porvenir germano, ese preceptor de Alemania; cuantos á *Gustavo*

Freytag trataron y tratándole le amaron entrañablemente, y las letras alemanas, que con *Freytag* pierden uno de sus más brillantes mantenedores, en el que nos parece haber muerto el *Eckart* de nuestro pueblo, un amigo fiel cuyos libros, nuestros compañeros queridos en la vida entera que han de llenar las generaciones con su conocimiento profundo del corazón alemán, eran predilectos en los hogares alemanes por lo que había en ellos de lúcido y puro, de valiente y honrado, porque eran la expresión artística de la indole germana, un patrimonio nacional, la pluma vacila en nuestra mano, atropéllanse las ideas en el cerebro y no hallamos forma de traducir con fidelidad nuestro dolor por tan sensible pérdida. Había en el patriarca de Siebleben una persuasión firme y caliente que nos domina, una claridad que nos satisface y purifica; había entre *Freytag* y sus lectores una constante comunidad del sentir. Un pueblo agradecido se descubre respetuosamente ante el lecho murtuorio de su mejor amigo, que derrochó en sus obras tesoros de elocuencia y buen sentido, y que ha muerto con la tranquilidad augusta de los genios que han cumplido su destino.

Ningún escritor alemán fué apreciado tanto como *Freytag*, después de los clásicos y de Enrique Heine. Asombra ver todo lo que el fecundo literato ha producido en los distintos géneros literarios á que dedicara sus nunca rendidas actividades. El romanticismo derramaba aún sus mágicos rayos de luna sobre sus dramas *Valentina* y *El Conde Waldemar*, que tenían por tema la relación entre la nobleza y el pueblo y la necesidad de refrescar aquélla por sangre plebeya; pero ya penetraba en estas producciones la vigorosa luz del día moderno. En su comedia *Los periodistas* que siguió en 1852, brilla el sol del humor; éste reina soberano, desde el humor elegante de Bolz y de Adelheid de Runeck, hasta el humor grosero de los Schmock y Piepenbrink.

La crítica, que desde Lessing ha tenido una influencia tan poderosa en las letras alemanas, no puede crear talentos, pero puede enseñarles el buen camino. Eso lo hizo el crítico Julián Schmidt, paladín del estudio de la vida real de que habían de brotar los ideales artísticos, respecto á su compañero en la prensa *Gustavo Freytag*, que estampaba como enseña de combate, al frente de su producción más emi-

nente, de su novela de costumbres *Soll und Haben* (Deber y tener), que salió en 1855, siendo una imagen animada de la vida alemana, el famoso dicho de Julián Schmidt: «La novela ha de buscar al pueblo alemán en la esfera de su valer, en el trabajo.» Por eso hizo de un modesto mercader, Antonio Wohlfahrt, el protagonista de su novela, mientras que en *Los años de aprendizaje*, por Goethe, el mercader Werner hace mal papel. *Freytag* ennobleció lo pequeño por el esplendor de la poesía, introduciéndonos en un almacén que pinta con verdad plástica, mostrándose en las figuras toda la alegría de la actividad; nos dió á conocer en Frau-gott Schröter la pureza altiva del honor comercial, en Sturm un alma cándida; mientras Federico de Fink, ese pariente espiritual de Bolz, representa el aristócrata lleno de humor y de ironía que trata de conservar por severo trabajo el esplendor heredado de sus antepasados.

En la novela titulada *El manuscrito perdido*, que salió á luz en 1864, enalteció la república de las letras, pintando de mano maestra los sabios catedráticos alemanes. Sus *Cuadros del pasado alemán*, que puso cual don preciosísimo en la cuna del nuevo Imperio germano, excitan el amor á la patria y constituyen la mejor historia alemana, en que parece hablar el mismo pueblo alemán; y en el ciclo de seis tomos, titulado *Los antepasados*, que empezó en 1872, acometió la empresa atrevida de narrar la historia de una estirpe alemana y con ella la historia del pueblo alemán desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días. Demostró en aquella novela que cada alemán tiene antepasados, y que la contemplación piadosa del pasado produce una genuina conciencia nacional.

Lo último que salió de su pluma era su folleto *El Príncipe heredero y la Corona imperial de Alemania*, demostrando que la idea del Imperio alemán brotaba primero en el alma del Príncipe de la corona, nuestro querido Federico. Pero extrañamos que sólo el poeta, único de todos los contemporáneos, no haya visto el esplendor poético que rodeaba la figura maravillosa del Príncipe Imperial, significando tanto para una nación para la cual el entusiasmo es una fundamental necesidad política.

Freytag no figurará en el panteón de los escritores uni-

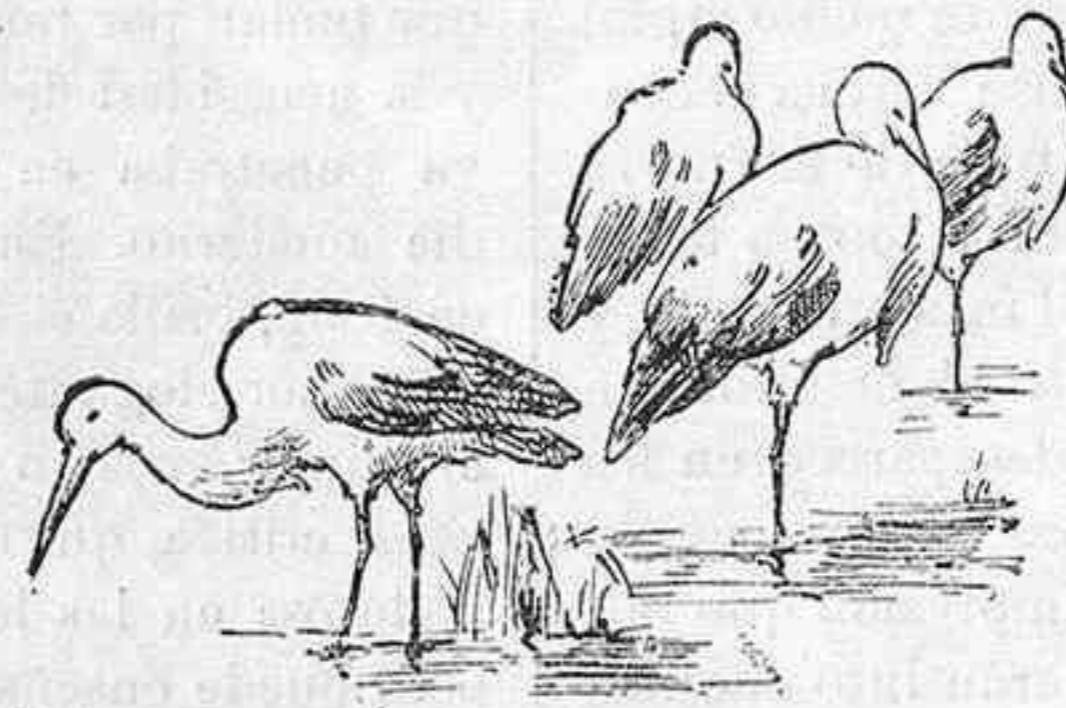
versales; en cambio le está reservado un puesto envidiable en la Walhalla germana. El gran hijo de Silesia, el paisano del amable Carlos de Holtei, del atrevido Enrique Laube y del ditirámico y ardiente Rodolfo de Gottschall, gozó de la protección del duque Ernesto II de Sajonia-Coburgo, que le nombró consejero áulico y le hizo excelentísimo señor. En 1871 *Freytag* perteneció al primer Parlamento alemán; pero no era orador. Su primer discurso fue su último. «Parece que busca su *manuscrito perdido*», exclamaron, aludiendo á la conocida novela del orador, los que veían su confusión. Tanto más habla *Freytag* en sus obras inmortales.

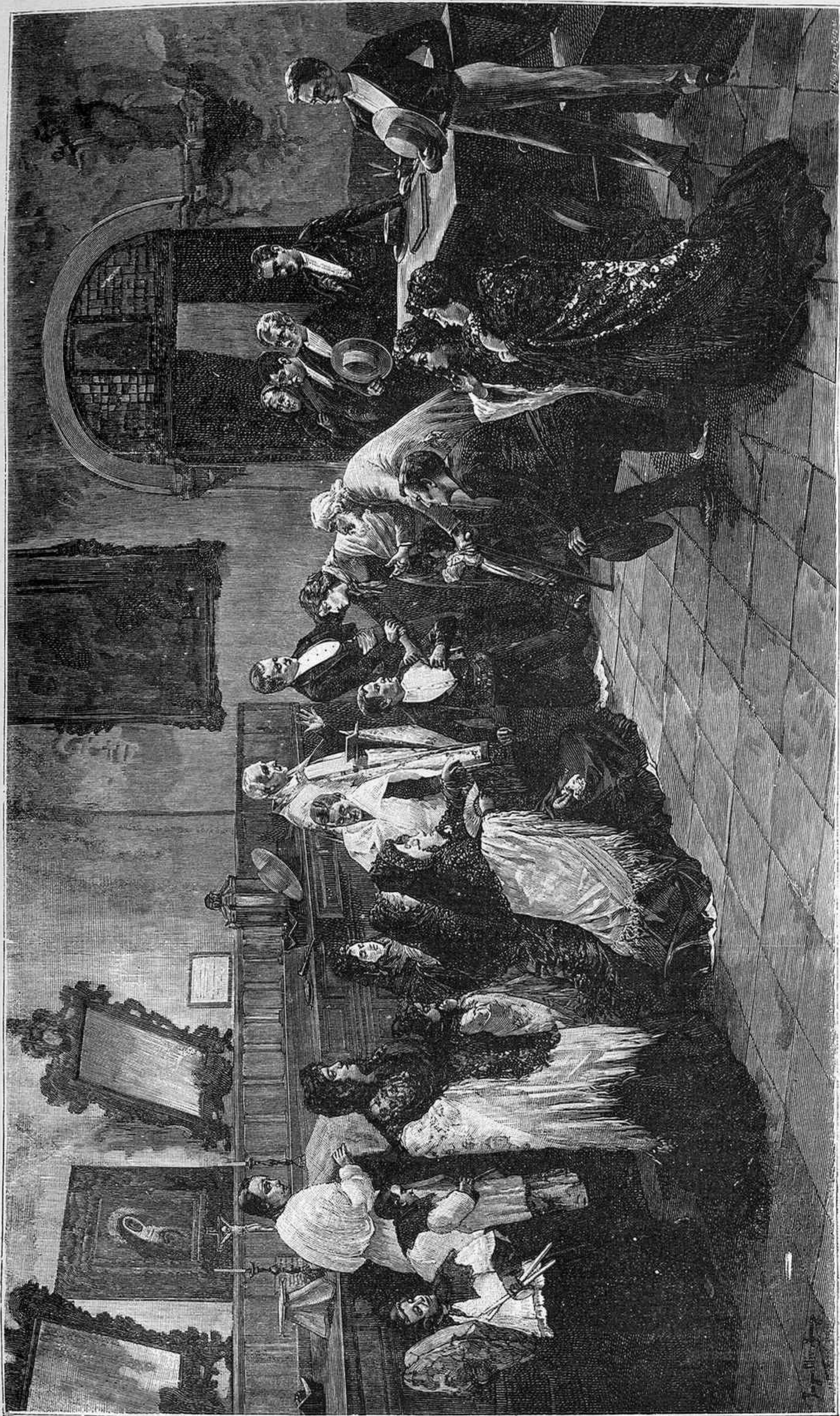
Cuando la Alemania entera se propuso celebrar el septuagésimo cumpleaños de su escritor favorito, éste evitó el ruido de las fiestas, retirándose en su quinta de Siebleben, situada al pie del Selberg, cerca de Gotha, en medio de huertos floridos y campos verdes, para que sólo los mirlos de su jardín, vestidos de gala, pudiesen saludarle al despuntar la mañana. Bajo los tilos de Siebleben nacieron sus obras más poéticas, su comedia *Los periodistas* y la novela *Deber y tener*, que fué un recuerdo de su patria Silesia, de sus visitas en casas de comercio y castillos feudales, y de un viaje polaco. En su mansión de Siebleben, que fué la de un ministro de Gotha y que había hospedado á Carlos Augusto y Goethe en sus expediciones á Eisenach, trataba á los aldeanos y á los príncipes, y sus fiestas eran días de regocijo para aquel pueblecito. Terminada la guerra franco-alemana, plantaba en 1871 en Siebleben tilos de paz, y el día 4 de Mayo, tan lleno de sol, Siebleben le rindió su último homenaje.

Gustavo Freytag era una excepción entre los literatos alemanes, siendo á la par sacerdote de lo bello y millonario.

Su retrato brilla junto á los de Helmholtz, Mommsen y Kekulé en la *Galería Nacional* de Berlín; alrededor de su caja mortuoria pendía una corona del emperador Guillermo II; su cuerpo es de Siebleben, su alma de Dios, su lira de Alemania. Su muerte no es para nosotros una despedida, pues vive y vivirá en nosotros y con nosotros, con lo mejor que era y representaba.

JUAN FASTENRATH.





UNA BODA INTERRUPTA.—CUADRO DE E. OLIVA.

(De fotografía de Compañy.)





LA ETERNA POESIA

¿Puede morir lo eterno? ¿El alma humana
Vive después de muerta la poesía,
Su compañera, su sostén, su hermana?
¿Quién, entonces, al triste
Muestra la senda que á los cielos guía,
Y embellece y perfuma cuanto existe?
¿Quién hace dulce la pasión primera?
¿Quién mantiene la fe de los mortales?
¿Quién le dice al dolor «llora y espera»?
¿Quién alienta los puros ideales,
Santos refugios donde el alma herida
Va á buscar el alivio de sus males
Y á calmar sus nostalgias de otra vida?
Nadie. ¿Y á qué cantar? ¿Quién lo reclama?
La noble estrofa ó la tranquila endecha
Brotan del corazón que sufre ó ama.
De nuestra edad el vil materialismo
Siente su sed de goces satisfecha,
Y contento camina hacia el abismo.
¡Arte! ¡Belleza! ¡Fe!..... ¡Cosas que fueron
Y nunca volverán!..... Harto en la brecha
El alma y la materia combatieron:
Deber penoso obliga
Á dar al vencedor la justa palma:
La materia triunfó de su enemiga.....
¡Sufrá su yugo resignada el alma!

¡Tremenda es la derrota!
La belleza sin culto;
Muerta la inspiración; la lira rota;
Las musas en tristísimo abandono,
Y Apolo, entre la befa y el insulto,
Arrojado con ellas de su trono,

Todo dice que ha muerto la poesía,
La voz de Dios, el misterioso lazo
Que con Él á los hombres nos unía.
La muerte en su regazo
Guarda y oculta á la deidad hermosa.
Del pasado en las yertas soledades
Hay que limpiar para encontrar su fosa
El polvo secular de otras edades.

Y allí levanta la abatida frente
Bajo el regio dosel del cielo heleno,
Limpio, diáfano, azul, resplandeciente.
Abren las olas su profundo seno,
Y surge, sobre concha nacarina,
Coronada de flores la cabeza,
Venus, la madre del amor divina,
Tipo inmortal de la inmortal belleza;
Dispara el niño alado, en loco juego,
Vivas flechas punzantes,
Siempre acertando á dar, aun siendo ciego;
Llaman á los incautos navegantes
Con acordados cantos las sirenas;
Alzan sus copas de oro las bacantes;
Ninfas, nereidas, sátiros y ondinas,
Las selvas cruzan, de perfumes llenas,
Ó las lípidas aguas cristalinas,
Y en el confuso término lejano,
Atenas la sin par, la noble Atenas,
Sirve de fondo al cuadro soberano.

Á la plaza anchurosa
Llega del pueblo artista la oleada
Aspasia, entre la turba clamorosa



¿QUIÉN ES?—CUADRO DE C. E.

Que la saluda á coro,
 Pasea recostada
 En carro de marfil y ébano y oro;
 Demóstenes excita á la pelea
 Con arranque supremo
 Y su palabra es rayo y centellea;
 Platón con sus secuaces busca asilo
 En el frondoso huerto de Academo;
 Píndaro canta al par del viejo Esquilo;
 Enseñando á luchar Leónidas muere;
 Fidias golpea sobre el mármol duro,
 Y éste, al sentir el golpe que le hiere,
 Con el que el soplo creador recibe,
 Dejando de ser piedra á su conjuro
 Toma sangre y calor, palpita y vive.
 Acude ante el Jurado la acusada
 Y oye en silencio la sentencia dura;
 Pero, con mano airada,
 Rompe ante el tribunal su vestidura,
 Descubriendo del pueblo á la mirada
 Su perfecta y espléndida hermosura.
 Su fallo, al verla, el tribunal revoca:
 «¡La belleza es sagrada!»
 Grita la plebe alborozada y loca,
 Y ella, queriendo en tanto
 Cubrir con digno velo sus hechizos,
 Suelta su pelo que, cual regio manto,
 Desciende hasta sus pies en blondos rizos.
 Todo es belleza y arte y luz y llama
 En el eterno y colosal poema
 Con el que Grecia fatigó á la fama:
 Todo sorprende al alma y los sentidos,
 Y en la labor suprema
 Juntos y confundidos
 Trabajan, sin segundo ni primero,
 Con el pincel Apeles,
 Con la palabra Homero
 Y con cincel divino Praxiteles.

¡Ah, sí! Sobre la tumba del pasado
 Hay que buscarte, ¡oh santa poesía!
 Mas no es sólo el de Grecia tu reinado;
 También se ve tu huella soberana
 En la edad del valor y la hidalguía,
 Tan noble, tan hermosa y tan lejana:
 Cuando cada arrogante caballero,
 Si á la guerra acudía,
 Tronos llevaba y reinos en su acero;
 Cuando morir por Dios y por su dama
 Era deber del noble que cumplía,
 Ganando al sucumbir eterna fama;
 Cuando jamás al débil ú oprimido
 Faltaba en su amargura
 Un brazo á defenderle apercebido,
 Y al valor ayudando la hermosura
 Las bellas grandes hechos preparaban
 Bordando en sus ocultos camarines

Las ricas bandas que después cruzaban
 El pecho de los fuertes paladines.

Aquí la multitud corre al torneo:
 Los potros, al combate preparados,
 Lucen gallardos su marcial arreo
 Con adornos de plata recamados;
 El viento en las cimbras
 Agita los larguísimos plumajes
 Y en torno del palenque las banderas,
 Y el sol quiebra sus vívidos reflejos
 En rodela y casco y rendajes
 Que parecen arder vistos de lejos.
 Junto al falso combate que enardece,
 Las luchas verdaderas y mortales
 En que el valor ante el peligro crece;
 La sangre por doquier corre á raudales;
 Mas ¿qué importa la vida
 Para quien ama el bien por que pelea?
 ¡Sangre por él vertida
 Es el riego del árbol de la idea!

Princesas encantadas
 Lloran sus penas tras las rejas duras
 De las vetustas torres almenadas;
 Caballeros, sedientos de aventuras,
 Persiguiéndolas van noches y días;
 Entona el trovador himnos sagrados
 Al pasar por las viejas abadías,
 Ó en el noble castillo
 Hechos de guerra grandes y esforzados
 Ante el fiero señor de horca y cuchillo;
 La castellana, oyéndolo, suspira
 Por algún lindo paje
 Que acaso ignora la pasión que inspira;
 Remite el ofendido sin recelo
 La venganza que busca por su ultraje
 De Dios al juicio en el sangriento duelo;
 El noble, que igual juzga su destino
 Al del rey que eligió por soberano,
 Besa el pie del humilde peregrino
 Y le sirve en la mesa por su mano;
 Y todo es fe, contrastes é hidalguía,
 Nobleza y alma pura y generosa,
 Arte, en fin, y suprema poesía
 En esa edad hermosa
 Que soltando al valor libre la rienda,
 Pobló, fecunda en heroes y titanes,
 De Amadises y Orlandos la leyenda
 Y la historia de Cides y Guzmanes.

Mas no es en esa edad noble y lejana,
 Tan pródiga en grandezas y en errores,
 Donde está la belleza soberana:

La mayor, la más pura,
La que entre inmarcesibles esplendores
Eterna brilla y sin rival fulgura,
No busca trovadores ni guerreros,
Ni en la contienda impía
Mantiene en sangre tintos los aceros;
Ama la paz, se inspira en la clemencia,
Y tiene, limpia y clara como el día,
El amor por esencia,
La fe por base y la verdad por guía.



Con su inmortal victoria
Escribe ese período
La página más bella de la historia.
Chispa divina en las conciencias prende
Que crece por doquier, lo invade todo,
Y el viento aviva el fuego que se extiende.
Pronto la nueva idea
Al mundo entero conquistar pretende,
Y se lanza animosa á la pelea
Sin jefes, sin escudos, sin espadas:
Viejos, niños, doncellas
Llenan sus anchas filas mal formadas,
Pero el triunfo va en ellas:
Va en ellas el guerrero
Que nunca fué vencido,
Más duro que la flecha y que el acero;
Va el que á todos los lauros arrebató
Y á morir decidido
Sonríe bajo el golpe que le hiere;
Va el mártir, el soldado que no mata
Por que sabe que triunfa cuando muere.



Y vence al fin la idea redentora:
Del verdugo en las manos
Se embota la cuchilla destructora;
En la arena del circo, ya no abierto,
Hartas de beber sangre de cristianos
Se adormecen las fieras del desierto,
Y los que bajo tierra se escondían
Para huir de panteras y puñales,
Salen á luz y las conciencias guían
Y elevan las soberbias catedrales
Donde, trasunto exacto de su anhelo,
Los arcos ojivales,
Como buscando á Dios, se alzan al cielo.
Al culto material de los placeres
Sigue el culto que busca mejor palma
Del bien, de la pureza y los deberes;
Digna y feliz resurrección del alma.
Tras la molición y el placer y el vicio,
La penitencia austera,
La ferviente oración y el sacrificio:
Sufrir es del creyente la bandera,
Y, abrazado al dolor, jura en el templo
Á la pobreza consagrar su vida:

La cruz es la enseñanza y el ejemplo.
Vedlo palpable. La potente mano
Que los orbes mantiene
Y enciende el sol y enfrena el Oceano,
Desgarrada y herida
Con esfuerzo sostiene
Pendiente de un madero un cuerpo frío;
Los pies, que temblar hacen las estrellas
Al recorrer los mundos del vacío,
Enclavados están por turba aleve;
Tristes se entornan las pupilas bellas
Donde el día su luz sediento bebe;
Por no ver la tragedia consumada
El sol se esconde tras de nube roja;
Se estremece la tierra horrorizada
Cuando la sangre del Señor la moja,
Y en el terrible instante en que perece
Dios, con su sacrificio voluntario,
Dignifica el dolor y lo ennoblece
En el sangriento drama del Calvario.

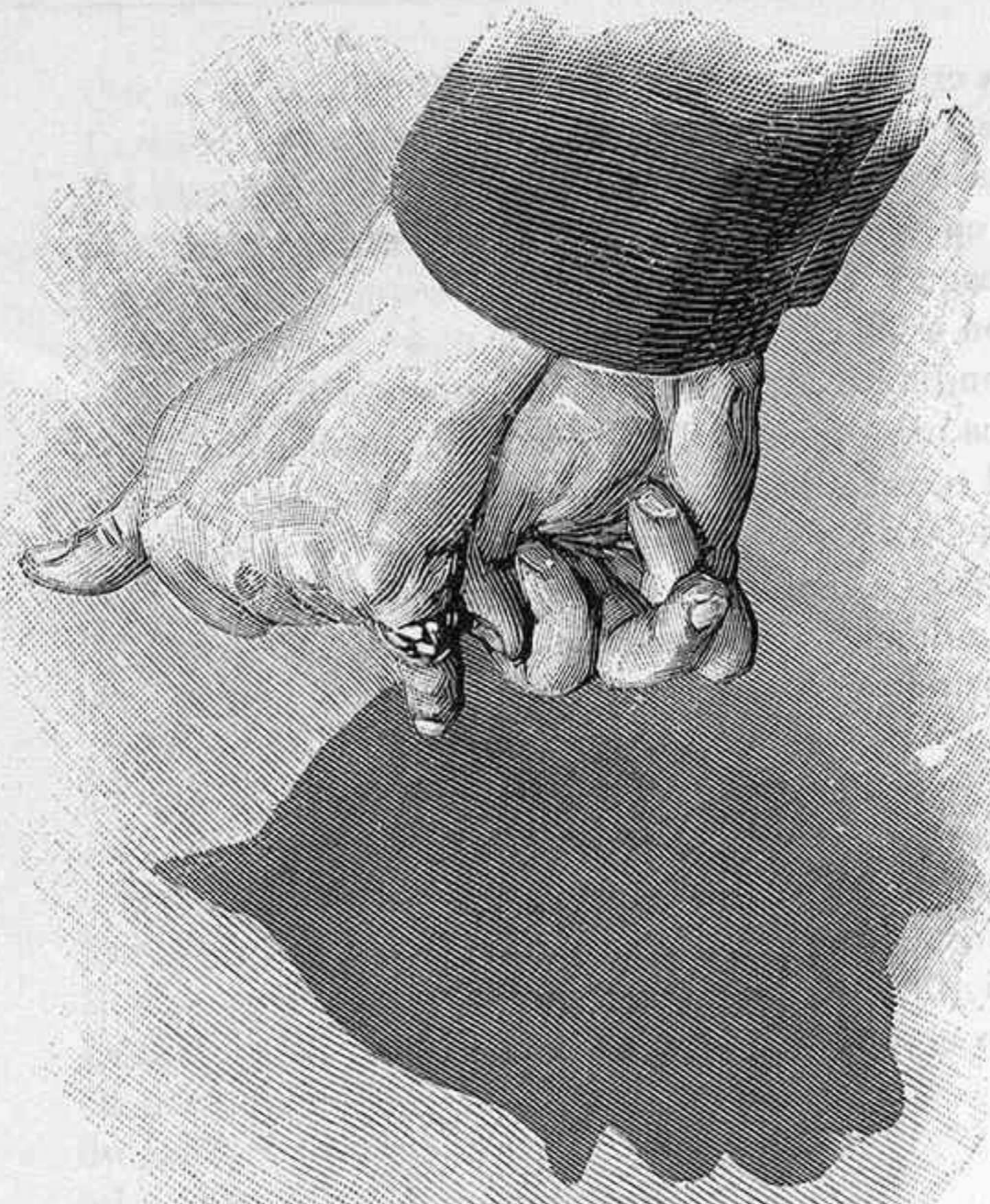


¡Ideales hermosos!.....
¡Religión, arte, fe, lucha, hidalguía!.....
¡Recuerdos de otros tiempos venturosos!.....
Con vosotros murió la poesía.
Apolo mudo á su dolor se entrega,
Y ecos no encuentran en el alma humana
Ni la hermosura de la Venus griega
Ni la grandeza de la cruz cristiana.



Pero no, no es verdad; las musas duermen,
Mas no pueden morir: tarde ó temprano
La espiga brota y fructifica el germen.
La poesía vive; está dormida,
Pero si late el corazón humano
En él está la prueba de su vida.
¿Se acabaron, acaso, los dolores?
¿No hay una aspiración? ¿No hay un anhelo?
¿No hay sonrisas, ni pájaros, ni flores?
¿Tras la verdad el hombre no se lanza,
Ni siente el alma cuando mira al cielo
El beso bienhechor de la esperanza?
¡Ah! la santa poesía
Al mundo descendió como consuelo
En la aurora feliz del primer día,
Cuando del «fiat» á la voz primera
Dios, sacudiendo el polvo de su manto,
Astros y soles derramó en la esfera,
Y durará hasta tanto
Que la noche postrera al ser llegada,
Sin canto el ave y sin rumor la selva,
La voz que sacó al mundo de la nada
Á su seno sin fondo lo devuelva.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



BISMARCK.



GLADSTONE.



EMILIO ZOLA.



GAMBETTA.



LORD SALISBURY.



CRISPI.



ALEJANDRO III.



THILRS.

SOMBRAS.—Por Trewey.

MI CHOCOLATERA

I.

Temprano disfruté yo en este mundo de la felicidad, que aun, al cabo de cincuenta años, gracias á Dios, me dura y acompaña. Al entrar en la juventud recibí en herencia de mi padre la primera fábrica de chocolate, mantecadas, bizcochos bañados, velas de cera, cirios y lamparillas de mi tierra, que es la más afamada de España en el suministro de estas especialidades de sorber, comer y arder; y á poco de tomar posesión de tan dulce y luminoso dominio, me casé con Dominica Vega, la chica más hermosa, más admirada y más pretendida de cuantas muchachas había en mi pueblo y en veinte leguas á la redonda. ¿Cabe mayor felicidad? Si algo necesitaba para que fuese completa, completábase, en efecto, con las ingénitas y naturales condiciones de mi carácter, porque yo era entonces, y soy ahora, por fortuna para mí, el hombre más tranquilo, más sosegado, más satisfecho y más inofensivo é insignificante que hay en el orbe. Rico por mi casa, sin aspiraciones respecto de las ajenas; enemigo, por espontánea repulsión, de la sabiduría literaria y científica; contento con mi inconsciencia; incapaz de entender lo que es política; apegado á mi rincón y á mis rutinas, descansadas, honestas y económicas costumbres; fiel casado, rendido amante é idólatra ciego de mi Dominica; sano de cuerpo, y pacífico, y por consiguiente, equilibrado de espíritu, me encuentro siempre en aquel justo y apacible medio que los bienaventurados desean, y que por la quietud del estado que produce y por la bondad que le es propia, derrama y difunde, en todo momento, las inefables armonías del bien en nuestros pensamientos y en nuestras obras.

He vivido y vivo arrimado á la pared de mi hogar, al resguardo del ábrego glacial, y siempre cara al sol, como las seculares higueras que arraigan en el suelo del patio y sombrean con sus hojas grandes y frescas las ventanas de los aposentos de la familia. Cara al sol, he dicho, y es verdad, porque en la casa donde hay una mujer hermosa y buena siempre está dando el sol de la ventura. ¡Y qué sanos y qué alegres, y con qué limpio color y con qué buena pasta se crían y maduran los hombres, bajo la radiación é influencia amorosa de unos ojos de cielo y de un corazón puro!

Á poco de casados, deseando yo rodear á mi Dominica de

mayores comodidades y satisfacciones que aquellas de que en nuestro pueblo disfrutábamos, imaginé que debiéramos trasladarnos con el establecimiento-fábrica á la ciudad vecina, en la que nuestra parroquia era muy antigua y numerosa, en la que conocíamos á muchísimas familias, y donde mi mujer podría darse una vida, un trato y un tono más en consonancia con nuestros recursos y con sus prendas. Encontraba ella siempre bien y muy ajustado á razón todo cuanto yo discurría; por lo que, sin ponerme objeción ni reparo, aprobé el plan de la mudanza; y, dicho y hecho, al mes justo estábamos soberanamente instalados en la capital de la provincia, Rúa, 48, en casa nueva y muy capaz, con amplio huerto que alcanzaba hasta el barrio de la muralla, con grandes obradores y hornos y lujosa tienda, sobre cuya portalada puse en ebúrneo marco, con letras doradas, este rótulo: CHOCOLATERÍA DE BRAGA. No había que poner más, porque los Bragas, primos de los reyes fundadores de Portugal, é introductores en España de las bragas que aun usan los maragatos, los Bragas mis abuelos cambiaron las armaduras de la guerra y las bélicas costumbres por el mandil, la piedra, el tostador y la cacerola en cuanto llegó el cacao á nuestra patria, y desde hace cuatro siglos hablar de los Bragas en aquella tierra era lo mismo que decir: «Chocolate y mantecadas de la gloria».

Aunque yo era y soy Braga, llamábame todo el mundo «el Chocolatero»; y como Dominica dió también en la flor de decir siempre, cuando á mí se refería, «mi Chocolatero», me pareció lógico corresponder á su expresiva y cariñosa manía llamándola siempre «mi Chocolatera»; y así nos entendíamos y así nos entendemos aún, al través de los años, por más que ya, á decir verdad, casi no hacemos chocolate, porque sólo se fabrica en casa, á brazo por supuesto, lo que nosotros consumimos.

II.

Tiene la felicidad sus eclipses, no por lo pasajeros menos temidos y lamentables, y la nuestra también los tuvo muy grandes, y para nosotros tan inesperados como tremendos. Sobrevino la guerra de la invasión á los dos años de nuestro traslado á la ciudad, y ésta, desmantelada y sin tropas que

Si defendieran, cayó en poder del enemigo. Lo que no supieron hacer los hijos de ella, ni el Gobierno, que fué aprovechar sus especiales condiciones estratégicas y ponerla en estado de defensa, hicieron los invasores, con la recomposición de sus muros, construcción de fortalezas, aprovechamiento de las aguas para los fosos, apertura de trincheras y planteo de grandes líneas de estacadas. En semejantes faenas ocuparon á todos los vecinos que podían trabajar; y con los que no servían para llevar cestos y para manejar el pico ó la pala, con los señores y señoritos, formaron el batallón de voluntarios de la defensa. Á mí me tocó también ser voluntario forzoso, y auxiliar, á regañadiente, de nuestros enemigos. Todo me pareció soportable menos la compañía del enorme fusil de chispa, la última novedad de entonces, que me dieron, para desempeñar mi servicio. ¡Un fusil de veinte libras, á mí, que jamás había tenido en mi casa, ni en mis manos ni siquiera un miserable cortaplumas! Cuando llegué á mi hogar, armado con aquella espantosa máquina, que llevé boca abajo por si se disparaba, y eso que no estaba cargada, cundió entre mi familia y dependientes profundo terror, y, por si iban mal dadas, en bien de la tranquilidad doméstica, lo mandé dejar arrimado al brocal del pozo de la huerta, no de golpe, sino poco á poco, y siempre con el cañón apuntando al suelo. Mandaba las heréticas tropas invasoras, y por consiguiente la plaza, un general de apellido muy enrevesado, á quien en el pueblo habían puesto por mote Perromoro, porque, en efecto, al hablar parecía que ladraba, y porque además tenía un cutis tan áspero y obscuro, que debía ser nieto de los mismísimos demonios del África. No eran más suaves, ni más guapos los que le rodeaban, á pesar de sus charreteras, casacas y pompones. Mandaba en la ciudad á estilo de guerra, sin más ley ni miramientos que su capricho, por lo cual, á pesar de ser pleno verano cuando vinieron, pasábamos tiritando el día y la noche. El servicio de día lo realizaban sus tropas, paseando la muralla, las calles y las trincheras, y el de noche lo hacíamos las compañías de voluntarios, no sólo mandadas por oficiales enemigos, sino salpicadas de cabos y sargentos de la misma ralea, que eran á un tiempo espías y verdugos nuestros. No me valió á mí, para eximirme del servicio, el

regalar á Perromoro cuatro tareas del soconusco más fino, y dos arrobas de mantecadas y seis barricas de Peralta y Carriñena, porque hizo de ello el mismo aprecio que si le hubiera dado los buenos días en vasconce, y tuve que cargar con el fusil como un cualquiera, y acudir de noche á la muralla. En la escuadra de que yo formaba parte, nos tocó de jefe un sargento borracho, á quien llamábamos Pellejo, que era la personificación de la barbarie hecha hombre. No faltaron en la ciudad una docena de traidores, vecinos de ella, gentes ambiciosas y desacreditadas, que por envidia y mal deseo hacia los que éramos bien apreciados, simpatizaron con los invasores, y les sirvieron en su inmunda conducta y les

ayudaron á cometer todo género de maldades. Porque los dirigía un ex señorito tronado, que tenía la cabeza y las manos cubiertas de cierta costra, reliquia de su mala vida pasada, les llamábamos *los tiñosos*.

¡Qué días de congoja y de tristezas fueron aquéllos! Mi Dominica, mi Chocolatera, al verme hecho militar de repente, empezó á padecer unos hipo y ahogos y soponcios, que no la daban punto de reposo; y como por la tierra no parecía el remedio, se encomendó al cielo, y dió en hacer en casa unas novenas á la Virgen de la Concepción, cuya linda imagen guardábamos desde los tiempos de mis tatarabuelos, teniendo siempre encendidos ante ella cuatro cirios rizados para que Dios nos sacase con bien de semejantes apuros. Y puesto que los enemigos andaban por la calle, yo la di orden de

que no saliera de casa, ni se asomara á ninguna ventana ni balcón, imponiéndola el sacrificio, que ella aceptó resignada y gustosa, de no ir á misa, porque, como yo le dije, la misma distancia había al cielo desde nuestro cuarto de la Virgen, que desde la Parroquia, y tan pronto y tan bien llegarían á Dios las oraciones desde una que desde otra parte: cuya noticia y descubrimiento dejó á mi mujer muy satisfecha y contenta en sus escrúpulos de perfecta cristiana.

Á los pocos días de estar formado el batallón de voluntarios, empezaron á bloquear la ciudad multitud de partidas de montañeses amigos nuestros, los cuales, para molestar á los invasores, se acercaban á los muros en cuanto anocheaba y rompían un endiablado tiroteo, que duraba hasta el amanecer. Con esto se hizo bastante peligroso nuestro servicio,



porque las balas no distinguían de bultos, y lo mismo podían atravesar á un enemigo, que á un voluntario. Lo peor de todo fué para mí, que nos obligaron á cargar los fusiles, para contestar á los disparos. Acudí, en efecto, á la formación una noche; nos llevaron al resguardo de unas tapias aspilleras, y el sargento Pellejo dió orden de cargar las armas. Cargábanse entonces mordiendo el cartucho y en veinticinco tiempos. Aunque hubieran transcurrido veinticinco meses yo no hubiera metido mi cartucho en el cañón. Pero se acercó Pellejo, examinó mi fusil con la baqueta, y después de lanzar una sarta de interjecciones de las más redondas, mordió el cartucho, lo introdujo en mi arma, lo atacó con furia, levantó el gatillo de chispa y dejó caer el fusil en mis brazos, diciéndome:

—¡Esta noche ha de quedar vacía la cartuchera!

Temblaban mis piernas, temblaba mi cuerpo, temblaba mi fusil y me parecía que temblaba toda la tierra alrededor mío. Luego, mientras se repetían las descargas de los de fuera, gritaba Pellejo:

—¡Fuego! ¡Valientes! ¡Que no quede uno!

Y nosotros los voluntarios metíamos el cañón por las aspilleras de la pared, y disparábamos; es decir, disparaban, porque yo no me decidí, ¡qué había de decidirme!, á disparar el mío, temeroso de que reventara por la culata y me llevara la cabeza hasta las casas de enfrente. Al retirarme de la aspillerera hacia como que cargaba de nuevo, operación disimulable en la obscuridad; pero en tres veces que Pellejo se plantó delante de mí, no tuve más remedio que cargar de veras. ¡Horror! Aquel fusil me producía el mismo efecto que si tuviera entre las manos una culebra de cascabel. Pasé las horas de la noche yendo y viniendo á la aspillerera y enjugándome el sudor, que á mares corría por mi rostro.

—¡Bien, señor Chocolatero!—me decía Pellejo;—¡así sudan los bravos!

Al amanecer volví á mi casa con cuatro cartuchos dentro del cañón. Cuando mi mujer y nuestro administrador y primer maestro de fábrica, el veterano Molinillo, salieron á abrir la puerta, exclamé:

—¡Apartaos, hijos míos, apartaos, que si se dispara esto, vuela la ciudad!

Les conté lo ocurrido, y horrorizada Dominica, huyó á ocultarse en el desván. En cambio Molinillo, hombre calmado, cogió el fusil, cuyo gatillo continuaba levantado, y con mucho tiento, lo encerró en el cuarto de la canela, poniéndolo boca abajo en un rincón. Después que cerró la puerta miró por la ventanilla de ventilación que tenía ésta en medio, y me hizo que contemplara yo también la temible y tremenda arma, atracada casi hasta la boca. Bajó después Dominica, y bajaron las criadas, y llegó el oficial mayor de la chocolatería, y uno tras otro, todos, se asomaron al ventanillo santiguándose, y miraron con espanto al fusil polvorín, preso en aquel cuarto, donde nadie debía entrar en lo sucesivo.

En vano me acosté luego para restaurar las fuerzas de la noche perdida. No pude dormir, pensando en que otra vez volvería con mi fusil á la muralla. Ni Dominica ni yo pudimos atravesar bocado en el almuerzo; y cavilando acerca de lo grave del peligro que tenía encima, lloramos á lágrima viva. Por indicación de Molinillo determinamos deliberar, reunidos en Consejo Supremo de la Guerra. Era incuestio-

nable, indiscutible que yo tenía que acudir con los voluntarios á la muralla, so pena de la vida, según había dicho el bárbaro Perromoro en un bando. Y era también imprescindible llevar el fusil. Podría comprar otro durante el día, pero además del gravísimo riesgo de que se supiera, resultaría que al amanecer vendría á casa con otros cuatro cartuchos por lo menos en el cañón. Y, en vez de una mina explosiva, tendríamos dos en casa. Molinillo dió con una idea feliz:

—Creo lo más acertado—dijo—quitar al fusil la piedra de chispa, y ponerle en su lugar un cacho de madera del mismo color y forma. Así, señor amo, aunque tire usted del gatillo no se dispararán; y como de noche nadie puede distinguirlo, cumple usted con el servicio, y va usted seguro. Yo arreglaré ahora la piececilla de madera, y la pondré en vez de la piedra.

Aplaudimos la idea, y mientras Molinillo la realizaba, nos salimos Dominica y yo al extremo de la huerta, por si acaso. Con este arreglo ingenioso pasamos el día más sosegados. Cuando por la noche sonó la corneta que llamaba á los voluntarios, cogí sin temor aquel fusil de mis pecados, y me dispuse á salir; pero Dominica, con esa sublime inspiración que las mujeres tienen en los momentos solemnes, me dijo, después de darme el abrazo de despedida:

—¿No te parece que sería conveniente remojar la cazoleta del fusil, para mayor seguridad?

—¡Divino, Dominica, divino! Trae el botijo—contesté.

Y apuntando con el pitón á la cazoleta, dejamos caer el chorro, hasta que quedó bien remojada. Entonces chorreando agua el fusil por el gatillo, el cañón y la culata, lo cogí con cuidado y me fui á la plaza de la formación, con más ánimos y coraje que el Cid Campeador.

III.

Según la orden de la plaza, nuestra compañía no prestaba servicio aquella noche en la muralla, sino que debía quedar de guardia de reserva en la Comandancia militar, esto es, en la Casa de Ayuntamiento, donde el general Perromoro tenía su corte y centro de operaciones. Allí dejamos las armas en el pabellón, y nos entretuvimos pasando el tiempo en amistosa tertulia de vecinos, mientras á lo lejos resonaban las descargas en todo el recinto. Antes de media noche salió Perromoro á recorrer las fortificaciones, acompañado de dos coroneles sus ayudantes, de su secretario íntimo Tiricia, que así le llamábamos por lo amarillo que era, y del jefe de los Tiñosos, el traidor Vendajes, mote que llevaba en el pueblo porque dicen que tenía fajado todo el cuerpo para contener la purulencia que de él brotaba. Los expedicionarios no volvieron á la Comandancia hasta las dos de la madrugada, para cuya hora ya se habían dormido todos mis convecinos los voluntarios de la compañía. Yo también estaba tumbado en mi camastro, pero sin pegar ojo, por lo que me enteré bien de que la comitiva del General regresaba, de que Perromoro se despedía, disponiéndose á acostarse, y de que los demás se reunían en el cuarto de banderas y daban órdenes á los asistentes para que prepararan la mesa de juego y llevaran una docena de botellas de aguardiente de la Nava, señales ciertas de que iba á haber timba



—¿La viuda del millonario Zolón, la de la rinconada?—añadió un comandante de artillería, que no dejaba de sorber aguardiente.

—¡Cá, hombre, cá! Esa corre de mi cuenta, porque me la legó el General—contestó Tiricia, con aire de triunfo.

—¿La señora del mayorazgo de Anguello, la real moza montañesa?—dijo Vendajes.

—¡Ta npoco!—añadió el Secretario.—Ya ha reñido con ella, porque tenía celos de la pañera de los portales de la Plaza Mayor.

—¡Pues, acabe usted, hombre! ¿Cuál?—gruñó uno de los coroneles, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Es un secreto maravilloso; pero antes de revelarlo permitanme ustedes que dé una vuelta por el cuerpo de guardia, porque hay moros en la costa.

Todos callaron; Tiricia se levantó, cogió un farol encendido, y andando de puntillas, vino á donde nosotros estábamos acostados. Pasó la luz sobre los rostros de los durmientes, híceme yo también el dormido aparentando que roncaba como un bienaventurado, y en cuanto el Secretario desapareció, cerrando con cuidado la puerta, me incorporé, me acerqué á una de las rendijas del tabique, apliqué el oído y percibí que Tiricia decía, al sentarse de nuevo entre sus amigos y pronunciando las frases á media voz:

—¡La Chocolatera!

No sé lo que pasó por mí: se agolpó la sangre á mis ojos, sentí que me caía, y me hubiera caído sin poderlo remediar, á no haberme dado fuerza y serenidad el instinto

de la defensa de mi honor. Me mantuve en pie, pegado á la rendija, con las uñas clavadas en la armadura de madera, y vi, y oí, que en medio de las carcajadas de aquella taifa de pillos, decía el Secretario:

—No conocemos ni el General ni yo á la Chocolatera, porque su marido la tiene encerrada desde que entramos en la ciudad; pero aseguran cuantos la conocen que es la mujer más hermosa del mundo.

—¡Cierto que sí; la más hermosa!—añadió Vendajes.—¡Es una mujer divina!

—Pues bien—continuó diciendo Tiricia;—una de las señoras más encopetadas de aquí, la Beatona creo que la llaman, que es la que dirige conmigo la campaña de las conquistas del General; esa, está empeñada hace mucho tiempo en que no hay cosa más superior, ni más digna del buen gusto de nuestro jefe, que la Chocolatera. Ella ha conseguido que una criada entregue á ésta varias cartas.

—¿Y qué, y qué?—aullaron los oyentes.

—Pues nada, que la Chocolatera no contesta; pero, torres más altas han caído.

—¡Por la conquista de la Chocolatera!—exclamó uno de los coroneles, chocando su vaso de aguardiente con los de sus compañeros.

—¡Bien dicho; bebamos á su salud! ¡Por la emperatriz de

y borrasca de largo. Nuestro cuerpo de guardia estaba tabique por medio con el cuarto de banderas, y el tabique en cuestión no era otra cosa que una alta armadura de tablas, forrada de tela y llena de rendijas. Pude, pues, oír, y casi ver, cuanto allí pasaba. Sentáronse los militares y paisanos, salió á relucir el dinero, llenáronse los vasos y se animó la fiesta que, sin duda, se repetía allí todas las noches. Pronto empezaron á vociferar y á reír todos á un tiempo, intercaldando entre las frases horribles interjecciones y barbaridades, que á mí me pusieron los pelos de punta al considerar en qué perversas manos habían caído la gobernación y administración de la ciudad. Los que más gritaban eran Tiricia y Vendajes, y á donde vinieron á parar al fin de muchas ocurrencias y cuentos de subido color, fué á la socorrida y eterna cuestión de la honra de las mujeres.

—Di, Secretario—exclamó Vendajes—¿á quién hace la corte ahora el General? Tú, que eres su hombre de confianza y proveedor, debes saberlo bien.

—¡Oh!—contestó Tiricia—ahora se las arregla con la señora del juez, que es una monada; pero yo me he encargado de que conquiste otra plaza mejor. ¿Á que no aciertan ustedes cuál?

—¿La hija del Conde de Meruelo?—preguntó uno de los coroneles.

—¡Cá! Á esa ya la dejó hace tiempo—repuso Tiricia.

las hermosas! ¡Bravo, bravo!—contestaron los de la taifa.—
¡Viva nuestro General!

Al sentir con aquellas voces la inminencia del peligro en que me veía, deploré el no haberme acostumbrado á manejar las armas, porque aquella era la ocasión propicia para enfilarse mi fusil por la rendija y disparar de un golpe los cuatro cartuchos en medio del corro, y concluir con algunos de aquellos infames. Pero ¿cómo disparar con el gatillo de madera y con la cazoleta remojada? Ya no quise oír más de lo que la canalla decía; me tumbé en el camastro y creí volverme loco, forjando mi plan de defensa. Era preciso, imprescindible, que yo no volviera á salir de mi casa, para poder guardar constantemente á mi Dominica, y perecer en su defensa si fuese preciso. Y ¿cómo hacerlo? No había más medio que pretextar un viaje; y es claro, el General me concedería muy gustoso el permiso, sólo por librarse de mi presencia. Una vez encerrado en mi casa y sin obligación de acudir á la guardia, yo conseguiría, á fuerza de dinero, poner á Dominica á salvo en la montaña. Después, después ya no me importaría nada de nada; diría que estaba de regreso, cogería el chopo y vuelta á la muralla. No encontré otro medio de librarme de los implacables enemigos que me rodeaban.

Vi al General á la mañana siguiente, el cual me recibió con el cariño más fino é hipócrita que cabe en pecho humano, como se recibe á la pobre víctima que se va á sacrificar; y una vez enterado de mi proyecto del viaje, lejos de poner obstáculo alguno, me ofreció todas las facilidades necesarias para que lo realizara, y las cuales no acepté, porque como él sabía muy bien, yo podía andar muy seguro por toda aquella tierra. Frotóse el General las manos de gusto al ver que yo mismo le dejaba la plaza abierta y desmantelada, y comunicó tan satisfactoria nueva á su secretario, quien poco menos que brincó de gozo, al saberla. Mi supuesto viaje debía verificarse al día siguiente de nuestra entrevista. Recibí el pase correspondiente y la orden de enviar al capitán de mi compañía, ó al sargento Pellejo, el fusil, municiones y correaje que había recibido, debiendo entregarlo todo, en perfecto estado de conservación. ¡Otra vez se cernía sobre mi existencia, como un amenazador espectro, el fusil con sus cuatro cartuchos! ¡Era preciso devolverlo descargado, limpio y entero! ¡Qué horrible compromiso! ¿Compraría otro? ¡Imposible! El recibo que dí de mi fusil tenía escrito el número que éste llevaba grabado en el cañón.

Con tan hondos y múltiples temores entré en mi casa después de esta entrevista con Perromoro.

IV.

No pude decidirme á referir á Dominica una sola palabra acerca de cuanto había oído, ni la hice la menor alusión respecto á los infernales propósitos del General. ¿Para qué? ¿Qué necesidad tenía su purísimo corazón de conocer siquiera que otros hombres se ocupaban de ella! ¿Á qué manchar aquella alma candorosa y honrada con la más leve ráfaga de impureza, contándole que su hermosura había encendido menguados deseos en criminales pechos? ¿Para qué

rebajarla desde la serena y limpia altura en que siempre vivió con su sencilla conciencia, al nivel del rastrero fango del mundo, pronunciando ni una sola frase, que empezara á conmovérsela y la derribara? Callé, pues; aparenté serenidad, y la dije que el capitán de mi compañía me había concedido permiso para no prestar servicio en dos semanas. Después, con todo sigilo, bajé á uno de los almacenes retirados, llamé á la criada, que solía salir más á menudo á hacer los encargos, y la pregunté:

—¿Dónde están las cartas que D.^a Plácida la Beatona te ha dado?

—Señor—contestó la muchacha riendo—en mi cuarto las tengo.

—¿Por qué las recibiste?

—Pues porque D.^a Plácida dábame un duro para mí, con cada una.

—¿Y tú pensabas entregarlas á tu ama?

—¡Para qué, señor, si no sabe leer!

Á pesar de mi violenta situación, me hicieron reír la mezcla de sencillez rústica y de picardía de la muchacha, y la verdad que acababa de decir: porque mi mujer, como muchísimas de las señoras de aquel tiempo, no sabía leer ni escribir. Conste, pues, que no se había enterado de los propósitos de Perromoro, y que ni siquiera sabía que semejantes cartas llegaban á su casa.

Por mi orden, me las entregó todas la doméstica, y excuso decir que no cometí la bajeza de leerlas. Las quemé sin abrirlas.

—¿No te ha preguntado D.^a Plácida si tu ama recibía las cartas y si te decía algo de ellas?—dije á la muchacha.

—Sí, señor; y yo le contesto siempre que se las dejo sobre su cómoda, y que mi ama no me dice nada. Ya ve usted, señor, ¡por cada mentirijilla de éstas, un duro!

—Vaya, pues, por ahora no saldrás de casa en un par de meses, y si aquí hablas con alguno acerca de estas cartas, no saldrás nunca viva, porque te retorceré el pescuezo.

—Bien, señor, como usted guste—repuso la chica;—pero, ¡por Dios, perdóneme, que yo no lo hice con mala intención, sino por los durillos que me ganaba!

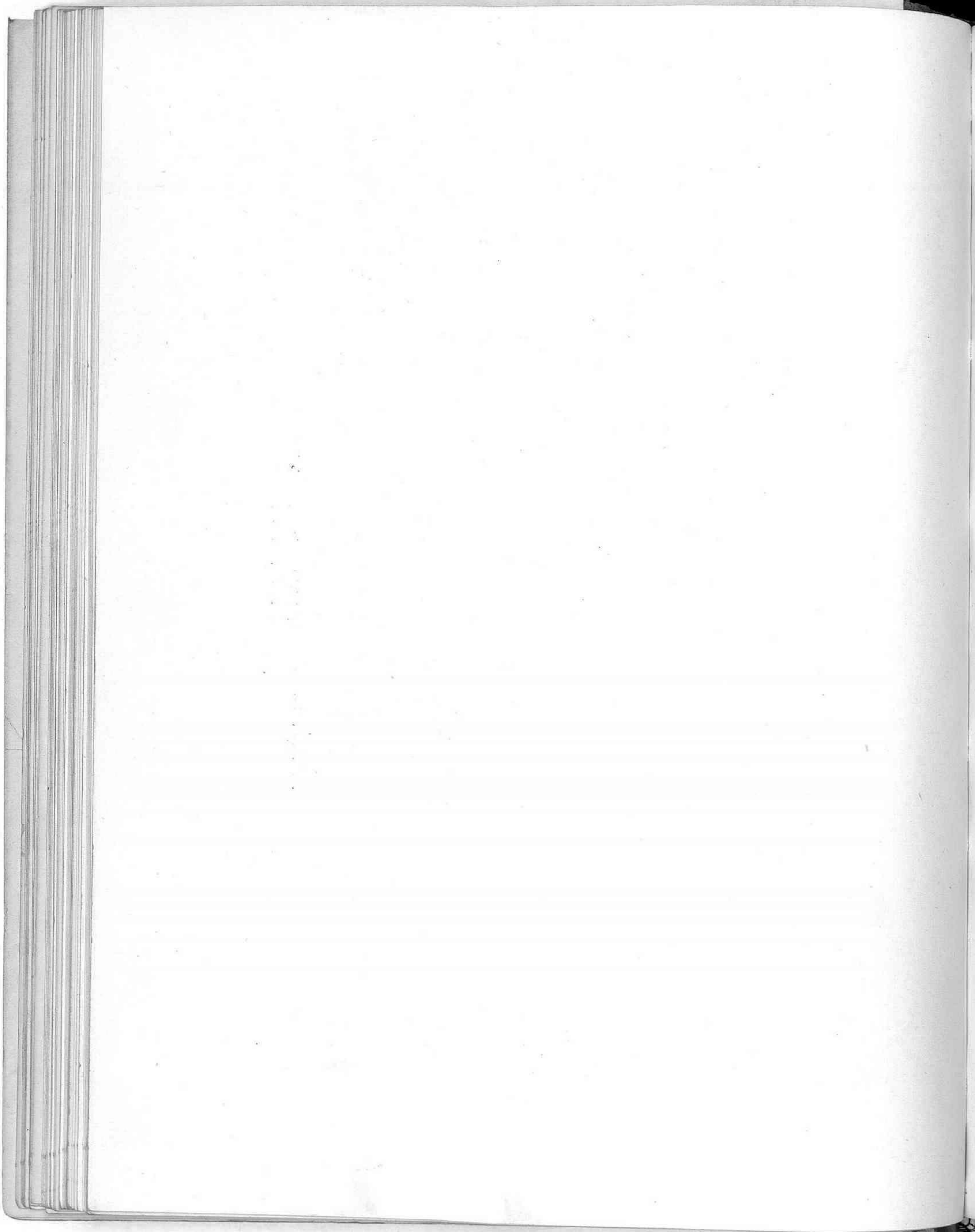
Durante el día siguiente, para el que había anunciado mi marcha el General, me ocupé con Molinillo de la manera más hábil y menos peligrosa que podríamos encontrar para descargar el temido fusil. Convinimos en que la hora más apropiada sería la media noche, cuando más recias y frecuentes eran las descargas que se cruzaban entre los defensores de la muralla y las partidas de fuera. En medio de aquel estruendo, nuestro disparo pasaría desapercibido. Pero ¿quién disparaba semejante carga? ¿Dónde lo disparábamos? ¿Á dónde irían á parar los proyectiles? En discutir estos puntos pasamos Dominica, Molinillo y yo unas cuantas horas. Al fin convinimos en que, no aquella noche sino la siguiente, sujetaríamos el fusil á los balaustres de la escalera que baja del comedor á la huerta, y que ataríamos un largo cordel al pie del gatillo, para tirar de él, desde el segundo piso de la casa, para hacer así el disparo sin peligro alguno.

Por la noche mandé montar en una mula á uno de mis obreros de confianza, vestido con mi ropa de viaje y envuelto en mi capa; le dí el pase del General, un bolsillo bien repleto, y bien claras instrucciones, y se largó por la ronda



LA SOPA EN EL CONVENTO.—CUADRO DE J. BENLIURE.

(De fotografía de A. Tivoli.)



obscura, á salir de la ciudad por un portillo, cuyo guarda recogió, como por casualidad, dos onzas de oro que el obrero tiró al suelo al atravesar la puerta. Un cuarto de hora después recibía el General este aviso, transmitido por el cabo de aquella ronda: «El Chocolatero salió sin novedad á las once y media.»

—¡Mío es el castillo!—exclamó Perromoro al leerlo:— ¡mañana prepararemos el asalto!

En tanto mi Chocolatera, inocente paloma, ignorante de todo, seguía en su tranquilo y ameroso palomar animán-

admirable me parecía en efecto, aquella Chocolatera de mis entrañas.

No eran sus hermosos ojos negros, instrumento desvergonzado de pasión y combate, de esos que cuando miran se clavan como víboras rabiosas en el corazón de los hombres, sino plácidos, serenos, de los que difunden la paz y la alegría donde quiera que miran. De ellos, más que de otra parte de su persona, irradiaba la luz de aquel perpetuo sol de ventura que he dicho que resplandecía en mi hogar, y me parecía á mí, y aun me sigue pareciendo, que al posarse con



Mandy Bringu



dolo, arrullándome con sus caricias, atenta al cuidado del hogar, que tenía convertido en una tacita de plata, sonriente siempre, siempre feliz y sin más preocupación que la de ver contento á su Chocolatero. Muchas veces mirándola, y pensando en el peligro que teníamos sobre nuestras cabezas, y especialmente yo sobre la mía, se me ocurría preguntarme para mis adentros:

— Pero ¿es verdad que es tan hermosa?

¡Y cuanto más despacio y más fijamente la miraba, más

cariño en las personas y en las cosas que la rodeaban, á todas comunicaba cierto calor y vida de satisfacción que todo lo armonizaba, inundando de bienestar, y atrayendo hacia su persona, inextinguible suma de ternuras y de simpatías. Aumentaban el atractivo de su dulce y angelical mirada el cutis limpio, blanco y rosa de su rostro, su esplendorosa frente orlada por sencillos rizos, oscuros como la mora y como la mora recogidos, apretados y lustrosos; y daban extraordinaria dulzura al conjunto los hoyuelos de sus carrillos, su car-

mínea, correcta y fresca boca sonriente siempre, y los lindos, iguales y nacarados dientes, que dejaba ver, y entre los cuales, al compás de la sonrisa, parecía querer asomar de cuando en cuando, cual botón de rosa, la lengua, como para impulsar con las palabras el sano y perfumado aliento que brotaba de los misteriosos y ocultos adentros de su naturaleza. Y en toda su propia hermosura, jamás convertida por ella en culto ante las fantasías egoístas y vanas del tocador, que no tuvo que añadir un ápice á tan ricos detalles, el aspecto de su persona era, como su mirada, inocente, sencilla y casta, y, por lo mismo, asombrosa y arrebatadora, sin que ella, ni yo, ni nadie tuviéramos que recordar, por fortuna, que la hubieran eclipsado, ni por un instante siquiera, ningún mal pensamiento, ninguna idea repulsiva, ninguna frase dudosa, ningún atrevimiento imposible en quien, como ella, del regazo amoroso de sus padres, y del retiro patriarcal de su casa solariega de Fuentecillas, pasó á la mía, contenta, radiante y pura, cual dice que pasaban antes los querubines de una á otra región del cielo. De cómo la naturaleza la había modelado en su esbelta, airosa y arrogante traza nada diré, porque este tesoro, aunque de todos era presumido y adivinado, á nadie le fué dado contemplarlo más que á mí, y puesto que para mí lo guardaron Dios y mi buena suerte, bien me guardaré yo de sacarlo á la plaza de la curiosidad, á la que no estaba, felizmente, destinado, y en la que ni hizo, ni hará falta ninguna. Sólo si añadiré que, aunque tal era su belleza física tan celebrada, fué y es muchísimo mayor su belleza moral, verdadero valor de las mujeres, tanto más inapreciable y grande cuanto más hermosas son; cuyo gran mérito, muy raro en este pícaro mundo, las hace, más que la hermosura, acreedoras á la universal admiración, y dignas del más envidiado y envidiable respeto.

¡Y aquella prenda de todas las gracias y de todas las virtudes iba á caer en manos del inmundo Perromoro, y tal vez de sus asquerosos compañeros! ¡Imposible! Preferiría yo perder mi casa, mi fortuna, mi salud y mi vida, todo, en fin, antes de que tal sucediera.

Pensando en estas amargas se me pasaban las horas, cuando Molinillo vino á decirme que ya estaba puesta la piedra de chispa en el gatillo, y el fusil en el arambol de la bajada del jardín, y que sólo faltaba atar la cuerda, en cuanto anocheciera. Encomendándonos á todos los santos atamos la cuerda, después de haberla dejado caer desde las ventanas de la galería del segundo piso. Dominica, al parecer tranquila, se reía como una loca, pensando en el ruido que iba á meter el disparo y en que el peligro de que volara nuestra casa iba á desaparecer.

Mi mujer pasó las últimas horas de la tarde en hacer que las criadas recogieran la ropa blanca, que en aquel día hermoso habían puesto á secar en las ventanas de los dos pisos de la casa, por la parte de la huerta, donde daba de plano el sol de la tarde. Cenamos luego, y nos sentamos á rezar el rosario, y á tomar el fresco en la galería, acompañados de Molinillo, esperando á que se hiciera la hora de tirar del cordel.

Entretanto, según supimos andando el tiempo, el general Perromoro y su ayudante Tiricia, así que dieron las diez de la noche, se dirigieron al barrio de la huerta, que daba á la trasera de nuestra casa, y con todo sigilo, corriéndose por los callejones de las casas de los labradores se fueron arri-

mando hacia la tapia de mi posesión. La noche estaba obscura como boca de lobo; sonaban las descargas sin interrupción, y ni un solo bicho viviente se movía en aquellos lugares. Perromoro caminaba á tientas guiado por Tiricia, que había hecho un estudio detallado del sitio, de mi huerta y de mi casa.

—Creo que esto marcha á maravilla —dijo el General;— esa mujer, esa Chocolatera es muy larga; ella ha debido inspirar á su marido la idea del viaje, y el inocente ha caído en la trampa. Pero vea usted, amigo secretario, lo que son las mujeres, aunque parezcan unas santas.

—¿Qué es ello?—dijo Tiricia.

—Pues nada; en una de mis últimas cartas decía yo á doña Dominica que cuando resolviera recibirme, pusiera como señal, en la galería que da á la huerta, una prenda de ropa blanca, y ya ve usted, según mi asistente Chaumenfroth me ha avisado hoy, no sólo ha puesto una prenda, sino que ha llenado de ropa todas las ventanas. ¿Qué le parece á usted?

—¡Que las mujeres son el mismo demonio, y que esto es hecho! Pero ella ¿le ha contestado á usted alguna vez?

—Nunca; lo cual que se comprende, porque á estas gazonías no les gusta comprometerse.

Mientras hablaban avanzaban, saltando zanjas y pedruscos, hasta que al fin, recorriendo con cuidado la tapia, se pararon ante un esquinazo que estaba un poco derruido, en cuyo momento dijo Tiricia:

—¡Por aquí!

Y haciendo hincapié en los agujeros de la pared, se encaramó y puso á caballo sobre la tapia; dió la mano al General, que se encaramó también, y juntos saltaron á la huerta, sin que el ruido se notara, porque lo ahogaban las descargas de la muralla.

Eran las once y media, poco ó más ó menos, entonces. Molinillo, impaciente y pensando sólo en irse á dormir, me decía de cuando en cuando:

—Señor, ¿tiro de la cuerda?

—Espera un poco, hombre, contestaba yo temeroso siempre del estrépito que iba á producir la descarga.

Y al cabo de diez minutos repetía:

—¿Tiro?

—¡Yo tiraré!—exclamó en broma Dominica;— venga el cordel.

Y dicho y hecho: Molinillo puso el cabo en sus manos, y mi Chocolatera dió un soberbio tirón, cuando precisamente Perromoro y Tiricia llegaban agachados, por entre los árboles, al centro de la huerta.

El estruendo fué horrible, y los proyectiles, perdiéndose en el espacio, fueron á dar yo no sé dónde. Cerramos la ventana, y hasta contuvimos la respiración para escuchar lo que pasara después. Nada pareció que pasaba, sino que, allá á lo lejos, se quejaba alguno.

En efecto, sorprendidos por la tremenda descarga que partió de nuestra casa, el General y su secretario echaron á correr asustados, y al saltar la tapia por donde pudieron dar con ella, cayó Perromoro en una zanja, entre los pedruscos, y se rompió una pierna. También rodó Tiricia, rozándose la piel de la cara y de las manos. El General, agobiado por los dolores, empezó á dar espantosos alaridos, que eran los que nosotros oíamos; y al escucharlos los vecinos labradores de

aquel barrio acudieron en buen número, así como un pelotón de la ronda, levantaron al herido, y lo trasladaron en una silla á la Comandancia general.

Al día siguiente, cada cual comentó la noticia; y los tertulios del cuarto de banderas, enterados por Vendajes, se encargaron de explicarla diciendo, que Perromoro había intentado asaltar la casa de la Chocolatera, y que ésta le había metido dos balazos en el cuerpo. Toda la ciudad lo creyó, y mucho más cuando Molinillo, acosado por las preguntas de los curiosos, dijo:

—Ni mi ama, ni yo presumíamos que el General anduviera por el huerto; pero la verdad es que ella hizo el disparo.

No hay para qué ponderar el entusiasmo que semejante ocurrencia, mal interpretada, levantó entre los patriotas del vecindario.

Providencialmente, mientras Perromoro yacía en cama, con la pierna rota, y casi sin poderse mover ni acudir á la defensa del pueblo, ganaron nuestras tropas la batalla de Torremocha, y pocos días después entraron triunfantes en la ciudad. La noche antes huyeron los invasores llevándose al General en un carro, y con ellos se fueron Vendajes y los Tiñosos. El nuevo concejo que se nombró acordó, como primera medida, pasar á felicitarnos por haber contribuído tan directamente á la salvación de la plaza, y dió á nuestra calle el nombre de *Dominica Vega de Braga*, «¡la heroína de la ciudad!»

Mi mujer estaba entonces, y aun está, como quien ve visiones, sin entender una palabra de lo que ocurría, ni de la causa de los honores que se la tributaron, por más que en

crónicas, historias, coplas y romances se contó su hazaña.

La verdad es que sin comerlo ni beberlo, y sin haber puesto nada de nuestra parte, nos libró Dios de una catástrofe y nos hizo famosos.

Cuando el Rey, enterado del suceso, me ordenó que pidiera la merced que quisiera, sólo pedí, que nombrara superiora del convento de Santa Clara de Santiago de Chile, con orden de que jamás pudiera salir de él, á D.^a Plácida la Beaton, como así lo hizo. Respecto á mi muchacha, la de las cartas, á su tierra se fué para no volver más.

Han pasado cuarenta años, y como hoy se ha dado en la manía de celebrar tantas fiestas y aniversarios, que no son, en general, más que excusas para holgar y beber vino, nuestra ciudad acordó celebrar la fiesta de su liberación con tres días de ceremonias, cabalgata y holgorio, y con la colocación del busto en mármol de mi Dominica en la sala del Ayuntamiento. El Alcalde me encargó que escribiera la relación de aquellos sucesos, y yo he escrito la verdad, que aquí va consignada, como testimonio leal de la verdad, y en descargo de nuestra conciencia. Pero ¡vaya usted á convenecer á un pueblo patriota y entusiasta, que desea tener sus héroes correspondientes, de que nosotros no hicimos lo que el vulgo cree!

Todo el mundo está conforme con que el busto en mármol de mi Dominica guarda bastante parecido; pero insisten en que ella es mucho más hermosa. Y es verdad; no hay escultor, ni pintor capaz de retratar á *mi Chocolatera*. ¡Y esta sí que es una verdadera honra y gloria para nosotros, y no la de la salvación de la plaza!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



FILOSOFÍA

Un filósofo ha afirmado
Que no hay nada, y es verdad,
Tan hermoso y tan sagrado
Como un cielo despejado
Y una firme voluntad.

Y para ti mi ternura
Los ha unido en lazo fuerte;
Que es compañera segura
Del cielo de tu hermosura
Mi voluntad de quererte.

RICARDO J. CATARINEU.



VALENCIA.—LA PLAZA DE LA CATEDRAL.

(De fotografia de Hauser y Menet.)

LA VOCACION DE PILAR

1.

—Buenas noches, señor cura.

—Felices, Juan. ¿Qué es de ti?
¡Gracias á Dios!

—Vengo aquí

Á decirle la amargura
Que tengo en mi corazón.

—Hombre, cuéntame. Eso es grave.

—Señor cura, usted no sabe
La causa de mi aflicción.

—Siéntate, y puedes hablar,
Que ya con calma te escucho.

—Que estoy muy quejoso, mucho,
De mi chica.

—¿De Pilar?

¡Si es una santa!

—¡Si! ¡Si!

—¡Si á todas horas la veo
En la iglesia!

—¡Ya lo creo!

¡Pues si no sale de allí!

Ese es el mal.

—¿Cómo el mal?

—Perdone usted, señor cura;

Pero á mí se me figura
Que no es muchacha formal
La que tiene esa manía,
Y deja solo en su casa

Al padre enfermo, y se pasa

En la iglesia todo el día.

Primero es la obligación

Y la devoción después.

—Tienes razón. Así es.

—¡Claro que tengo razón!

Su madre, mi Nicanora,

Que en gloria esté.....

—¡Dios lo quiera!

—Usted la conoció. Era
Muy buena y muy rezadora.

Mas nunca su devoción

Tuvo nadie que tachar,

Pues nunca llegó á faltar

La pobre á su obligación.

Pero á la chica le ha entrado

Tanta religiosidad,

Que me tiene, la verdad,

De un humor endemoniado.

—Vamos, hombre, ten más calma.

—La tengo; pero se explica

Mi disgusto. Yo á la chica

La quiero con toda el alma,

Y aumenta mi sentimiento

El temor de que Pilar,

Si sigue así, va á acabar

Por meterse en un convento.

—Si su vocación es esa,

Debes resignarte.

—¿Yo?

¡Quiá! ¡No señor! ¡Eso no!

¡Ni aunque la hagan abadesa!

Quiero á mi chica á mi lado,

Y casada y muy dichosa.

Mi fortuna no es gran cosa,

Mas para ella la he formado.

Pensando en mi Pilarcita

Sin descanso trabajé,

Y hoy que, por dicha, logré

Mis ahorros, mi casita,

Mi huerto del Castañar,

Mi molino del Peñón,

Y mis dos vacas que son

Las mejores del lugar,

¿Voy á permitir que todo

Vaya á parar á cualquiera?

¡Quiá! ¡De ninguna manera!

¡No señor! ¡De ningún modo!

Yo no pretendo impedir

La devoción de mi hija.

No está bien que yo le exija

Lo que no debo exigir.

Rece, pues religión tiene,

Y póngase bien con Dios,

Y que oiga una misa, ó dos,

Y hasta tres, si á mano viene;

Pero estarse, la verdad,

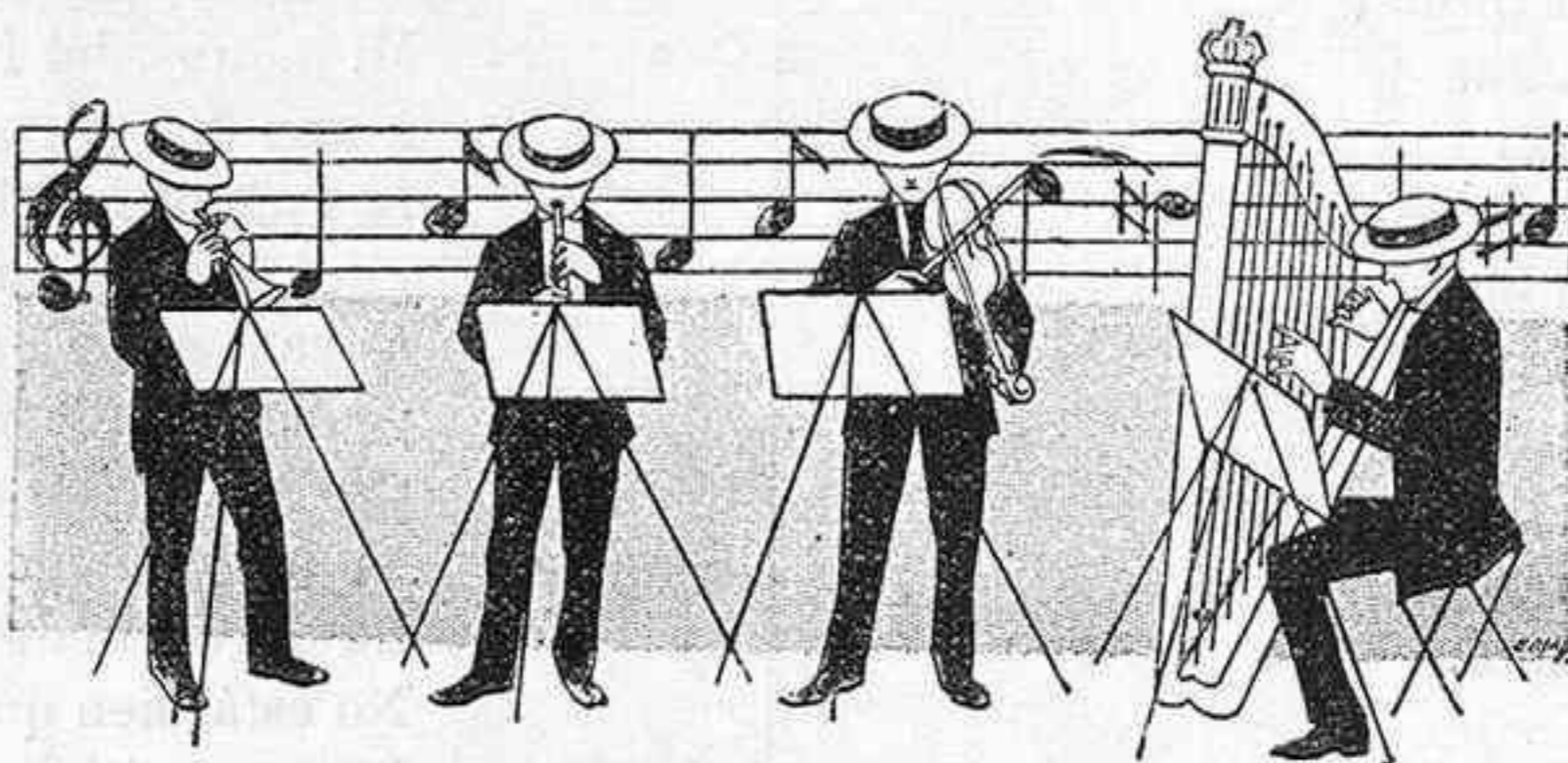
En la iglesia todo el día,
Esa ya es una manía,
¡Es una barbaridad!
—Tienes sobrada razón;
Bueno que la chica rece,
Pero cierto que merece
Tu paternal reprensión.
Si así falta á su deber,
Ríñela, mas con dulzura.
—¿Yo reñirla? ¡Ay, señor cura!
¡Si es que eso no puede ser!
Yo comprendo que es muy buena,
Y si empiezo á regañar,
De fijo se echa á llorar,
Y á mí me da mucha pena.
Por eso quiero que usted
Que tanto talento tiene
Le diga lo que conviene....
—Corriente, yo la hablaré.
Veré si su vocación
Es de monja ó de casada.
—¿De casada? ¡Qué bobada!
¡No es esa su inclinación!
—¡Quién sabe! Acaso Pilar....
—¡Ojalá que fuera así!
—Bueno, déjame tú á mí,
Que yo lo he de averiguar.
—¡Los santos son sus encantos!
Si anoche cuando dormía
La pobrecita decía:
«¡Santos! ¡Santos! ¡Santos! ¡Santos!»
—¿Sí, eh? Tengo una sospecha....
—¿Qué?
—¡Nada! Puedes marchar.
Creo que vas á lograr
Ver tu ambición satisfecha.
—¿Cómo? ¡
—Que se me figura

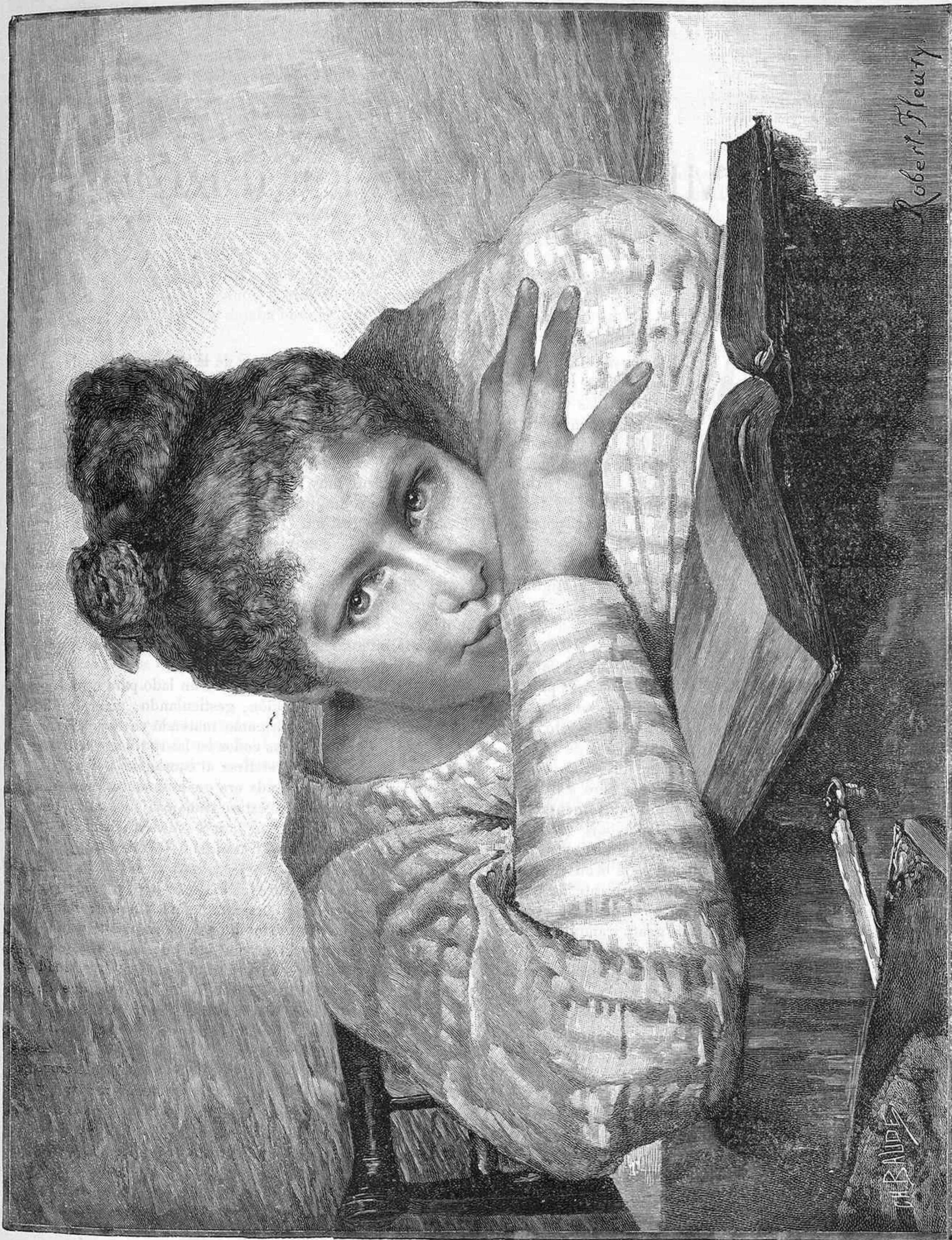
Que no es mi sospecha vana.
Adiós, Juan. Hasta mañana.
—Buenas noches, señor cura.

II.

—Escucha, y cese tu pena,
Pues he mandado á llamarte
Porque tengo, Juan, que darte
Una noticia muy buena.
—¿Es posible?
—Sí, señor.
—¡Ay, señor cura!
—Ya he hablado
Con Pilar, y ha resultado
Que es verdad lo de su amor.
—¿Amor divino?
—¡Quiá, hombre!
Amor humano y terreno....
Y el novio que elige es bueno.
—¿Cómo novio?
—No te asombre.
Hoy he podido observar
El amor que tu hija siente;
Conozco perfectamente
La vocación de Pilar.
Ya sé por qué esa manía
De salir tanto de casa,
Y ya sé por qué se pasa
En la iglesia todo el día.
Serán los rezos su afán
Y los santos sus encantos;
Pero ten presente, Juan,
Que ella no vive sin Santos....
¡Sin Santos el sacristán!

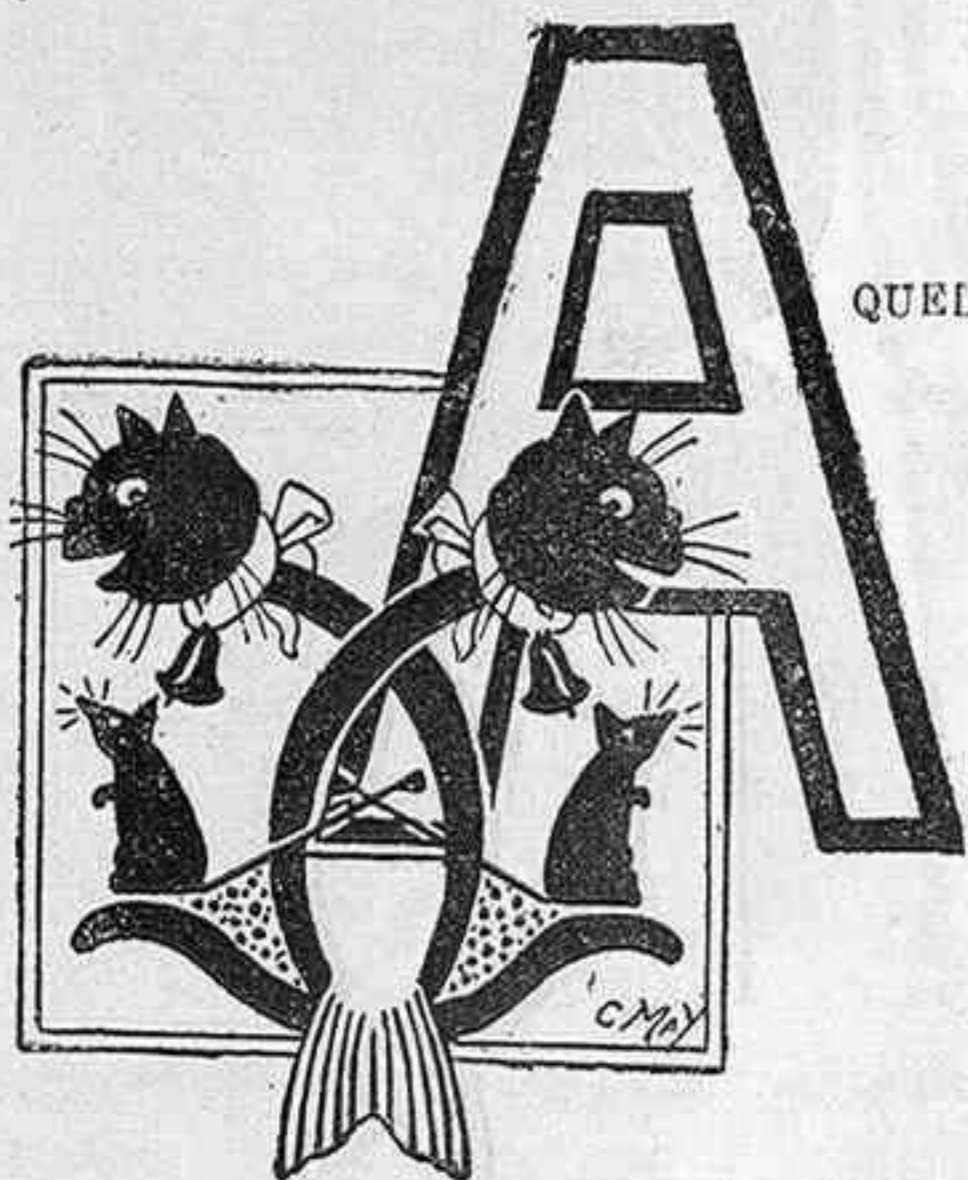
VITAL AZA.





SOÑAR DESPIERTO.—CUADRO DE FLEURY.

LO MEJOR DEL HOMBRE



QUELLA casa era el verdadero tipo de las grandes y destartadas viviendas que para familias burguesas se hacían en Madrid á principios de siglo, con sus habitaciones altas de techo, espaciosas, papeles de ramos y florones, pasillos laberínticos, balcones con postiguillo, puertas de cuarterones

pintadas al temple, y ladrillos que se deshacían en sucio polvillo rojo. Tenía cada piso cuartos con vistas á la calle y otros interiores más baratos, cuyos huecos daban á un anchuroso patio empedrado de cantos lisos, con pozo en el centro, pila para lavar, y en los cuatro ángulos otras tantas parras que trepaban por los muros hasta el tejado.

De este patio recibía también luz mi cuarto de trabajo. En los comienzos de vivir allí, como era invierno, el balcón estaba casi constantemente cerrado; pero á fines de Mayo comencé á dejarlo abierto algunos ratos mientras escribía. Entonces observé que en la planta baja vivían un sillero ambulante, que remojaba en la pila sus mimbres y eneas; una echadora de cartas, en busca de la cual acudían muchas criadas de servir, y un viejo, fabricante de alambreras, ratoneras y rosarios, que por su aspecto recordaba mucho al *Menipo* de Velázquez; toda gente tranquila y bien avenida.

El cuarto interior situado frente al mío tenía dos balcones con los vidrios de la parte inferior, á falta de visillos, embadurnados de blanco, y algunos que se habían roto, sustituidos con papeles ó cartones, indicando juntamente la pobreza de los inquilinos y su deseo de evitar miradas ajenas.

En el suelo de uno de los dos balcones estaban casi todo el día jugando dos niños, que se entretenían haciendo castillos ó casitas con unos zoquetes de madera de los que sobran al serrar listones; y de cuando en cuando, para mandarles callar si levantaban la voz, pero más á menudo para besarles, se asomaban también dos mujeres: una anciana, muy gruesa, y otra de apenas treinta años, alta, pálida, de belleza prematuramente ajada, en quien contrastaban,

inspirando lástima, la elegancia de la persona y la pobreza del vestido.

La fisonomía y continente de ambas les daban por señoras, y su apacible tristeza decía, sin permitir dudas, que soportaban con paciencia y decoro alguna gran desgracia. La de más edad no se movía de casa: á la joven se le veía salir diariamente muy temprano, ya con una cesta pequeña al brazo, ya con un gran pañuelo de los que se usan para llevar labor de costura.

Con ellas y los niños vivía también un hombre de á lo más cuarenta años, alto, de buena figura y aspecto inteligente. Al principio, no viéndole nunca ocupado en cosa que pareciese trabajo, me fué antipático, imaginando que pudiera ser, en vez de sostén y amparo, carga y enojo de aquellas infelices; pero tardé muy poco en comprender que me había equivocado.

Aquel hombre andaba siempre de un lado para otro, inquieto, en constante agitación, gesticulando, manoteando y hablando solo, hasta que como mareado se dejaba caer en una silla, y apoyando los codos en las rodillas y la barba entre las palmas, parecía rendirse al cansancio físico y la pesadumbre moral. Su mirada era generalmente vaga, insegura, voluble, cual si le costase trabajo fijarse en lo que le rodeaba; pero á veces, de pronto variaba, haciéndose dura, tenaz y amenazadora. Entonces daba miedo.

Un día, sin que las mujeres lo notaran, les vi lavarle la cara y las manos, y peinarle; después le vistieron: por cierto que sus ropas, aunque completamente destrozadas, debieron de ser buenas y sin duda hechas para él: finalmente, le acariciaron y besaron al igual de los niños, mostrándose en medio de aquella ternura, más por la diversidad de los halagos que por la diferencia de edades, que de aquellas dos desdichadas una era su madre y otra su mujer.... Al poco rato, en un momento que le dejaron solo, salió al balcón y volcando la tierra seca de un tiesto, hizo como que se lavaba las manos mejor que ellas lo hicieron.

Las vocecitas de los niños, el ruido que causan zorros y escobas en ratos de limpieza, y el rumor metálico de una máquina de coser, eran todas las señales de vida que daba aquella pobre gente, cuyo aspecto fino y miserable henchía el corazón de pena.

Cierta calurosa noche de Julio, al retirarme ya muy tarde, casi de madrugada, entré á obscuras en mi cuarto, cuyo balcón estaba abierto. Mis vecinas tenían el suyo en-

CÓPIA DE BERNARDO - CARRER DE L'ESTRELLA

tornado, y por el estrecho espacio que dejaban libre las vidrieras vi á la joven sentada ante la máquina de coser, sobre la cual tenía puesta una lamparita de petróleo que le inundaba de claridad el semblante.

Quedé inmóvil para no meter ruido, y me deleité en contemplarla. ¡Qué hermosa debía de haber sido, y qué cruel estrago hicieron en ella las privaciones y el dolor! La actitud del cuerpo y la endebles del traje dibujaban su figura casi como si estuviera desnuda: parecía una Venus, pero ajada, enfermiza; y á modo de contraste con lo que tenía de sensual su hermosura, en su fisonomía, severa y casta, se retrataba el pesar hondo, pero tranquilo, de la Virgen cristiana. Toda era palidez y ojos; palidez mate, levemente dorada, de mies poco madura, y ojos hermosísimos cercados de livor intenso que los dejaba envueltos en una sombra de tristeza.

Por bajo de la falda negra y raída, entre los hierros de la máquina, asomaban sus pies finos y bien formados, cuya elegancia no podían bastardear unos groseros zapatos de tela gris. Hubo un momento en que, inclinándose hacia adelante, pareció dormirse; mas en seguida se rehizo, y moviendo los dedos en un vaso de agua que tenía al lado, se humedeció los párpados.

Compasivo y embobado la contemplaba yo, cuando abriéndose de pronto una puerta, apareció la señora vieja en paños menores, medio desnuda y alterado el rostro, figura al mismo tiempo dramática y grotesca, diciendo cariñosamente enojada:

—Julia..... te estás matando..... anda..... anda á dormir.

—Hacia falta—repuso la joven.

Luego dejó la labor, cerró el balcón y ambas se retiraron llevándose la luz.

Serían las tres ó las cuatro de la tarde del día siguiente, en que por cierto el calor fué inaguantable, cuando comenzaron á sonar grandes y destempladas voces de hombre furioso, que decía:

—¡Crisis..... hay crisis! ¡De esta no pasa! El carruaje..... ¡que venga un coche!..... El frac..... dadme el frac..... no puedo presentarme así. La camisa..... los botones de oro.....

Dejé el libro en que estaba leyendo, me asomé al balcón y vi á las vecinas que, con inútiles mimos y cariñosas reflexiones, trataban de apaciguar al infeliz, que continuaba gritando muy exaltado:

—¡Dejadme salir, ó me tiro por el balcón! ¡La Reina no puede esperar!

Entonces miré á las pobres mujeres haciendo un ademán y un gesto con que les ofrecía socorro y que ambas comprendieron. Respondióme la anciana con un movimiento afirmativo, y pocos segundos después estaba yo ante su puerta, donde la joven, arrasados en lágrimas los ojos, me decía rápidamente sin más explicaciones:

—El calor, el exceso de calor; lo mismo que el año pasado, con el calor se excita muchísimo..... Si usted le ha oído, lo comprenderá todo. Es mi marido... Dice que le nombran ministro, que quiere ir á jurar, que la Reina le está esperando.....; pero se calma por buenas..... con halagos..... no hay que contradecirle ni exasperarle.

Atravesé un pasillo, á un extremo del cual se habían

refugiado, aterrorizados, los niños, y entré en el cuarto donde estaba el pobre loco, que, al verme, se apaciguó como por casualmo.

¡Qué lástima me dió! Tenía los pelos enmarañados, la frente sudorosa, las facciones desencajadas y la mirada llena de amenazas.

Llevaba un pantalón á cuadros blancos y negros, viejísimo, con grandes rodilleras y desfilachados los bajos; un chaleco que se había escotado como quien va de etiqueta, doblándolo y metiéndoselo hacia los lados hasta no dejarle más que tres botones, y una levita muy larga y muy raída, cuyos faldones recogidos imitaban la forma del frac; por corbata un pañuelo blanco hecho lazo; en la parte izquierda del pecho, prendidas con alfileres, cuatro condecoraciones de papel recortado, y pendiente del cuello, á modo de encomienda de alguna orden soñada en su delirio, un grueso bramante, del cual colgaba una bobina de acero de la máquina de coser.

Me recibió con exquisita cortesía, y alargándome una silla comenzó á hablar como hablan los niños cuando, jugando, imaginan ser realmente lo que en su fantasía se han propuesto. El rumbo de la conversación lo trazó él.

—Estoy dispuesto—dijo;—acepto, puedo jurar, pero sólo para Gracia y Justicia..... Usted será.....

—El secretario particular del Presidente.....

—Pues ya lo sabe usted, puedo jurar hoy mismo, á condición de que sea en Gracia y Justicia.

—Así será. Traigo encargo de manifestar á usted que hoy puede jurar; pero el Presidente le agradecería que lo dilatase hasta mañana. Quiere hablar antes con usted.

—¡Pues en seguida!

—En cuanto pueda levantarse; está enfermo.

—En ese caso dígame usted que yo puedo ser Presidente interino.....

—No creo que se oponga. Por ahora lo esencial es que usted sepa que está nombrado. Hablaré con él y vendré á verle á usted mañana..... Esta tarde coma usted tranquilo, acuéstese usted luego..... y mañana iremos á Palacio.

—¡Pero mañana sin falta! ¡Y para Gracia y Justicia! Esto es lo principal. ¿Vendrá usted á buscarme?—preguntó abriendo desmesuradamente los ojos.

—Á menos que el Presidente no se ponga peor.

Con esto quedó tan conforme y tranquilizado, que delante de mí empezó á quitarse las placas de papel y la levita, diciendo á su esposa:

—Toma, Julia, guarda las condecoraciones y el frac.

Por la noche, mientras dormía, ella pasó á mi cuarto y me contó el origen de aquella horrible enfermedad. Eran casi ricos; llevaban seis años de casados y hacía dos que la pérdida de un pleito les ruuinó por completo. Los contrarios habían ganado por recomendaciones y malas artes de un personaje político. Y aquel cambio brusco, brutal, de la holgura á la pobreza, turbó por completo la razón á su infeliz marido.

Los primeros síntomas fueron un deseo inmoderado de referir á todo el mundo su desdicha, siempre con las mismas palabras, y una locuacidad extraordinaria: después le dió por estar triste, pasando á veces semanas sin hablar, y,

finalmente, las rarezas, los extravíos, los alardes de originalidad fueron aumentando y eslabonándose, hasta que un día se levantó diciendo que si él fuera ministro de Gracia y Justicia mandaría revisar el pleito ó lo suscitaría en nueva forma con seguridad de ganarlo. Desde que se le ocurrió esto, no hubo modo de que hablara de otras cosas. Todo lo refería y relacionaba con el pleito y con su empeño de ser ministro. Á las pocas semanas esta idea arraigó de tal modo en su espíritu que ya era inútil intentar que discurriese con sensatez ni hablase cuerdamente. Los antecedentes del asunto, la justicia de su causa, la venalidad de los magistrados, la influencia del hombre político que ocasionó su desgracia, cuanto directa ó indirectamente estaba ligado con el motivo de sus cavilaciones, todo vino á resolverse y condensarse en un solo deseo, que pronto se convirtió en absorbente monomanía: ser ministro de Gracia y Justicia y jurar el cargo. Fuera de esto, para él no había ilación en las ideas ni fijeza en el pensamiento: las percepciones intelectuales eran incompletas ó falsas; la memoria insegura; los afectos morales, sobre todo los dulces y apacibles, parecían sofocados; su madre y sus hijos como si no existieran; en cambio, á Julia la quería más cada día, pero con una violencia y una exaltación que infundían miedo: de beber y comer tomaba lo que le daban; sólo dormía al quedarse rendido, y todos los días, á todas horas, ya tranquilo, ya exaltado, esperaba que fuesen á buscarle para jurar. Preparaba la ropa, prendía en la levita aquellas placas de papel, y al caer la tarde, viendo que no le enviaban aviso ni recado, lo guardaba todo, diciendo con apacible tristeza: «¡Será mañana!» Los momentos de excitación eran muy raros y coincidían casi siempre con los grandes calores.

—Pero crea usted— me decía la pobre señora al terminar su relato— que él no sufre, ni se le alcanza lo que nos hace sufrir, ni se da cuenta de nuestro cambio de vida. Cree que gastamos y vivimos lo mismo que antes. Come lo que le damos, y todo le parece igual; habla de mis trajes de seda como si los estuviera viendo; me mato á trabajar, y no se explica por qué ni para qué lo hago.

Me habló luego de lo que se habían querido, de cómo se casaron, y sin ruborizarse, con ese impudor que arrancan

los grandes infortunios de la vida, me dió á entender el amor violento, puramente sensual, que hacia ella le impedía, y que la infeliz, en su ignorancia, consideraba como un consuelo, cual si fuera el único bien salvado en el naufragio de la dicha; pasión que me dió miedo, haciéndome pensar con espanto en el sacrificio heroico de la salud y la hermosura á la traidora ilusión de la felicidad.

Después se fué llorando, y yo me quedé con mis ideas, en que también había lágrimas.

Al día siguiente busqué y hallé á un médico amigo mío, hombre ilustradísimo, de gran fama, dedicado al tratamiento de enfermedades mentales y de quien había oído referir curas maravillosas. Se lo conté todo y le llevé á mi casa.

En ella escuchó de labios de Julia una explicación larga, minuciosa, completa, del origen y desarrollo del mal; luego pasamos al cuarto de al lado, donde reconoció al marido, haciendo formal promesa de dedicarse á su tratamiento con cariñoso interés. Posteriormente, mediando la noble generosidad de una de esas familias que gozan endulzando desgracias, mi amigo llevó á las pobres mujeres algunas cantidades de dinero.

De allí á dos meses se manifestó el alivio, lento, gradual, pero indudable. El enfermo discurría y hablaba algunos ratos con cierta cordura; en otros se quedaba ensimismado, quieto, silencioso, mirando y escuchando con atención profunda, como si vagamente comenzase á darse cuenta de su situación verdadera. A veces, contemplando á los niños, viendo trabajar á Julia ó llorar á su madre, se le humedecían los ojos.

La reflexión volvía á su espíritu llevando de la mano al dolor.

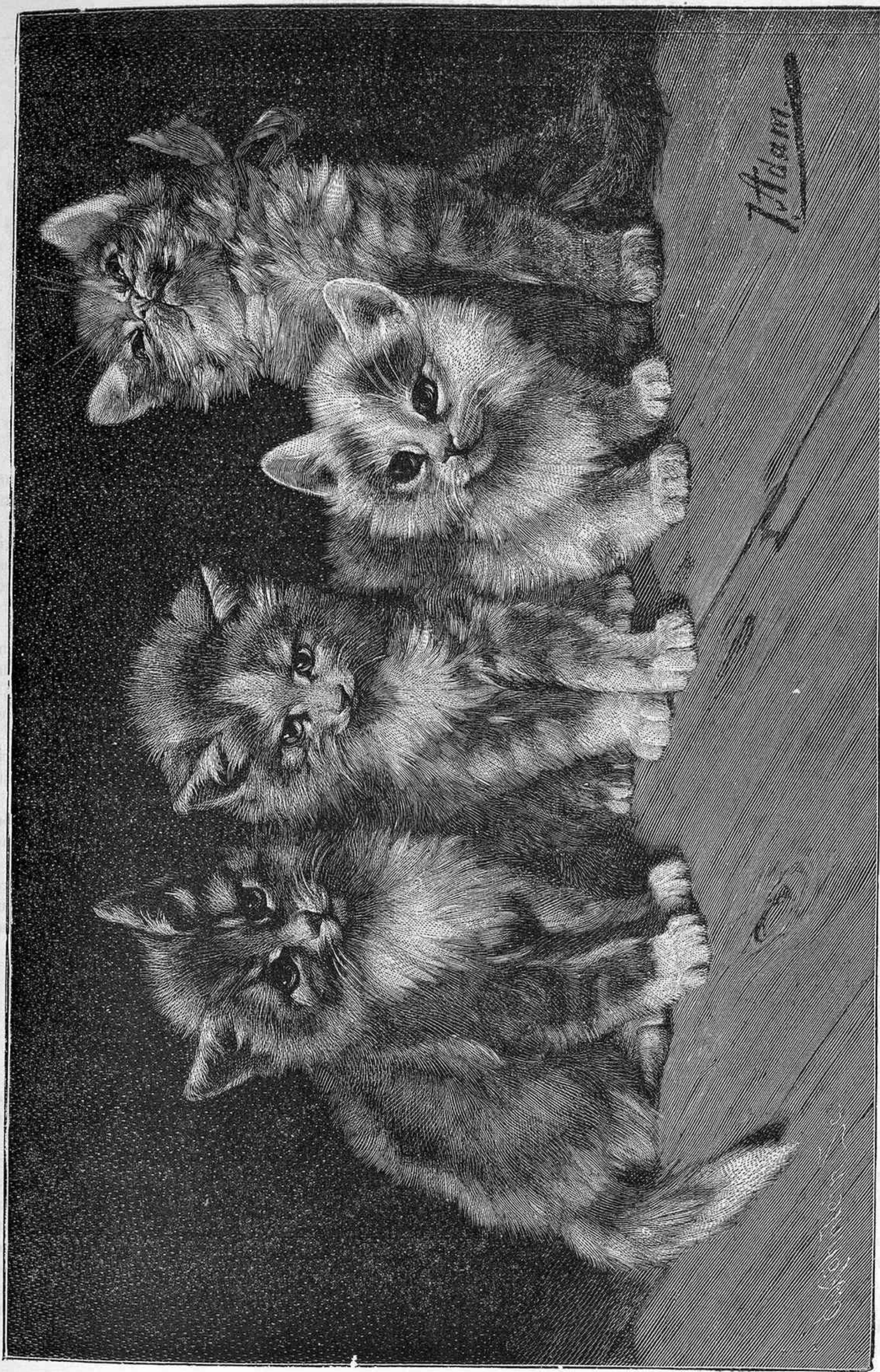
—¡Pero esto es horrible!— decía yo una mañana al médico.

Á lo cual, sonriendo amargamente, repuso:

—Pues ya lo sabes, mi deber es curarle. ¡Hay que reintegrarle en el uso de lo que llamamos pomposamente la razón humana!

JACINTO OCTAVIO PICÓN.





UNA FAMILIA FELIZ.—CUADRO DE J. ADAM.

HISTORIA QUE PARECE NOVELA



I.

CUARENTA años há era Rosa Álvarez la muchacha más linda y más honrada del barrio de Maravillas.

Había quedado huérfana de padre y madre en temprana edad, dándole excelente educación moral y cristiana una tía suya, que acababa de bajar

también al sepulcro cuando comienza esta narración.

Estaba, pues, sola en el mundo la pobre doncella, sin más recursos que su trabajo, sin más defensa que su propia virtud.

Esta era, empero, suficiente para tener á raya á los ociosos y á los libertinos, que no tardaron en perseguirla, viéndola de todo punto desamparada.

Rosa habitaba una guardilla en un gran edificio de la calle de Fuencarral, cuyo primer piso servía de vivienda á un personaje político importante, siendo ayuda de cámara suyo un muchacho de cortos años, pero de arrogante figura, llamado Leonardo Sánchez.

Los dos vecinos se encontraban frecuentemente en el portal y en la escalera, cambiando primero un saludo, después algunas palabras; más tarde conversación detenida, en la que el mancebo acabó por declararle sus sentimientos, no mal acogidos por la humilde planchadora:—porque este era el oficio de la huérfana, aprendido de su tía, que debía á él sus únicos medios de subsistencia, y lo enseñó cuidadosamente á la querida sobrina.

Conservó, pues, Rosa la parroquia de la difunta, y la aumentó algo, merced á la perfección con que desempeñaba el trabajo, siendo igualmente hábil para las camisas masculinas que para los cuellos, mangas y demás adornos femeninos.

Un día con otro ganaba Rosa hasta dos pesetas, siendo lo suficiente para todas sus necesidades, y hasta para ahorrar un par de duros al mes.

Leonardo era también listo y formal, habiendo conseguido

el afecto de su amo, ex ministro de Fomento, y aspirante á un gran destino en la Isla de Cuba, donde se prometía hacer un buen capital en poco tiempo.

No tardó en ver realizados sus deseos, y entonces exigió de su ayuda de cámara que le acompañase á la Habana, puesto que carecía de familia y estaba satisfecho de la actividad y diligencia del sirviente.

—Allí te proporcionaré un destinillo; tú eres trabajador y juicioso, y en pocos años, en pocos meses, habrás hecho algunos ahorros que te permitirán, al regresar á España, hacer una vida cómoda é independiente.

Leonardo participó á Rosa las proposiciones de su amo, manifestándose dispuesto á aceptarlas.

Rosa lloró mucho; pero su entendimiento y su conciencia la inducían á no oponerse á los planes del que la había jurado amor eterno.

—Un par de años se pasan pronto — decía aquél para consolarla:—estoy tan seguro de tu constancia, de tu fidelidad, como tú puedes estarlo de las mías.

El señor me aprecia mucho y cumplirá cuanto me ha prometido; y al cabo de ese tiempo volveré de América con un capitalito que nos permitirá establecer un comercio cualquiera y vivir con cierto desahogo.

II.

Rosa no se atrevió á resistir á los deseos, á la voluntad de su novio; viéndole ausentarse llena de amargura, aunque con plena confianza en sus promesas y juramentos.

Consolábanla las epístolas de Leonardo, quien desde el principio la escribía todos los correos.

Pronto supo que D. Luis de Mendoza, el amo de aquél, había cumplido fielmente lo ofrecido: el ayuda de cámara, sin dejar de serlo, desempeñaba las funciones de ordenanza en la oficina de su señor, disfrutando un sueldo regular, cuya mayor parte depositaba en la Caja de Ahorros: al cabo de pocos meses éstos representaban la suma de quinientas pesetas.



«En cuanto tenga siquiera veinte mil reales —decía— regresaré á España, y nos casaremos.»

Pero ¡ay! tantas y tan risueñas esperanzas se desvanecieron trágicamente: la horrible fiebre amarilla, que tantas víctimas hace en aquellas regiones, dejó sin vida en breve plazo á D. Luis de Mendoza; y faltándole su protección, no tardó en ser despojado de su modesto empleo el infeliz Leonardo.

Encontróse éste en un país extraño, sin relaciones, sin más recursos que sus quinientas pesetas, cuya mayor parte emplearía en los gastos del regreso á Madrid.

La situación sería entonces la misma de antes: tornaría á

buscar acomodo; á vivir con un salario mezquino, que no le permitiría llevar á cabo sus deseos.

Después de reflexionar mucho, tomó una resolución definitiva: la de permanecer algún tiempo en América; tratar de hacer fortuna, allí donde esto parece tan fácil.

Sus tentativas fueron infructuosas: sin amigos, sin protectores, no consiguió nada, gastando en pocos meses sus miserables economías.

Vióse obligado á ponerse á servir de nuevo, no renunciando por eso á la esperanza de obtener ventajosa colocación en alguna oficina ó en un ingenio.

Mientras tanto Rosa continuaba planchando, sin descon-

fiar un momento de ver realizado el sueño acariciado por los dos.

Las cartas de Leonardo venían á menudo á destruir sus ilusiones y á hacerla derramar abundantes lágrimas: de nada le servían su asiduidad ni su honradez; de nada los buenos servicios que prestaba á sus amos: éstos, por esta causa quizá, no querían privarse de ellos, y le entretenían con promesas nunca cumplidas.

Así transcurrieron los meses y los años, siendo el único consuelo de los amantes su recíproca constancia.

III.

La correspondencia entre Rosa y Leonardo no se interrumpía: unas veces era frecuente, otras se retrasaba.

Ya el mozo, que se iba haciendo viejo, escribía lleno de esperanzas, que se convertían poco después en ilusiones: ya hablaba de sueños venturosos, pronto desvanecidos: ya un largo silencio llenaba de inquietud á su amada, creyéndole producido por algún suceso infausto, por la muerte quizás.

Pero al cabo de cierto tiempo llegaba una misiva explicando aquel silencio, atribuyéndolo á ocupaciones perentorias, á imperiosos deberes.

Rosa tenía tanta fe en el cariño del ausente, que sus temores no se convertían en dudas jamás.

Entretanto continuaba su existencia agitada y trabajosa: felizmente su salud no se resentía de aquella labor constante: había adquirido fama de hábil, y su parroquia aumentaba diariamente: á veces, para cumplir sus compromisos, tenía que velar hasta las altas horas de la noche: á veces carecía de descanso aun los domingos.

Pero poco á poco, lentamente, iba juntando en una hucha lo que le sobraba de sus gastos indispensables.

Porque no se permitía cosa alguna superflua: cubiertas sus modestas necesidades, el resto lo destinaba al porvenir.

En ocasiones se lo había escrito á Leonardo:

«No te apures—le decía en sus cartas:—si tú no consigues ahí nada; si pierdes toda probabilidad de lograr lo que deseas, vente acá: tengo algún dinerillo, y con él podremos hacer los gastos de la boda y buscar tú alguna colocación.»

Pero á Leonardo se le había despertado la ambición.

—¡Tornar á la patria—pensaba—tan pobre y tan miserable como cuando la abandoné! ¡No se reirían todos poco de mí!

Y el amor propio era más poderoso que el amor á Rosa, y le inducía á proseguir sus estériles esfuerzos para mejorar de fortuna y de condición.

IV.

Así transcurrieron muchos años: durante dos ó tres, la triste planchadora no tuvo siquiera el consuelo de ver los garrapatos del que amaba cada vez con mayor ternura.

En varias ocasiones había desechado proposiciones de

matrimonio, más ó menos ventajosas: un zapatero bastante acomodado había pretendido su mano; el dueño de un café muy concurrido quiso también tomarla por esposa, apreciando sus dotes de laboriosidad y recato; pero ¡faltar ella á su compromiso! ¡Casarse como no fuera con Leonardo! Ni un solo momento le ocurrió semejante pensamiento: sería mujer del emigrado, ó moriría soltera.

En balde sus amigas, enteradas de lo que ocurría, después de censurar su proceder, la aconsejaban aceptase las proposiciones de sus dos adoradores: la joven, aunque había cesado de serlo, rechazaba tales consejos, indignándose al oírlos.

V.

Ha poco más de dos meses la parroquia del barrio de Maravillas ofrecía un aspecto inusitado: en todos los altares había luces y flores: el mayor estaba magníficamente iluminado: se iba á celebrar una boda de rumbo, y según decían el sacristán y los monaguillos á cuantos les preguntaban, el casamiento era entre un hombre muy rico y «una señora» muy conocida y estimada.

Poco á poco la iglesia se fué llenando de curiosos y desocupados, atraídos por la pompa desplegada para solemnizar la ceremonia.

—¿Quiénes serán los cónyuges?—preguntábanse unos á otros.

Los comentarios eran infinitos: las suposiciones diferentes y opuestas.

Aseguraban unos que se trataba de un Marqués opulentísimo, que daba su mano á una señorita ilustre: otros suponían ser el novio un banquero muy conocido en el distrito por su caudal y su lujo: en fin, no faltaba quien pretendiese que el futuro era un industrial famoso por su lujo y su boato.

Pero cuando á las nueve, poco más ó menos, se abrieron las puertas y apareció la nupcial pareja, todos quedaron atónitos, asombrados.

Los contrayentes eran dos ancianos: ella con el abundante cabello enteramente blanco, aunque conservando el semblante restos de peregrina hermosura: él enteramente desprovisto de pelo, y llevando en el rostro las huellas de largos trabajos y penalidades.

Los futuros esposos vestían trajes populares; pero ostentaban valiosas alhajas: ella pendientes de perlas y brillantes: él gruesa cadena de reloj y magníficos botones de perlas en la camisa.

Los padrinos pertenecían á la misma clase que los novios: parecían gente rica, aunque humilde.

Pronto circularon entre los presentes los nombres de los esposos: ella se llamaba Rosa Álvarez; él Leonardo Sánchez: la una era planchadora *retirada*: el otro hacía apenas un mes que había regresado de América con un capital de consideración, debido á haberle tocado el premio grande en la lotería.

Hé ahí la verdad: Leonardo, á pesar de su laboriosidad, de su honradez, no había conseguido realizar sus modestas aspiraciones, cuando una tarde le ocurrió tomar un billete

entero para el próximo sorteo, creyendo volverse loco al saber pocos días después que podía cobrar cincuenta mil duros.

No pensó entonces sino en tornar á la patria; en cumplir religiosamente sus promesas, sus juramentos.

Animado de tan nobles propósitos, hizo un viaje rápido y feliz: llegó á Madrid, fué en seguida á casa de Rosa, y le pareció que la encontraba tan joven y tan hechicera como antes.

En el contrato matrimonial constaba que la novia tenía

sesenta años, y el que iba á ser «compañero de su vida», cuatro más.

Imagínese si la ceremonia nupcial llamaría la atención de los que la presenciaban, y si después se harían comentarios sobre *la juventud* de ambos consortes.

Lo que sabían poquísimos es que debían admirar caso tan extraordinario de consecuencia y de formalidad, digno de servir de ejemplo á la generación presente, que no se distingue por semejantes dotes y circunstancias.

RAMÓN DE NAVARRETE.



REMORDIMIENTO

Mostraba el rico Pascual
Muy amarilla la cara,
Como si en ella guardara
El oro de su caudal.

Ciertos rumores mengua los
Hablaban á los oídos
De unos huérfanos vendidos,
¡Vendidos y envenenados!

Un público delirante
En el teatro aplaudía
La encantadora armonía
De una ópera brillante.
—¿No oís un grito siniestro?
¡Por Dios, hacedlo callar,
Que no me deja escuchar
La música del maestro!—

Al que agradarla logró
La muchedumbre aclamaba,
Y el triste Pascual rodaba
En su lujoso landó.
—¿No tienen hierros ni callos?
¡Cochero de Barrabás,
Ese grito suena más
Que el trote de mis caballos!—

¡Cómo inundan los salones
Las damas y caballeros!
Los semblantes.... ¡qué hechiceros!
¡Qué ardientes los corazones!
Ha empezado el cotillón:
—Ese grito me molesta....
¡Callad! ¡Que cese la fiesta,
Que cese por compasión!

—Esposo mío, ¿qué tienes?
¿Cometiste algún delito?
—Mujer, ¿no escuchas un grito
Que me taladra las sienes?
—No oigo nada.—Ten por cierto
Que el grito me llama ya.....
¡Perdón, Jesús mío!—¡Bah!
Estás loco.—(¡Estaba muerto!)

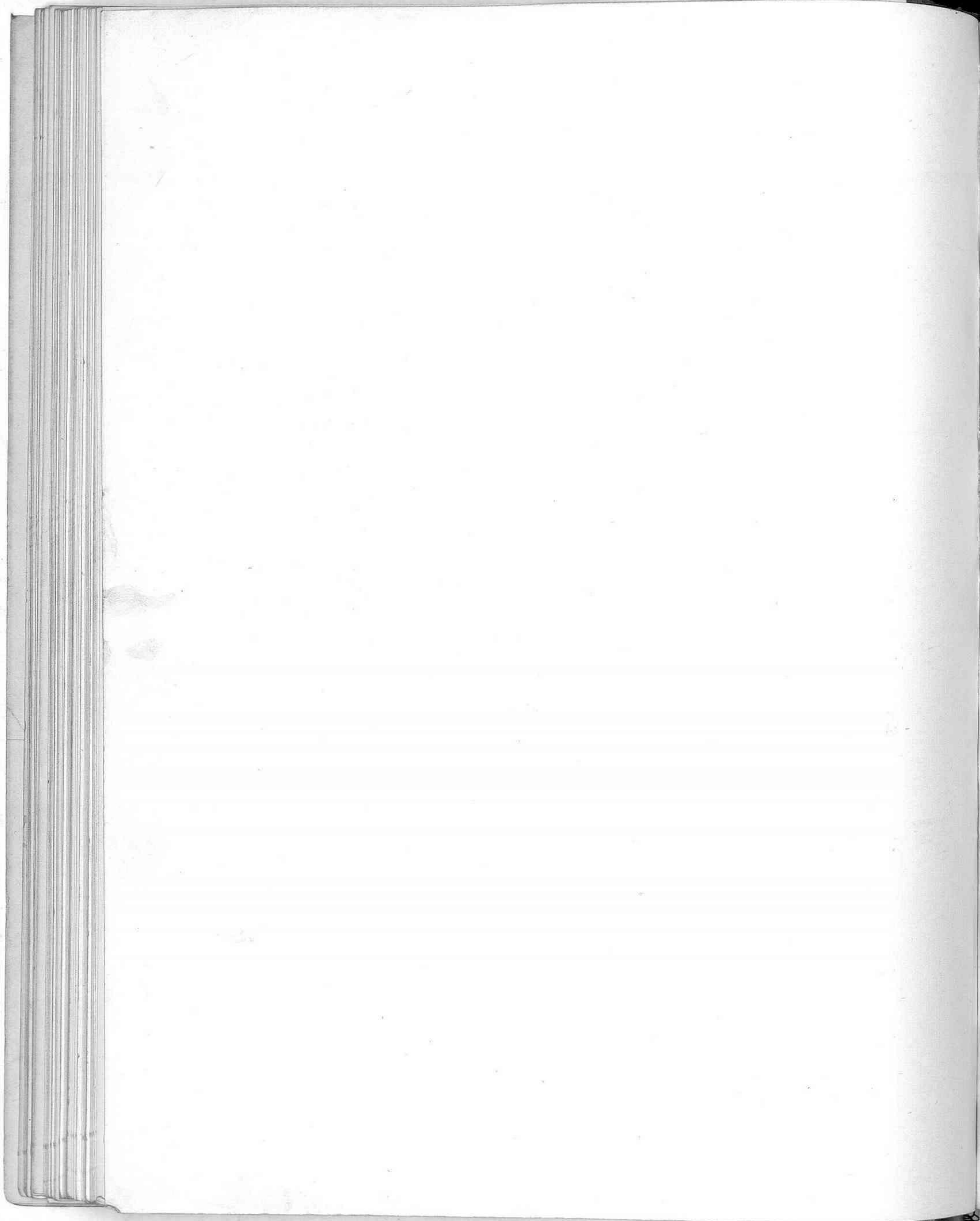
Lágrimas, rezos y flores
El féretro acompañaron.
Era rico, le enterraron
Entre espléndidos honores.
Pero la maledicencia
Poco tardó en murmurar:
—¡Ha muerto por no escuchar
El grito de su conciencia!

JUAN TOMÁS SALVANY.





ALEGRÍA.—CUADRO DE D. RAFAEL ARROYO FERNÁNDEZ.



LA CHARCA

CUENTO..... FABULOSO

I.

El agua de la charca, caldeada por el sol, estaba deliciosa, y ranas y pececillos tomaban un baño de placer. Los caballitos del diablo patinaban sobre la superficie sin mojarse, y las avispas alargaban la trompa para beber, posando sus zancas en los guijarros de la orilla. Una vegetación vercosa formaba islas flotantes en aquel agua tranquila, rodeada de playas arenosas, de piedras en acantilado ó de juncos y hierbajos. Era un mar en miniatura, cuyo espejo reflejaba el tronco y la copa de un peral y los caprichosos dibujos de una zarzamora. Millares de insectos rebullían alegremente tomando el sol, sin obligaciones ni cuidados, ó se refrescaban en la humedad y reposaban á la sombra de las hojas. Sólo las hormigas trabajaban á lo lejos, dirigidas por sus jefes, en correcta formación, y algunos gusanillos se divertían en verlas desfilas como nuestros muchachos cuando pasa un regimiento.

Era la hora de más calor de un día canicular, y se apeaban de los perros, cabras y otros animales que pasaban á lo largo toda clase de insectos, cuando de la panza de un gato que se estaba lamiendo al sol saltaron á la arena cuatro pulgas, una de ellas jamona y bien cuidada, y las otras pequeñas y deslucidas, pero retozonas y traviesas.

—¡Quietas, niñas!—decía la mamá:—no deis esos brincos, que vais á extraviaros; considerad que sois tres señoritas y que os observan los que veranean en la playa. Van á creer que os habéis criado al aire libre, cuando sólo os he dejado asomaros á la naricita del gato.

Pero las pulguitas, en vez de seguir consejos tan prudentes, daban saltos prodigiosos, asombradas de su elasticidad y ligereza, no reparando si caían en la cabeza de un gorgojo ó en el duro coselete de algún escarabajo.

—¿Son de usted esas negritas que están dando tanto escándalo?—dijo un ciempiés á la pulga gordinflona.

—Se han criado conmigo por lo menos.

—Pues me han nublado un ojo, metiendo en él una pata; por lo que digo que ni ellas ni usted tienen vergüenza.

—Quien habrá metido, no una, sino muchas docenas de patas, es usted, que necesitaría un almacén para calzarse. ¡Mala lengua!

—¡Bruja!

—¡Patón!

—¡Chupagatos!

—Repáre usted que soy una señora.....

—Haya paz—dijo un sambenito abriendo su charolado manto rojo.—Todos tenemos nuestros defectos y nuestras cualidades. ¿Á qué fijarse en lo malo únicamente? Usted, señora pulga, confiese que este caballero ciempiés será difícil que salga nunca al campo con muletas; y usted, caballero, póngase á los pies de esta dama y declare que sus hijas son tres morenitas muy graciosas.

—No estoy para perder tiempo en disputas; ¡ay, que esas locas me están dando cada susto!.... Creí que la mayor se ahogaba....., pero..... ¡lo que saben esas niñas! Veo que me pueden dar lecciones. Usted lo pase bien.

Y se perdió de vista en cuatro brincos, mientras el ciempiés lanzaba juramentos; el sambenito alzó los élitros, y desplegando las alas que guardaba para las grandes ocasiones, voló á un peral para alejarse de aquel mal educado.

—¡Calle! ¿Usted por aquí, señora?—exclamó al ver una cabecita que asomaba por un agujero redondo abierto en la cáscara verde de una pera.

—Bien venido sea usted—respondió una lombriz rosada; aquí vivo sola en esta fruta; ¿quiere usted probarla?

—Gracias; he almorzado uvas.

—No le digo que pase adelante, porque no cabría usted; no tengo más habitación que un pasadizo.

—¿Y cómo ha venido usted tan á menos? Yo que la he conocido cuando tenía usted palacio.

—Como que me he criado en un melón. ¿Qué quiere usted!.... El viento me ha arrastrado. Pero vivo contenta; esta casita es muy alegre y tiene vistas al mar.

—¿Por qué no baja usted á la playa?

—Porque hay mucho lujo y estoy casi desnuda; ¡cuidado si van compuestas las avispas! Moscas he visto luciendo corpiños de oro viejo, y orugas arrastrando terciopelo leonado.

—¡Si hoy va á la playa todo el mundo! hasta los gorgojos que me dan lustre en las botas me han pedido licencia para baños. Creo equitativo que se den lustre alguna vez. ¿Eh? ¿Quién me toca?.... ¡Ah! Felices, señor moscón.



obrarlo
 nuestra
 es U-
 de él
 ted, cap-
 ne sus hi-
 que cas-
 mayor se
 no que ma-
 el ciom-
 ros y des-
 ocasiona-
 lo.
 al ver una
 iento en la
 ia tomad-
 las?
 rta vate-
 que la ho-
 quiere na-
 tate; esta
 levada
 ando cor-
 oplo les-

El agua
 y una y
 lito del d
 y las avie
 ramos en l
 forma de
 gajes aro
 pios. En
 ticos y la
 marmora
 mado el a
 en la auto
 las horrig
 en correa
 veras de
 gionto.
 En la ho
 ten de los
 leyo toda
 que se oca
 que, una d
 gones y de
 — Quien
 os que van
 Y que os
 que en lab
 rescora a
 lavo las
 es, daban
 y ligeres
 ygo ó en
 — Bon d
 andio? —
 — Se han
 — Pues n
 por lo que
 — Quien
 lates, es
 l'ata l'ar

— Si hoy va a la plaza todo el mundo para los gorgojos
 para. Uno equitativo que se dan entre alguna vez. ¿Es?
 ¿Quién me toca?... Ah! El que, señor mío.
 — Pues n
 por lo que
 — Quien
 lates, es
 l'ata l'ar

RETRATO DE LA SEÑORITA P. B.—CUADRO DE SOROLLA.

—Dispéñseme usted; como soy corto de vista, tropiezo en todas partes.

—Pero no se le oculta ninguna noticia siendo mala. ¿Ocurre algo?

—No me es posible revelar lo que sucede.

—¿Es desagradable?

—Gravisimo.

—Vamos; ¿qué es ello?

—Pueden oírnos. ¡Adiós!

Batió el moscón las alas y se perdió por entre las hojas murmurando, mientras decía el sambenito:

—Ese moscón siempre anuncia males, y el caso es que acierta casi siempre.

En aquel momento, todos los hilos que las arañas habían extendido por el árbol vibraron á la vez, como si muchas manos ocultas tirasen de infinitas campanillas.

—Las arañas se comunican entre sí — dijo la lombriz; — ¿se habrá dejado prender en sus redes el moscón?

—¿Conque hay arañas, y yo aquí tan tranquilo?..... repuso el sambenito disponiéndose á volar.

—Si son muy buena gente; siempre las veo con la rueca y nunca dejan la labor.

—¡Adiós, señora!

Y mientras los timbres de alarma funcionaban, bajaban muy tranquilos á la playa, por el aire, por ramas y veredas los insectos más lucidos y elegantes.

II.

Los caracoles arrastraban sus mantos por la playa con coquetería femenina, ó amenazaban varonilmente á los enemigos enseñando los puños, según el capricho de su naturaleza bisexual. Algunos escarabajos jugaban á los bolos; las relucientes cucarachas se daban charol entre los menudos parásitos, que admiraban su tamaño, y los gusanos culebreaban por la arena con sus más graciosos movimientos de cintura. Los insectos alados revoloteaban imitando el volar de las mariposas, ó movían las alas á manera de abanicos para darse aire; algunos músicos ambulantes pedían limosna entre los grupos; bandadas de mosquitos se divertían gritando junto al agua, y algunos piojos, paseando con gravedad, se daban tono de señores entre aquel mundo elegante, donde las bellas lucían trajes verdes, encarnados, azules y pajizos.

Las gorgojas, entremetidas y fisgonas, criticaban los adornos y disputaban si era más elegante para lutos el negro-escarabajo ó el negro-cucaracha.

Los tábanos no dejaban honra con pellejo, y en un grupo de cínifes cada cual publicaba sus conquistas.

—¿Dices que estás citado con una mariposa?—preguntaban al más ligero.

—Y el que lo dude puede acompañarme; me ha prometido enseñarme una tela de grana que posee.

—Eres un embustero; las mariposas no tienen tela....

—No nos engaña, señores — dijo en el corro el más vejete; — es simplemente el engañado: ha tomado por mariposa una polilla.

Más allá, los aficionados al canto, sentados en la arena,

escuchaban con interés el concierto de las ranas, y aplaudían en su idioma las notas más profundas de los bajos.

—No hay voz como la de la rana — decía un zángano inteligente; — oiga usted esta romanza.

—No niego su mérito, pero la voz del moscón me parece más dulce y más velada.

—¡Bah! ¡bah! Eso es canto llano. Aquí hay más arte; oiga usted este número, ¿eh? Cada cual canta por su lado, y repare usted qué conjunto tan armónico; los ignorantes creerán que no hay compás y que cada voz hace su capricho y que el maestro está loco.....; pero fíjese en este *crescendo*..... debe ser el pueblo de las ranas pidiendo rey..... ¡monumental! Ahora callan. Escuchemos. Nada; no se oye nada. ¿Qué más se puede pedir, musicalmente, á este silencio?

Un grupo de moscas hacia corro alrededor de una mora despachurrada.

—¿Qué tal el dulce?

—Exquisito: no se come mejor en las confiterías de Madrid.

—¡Ah! ¿viene usted de allí?

—Acabo de llegar en un coche-salón.

—Tendría usted buena cama....

—He dormido en la calva de un ministro.

—¿Y qué tal viaje trajeron ustedes?

—Por mi parte bien: su excelencia ha debido estar algo molesto.

—Comamos otro poquito.

—Es lo único que se saca de la vida.

—¿Quién da esos gritos angustiosos?

—¡Ay, ay! que me desgarran mis alas de colores! — gritaba una mariposa que se había posado un instante en las hojas de la zarza. — ¡Socorro!

—Es inútil acudir en su auxilio — dijo un abejorro. — No hay quien la pueda valer: la infeliz ha caído en poder de una garrapata, y esas no sueltan nunca lo que cae entre sus garfios.

—¿Quién piensa en esas lástimas? — dijeron las moscas; — comamos otro poco.

—Si, y cuando estemos hartas, bailemos en el aire unos rigodones para volver á abrir el apetito.

—Señoras, ¿no hay una limosna para el grillo que improvisa?

—¿Versos? Recita versos nuevos.

El grillo, acompañándose con su cri-cri:

El viento es un suspiro

Con alas de color:

La música es un vaho,

La luz es un rumor

Sin olor.

El cielo es un casquete

Balsámico y sutil:

La tierra es una bola

De perlas y marfil,

En Abril.

—¡Bravo! ¡bravo! — repetían las moscas admiradas. — Esos versos no se entienden, pero gustan.

—¡Si no dicen nada! si son disparatados é insustanciales — vociferaba el abejorro.

Pero las moscas aplaudían.

El abejorro, buscando quien pudiera comprenderle, reparó en el ciempiés que no hacía coro á los demás, y le preguntó:

—¿Qué opina usted de toda esta gente?

—Hombre, por regla general, opino mal de todo, y aquí no veo ventaja ninguna en alabar nada de lo que estamos presenciando. Pero, si usted quiere, escribiré en la arena, no una opinión, veinticuatro opiniones distintas á la vez: para eso tengo veinticuatro extremidades.

—Es inútil. Tengo un criterio y me basta. Veo gentes dadas á la música, al baile, al lujo, á la glotonería, al juego.....

—Y otras que se divierten corriendo—añadió el ciempiés.

—Con permiso de usted, no creo que corren por diversión.....

—¿Qué dice usted?

—Que se oyen gritos; que se atropellan unos á otros.

—¿De veras?

—Sí, señor; se ha armado y hay carreras.

En efecto, un tropel de insectos huía en completa dispersión, llevando la delantera las curianas: los fugitivos derribaban cuanto hallaban al paso, escondiéndose en los hoyos, trepando por las ramas, y algunos, ciegos por el espanto, caían en el agua: los que tenían alas volaban más tranquilos, y el moscón aumentaba al pánico gritando por todas partes:

—¡Sálvese el que pueda! ¡Sálvese el que pueda!

III.

—Pero ¿qué hay?—preguntaba el ciempiés, corriendo sin acertar por dónde y desandando aturdido su camino.

—Una cosa gravísima—le dijo el abejorro que se había elevado para abarcar más horizonte:—se han sublevado las hormigas, y están cometiendo excesos. Todas las bocaminas de los hormigueros se desbordan y se extiende la inundación por todas partes como una mancha negra y circular; son innumerables: abiertas de tenazas y furiosas acometen, invaden, destruyen, saquean, insultan, roban y asesinan.

—¿Qué camino debo tomar?

—Han tomado todos.

—¿Cree usted que me respeten?

—Lo dudo: las he visto detener y sujetar á un alacrán.

Con su permiso, vuelo.



En aquel momento desembocaban por diversos lados, extendiéndose en círculo formidable, pero sin orden y como locas, miriadas de hormigas que ostentaban en sus frentes toda clase de despojos: ya un trozo de la armadura de un escarabajo, ya un jirón de seda desgajado de los telares de una araña; plumeros elegantes arrancados del copete de un insecto, briznas y estambres de moradas y cosechas des-

truidas. Otras hormigas, más feroces, levantaban en alto cuerpos desfigurados de cocos y pulgones y ensangrentadas cabezas de saltamontes y cigarras, y sacudían, arrastraban y despedazaban el cadáver de una oruga. Era el mundo pequeño tomando apariencias gigantescas y terribles.

El ciempiés comprendió que no tenía medio de escapar, y esperando á la turba, dijo con tono declamatorio:

—Hormigas: Admiro con entusiasmo vuestro triunfo porque soy de los vuestros; apruebo lo que hacéis, y sólo se me ocurre gritar: ¡Vivan las hormigas!

—¿Qué garantías nos das de que no mientes?

—Una prueba decisiva: que teniendo tantos pies no he querido huir.

—¿Y por qué tienes tantos pies?—repuso con ira un hormigón reconociéndole.

Se oyó un murmullo feroz, y el ciempiés sintió que le estrechaban.

—Confieso que la naturaleza abusó conmigo.

—¿No eres de los nuestros? Pues es preciso que te iguales á nosotras, que tenemos seis piés nada más.

—¡Sí, arrancádselos, ó que entregue la cabeza!

—Hermanas: Estoy dispuesto á sacrificar por vosotras una parte de mi cuerpo; contentaos con un par de patas.

—Ea, quitadle la mitad de las que tiene y acabe el regateo: ¡pronto! ¡Panza arriba! Ya sabéis, compañeras, hacdle solamente doce amputaciones.

El ciempiés tragaba veneno en silencio, proyectando la fuga con los doce piés que habían de quedarle.

—¡Aquí, aquí!—gritaron en otro sitio las hormigas.—Venid, que la tierra suena á hueco.

—Escarbemos, desenterremos, registremos—decían muchas á la vez.

—¡Llamad!

—Nadie responde.

—Arrancad las piedras de la fachada.

La fachada de las hormigas es el suelo.

—¿Qué queréis?—dijo al fin un gusano cuyos espantados ojos relucían en la obscuridad.

—Venimos á saquear vuestra despensa.

—Somos pobres; vivimos en comunidad y sólo comemos tierra; respetad nuestra clausura.

—Ya no hay respetos: vaciad esa gusanera, que nos hace falta vuestra piel para calzarnos.

Sólo los caracoles, pegados en el suelo y conteniendo el aliento, resistían impávidos el sitio de las hormigas; en vano mellaban éstas sus tenazas, y en vano trepaban por el muro resbaladizo: siempre caían por el lado opuesto de la cúpula.

—Dejadlos—decían las más sensatas;—son inexpugnables.

La invasión de la zarza fué la empresa más ruda y gloriosa: allí llegaron á sus límites el estrago y el tumulto. Las hormigas trepaban por las ramas y se extendían por los tallos y hojas, deshaciendo madrigueras, estrangulando vivientes y despeñando sus cuerpos: era inútil la resistencia que hacían con sus agujones las arañas y alacranes; agobiados por el número, eran despedazados poco á poco. Todo quedaba estéril y desierto por donde subía la turba destructora: ni los gérmenes que palpitaban en los hueve-

cillos, ni los microbios confiados en el incógnito de su pequeñez eran perdonados. Las hormigas trepaban y trepaban talando y matando con cólera implacable.

IV.

Telegrama transmitido por una araña, desde las alturas de la zarza, á otra habitadora del peral, y por ésta á todas las arañas de la tierra:

«El orden ha quedado restablecido en la Charca; pero las víctimas y destrozos son incalculables. Fué un caso de locura colectiva que los sabios atribuyen á una influencia del tiempo. Las hormigas, tristes y cabizbajas, entran poco á poco en sus hoyos y los insectos salvados empiezan á asomarse á las ventanas. Se ha abierto una suscripción en favor de un ciempiés que perdió gloriosamente doce patas en defensa del orden: todas son de un mismo lado, y necesita, por consiguiente, doce mu etas para andar.»

V.

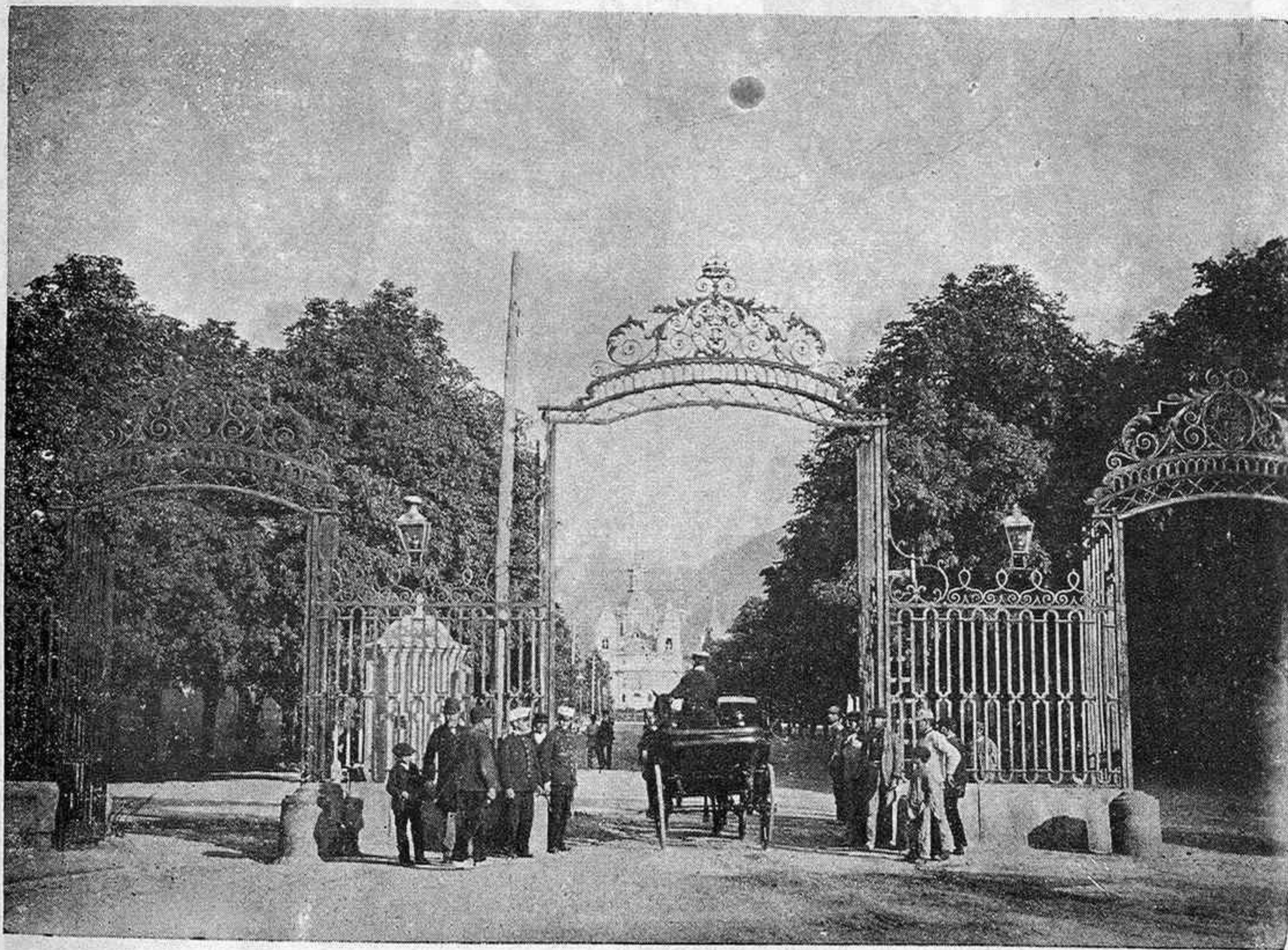
Dos días después no quedaban vestigios del saqueo: los pájaros se habían comido los cadáveres, todo había recobrado su aspecto de siempre, y las hormigas habían vuelto á la querencia de la sumisión y del trabajo, formadas en columna, según la disciplina tradicional, y obedeciendo de nuevo á sus jefes por la fuerza social de la costumbre. ¡Con qué docilidad ejecutaban las voces de los cabos, que gritaban:

—¡Pelotón! ¡Á la obligación! ¡Carguen el grano!

Formando contraste con la uniformidad de las hormigas, y como si nada hubiera sucedido, los insectos más brillantes bajaban á su recreo acostumbrado, alegres y compuestos.

Mirándolos á todos desde cierta altura, apenas había diferencia. Parecían dos hormigueros, uno que caminaba hacia la era, y otro que se dirigía hacia la playa: el hormiguero negro y el hormiguero de color.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA).—PUERTA DE SEGOVIA.

(De fotografía de D. Manuel Suárez Espada.)



MARIQUITA.—FOTOGRAFÍA DE LOMBARDI.

LOS GUANTES

CUENTO

I.

Juan y Pedro, hijos de un modesto comerciante, dedicáronse desde pequeños á la misma profesión que su padre; pero con tan diversa fortuna los dos, que mientras Juan lo realizaba todo á medida de su deseo, Pedro no hacía cosa que le saliera á derechas.

Quejábbase de su pícara suerte y envidiaba la de su hermano, achacando sólo á la buena estrella de éste los excelentes negocios que hacía.

Condolido al fin Juan de la constante desdicha de Pedro, le llamó un día á su casa y le dijo así:

—Pienso emprender un largo viaje para poner en planta un negocio que considero segurísimo. Como no soy egoísta, y deseo tu bien tanto como el mío, voy á darte una participación.

—Gracias, querido hermano; eso era lo que yo ambicionaba, estar á tu lado, y disfrutar así de tu buena suerte.

—Eso no, de ninguna manera. Nuestros caracteres no armonizan: yo estoy siempre alegre y satisfecho, tú triste y cariacontecido; yo bendigo á todas horas mi estrella, tú maldices sin cesar de la tuya. Reñiríamos y se llevaría el diablo nuestro negocio. Vamos á hacerlo á la par, en idénticas condiciones, pero separándonos. De esta manera, si por desgracia ganas menos que yo, no tendrás derecho á quejarte.

—Estoy conforme: hagámoslo como quieras. Explicame de qué se trata.

—Escucha. Ya sabes que la fábrica de guantes de *Dedil y Compañía* se ha cerrado.

—Ya lo sé.

—Los géneros que tiene son muchos y buenos, los venden por ínfimo precio, y he decidido comprarlos. Tan baratos los ofrecen, que aun siendo muy costoso el viaje que hemos de hacer para venderlos, considero el negocio de pingües resultados.

—Lo que tú dispongas se hará; no quiero sino seguir tus indicaciones.

—Lo celebro, porque de ese modo saldrás ganando seguramente.

II.

Pocos días después los dos hermanos se despedían, embarcándose con rumbo distinto y citándose para una fecha fija en su casa, á donde volverían ambos para comunicarse el resultado de su aventura comercial.

Las dos poblaciones elegidas para realizarla eran de iguales condiciones, y en las dos se verificaban grandes fiestas en la misma época, la más adecuada para la venta de los guantes.

Juan, sonriente y lleno de esperanzas, abrazó á Pedro. Este, triste y sombrío como siempre, devolvió el abrazo á su hermano.

—¡Ganaremos mucho dinero, no lo dudes!

—¡Quiéralo Dios!

Y se separaron, Juan mirando el cielo azul, purísimo, que presagiaba una feliz navegación. Sólo una nubecilla oscura se destacaba en el horizonte. Era el único punto en que fijaba Pedro sus ojos.

III.

A pesar de sus zozobras, que duraron tanto como la travesía, Pedro desembarcó sin novedad, y halló la población ardiendo en fiestas. El gentío era inmenso, la animación extraordinaria, y todo hacía suponer que los comerciantes venderían tanto como pudieran desear.

Pedro se animó algo con el general regocijo; alquiló una tienda, después de observar con gozo que no había en toda la población guantería alguna, y se dispuso á abrir los grandes cajones en que su mercancía estaba encerrada.

Abrió el primero y quedóse aterrado. ¡Todos los guantes eran de la mano izquierda!

Todavía abrigó la esperanza de que los correspondientes

á la mano derecha estarian en los otros cajones; pero al abrir éstos con febril impaciencia, vió que su desventura era cierta é irremediable. Por un error difícil de explicar, habían colocado los guantes de la diestra en los cajones que Juan se llevó, y los de la siniestra en los de Pedro.

—¡Ay!—exclamaba éste en el colmo de la desesperación;—yo tengo la culpa, yo soy responsable de la desgracia de mi pobre hermano, víctima de esta equivocación incomprendible. Yo le hice partícipe de mi mala suerte por el solo hecho de realizar con él un negocio á medias. Ahora se convencerá de lo funesto de mi estrella y de que me quejo con razón. Pero siempre, siempre y en todo he de ser más desgraciado que él: á mí me han tocado los guantes de la mano izquierda, la de la mala suerte.

Y hondamente preocupado con su desdicha, cayó enfermo y en los delirios de la fiebre veía que los guantes inflados y vagando por el aire venían á darle bofetadas.

De milagro sanó, y convaleciente ya, pero muy débil todavía, embarcóse de nuevo con rumbo á su país, á donde iba á llegar pobre y desesperado, para encontrar allí seguramente tan desesperado y pobre como él á su hermano Juan.

IV.

Figúrese el lector la sorpresa de Pedro cuando al entrar en su casa vió que Juan sonriente y con los brazos abiertos salía á recibirle.

—Hermano mío, bien venido seas; al ver tu tardanza en regresar temí que hubieras muerto.

—¡Ay, Juan! Bien poco me ha faltado para morir. Y tú, ¿cómo estás?

—Muy bien, muy bien y contentísimo.

—¡Es posible! A pesar de la desgracia

—¿Qué desgracia?

—La de los guantes.

—¡Ah! Sí, ¿la equivocación? Pero eso no ha sido una desgracia.

—¿Cómo?

—Al menos para mí.

—No salgo de mi asombro: ¿los has vendido?

—Todos ¿Y tú?

—Yo ninguno. Ahí los traigo, para unirlos con los tuyos y venderlos juntos en otra ocasión.

—Ya no es posible, porque yo los despaché todos.

—Eso es el colmo de la suerte. ¿Me negarás ahora que eres el niño mimado de la fortuna? Por lo visto, ¿el país á donde fuiste es tierra de mancos?

—¡Necio! Yo sí que no soy *manco*, y por eso, sin arre-

drarme ante las contrariedades, sé vencerlas y hasta aprovecharlas.

—Explicame lo sucedido.

V.

—Llegué al término de mi viaje y me dispuse á la venta de la mercancía, cuando al notar la inesperada equivocación me quedé atónito.

—Como yo.

—Tenía hechos todos los gastos para el comercio y alquilada la tienda.....

—Como yo.

—¿Qué hacer? ¿Cómo salir de compromiso tan grave y tan imprevisto? Por lo pronto creí que mi desdicha no tenía remedio.

—Como yo.

—Pero comprendiendo que, si no lo tenía, era inútil desesperarse, me acosté y dormí.

—Yo me acosté y no pude cerrar los ojos.

—A la mañana siguiente desperté con una idea luminosa: la almohada, como siempre, había sido mi gran consejera. Aquella misma tarde en todas las esquinas de las calles de la población se hallaban pegados grandes anuncios que decían lo siguiente:

GUANTERO DE PARIS

¡GRAN NOVEDAD! ¡ÚLTIMA MODA!
¡GUANTES PARA LA MANO DERECHA!

—¿Y qué?

—Que la gente acudió al reclamo, que la novedad fué bien acogida, como procedente de París, y que pocos días después no me quedaba un solo guante. Cada uno de los vendidos me valió algo más de lo que me habrían dado por cada par completo.

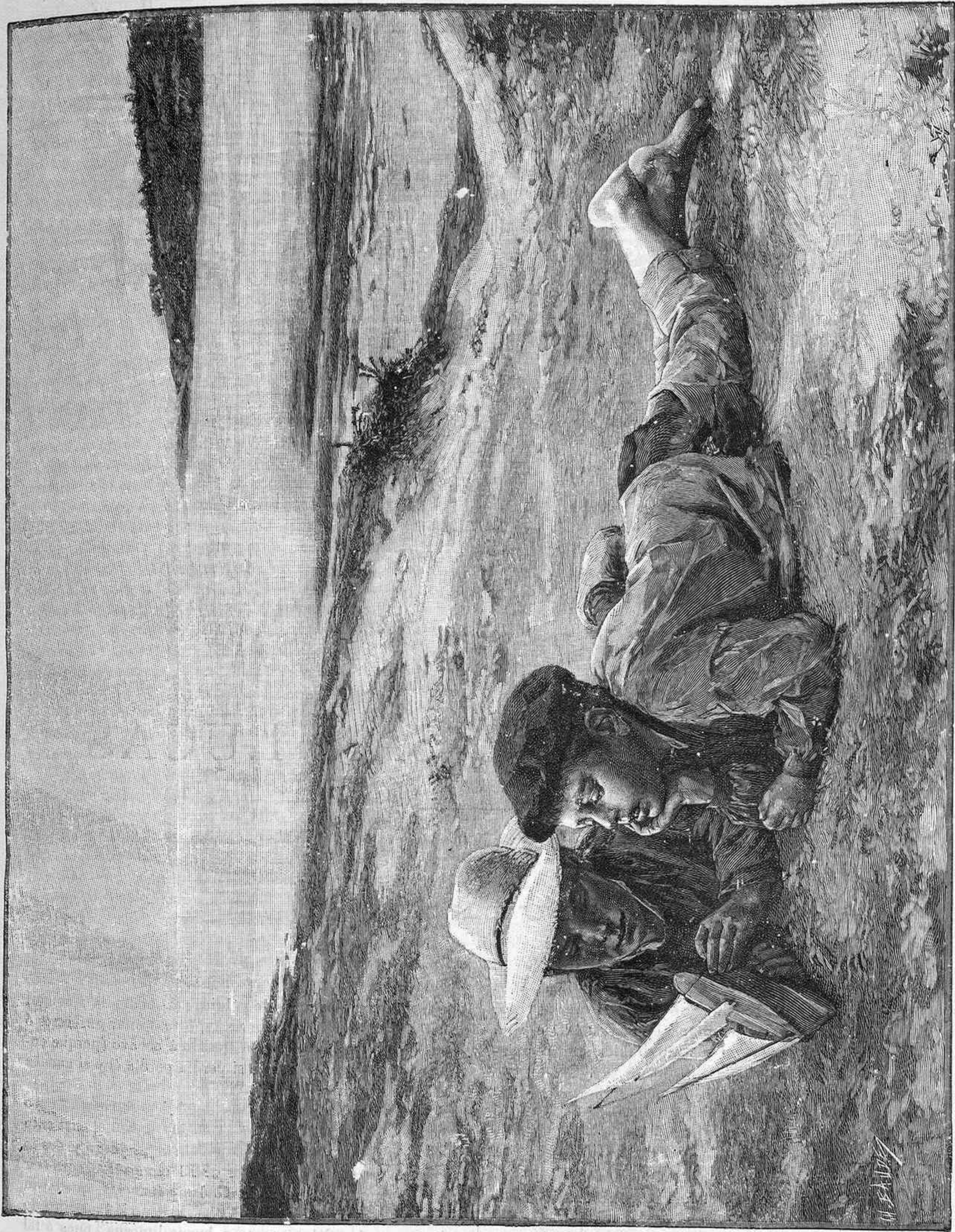
Quedóse Pedro silencioso, y cuando Juan, halagado en su amor propio, creía que su hermano admiraba en silencio el ingenio comercial que revelaba su rasgo, dijo así:

—Está visto; tienes una suerte fabulosa.

Como todos aquellos incapaces de inventar nada, Pedro atribuía á la suerte lo que era producto del talento.

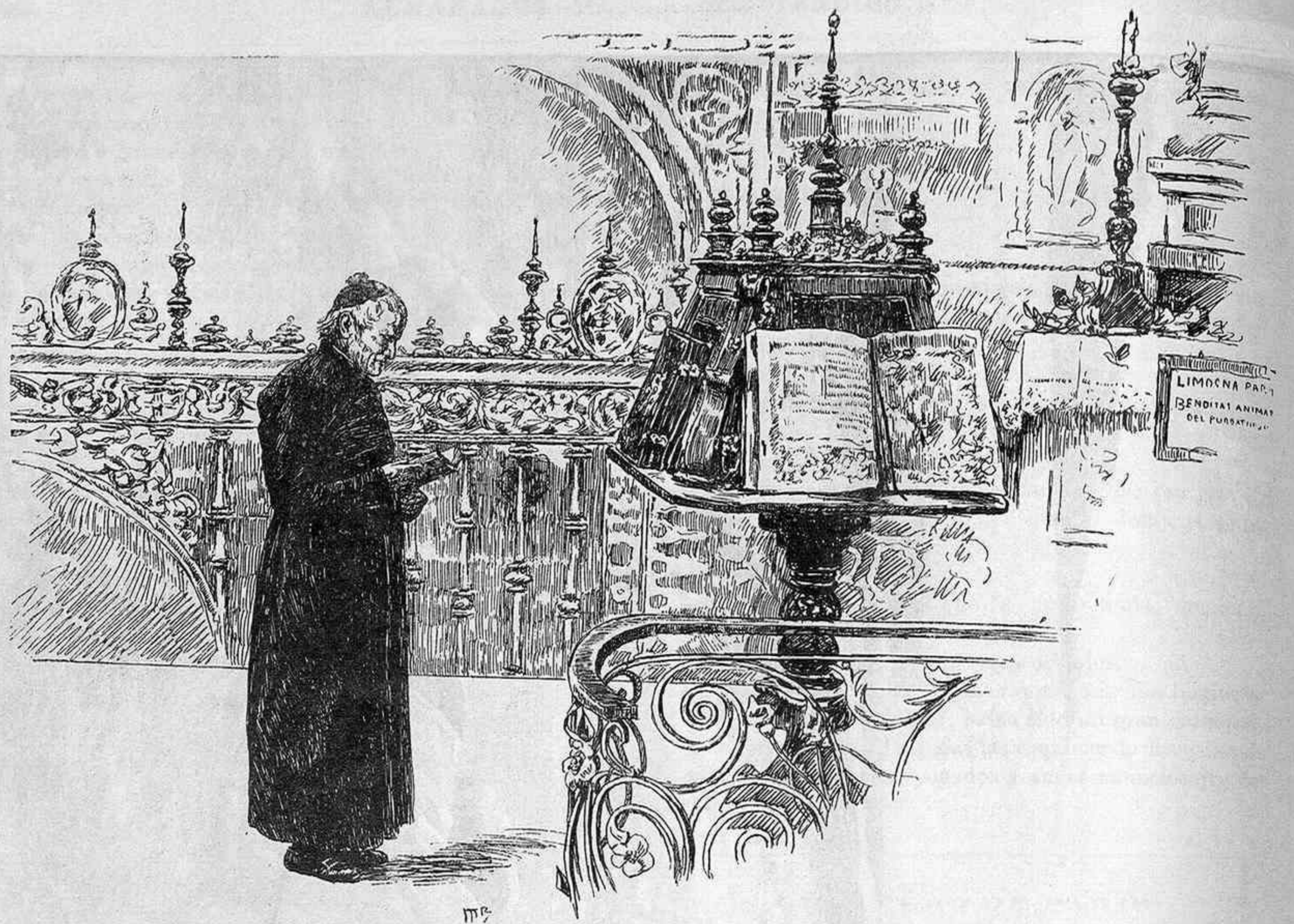
MIGUEL RAMOS CARRIÓN.





EN LA PLAYA. — CUADRO DE SOUSA PINTO.

7. propenso al bien. Por la mañana se mira, después de un
momento de reflexión, los ojos mirando al horizonte.
En vida hubiera sido tan pronto para otro hombre. Elige
a las grandes del mundo con confianza.



EL CURA DE SAN LUCAS

(CUENTO)

En una de esas poblaciones que no son tan pequeñas como un pueblo ni tan grandes como una ciudad, había un cura párroco á quien las gentes en sus admirables síncopas biográficas llamaban *un bendito*.

Frisando con los setenta años, de noble figura, rostro placentero y sencillos modales, se hacía respetar cuando era oportuno y querer en todas circunstancias. Su trato con los feligreses procedía siempre de menor á mayor, es decir, que era más afectuoso con el memorialista ocupado en escribir cartas á las criadas, que con el jurisconsulto encargado de dirigir los negocios de los señores.

Su vida hubiera sido monótona para otro menos diligente y propenso al bien. Por la mañana su misa, después el con-

fesionario, luego los rezos de rúbrica, al mediodía á comer, su siesta acto continuo, por la tarde á visitar enfermos ó menesterosos, y á la noche su tresillo á ochavo (porque entonces había ochavos) donde si perdía perdía él y si ganaba ganaban los pobres.

Por cierto que eso del tresillo llegó á perturbar un poco su conciencia hasta el punto de consultarlo con el cura ante quien confesaba. ¿No sería mejor abolir el juego y dar lo que podía perderse á los pobres? El compañero confesor fué de dictamen que repartiendo las ganancias, quedaban los pobres compensados; pero á él se le ocurrió la réplica de si las ganancias del juego eran buena limosna, pues á tal ascendían los escrúpulos morales del sacerdote.



Y, sin embargo, él era injusto con San Lucas, á cuya advocación pertenecía su parroquia. No quiere esto decir que desdénase al evangelista, sino que sus predilecciones eran evidentes por las *Ánimas del Purgatorio*. Cuando algún feligrés le encargaba una función de iglesia le inducía á que fuese en sufragio de las *Ánimas*; no había boda, ni bautizo, ni entierro de que las *Ánimas* dejasen de sacar partido por consejo del cura; él oficiaba con preferencia en el altar de las *Ánimas*; la mayor cantidad de aceite y las velas más gordas ardían en las lámparas y candeleros de las *Ánimas*: ¡qué de responsos, qué de flores, qué de novenas y triduos por las *Ánimas* benditas del Purgatorio! ¿Obedecería esto quizá á su doctrina de amar á los débiles sobre los fuertes? ¿Era tal vez un poco monomaniaco el señor cura?—El célebre abogado de la población, con tener cierta tacha de incrédulo, decía que en aquello había algo de egoísmo, porque el cura de San Lucas era él propio un *ánima bendita*.

Ello es que, aparte de esta casi chochez, el cura disfrutaba de todos los prestigios de la bondad. Dirimía contiendas de familia, cortaba pleitos incipientes, acercaba corazones dispersos, y en más de una ocasión le debieron sus conciudadanos hasta resolver cuestiones de orden público. Lo que no arreglaba el cura de San Lucas no lo arreglaba nadie.

Sobre todo, en asuntos religiosos era una potencia. Ya podían darle moribundos impenitentes ó simplemente fríos: él los calentaba y persuadía con su sencilla oratoria en términos de que no se le escapaba ninguno. Ese mismo abogado á quien se aludió antes, doceañista y casi ateo, aunque hombre de rectitud y de fibra, enfermó una vez con peligro de muerte. El cura de San Lucas se presentó desde luego en su casa con la pretensión de hablarle á solas.

—¿Viene usted á fastidiarme?—le dijo trabajosamente el enfermo.

—Al contrario—respondió el cura:—vengo á facilitarle á usted que haga lo que se le antoje, evitando que otro le moleste con sus visitas.

—Y ¿cómo es ello?

—Pues nada: usted seguirá creyendo lo que quiera, pero como de seguro no quiere el escándalo, impropio de un hombre de las condiciones de usted, ahora salgo y digo que se ha confesado; voy á la parroquia por la Eucaristía y usted la recibe ó no, para mí es lo mismo; el pueblo aplaude y los devotos se tranquilizan: ¿qué va usted perdiendo en esto?

—¡Pero, señor cura!—exclamó el paciente incorporándose en la cama con ademán airado:—¿por quién me toma usted á mí? ¿Me cree usted capaz de una superchería semejante? Primero me allano á que haga usted de mí lo que quiera.

—Pues ¡de rodillas, penitente!—gritó el sacerdote con voz de mando—y á depositar en mi oído sus culpas y su arrepentimiento.

Debió decir el cura estas palabras con tan eficaz energía, que el enfermo se abrazó á su cabeza permaneciendo largo rato en comunicación con él. En seguida fué absuelto, y poco más tarde trájole el párroco solemnemente la sagrada Forma, que el moribundo recibió contrito entre el asombro de cuantos le rodeaban.—Al salir del aposento, y antes de entonar el *Te Deum laudamus* del ritual, hubo quien le oyó decir al cura:—«¡Pues no hubiera faltado otra cosa!»

Campañas de esta especie se le presentaban al bondadoso

sacerdote todos los días. Habíalas de diferentes clases, como, por ejemplo, la que le promovió una antigua sirvienta de la mayordoma de *Ánimas* de la parroquia. Era esta última una mujer entrada en años, de sangre azul y tostados pergaminos, más rica de vanidad que de bienes, autoritaria y casi despótica con sus inferiores. El cargo que desempeñaba en la iglesia la hacía grande amiga del párroco, aunque con la distancia propia de quien venera al ungido muy por encima del hombre. La viuda del mayorazgo, que así se le decía en la población, echaba de menos que el señor cura no fuera *de clase*; pero aun así las *Ánimas* benditas y las mutuas virtudes les unían en una especie de sagrado consorcio.

Sucedió, pues, casa de esa señora que al cabo de más de cuarenta años de servirla lealmente puso en la calle á la que cuando niña le dió el pecho y que durante casi medio siglo fué más que su sirvienta su esclava. Era de ver la pobre vieja asida á las manos del cura cubriéndolas de besos y de lágrimas implorar con ayes angustiosos su protección en aquella catástrofe. El cura, impresionado, en efecto, corrió casa de la mayorazga á poner paz; pero ella con malos modos le salió al encuentro diciéndole:



—¿Viene usted ya á tomar parte en los chismes de esa bribona?

Porque todo el que va á hacer un bien en casa ajena es ordinariamente mal recibido. El cura, sin embargo, que conocía á la señora, replicó con calma:

—Ni esa infeliz mujer es una bribona, ni los dolores del corazón pueden ser chismes.

—Pues yo soy la dueña de mi casa y hago en ella lo que quiero.

—Es que el dueño de una casa no está autorizado para hacer en ella lo que quiera, sino lo que deba. ¿Por qué despide usted á esa anciana?

—Por ladrona.

—¡Imposible! ¡Ella robar! ¿Qué es lo que ha robado?

—Cinco duros en oro de ese cajón.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Es la primera vez?
 —La primera, que yo sepa, en cuarenta años.
 —Pero ¿no me tiene usted dicho, señora, que nunca ha cobrado su salario entero, y que le guarda usted casi un capital? ¿Cómo se comprende entonces!....

—No se venga usted con argumentos especiosos, señor cura: está confesa y convicta.

El sacerdote se dirigió en ademán interrogante á la pobre vieja, que de rodillas y anegada en llanto se asía á los vestidos de su señora, y la oyó expresar confusamente estas palabras!—«¡Tiene razón, tiene razón!»

—Pues ahora—dijo el cura revistiéndose de ese carácter que empleaba en casos difíciles—ya no me conformo con lo que aquí se ha hablado; necesito explicaciones concretas. ¡Ya no soy amigo, no soy clérigo; soy juez!

La viuda del mayorazgo, sobrecogida por tan severa actitud, se prestó á referir lo que había ocurrido.—Aquella vieja estúpida tenía un nieto á quien había dado en amar como si el muy bribón se lo mereciese. Todas las cantidades que deducía de sus ahorros eran para el nieto, el cual se hizo haragán, pendenciero, vicioso y endemoniado. En tal situación le tocó la quinta, y aun quería la abuela gastar 6.000 reales en redimirle la suerte; pero la señora se opuso, negándole el dinero. Consideraba ella preferible que lo domaran en el servicio del Rey, y, si esto se conseguía, á la vuelta

encontraba un capital para hacerse hombre. ¡Los disgustos que les proporcionó el mozo mientras tanto! Llegó la hora de entrar en caja, y el quinto exigió con malos modos cinco duros para el viaje. La señora los negó también, porque temía que se gastaran en la taberna y se le declarase prófugo. Había que dejarlo ir á palo seco. La vieja lloró mucho: ¡era natural! Lo que no lo era tanto es que con abuso de confianza sustrajese del cajón de una cómoda, que sólo ella podía abrir, la moneda de oro que le entregó al nieto.

Concluido el relato que se extracta, el cura condujo á la señora á un gabinete próximo, cuya puerta cerró, y con tono solemne dijo:

- Hay que perdonar á esa mujer.
- ¡Perdonarla!
- Sí, perdonarla. ¿Me tiene usted por hombre honrado?
- Como no hay otro.
- ¿Me considera usted capaz de una acción semejante?
- Primero dudaría de mí propia.
- Pues bien, señora: yo llevo conmigo un torcedor que me amarga la existencia.
- ¿Cuál?
- Una vez me encontraba en tan grande apuro de dinero, que saqué media onza del cepillo de las *Animas benditas*.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

